

ANDRÉS
PÉREZ
DOMÍNGUEZ

EL SÍNDROME DE MOWGLI

NOVELA

algaida
eco

Annotation

Rafael Montalbán tiene una forma poco ortodoxa de ganarse la vida: de jueves a sábado custodia la puerta de un club de alterne, y el resto de la semana ejerce de guardaespaldas ocasional y de cobrador de deudas por cuenta ajena.

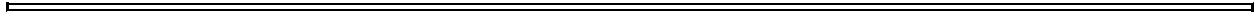
Pero su vida no fue siempre así: veinte años atrás era un boxeador prometedor que estuvo a punto de luchar por el título de Campeón de Europa superwelter, pero las cosas se torcieron: se enamoró de la mujer que menos le convenía y acabó traicionando a la única persona que se había portado bien con él.

Ahora ha decidido empezar de nuevo, y cuando un periodista le propone ir a un programa de radio para contar su vida a los oyentes encuentra la excusa perfecta para expiar sus culpas. Pero eso no será más que el principio. Para volver al punto donde su existencia tomó un desvío equivocado y ajustar cuentas con el pasado deberá emprender un viaje que lo llevará desde Madrid hasta la costa de Cádiz, y luego a Lisboa.

Con una poderosa historia de amor y venganza como telón de fondo y la necesidad de ser aceptado por los demás, *El síndrome de Mowgli* es muchas cosas a la vez: una novela descarnada y tierna por momentos, donde el protagonista, Rafael Montalbán, por mucho que lo ha intentado no ha logrado encontrar su lugar en el mundo, como el protagonista de *El libro de la Selva*; un homenaje al personaje de Rudyard Kipling y a los libros y a los héroes de nuestra niñez; pero sobre todo es la confirmación como novelista de Andrés Pérez Domínguez, que atrapa al lector con su habitual fluidez narrativa y el espléndido desarrollo psicológico de los personajes.

-
- [ANDRÉS PÉREZ DOMÍNGUEZ](#)
 -
 -
 - [Uno](#)
 -
 - [Dos](#)

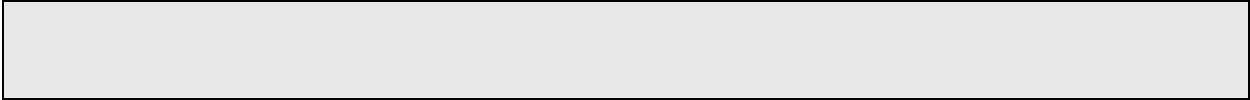
-
- [Tres](#)
-



ANDRÉS PÉREZ DOMÍNGUEZ

El síndrome de Mowgli

Algaida



Autor: Pérez Domínguez, Andrés

©2008, Algaida

Colección: Algaida Literaria - Premio Internacional Luis

ISBN: 9788498771404

Generado con: QualityEbook v0.61

Para Maribel, que vino a Lisboa.

«Le pregunté si por fin había estado en Lisboa. Se echó a reír, dobló la almohada bajo su cabeza.

—Desde luego —dijo—. En el momento adecuado. Uno llega a los sitios cuando ya no le importan».

El invierno en Lisboa ANTONIO MUÑOZ MOLINA

«Ni siquiera yo puedo miraros a los ojos, y yo, Hermanito, nací entre hombres y os quiero. El resto os odia, porque sus ojos no pueden encontrarse con los vuestros..., porque sois inteligente..., porque les habéis sacado las espinas de las patas..., porque sois un hombre».

El libro de la Selva RUDYARD KIPLING

«Prácticamente lo único que no he conseguido en el boxeo es ganar dinero. A la mayoría de los púgiles le sucede lo mismo. Pero eso no me ha desalentado más que no ganar dinero escribiendo. Ambas son actividades que uno hace por gusto, y te sientes agradecido de poder hacerlas, aunque las dos te arruinen, te vuelvan loco y te pongan enfermo. La gente racional no piensa de ese modo, pero no tiene en su vida lo que yo tengo en la mía: magia. La magia de ir a guerras en las que creo. Y la magia del humor del boxeo, la broma que casi siempre paga el narrador, que te acompaña a cada paso del camino».

Rope Burns. Stories from de corner F. X. TOOLE

Ahora que el combate, por fin, parece que va a terminar, tal vez sea el momento de contar cómo empezó todo, cómo he llegado a este último asalto sin haber escuchado todavía contar hasta diez mientras estoy con la mejilla pegada a la lona, diciendo para mis adentros que no estoy vencido mientras mis piernas se afanan en llevarme la contraria, avergonzado por la derrota, resignado a ver al árbitro cruzar las manos para indicar que todo ha terminado antes de buscar al contrario para levantarle el brazo y proclamarlo vencedor por KO.

Aunque la pelea aún no ha terminado. Puede que éste sea el último asalto y que el final no sea otro que mi cuerpo derrengado en la lona, o dándole de comer a las gaviotas, pero aún sigo aquí, todavía estoy vivo, en esta ciudad a la que he viajado tantas veces en mis sueños durante los últimos dieciocho años, con ella, que ya no está y a quien tal vez no vuelva a ver nunca, solo en un país extranjero, la bolsa con el dinero que no me atrevo a tocar en el suelo, junto a la vieja maleta que me acompaña desde que emprendí el viaje, hace apenas una semana pero me parece como si hubiera transcurrido una vida entera. Me pongo a pensar en todo lo que ha pasado y no puedo evitar que me afecte una angustiosa sensación de vértigo, como si me asomase a la ventana de un rascacielos cualquiera de una de esas ciudades que ella y yo no hemos visitado nunca, ciudades cuyos nombres me martillean en la cabeza como recordándome o advirtiéndome —o quizá riéndose de mi desgracia— que ya nunca las visitaré, que nuestro tiempo ha pasado y que no he sido capaz de darme cuenta hasta que ha sido demasiado tarde: Nueva York, Chicago, Toronto, Kuala Lumpur. A Lola le gustaba decirme, entre beso y beso, hace dieciocho años, cuando éramos jóvenes y todavía podíamos soñar con la misma inocencia que sueñan los niños, que cuando todo acabase, cuando se retirase y tuviésemos dinero, daríamos la vuelta al mundo, en primera, y que visitaríamos todas las ciudades donde hubiera rascacielos, que subiríamos al ascensor del edificio más alto de cada una, lo pararíamos entre la última y la penúltima planta, y haríamos el amor hasta que viniesen a rescatarnos. Nueva York, Chicago, Toronto, Kuala Lumpur. Jamás he estado en ninguna de estas ciudades, y ahora ya sé que nunca visitaré con Lola ninguna de ellas y que no cruzaremos cogidos de la mano el vestíbulo del más alto de sus edificios, que no intercambiaremos una sonrisa cómplice antes de llamar al ascensor, que no veré brillar sus ojos violeta antes de pulsar el botón de parada cuando nos quedemos solos.

Lola. A pesar de no haberla olvidado nunca, no había vuelto a pensar tanto en ella como el día que los aviones hicieron pedazos las Torres Gemelas. Ese martes de final de verano, al ver derrumbarse aquel amasijo de acero y hormigón, me puse a pensar en ella, en todo el tiempo que había pasado desde la última vez que nos vimos, en cuánto habríamos envejecido, Lola y yo, en que ya nunca podríamos subir a una de las torres y cumplir nuestra promesa. Estas cosas suelen pasar: de repente un suceso te devuelve, como un mazazo o como una iluminación, algo de tu vida que creías perdido o enterrado, y a mí, a pesar de la tragedia de ver hundirse los rascacielos de Nueva York, lo único que me venía a la memoria era Lola, tres lustros y tres años atrás, señalándome en una revista las fotografías de los edificios donde llevaríamos a cabo nuestro propósito: las Torres Gemelas de Nueva York, que ya no están, la Torre Sears, en Chicago, el edificio de la televisión de Toronto.

Nueva York, Chicago, Toronto. Lola es una de esas mujeres que colman las fantasías de un hombre sólo siendo ella misma: le gustaba todo lo prohibido, disfrutaba saltándose las normas, traspasando la línea de la ley que, en nuestro mundo de entonces, era tan difusa que la mayoría de las veces resultaba complicado saber en qué lado estabas. Aunque, para ser sincero, tratándose de Lola no es fácil creer que no lo supiera, que no fuera consciente del peligro que corría —que corríamos los dos— cuando venía a verme a mi apartamento a escondidas, los días que el Gordo no la reclamaba junto a él. Pero qué más da que lo supiera o no. Yo también lo sabía. Era tan consciente del riesgo que suponía, no ya acostarme con ella a escondidas, sino el solo hecho de desearla, que aún hoy me pregunto cómo fui capaz. Casi veinte años después todavía no he encontrado una respuesta para aquello. A veces las cosas suceden y ya está, y uno se deja arrastrar por la marea, como un naufrago que se agarra a una tabla aunque no le queden ganas de seguir luchando. El instinto de supervivencia resulta incómodo a veces. Estás convencido de que lo mejor es no seguir, sino hundirte hasta el fondo, lo deseas tanto que te gustaría tener una bola de plomo que te ayude a conseguirlo, pero hay algo dentro de ti que no te deja morir, como si vieras a lo lejos la luz de un faro detrás de la tormenta que te empuja a seguir agarrado a la madera aunque te sangren los dedos.

Lola ha sido estos últimos días —y tal vez todos estos años, aunque yo no haya querido verlo así— como un faro en la tempestad, o, mejor, para ser exacto, debería decir un espejismo, o una de esas sirenas de Homero. Aunque

conmigo ha sido fácil. Lo fue cuando era joven y lo ha vuelto a ser ahora, como si nada hubiera cambiado o, peor aún, como si a pesar de los años que han pasado yo no hubiera aprendido nada.

Ella sólo tuvo que chasquear los dedos para que yo acudiera.

No podía saber que cuatro años después del Once de Septiembre volvería a verla, que se pondría en contacto conmigo de una manera circular —a pesar de todo sigo queriendo pensar que desde el principio me buscó porque sabía que era yo—, algo confusa o retorcida. Pero Lola es así, y lo seguirá siendo. Una de las cosas que siempre me gustó de ella es su rara y envidiable habilidad para buscar el lado positivo de los problemas, para no hundirse en preocupaciones estériles o en innecesarios sentimientos de culpa. Cuando las Torres Gemelas se derrumbaron se me ocurrió que Lola, de estar a mi lado, me habría besado los labios despacio y habría dicho: cariño, no te preocupes, todavía nos queda el Empire State.

No me equivoqué. Hace cinco días, cuando después de tantos rodeos acabé encontrándomela cara a cara, al sentarme frente a ella en la cafetería, me dijo eso que yo había pensado entonces. Sus palabras exactas fueron: mi vida, por fin has venido. Menos mal que aún nos queda el Empire State. No sé si de verdad sentía lo que estaba diciendo, pero estoy seguro de que lo dijo así porque sabía que era lo que yo esperaba escuchar al vernos, después de tantos años. En aquella época en la que pensábamos encamarnos en los rascacielos más altos del mundo, la última planta de las torres neoyorquinas era uno de los lugares más altos al que podríamos aspirar, y, aquellos rectángulos idénticos de Manhattan significaban tanto para nosotros que estaba convencido de que el once de septiembre de 2001 Lola se acordó de mí por las mismas razones que yo me acordé de ella.

Mi vida, por fin has venido. Menos mal que aún nos queda el Empire State. Me lo dijo sonriendo, enseñando un poco los colmillos que le asomaban al despegar los labios que hacían juego con el color de su vestido corto, de tirantas, en la cafetería adonde quiero pensar que acudía cada día esperando mi llegada. Porque ella sabía que yo iría. Lola conoce a los hombres y yo no soy más complejo que los demás. Soy tan simple o tan torpe como el resto. Tal vez más.

El otro día, cuando la vi, yo aún no estaba del todo seguro del motivo por el que había ido a encontrarme con el pasado. Lo más lógico, dadas las circunstancias, era que la venganza hubiera sido mi mayor motivación, pero, y lo digo sin querer descargarme de culpa, todavía hoy no estoy muy seguro

de por qué comencé ese viaje que me llevó hasta el sur y que ha terminado aquí, al amanecer, en Lisboa. De lo único que estaba convencido era de haber emprendido un camino del que me iba a resultar imposible regresar. Pero, si soy sincero, todas las razones posibles se resumen en una que tiene nombre de mujer: Lola, que, tan segura de sí, habría sonreído para sus adentros y habría fingido no enterarse o no creérselo, como hizo más tarde, cuando se lo confesé, o es que a pesar de todo le daba igual, no porque me quisiera, sino porque lo que ella deseaba era largarse de allí para siempre, empezar una nueva vida, subir a un barco que la llevase al otro lado del océano, lo que cualquiera con ganas de borrar su pasado quiere.

Hace dieciocho años era lo mismo. Primero iba a ser Lisboa, donde pasaríamos dos o tres días, metidos en un hotel, sin salir de la habitación no tanto porque deseáramos pasar muchas horas revolcándonos en la cama, sino porque sabíamos que era peligroso que algún sicario del Gordo nos encontrase y acabase llevándonos a rastras hasta él para rendir cuentas. Luego subiríamos a un barco que nos llevaría a Nueva York, Lola y yo, veríamos la Estatua de la Libertad desde cubierta, como debieron de verla los emigrantes que viajaban a América buscando una nueva vida a principios del siglo XX. Haríamos el amor, visitaríamos los rascacielos, sería la primera etapa de nuestra vuelta al mundo.

Mientras enciendo un pitillo pienso que debo de parecerme a uno de aquellos emigrantes o exiliados tristes que abandonaban el país durante la dictadura, que mirando el barco que iba a llevarlos tan lejos deberían sentir el mismo frío en los huesos que yo siento esta mañana a pesar de que aún no ha terminado el verano.

Me abrocho otro botón de la camisa, para protegerme el pecho de la brisa que sopla desde el río. Apenas hace veinticuatro horas que Lola se marchó sin decir adiós y ya empiezo a tener frío. Mejor que me acostumbre, porque ella no va a volver. Nunca. Por mucho que me cueste admitirlo nunca querrá estar otra vez a mi lado. Aún no he aceptado el hecho de que quizá jamás lo haya deseado de verdad, pero tarde o temprano tendré que hacerlo. Total, es la verdad. Tan simple como eso.

Sacudo la cabeza, me digo que me gustaría que fueran otros tiempos, y que yo fuese uno de esos miles de emigrantes o exiliados que abandonaban su país sin saber cuándo volverían, si regresarían algún día. No es que me haya vuelto nostálgico de repente, aquí, en esta fría mañana de verano portuguesa, qué va. Lo que ocurre es que, a pesar de todo, a lo mejor soy un cobarde y

preferiría diluirme entre una cola de gente que va a subir a un barco en lugar de estar aquí solo, escuchando los graznidos de las gaviotas que se me antojan buitres esperando a que me convierta en carroña. Hay cientos de ellas. En otro momento la visión de las gaviotas planeando sobre el Tajo al amanecer me habría parecido una estampa hermosa, llena de poesía. Pero hoy no es el día más indicado para ponerse lírico, sobre todo si me pongo a pensar que dentro de un rato alguna de ellas puede estar picoteando lo que quede de mí.

Pues podéis esperar sentadas, pienso como si les hablase en voz alta a los pájaros, porque es probable que el tipo al que estoy esperando venga decidido a meterme dos balas entre las cejas, y que no le falten razones para hacerlo, pero no creo que después vaya a entretenerse en cortarme en pedacitos para arrojarme al mar y que me podáis comer sin teneros que esforzar mucho. Conque lo siento, bonita, le digo a la gaviota que tengo más cerca y que me mira con ojos de no haber desayunado, pero hoy no es vuestro día de suerte. Aunque me temo que el mío tampoco.

Uno

Todo empezó porque yo recordaba haber visto aquella cara en algún programa en la tele. No es que tenga la certeza de que fuera ése el primer asalto, pero si vuelvo la vista atrás no me queda otro remedio que reconocer que, de no acordarme de aquel rostro visto alguna vez en una de esas noches en vela, yo no estaría aquí esperando el momento de que termine el combate. Un programa en la tele. No recuerdo el nombre. Uno de esos espacios que repiten de madrugada y que sólo ven los insomnes y los sonámbulos, o los que como yo trabajan de noche y cuando llegan a casa es demasiado tarde para acostarse y demasiado temprano para desayunar y no se les ocurre otra cosa mejor que encender el televisor, tumbarse en el sofá y mirar la pantalla hasta que los rinde el sueño. Si no me hubiera acordado de la cara de la presentadora, de sus ojos verde transparente y de sus rizos castaños, no habría ido a la radio a contar mi vida bajo la protección de un nombre que no es el mío. Pensar en una mujer y perder la cabeza es una constante en mi vida. Aunque sepa que no tengo ninguna posibilidad, como sucede la mayoría de las veces, el interés por una mujer es el mayor aliciente cuando he de decir que sí a algo que me proponen y que no acaba de convencerme. Cada cual tiene su punto débil, su talón de Aquiles, o como se llame, donde le da la gana. O donde le viene dado, debería decir.

Fue por eso y también porque esos días estaba pasando una mala racha —otra vez, otra de tantas— en lo que a sueño se refiere. Ya no me acordaba de la cara de la presentadora, o acaso había olvidado que un año antes, más o menos, la había visto mientras miraba la pantalla del televisor como hipnotizado o alelado porque el sueño se me escapaba. Pero tampoco soy tan tonto como para justificarme ahora diciendo que la culpa de todo la han tenido esos ojos verdes. O igual sí. Pero lo cierto es que lo primero fueron esos ojos. Todo lo demás vino después. Aunque la historia había empezado mucho antes, cuando yo todavía no usaba un nombre falso ni sabía que la vida me arrinconaría hasta que no me quedase otra que claudicar y dedicarme a recordarles a los pobres desgraciados que a sus acreedores se les estaba empezando a terminar la paciencia.

El tipo que me vendió la historia una tarde, después de invitarme a café, me dijo que ella ahora presentaba un programa en la radio. Al principio no

caí. No acostumbro a escuchar la radio. Por regla general trabajo los fines de semana y me acuesto tarde, y si entre semana me ocupa algún asunto no tengo mucho tiempo para encender la radio. Tampoco me gusta mucho. Y cuando a alguien no le gusta mucho algo lo que suele decir, para quedar bien, es que no tiene tiempo: me gustaría leer más, pero no tengo tiempo; ojalá tuviera un hueco para ir al cine, pero nunca lo encuentro; esta noche no, cariño, no te me arrimes, que mañana tengo que madrugar. Excusas tontas, ya saben. No escucho la radio, le dije a aquel tipo. No tengo tiempo.

Había acudido a la cita porque pensé que el fulano aquel me había buscado para encargarme un trabajo. Lo cierto es que cuando lo llamé me dijo que sólo quería hablar conmigo, pero poca gente se sincera en la primera llamada. Hacerlo sería como abrirse de piernas en la primera cita, y yo tampoco suelo dar mucha conversación al principio. Y después tampoco. Mi número no aparece en la guía, no tengo tarjetas de visita y no pago impuestos, así que si alguien consigue mi teléfono es porque de verdad sabe a qué me dedico y, lo que es más importante, sabe que la conversación que va a tener conmigo no es la mejor conversación para repetirla de rodillas, en un confesionario, si uno no quiere pasarse la tarde rezando padrenuestros y avemarías para aliviar el alma.

Mi número, como digo, pasa de un cliente a otro, cuando se recomiendan mis servicios entre ellos, y cuando me senté frente a aquel tipo junto a la cristalera del café Lisboa, que es como mi segunda casa, donde siempre cito a mis clientes, y me dijo lo que quería, estuve a punto de darle una bofetada —ya he dicho que el Lisboa es como mi casa— antes de levantarme del asiento y dejarle un billete sobre la mesa por las molestias. Por las molestias y por cruzarle la cara.

Lo había estado observando antes de entrar. Siempre lo hago. Acostumbro a citarlos en el Lisboa porque las cristaleras son tan grandes que desde el otro lado de la calle puedo observar a los clientes incautos que no me conocen sin que se den cuenta de que lo estoy haciendo. No resulta difícil reconocerlos. Siempre vienen solos, a menudo son de fuera, de otra ciudad o de otro barrio, porque no suele gustarles que sus conocidos sepan que necesitan mis servicios. Los camareros, que me conocen desde hace años, también saben que vienen a buscarme. Es otra de las cosas que me gustan del Lisboa: los camareros. Casi todos peinan canas y son discretos como sólo saben serlo los tipos inteligentes que llevan toda una vida detrás de una barra: nunca hacen preguntas o un comentario de más. Tan sólo un gesto cómplice

muy de tarde en tarde, un guiño o una sonrisa por lo bajo, como si no fuera conmigo, cuando saben que nadie nos está mirando. Saben que me gusta la discreción y me respetan. Y yo los respeto a ellos también por eso. Soy un buen cliente y dejo propinas generosas, además. Y si no las dejo yo, suelen hacerlo los tipos que me contratan, que, o bien nadan en la abundancia, o vienen dispuestos a no reparar en gastos. No sé: tal vez quieren quedar bien conmigo desde el principio o piensan que pueden impresionarme sacando un fajo de billetes en nuestra primera cita. Pero el dinero no me impresiona. Y no es que ande sobrado de pasta. Para nada. Por no tener no tengo ni donde caerme muerto. Y menos ahora, que mi vida se ha vuelto del revés, tan rápido como si le hubiera dado la vuelta a un calcetín. Son otras cosas las que me mueven. Los ojos de una mujer hermosa, como he dicho hace un momento, o que el objetivo sea un perfecto hijo de la gran puta. Trabajo, para ser sincero, con los altibajos lógicos de cualquier profesión, nunca me ha faltado: hay muchas tías con los ojos bonitos y, como decía un viejo amigo, si los hijos de puta volaran no podríamos ver el sol.

Lo del nombre del café es casualidad, creo. Aunque confieso que es más que posible que la primera vez que entré fuese porque la palabra Lisboa me recordaba a Lola, los motivos que me llevaron a elegir ese sitio para encontrarme con mis clientes fueron estrictamente profesionales. Lo cierto es que aunque en el fondo soy un romántico siempre he procurado separar los negocios de los sentimientos. Y el Lisboa era el lugar apropiado para las primeras citas. Ya he contado antes por qué.

No lo he hecho muchas veces, pero en alguna ocasión, si no me gusta la cara del tipo al observarlo desde el otro lado de la calle ni siquiera entro en la cafetería. Desde lejos hago un gesto al camarero, una pequeña negación con la cabeza, doy media vuelta y el que está en la barra se encarga de decirle al cliente que el señor Montaner no ha podido venir, que lo disculpe. Por supuesto, está usted invitado, caballero. Faltaría más.

Soy un poco maniático para estas cosas. Lo reconozco. No mucho, pero sí lo suficientemente quisquilloso como para no aguantar la cara de quien no me cae bien. Una de las cosas que he aprendido a medida que me he ido haciendo mayor es a no soportar a mi lado a quien no me gusta. Puedo parecer antipático, pero es lo que hay. El que quiera, que lo tome. Y el que no, pues eso, pues me alegro.

El camarero de esa tarde era Roberto. Ya me había visto al otro lado de la calle, junto a la farola. Estaba detrás de la barra y asintió con la cabeza

cuando me miró, de una manera que sólo yo podía darme cuenta. Su gesto quería decir que el tipo que me esperaba era ese que estaba sentado junto a la cristalera. Su advertencia era del todo innecesaria porque yo ya lo sabía, pero se lo agradecí de todos modos con una inclinación de cabeza. Roberto ya sabía que yo iba a entrar. Si yo no hubiera querido hacerlo habría girado el cuello despacio, un par de veces, y él ya sabría lo que tenía que decirle al tipo. Roberto es el camarero más veterano del Lisboa, y tal vez por eso el más listo de todos. Nada que ver con esos cantamañanas que por desgracia abundan a su lado de la barra, no en el Lisboa, sino en cualquier otro café, que están todo el tiempo metiendo la nariz donde no les importa, sin que nadie les haya dado vela en el entierro.

Una vez un cliente no se tomó muy bien que yo no quisiera acudir a la cita. Roberto le dijo lo de siempre, que estaba invitado y que yo no podría ir, que ya lo llamaría, y el tipo, en lugar de entender el mensaje subliminal se puso borde y le dijo que quién me creía que era yo. Qué poca educación, añadió. Vaya forma de tratar a un cliente. Poco le faltó para pedir la hoja de reclamaciones. Algunos fulanos remilgados se creen que contratar los servicios de alguien como yo es igual que entrar en unos grandes almacenes y comprar una lavadora que te llevas a casa, con la garantía sellada y el libro de instrucciones.

Por regla general ya me he hecho una idea bastante aceitada de la persona que me espera cuando estoy cruzando la calle, después de haberla observado durante unos minutos. Si uno se fija bien, la secuencia de gestos, cómo tamborilea con las manos sobre la tarima de mármol de la mesa mientras espera, el modo en que cruza las piernas o lo limpios que lleva los zapatos pueden anticipar buena parte de la conversación que estamos a punto de tener. La experiencia, además, me ha enseñado que los motivos de la mayoría de los que contratan mis servicios vienen a ser los mismos, sin muchas variantes: prestamistas de tres al cuarto a los que se les ha terminado la paciencia; algún empresario harto de que un cliente le dé largas porque no le paga una deuda y que acude a mí porque está cansado de que los papeles críen telarañas en el juzgado, o porque el dinero del que se trata tiene el mismo color del mar cuando a un petrolero le revienta la panza y no puede recuperarlo más que contratando a alguien como yo. También, cada vez más, mujeres hartas de que a sus ex maridos se les olvide pasarles la pensión y me piden que haga el favor de recordárselo de una manera directa. Otras veces se trata de un esposo cornudo que quiere dar un escarmiento al valiente que se

atreve a meterse en su cama cuando él está de viaje. Hay muchos tipos así, quiero decir fulanos a los que otros les calientan las camas cuando están de viaje, como si les estuvieran haciendo un favor. Otros ni siquiera tienen que irse de viaje para que alguien ocupe su lado del colchón. En fin. Y a la hora de rendir cuentas hay cornúpetas que también quieren meter en el mismo paquete un escarmiento a su mujer. El despecho embrutece a los hombres. Lo tengo comprobado. A éstos les digo, antes de levantarme y pedir la cuenta, que yo no me dedico a pegar a las mujeres, y que procuren no volver a cruzarse conmigo porque algunos trabajos soy capaz de hacerlos gratis, sin necesidad de que nadie me contrate. Me hierva la sangre con estas cosas, y no hago ningún esfuerzo por ocultarlo. Lola estaba convencida de que la razón de esta forma de comportarme era porque de niño había leído muchos tebeos y lo que me pasaba era que yo quería ser un héroe, uno de esos titanes incansables que llevan espada y rescatan a las princesas. Nunca he leído un tebeo, le mentía, por vergüenza, molesto, a Lola, hace tantos años, y ella se reía al ver mi gesto de ignorancia fingida cuando me recitaba de memoria los nombres de algunos tipos de los que yo aseguraba no haber escuchado hablar en mi vida, y maldita la falta que me hacía: El Guerrero del Antifaz, El Capitán Trueno, El Jabato. Héroes abnegados que están dispuestos a dar su vida por los demás, me explicaba, como si yo no los conociera. Yo no soy así, replicaba, igual que si me defendiese de un insulto. Yo, a pesar de lo que diga Lola, ni creo en los héroes ni soy uno de ellos: lo mío no tiene nada que ver con los tebeos, sino con algo que forma parte de mi vida y de mis recuerdos y que no acostumbro a contar a la primera tía con la que me meto en la cama. Sólo se lo he contado a dos mujeres: a Lola, hace dieciocho años, y a Paula, mucho tiempo después. No creo que sea casual que las dos me hayan dado una patada para apartarme de su lado.

Pero bueno, a lo que iba, que no tengo todo el día: mi trabajo otras veces sólo se trata de advertir a un desgraciado antes de que las cosas se pongan feas o vayan a mayores. Ésos son los encargos que menos me disgustan. No hay que partirle la cara a nadie: basta con un empujón o un agarrón oportuno por la solapa. A veces ni siquiera hace falta eso. A algunos se les descompone la barriga en cuanto los miro a los ojos y se avienen a razones sin tener que esforzarme mucho.

El caso es que, a pesar de haberlo observado durante un rato, no logré encajar en ningún grupo de clientes al tipo que me esperaba esa tarde en la cafetería. Se había pasado por el local dos días antes, me había dicho Roberto

cuando me llamó, y había dejado su número después de preguntar por mí. Es el procedimiento habitual, y hago lo mismo con todos los clientes que quieren ponerse en contacto conmigo por primera vez. Los otros, los clientes que ya me han contratado alguna vez, lo saben y les explican que hay que proceder así a aquellos que están interesados en alquilar mis servicios. Nadie sabe mi dirección, ni mi nombre verdadero, Montalbán, Rafael Montalbán. Para todos ellos, incluso para los camareros del Lisboa, soy Montaner. Montaner a secas. Y tengo un carné falso desde hace años que da fe de que mi foto, con la nariz rota y torcida, pertenece a un tipo que no existe en ningún sitio más que en mi imaginación y en los deseos de quienes me pagan.

El posible cliente había estado hojeando un periódico sin dar ninguna muestra de nerviosismo, arrancando de cuando en cuando un sorbo a la taza de café que le había servido Roberto. Sobre la mesa había una agenda y un teléfono móvil que miraba de vez en cuando pero que no llegó a coger nunca ni para llamar ni para responder a una llamada durante los diez minutos que estuve apostado al otro lado de la calle, junto a la farola.

Le guiñé un ojo a Roberto al entrar en la cafetería. No había mucha gente a esa hora. Faltaban dos semanas para que empezase agosto y era una tarde de esas que las vacaciones parecen haber empezado con unos días de antelación, como si la gente no pudiera esperar a dejar Madrid para irse a la playa hasta que no le dieran permiso en el trabajo.

Ocupé la silla que había libre, frente a la persona que estaba esperándome, sin más preámbulos.

—Soy Montaner —me presenté.

Me tendió la mano y yo se la estreché después de quedarme un segundo mirándolo. El tipo sonrió, y yo le correspondí frunciendo el ceño. No confío en la gente que sonríe todo el tiempo.

No me dijo su nombre, pero no me molesté por ello. Algunos clientes prefieren no darlo, o me dan uno falso creyéndose que me lo trago. Me da igual. Ellos tampoco saben el mío. Lo único que me importa es que me paguen, la mitad al hacerme el encargo y la otra mitad al terminarlo, en efectivo siempre, y luego si te he visto no me acuerdo. Cada mochuelo a su olivo, o como se diga.

—Me han hablado muy bien de usted —dijo, para romper el hielo.

Asentí y le dediqué un gesto vagamente parecido a una sonrisa. Los halagos no van conmigo. Nunca me los creo, y detrás de ellos siempre hay alguna intención emboscada.

—Fue un amigo. Edmundo González. ¿Lo recuerda?

Se quedó mirándome, esperando mi respuesta, pero ni siquiera parpadé o simulé que estaba intentando recordar el nombre que me había dicho. Nunca hablo de mis clientes, ni doy nombres, y mucho menos a otros clientes. En este negocio la discreción es fundamental. De no haber sido discreto me habría quedado sin trabajo nada más empezar a dedicarme a esto. Lo mío, como digo, es escuchar y, luego, si me interesa el encargo, hacer mi trabajo de la forma más rápida y más limpia que pueda y a otra cosa, sin implicarme nunca, sin demorarme en torpes juicios morales que sólo me dan dolor de cabeza. ¿Que lo que hago no está bien? Ya lo sé. Ojalá pudiera trabajar en una oficina, pero no sé escribir a máquina. Y no es porque tenga los dedos gruesos como berenjenas. Una novia que tuve me confesó que estaba convencida de que los tipos que habían boxeado tenían las manos tan grandes como bloques de hormigón y los dedos tan gordos como barras de acero. Es uno de los tópicos equivocados que existen respecto al boxeo. Nadie como un púgil se preocupa de proteger sus manos. No hay más que ver el mimo que su entrenador pone al vendárselas, al colocarle los guantes antes de una pelea. Cuando conocí a esta chica ya no boxeaba. No hacía mucho que Lola me había dejado en la estacada y ya me dedicaba a cobrar deudas por cuenta ajena o a proteger a tipos a los que alguna gente les tiene manía. Se sorprendió mucho también cuando le conté que no usaba pistola. Es verdad: nunca me ha gustado llevar pistola. A veces, cuando intuyo que las cosas se van a poner feas llevo una navaja automática que se empalma al tiempo que se escucha un chasquido peligroso, y que sólo he sacado cuatro veces en quince años de profesión. Nunca he tenido que clavársela a nadie. Tampoco creo que hubiera podido. Aunque pueda parecer lo contrario, lo cierto es que no disfruto pegando a la gente, de hecho, la sola idea de hacer daño a alguien, al contrario de lo que piensan mis clientes —mis clientes y aquellos a los que tengo que asustar—, me da más miedo del que a ellos puedo darles yo cuando al abrir la puerta de su casa se encuentran con esta nariz rota y esta cara de mala leche que se me ha puesto con los años. Cada vez que me miro al espejo tengo la sensación de tener enfrente a un animal. Esta nariz que me rompieron cuando empezaba a boxear, en una pelea ilegal que me iba a procurar algo de dinero y que perdí vergonzosamente porque el otro tío no tenía ni media torta y al tercer directo rodó por la lona como una pelota en la playa. Fruncí el ceño y me dio pena ganarle así, tan rápido, de una manera tan humillante. No es que yo fuera un blandengue ni nada de eso, sino que el

organizador de la pelea me había advertido que el combate debía durar por lo menos cinco asaltos. Aflojé el ritmo, y el tipo parecía agradecerlo, porque empezaba a moverse con cierta agilidad, bailando a mi alrededor, esperando que le lanzase un golpe. Al final del tercer asalto ya me estaba lamentando de no haber aprovechado la serie de golpes que logré encajarle en el primer *round*. Ahora saltaba a mi alrededor con la agilidad de un diablillo, y cada vez que le lanzaba un *jab* apenas llegaba a rozarle la cara. Lo veía reírse. Se estaba riendo de mí. Todavía me pareció escuchar una carcajada cuando yo escuchaba contar al árbitro, agachado junto a mí, que me retorció de dolor en la lona, al final del quinto asalto, probando el sabor de los cuajarones de sangre que me salían por la nariz, que me habían roto por primera y última vez en mi vida. Tardé en volver a subir a un ring. Durante una temporada tuve mis dudas: pensaba que no era lo bastante bueno, que me faltaba disciplina para ir cada día al gimnasio, para la dieta. A veces, como un estúpido, me consolaba pensando que, aunque me gustase el boxeo, como mucho, sólo llegaría a levantar la copa del campeonato del barrio. Luego conocí al Gordo, las cosas cambiaron y, antes de que se torcieran definitivamente, algunos periodistas se encargaron de pregonar que Rafael Montalbán sería el nuevo campeón de Europa *superwelter*. Algunos apuntaban que podría llegar más alto incluso.

Pero bueno. A lo que iba. Que me pongo a contar cosas y me cuesta muy poco desviarme de la historia. Está visto que para narrador, por desgracia, tampoco valgo, que dar palizas por encargo, aunque no me guste, es lo que mejor se me da. Edmundo González: claro que lo conocía. Me había llamado seis meses antes y me había citado con él, como con todos, en el Lisboa. Nos habíamos sentado un par de mesas más cerca de la puerta de donde me encontraba ahora frente al que decía ser su amigo. Edmundo González. Lo recordaba bien, pero no por nada especial, sino porque se me da bien recordar los nombres, eso es todo. Y las caras. La de Edmundo González era angulosa, llevaba unas gafas de esas modernas, con montura al aire, y apestaba a colonia cara. Vestía un traje —hecho a medida, supongo— que podía costar lo mismo que tres meses de alquiler de mi casa. Se había puesto en contacto conmigo por un asunto de cuernos, como otros muchos, pero el suyo era un poco especial. Él era el beneficiario, no el cornudo. Se tiraba con regularidad a la mujer de un tipo al que se le había terminado la paciencia. La paciencia, a pesar de lo que algunos creen, acaba terminándose antes o después, igual que la suerte, el amor o el dinero.

Y Edmundo González tenía miedo. Hay cornudos que jamás se enteran de que lo son o que si se enteran hacen la vista gorda hasta que amaine el temporal o a lo mejor le dicen un par de verdades a su legítima antes de llamar a su abogado. Sin embargo, algunos se miran al espejo y se dan cuenta de que la cornamenta no les va bien con el color de la corbata y deciden dar un escarmiento al fulano que ha tenido la amabilidad de calentarle la cama cuando estaba de viaje. El caso es que el marido de su amante le había puesto la proa a Edmundo González. El hombre tenía toda la razón del mundo, y ahora Edmundo González tenía miedo porque el tipo, me aseguró mi cliente sin reparar en con quién estaba hablando, era de esos capaces de contratar a un matón para darle una paliza. Cayó en la cuenta enseguida de su salida de tono y quiso disculparse, pero yo le dije que no se preocupara con un gesto. Total, no pasaba nada. Y uno tiene derecho a contratar a quien le venga en gana si tiene dinero suficiente para pagarlo.

Edmundo lo tenía. Ésa es otra de las razones por las que me acuerdo de él. Me pasé un mes siendo su sombra. Y, no es porque mis honorarios sean desorbitados —que desde luego no lo son—, pero eso vale una pasta. Me dio una llave de su garaje y lo esperaba cada mañana junto a su coche. No quería que nos viéramos en su casa porque estaba casado y tenía hijos, y tenerme pegado a él cuando estaba la familia cerca le iba a suponer un montón de explicaciones engorrosas que no quería, no le apetecía, y no le convenía dar, además.

Durante ese mes no hizo ninguna escapada, y sólo salió dos veces para cenar junto a su mujer y unos amigos. Aquellas noches conducía despacio, señalando la maniobra con antelación suficiente para que yo pudiera seguirlo desde mi coche. Me sentaba en una mesa del mismo restaurante o en la barra, como los solitarios empedernidos, por si alguien aparecía de repente dispuesto a ajustar las cuentas a mi cliente. El frío, bajo el cinturón, me recordaba que llevaba la navaja. Pero no hizo falta sacarla. Durante ese mes nadie se acercó a Edmundo. Falsa alarma. Muchas veces los maridos cornudos se avienen a razones después de consultarlo con la almohada o tal vez al levantarse por la mañana y mirarse al espejo se dan cuenta de que los cuernos, después de todo, son invisibles.

Edmundo González pagó la cuenta, con gusto —con gusto y con buena propina incluida— después de agradecerme los servicios prestados. No estaba mal. Habían sido muchas horas, muy bien pagadas, y ni siquiera había tenido que empalmar la chaira. Además, pude arreglármelas para que los dos

sábados que tuve que hacer de sombra de mi cliente alguien me sustituyese en la puerta de la Pantera Rosa. Sólo son tres noches a la semana, pero el sueldo no es malo, y viene muy bien tener algo seguro para pagar las facturas cuando el otro trabajo, el de las palizas por encargo, afloja. Con las palizas pasa como con todos los negocios: tiene sus meses buenos y sus meses malos, con que no viene mal el pluriempleo de portero de puticlub.

—No lo recuerdo —respondí, sin embargo.

El tipo se me quedó mirando sin disimular del todo una sonrisa.

—Entiendo...

Separé las manos un poco, como una falsa disculpa.

—Son muchos clientes. Es imposible acordarse de todos.

—Edmundo González es el propietario de una agencia de publicidad.

—Ya le dicho que no me suena de nada su nombre —le corté antes de que entrase en detalles. Yo ya sabía lo de la empresa de publicidad, y que manejaba mucha pasta. No en vano había sido su sombra durante un mes. Pero no quería saber más, ni siquiera me convenía. Y me convenía mucho menos que un desconocido supiese que lo sabía.

Me habría levantado y largado en ese momento si no hubiera pensado que hacerlo despertaría sospechas. Pensé, con la velocidad que suelo hacerlo cuando veo venir los problemas, que a Edmundo González podía haberle pasado algo, y que el tipo que tenía delante podía ser un policía, lo cual no era una buena noticia, o peor, uno de esos detectives pesados que no te dejan ni para ir a mear.

—No importa —repuso, conciliador—. Yo conozco a Edmundo González desde hace varios años. Tenemos una relación comercial.

Si se refería a él en presente significaba al menos que estaba vivo. Todavía. También podría tratarse del cornudo al que había engañado Edmundo, que ahora requería mis servicios para lo contrario que aquél me había contratado. La propuesta puede parecer graciosa, y mi respuesta quizá se antoje inverosímil, pero a pesar de mi nariz aplastada, mi cara de animal y estas manos que se vuelven torpes delante de una máquina de escribir, me conduzco por un código que intento no quebrantar nunca, y una de las pocas reglas que tiene ese código es no traicionar jamás a mis clientes una vez que me he comprometido con ellos, aunque me paguen más, o aunque, como pensaba estúpidamente sentado frente a aquel tipo cuyo nombre aún no sabía, alguien venga a contratarme después de que mi trabajo haya terminado. Para bien o para mal, cuando la vida aprieta, cuando te abandona tu mujer y ni

siquiera te quedan amigos, regirse por ciertas reglas y no quebrantarlas es lo único que te ayuda a seguir de pie.

Pero dejémonos de filosofía. Seguía allí, con el ceño levemente fruncido, cada vez más mosqueado porque seguía sin encajar al tipo que tenía enfrente en ningún sitio.

—Vayamos al grano —creo que le interrumpí, aunque la verdad es que no recuerdo si estaba hablando o estaba callado cuando lo dije—. ¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

El fulano volvió a sonreír mientras metía una mano en su cartera. Me puse recto en la silla, esperando a ver qué sacaba, pensando qué decirle si me enseñaba la placa que lo identificaba como policía. Pero abrió la cartera y puso una tarjeta sobre la mesa. La sujeté con un dedo y la leí, sin cogerla. Destacado en una esquina llevaba estampado el logotipo de una cadena de radio muy conocida. Fruncí el ceño: aquello cada vez pintaba peor. En el centro estaba escrito su nombre, con letras de molde: Óscar Gómez, decía, y, debajo, productor.

—Soy periodista.

—Pues qué bien.

Se guardó la cartera sin dejar de mirar la tarjeta que yo no acababa de coger pero no le había quitado todavía el dedo de encima.

—Conozco a Edmundo González por mi trabajo en la radio. Nos consigue publicidad, patrocinio para algunos programas, ya sabe.

Lo cierto es que no, no sabía nada de ese tema. Y no era el lugar ni el momento para adquirir conocimientos acerca del negocio radiofónico, algo que tampoco me importaba, la verdad.

—La semana pasada me habló de usted.

Un cliente contento suele recomendarme a un conocido. Hasta ahí todo era normal.

—¿Y cuál es su problema?

Volvió a sonreír. Se esforzaba mucho en parecer amable. Y eso no me gustaba.

Sacudió la cabeza.

—No, a mí no me pasa nada. A Dios gracias. Estoy aquí porque quiero invitarlo a la radio, a un programa.

Lo que faltaba. Sentado en el Lisboa había visto de todo: desde maridos desechados hasta acreedores desesperados porque un estafador de tres al cuarto se ha ido de un piso que le tenía alquilado sin pagarle seis meses.

Incluso había conocido a un tipo que estaba para que lo encerrasen porque se paraba en cada esquina pensando que su ex mujer había contratado a un asesino para matarlo. Pero en mis quince años de profesión era la primera vez que un periodista se tomaba la molestia de venir a verme porque quería llevarme a un programa en la radio. Acabáramos. Hasta ahí podríamos llegar.

No me gustan las bromas, ni las sorpresas, pero a pesar de ello me di una tregua y me lo quedé mirando, por si acaso. Pero el tal Óscar Gómez no movió un músculo de la cara. Acababa de decirle a un tipo como yo que quería llevarlo a un programa de radio y seguía mirándome como lo más normal del mundo, como si esperase a que me pusiese a dar saltos de alegría. La radio. ¿Acaso no sabía ese imbécil que la máxima aspiración de alguien como yo es pasar inadvertido todo el tiempo que sea posible?

—Lo siento —me disculpé—. Deben de haberle informado mal. Yo no soy la persona que está buscando.

—Yo creo que sí.

Parecía tan seguro de lo que decía que me entraron ganas de cogerlo por el cuello de la camisa y sacarlo a rastras, del Lisboa. No me gusta la gente que da ciertas cosas por supuestas, y mucho menos me gusta la gente que da por supuestas ciertas cosas que tienen que ver conmigo.

—Le he dicho que se equivoca.

Mi tono y mis ojos no dejaban lugar a dudas. Yo en su lugar me habría levantado y habría tomado dos caminos: el del baño, o directamente el de la salida. O primero el del baño y luego el de la salida. Tanto daba. Pero el que estalla frente a mí no parecía ser de los que se rinden fácilmente. Tal vez por eso le di una tregua. Si alguien no sale a correr después de que yo le clave una mirada que hace que la mayoría de la gente a la que tengo que asustar cuando me contratan se avenga a razones de inmediato, enseguida se gana mi respeto. Y aquel tipo que se estaba ganando mi respeto, o estaba muy seguro de convencerme, o es que estaba loco o era un inconsciente. O tal vez, y quizá lo más seguro, afectaba una mezcla de las tres cosas. Y, pensaba yo en aquel momento, ingenuo como un niño, que a lo mejor, en el bolsillo de la chaqueta, junto a esa cartera de la que había sacado la tarjeta que aún seguía sobre la mesa, entre nosotros, como si la dividiera en dos territorios, tal vez guardaba un fajo de billetes que servirían muy bien para compensarme por las molestias de haber acudido al Lisboa para nada.

—Otro, por favor —pidió volviéndose hacia Roberto, señalando su taza de café vacía—. Y lo que vaya a tomar el señor.

Miré a Roberto y asentí. No sé muy bien por qué, pero lo hice sonriendo. Aunque recuerdo, eso sí, que era mi primera sonrisa en todo el día. Y ya pasaban diez minutos de las siete de la tarde.

—Es un programa que se llama *Bajos fondos*. Tal vez le suene.

Mi cliente, o mi no cliente, debería decir, me contaba cómo era el programa mientras removía el azúcar que había volcado en su segundo café. Si se ufanaba de haberme retenido en la cafetería lo disimulaba muy bien. No creo que imaginase siquiera que muy bien podría haberlo sacado a rastras del Lisboa, haberle dado un par de bofetadas en la calle y luego irme tan fresco.

—No. No me suena. No escucho la radio.

Mi desinterés por el medio en que trabajaba tampoco pareció afectarle.

—Es un programa que se emite los viernes, de madrugada, un programa nacional.

—¿Nacional?

—Quiero decir que se emite para toda España.

—Ajá.

—Cada semana traemos a alguien que puede ser de interés para los oyentes. Gente de los bajos fondos, de ahí viene el nombre del programa.

En la última frase no pudo disimular el orgullo, y eso me hizo pensar que tal vez él habría sido a quien se le había ocurrido la idea del nombre del programa, o quizá el programa mismo.

No pude evitar que se me escapase una sonrisa cínica.

—Gente de los bajos fondos...

—Ya sabe: prostitutas, proxenetas, traficantes, trileros, atracadores.

—Ya veo. Lo mejorcito de cada casa.

Ahora fue él quien dejó escapar una sonrisa, pero la suya no me pareció cínica, sino cansada.

—El programa está funcionando muy bien. Según los últimos sondeos tenemos mucha audiencia, y eso que las otras cadenas han reaccionado con otros espacios parecidos. Pero nosotros empezamos primero, y estamos haciendo un buen trabajo, además.

—Me parece muy bien. ¿Y qué pinto yo en todo esto?

Dio un corto sorbo a la taza y se me quedó mirando un segundo antes de responderme.

—La temporada termina la semana que viene. Este viernes ya lo tenemos cubierto, pero para el último programa nos gustaría contar con su presencia en la radio.

Dejé escapar una risotada. Hasta Roberto, el más discreto de todos los camareros del Lisboa, me miró por el rabillo del ojo.

—Sería muy interesante para nosotros, para nosotros, y para los oyentes, el testimonio de alguien como usted.

—¿De alguien como yo? —los derroteros por los que discurría la conversación me conferían cierta ventaja. A partir de ahora era el otro el que tenía que tener cuidado con las respuestas.

—Alguien con su experiencia, si me permite la expresión.

Dejé la taza sobre la mesa. Me quedé mirando el líquido humeante que contenía unos segundos antes de clavar los ojos otra vez en mi interlocutor.

—Mi experiencia en qué —dije, deteniéndome, con clara intención de énfasis, en cada una de las cuatro palabras, sobre todo en la última.

Dejó escapar un poco de aire antes de responder, despacio, por la nariz, como si estuviese calibrando el efecto que la frase que dijera podría tener, no ya en la breve conversación que estábamos manteniendo, sino en su integridad física.

—Ya sabe. Su experiencia en resolver situaciones complicadas.

No está mal, muchacho, me dije. Te acabas de salvar por los pelos. Si hubieras dicho matón o algo así la conversación habría terminado sin darte ninguna opción de seguir. No suelen gustarme los eufemismos porque la mayoría de las veces me parecen un insulto para quien los recibe mucho mayor que si se le dijeran las cosas claras, como uno las piensa, pero este productor radiofónico estaba haciendo un gran esfuerzo para convencerme y al mismo tiempo para no ofenderme, y la razón por la que lo hacía no era porque estuviera interesado en contratar mis servicios o porque tuviera miedo de mí —que no digo yo que no lo tuviese—, y aquella situación me resultaba bastante novedosa. Por otro lado, no tenía nada mejor que hacer esa tarde, y podría terminar con aquello en cuanto me viniese en gana.

—No necesito ninguna publicidad de un medio de comunicación —le dije, sin embargo—. Comprenderá usted que no aparezca en las páginas amarillas y que no quiera que mi nombre se airee mucho por ahí.

—Podremos usar el nombre que usted quiera para el programa.

—El mío está bien. Montaner. No hay ningún problema.

Lo dije como si Montaner fuera mi nombre verdadero. Y acaso, de algún modo, lo era, igual que lo es todavía.

Lo vi sonreír, como si hubiera conseguido su propósito.

No te precipites, chaval. En la vida las cosas no son tan fáciles. Al

menos en la vida de la gente como yo.

—Pero eso no quiere decir que vaya a ir a la radio —me apresuré a aclarar.

Volvió a sonreír, como si estuviese seguro de que pudiera contar con mi presencia en el programa a pesar de todo, como si mi negativa no fuese más que una pose, el capricho de un niño enfurruñado que se hace de rogar antes de ir a un cumpleaños.

La razón no era ésa, sino que tenía una carta en la manga, y sin tener ni idea, además, como si llevase un décimo de lotería premiado en el bolsillo sin saberlo antes de que se celebrase el sorteo.

—El programa está muy bien —me explicó—. Lo presenta Teresa Bernal. Tal vez sepa quién es.

Fruncí el ceño, fingiendo que no la conocía. Teresa Bernal. No sabía que ahora trabajase en la radio.

—Tal vez le suene su cara de la televisión.

—¿La televisión? —mentí.

—Presentaba un programa en televisión hasta hace dos años.

Torcí la boca, como si no me acordase. No tenía por qué mentir respecto a Teresa Bernal, pero estoy tan habituado a decir siempre que no conozco a nadie por quien me preguntan que ese fingimiento era lo que me resultaba más natural. Enseguida me di cuenta de que era una chiquillada.

—Me suena, creo.

Teresa Bernal. Treinta y pocos. Pelo castaño. Ondulado. Ojos verdes. Transparentes. La única iluminación del salón es la luz azulada del televisor que veo con el volumen al mínimo porque es de noche. Muy tarde. Es un programa que repiten de madrugada para los insomnes o los noctámbulos. Para mí. La periodista charla tranquilamente con alguien que no conozco. Nunca conozco a nadie de los que entrevista. Ni siquiera me fijo. Sólo la veo a ella. Veo sus ojos, que me gustan tanto. No escucho lo que dice. Pero no es porque el volumen del televisor esté al mínimo. A veces veo la tele como si mirase a los ojos de un hipnotizador, en silencio, hasta que me vence el cansancio. Paula duerme en la habitación porque se tiene que levantar temprano. Todavía no nos hemos separado pero yo soy incapaz de conciliar un sueño decente. Esa noche no me ha quedado más remedio que romperle un par de dedos a un pobre diablo que había creído que iba de farol. Me hubiera gustado no hacerlo. Tal vez lo he salvado de algo peor. Es lo que me digo siempre para justificar lo que hago. Que a lo mejor mandan a alguien

con menos paciencia o con menos mano izquierda que yo. Uno de esos a los que les babea el colmillo en cuanto escuchan el chasquido de la navaja al abrirse. O quizá es la misma noche que he dejado los nudillos tatuados en una señal de tráfico porque he perdido la calma y he amenazado con romperle las piernas a un tipo delante de su mujer y de su hija de nueve años. Jamás le haría daño a alguien delante de su mujer y de su hija. Ni a mi peor enemigo. Ni aunque me pagasen una cantidad escandalosa por ello. Pero él no lo sabe. Su mujer no lo sabe. La niña no lo sabe. Y al marcharme y doblar la esquina le he dado tan fuerte a la señal que casi me rompo la mano. De pura rabia. De asco de mí mismo.

O quizá es una noche que le he roto las piernas a un tipo que a lo mejor se lo merece. O quizá no. Da igual. O el día que he palpado la hoja fría del cuchillo porque estuve a punto de perder los nervios. No la he sacado. Pero da lo mismo. Para mí no hay diferencia entre estar a punto de hacer algo y hacerlo. La intención es lo que cuenta.

Qué más daba la noche que fuese. Fue más de una. Fueron muchas. Y daba la puñetera casualidad de que el sueño se me escapaba con más facilidad que otras veces. Me tumbaba a ver la tele y veía programas repetidos sin prestar atención, y los ojos de esa periodista me relajaban. Los miraba y se me ralentizaba el pulso, —ya no sentía el corazón latirme en las sienes, como un caballo desbocado, bumbumbumbum, sino que lo escuchaba, muy lejos, dentro de mi pecho que bajaba y subía despacio al respirar, tranquilo, bum... bum... bum... bum. No es que los ojos de esa presentadora de televisión fueran la solución a mis nervios, pero al decirme su nombre el productor me acordé, como en un fucilazo, de las noches de insomnio, que ahora se repetían, frente al televisor, con la única compañía de sus ojos y sus labios que a veces intentaba leer cuando el volumen estaba lo bastante bajo como para no poder escuchar su voz.

Al final terminaba tumbado en la cama, cuando faltaba muy poco para que el despertador de Paula estallase y ella se estirase bajo las sábanas antes de levantarse, ducharse y vestirse para la oficina. Me tumbaba, cerraba los ojos, me escocían los párpados por culpa del insomnio. Cerraba los ojos y pensaba en los ojos verdes de Teresa Bernal, aunque tal vez, al principio, las primeras veces, ni siquiera sabía su nombre, sino que sólo pensaba en ellos y me quedaba dormido, profunda, plácidamente, como si las amenazas, las piernas rotas, el frío de la navaja en los riñones y toda mi vida equivocada no hubieran sido otra cosa salvo un mal sueño.

—¿Entonces le suena? —el productor radiofónico me lo preguntó mientras separaba la taza de sus labios. Durante un momento casi me había olvidado de que todavía seguía allí, esperando mi respuesta. Estaba seguro de que sería que no, como no podía ser de otra manera. Un matón no va a la radio a contar lo que hace. Eso sólo pasa en las películas o en las novelas. Y aunque al final lo hice, no es que piense que mi vida sea una película. Ni siquiera una mala novela.

Pero aquella tarde yo aún no sabía que iría al programa, al menos no de un modo consciente. A veces nos encontramos haciendo cosas que tenemos la firme convicción que no vamos a hacer, y lo más extraño es darnos cuenta, cuando lo pensamos retrospectivamente, de que ya entonces, cuando nos negamos, teníamos algo dentro que nos iba a obligar a ello, aunque no quisiéramos. O es que sí queríamos pero entonces nos disgustaba reconocerlo.

Yo entonces no sabía que lo haría. Lo juro. Y tampoco sabía lo que iba a ocurrir después. Cómo podría.

—Teresa Bernal. Creo que sé quién es —respondí, sin embargo. Por decirle algo.

—Pues ahora trabaja en la radio. Es un programa parecido al que hacía en televisión, sólo que éste puede hacerse con más libertad, ya me entiende: no es lo mismo hablar delante de una cámara que hacerlo cuando tienes la tranquilidad de que nadie te puede ver. La radio tiene mucho encanto, además.

—Comprendo. Pero no voy a ir. Nunca se sabe quién puede estar al otro lado escuchando.

Si le contrarió mi respuesta supo disimularlo muy bien.

—No hace falta que me diga ahora que no. Piénselo. Tenemos tiempo. Sé que ahora mi propuesta le parecerá extraña, pero, tal vez, cuando lo piense un poco, a lo mejor no le parece una idea tan descabellada.

Sacudí la cabeza.

—Lo siento.

Se inclinó sobre la mesa y miró de reojo a un lado y a otro, como si quisiera asegurarse de que nadie podría escuchar lo que iba a decir.

—Verá. Edmundo González me habló muy bien de usted.

Cerré los ojos, sin disimular que no me gustaba hablar ni que me hablasen de mis clientes.

—Sí, de acuerdo, ya lo sé. Usted no conoce a Edmundo González, pero

él me ha dicho que, aparte de una conducta profesional intachable, usted es una persona con la que se puede hablar, que se expresa muy bien. Y eso sería estupendo para el programa.

Edmundo González tampoco era un cliente muy habitual. No sólo porque había sido el beneficiario de los cuernos en lugar de lucir la cornamenta, sino porque, cuando lo acompañaba a comer y estaba solo —y un ejecutivo como él suele almorzar en la calle un día sí y otro también— me insistía para que me sentara con él, y se enfadaba si no lo hacía. No es algo que me guste hacer, me parece poco profesional, pero el que paga manda, así que no pude hacer otra cosa salvo plegarme a sus deseos. Al cabo, me había dado cuenta enseguida de que nadie iba a venir a pegarle un tiro. Los celos a veces llegan a ese extremo de estupidez, pero el marido de la amante de Edmundo no era de éstos. Mi cliente temía que le dieran una paliza, menos aún, un susto. Poco más. Tenerme a su lado lo tranquilizaba, y ha sido el trabajo más fácil que he hecho en toda mi vida. Hablamos de todo. Lo recuerdo. Le conté que estuve casado. Que no tenía hijos. Que durante los dos años que duró mi matrimonio con Paula rara vez volví a casa sin el temor de que mi mujer se hubiera largado. Que me había quedado solo, otra vez, por culpa de esta mierda de vida que llevo. No intimamos más, pero es bastante más de lo que suelo intimar con la gente que me contrata. Las dos veces que salió a cenar con su esposa y algunos amigos me había visto leyendo, sentado en el taburete de la barra o a una mesa del mismo restaurante. Colegí de las palabras del periodista que aquello le había gustado a Edmundo González: nadie piensa que a un matón pueda gustarle leer para distraer el tedio.

Sonreí para mis adentros, para que el productor radiofónico no se diese cuenta. A pesar de ser como soy y del trabajo que tengo no dejaba de resultar halagador que alguien hablase bien de mí, no ya como profesional, sino como persona. No alterno con colegas de profesión, aunque conozco a muchos. Y, bueno, está mal que yo lo diga, pero es que es la verdad: tenemos muy pocas cosas en común.

—Le agradezco la invitación. Pero no voy a ir. Seguro que no hace falta que le explique las razones.

—Nadie sabrá su nombre. Distorsionaremos la voz si quiere.

Negué con la cabeza, sonriendo, ahora para afuera, para que se diera cuenta de que estaba de buen humor.

—Lo siento, pero no.

Me levanté y le tendí la mano. A veces, cuando me voy sin aceptar un trabajo, ni siquiera me molesto en estrechar la mano de quien ya no va a ser mi cliente. Pero este tipo me había caído bien. Me había dicho la verdad desde el principio, y se había mostrado respetuoso conmigo. A otros enseguida les sale la prepotencia por las orejas, en cuanto sacan la billetera.

—Ha sido un placer —concluí.

Asintió sin mostrarse decepcionado, como si se esperase esta reacción pero no estuviese dispuesto a rendirse todavía. Y es que no estaba dispuesto a rendirse. Roberto estaba pasando un paño húmedo por la barra, sin mirarme pero pendiente de lo que estaba pasando. Ya me había levantado y había estrechado la mano de aquel tipo, pero me había demorado un segundo más de lo que acostumbro. No sé muy bien por qué. No lo puedo decir. Tal vez por eso que he dicho antes, que a menudo hacemos cosas que nos sorprenden, que las hacemos a pesar de estar convencidos de lo contrario, como todo lo que ha pasado estas últimas semanas, hasta acabar aquí, en Lisboa, esperando tranquilo, como si fuera la única solución posible o porque en realidad es que ya todo me da lo mismo: que Lola ya no esté a mi lado, que un hombre que una vez fue mi amigo venga a matarme de una vez.

No sé muy bien por qué, ya digo, y tampoco importa mucho ahora, pero el caso es que cogí aquella tarjeta que había dejado sobre la mesa y me la guardé en el bolsillo de la chaqueta antes de salir del Lisboa.

Esa tarde no tenía nada más que hacer. Era martes, y martes de verano, además, y en esa época el trabajo afloja en la Pantera Rosa. Los sabelotodo que vomitan tonterías en las tertulias de la radio dicen que con el calor aumenta la libido, pero supongo que se referirán a la libido de quienes están en la playa tumbados en una hamaca o mirando con el rabillo del ojo a las jovencitas que se pasean por la orilla con un breve tanguita como minúscula protección de su intimidad, mientras fingen leer tranquilamente el periódico y sus esposas embadurnan de bronceador a los niños. Yo no tenía que ir al puticlub hasta el jueves, y luego el viernes, y el sábado también. Y así todas las malditas semanas de todos los malditos meses del año. Portero de puticlub de jueves a sábado y cobrador ocasional de deudas imposibles de cobrar, o espantador de amantes por cuenta de maridos cornudos el resto del tiempo. Así era mi vida hasta hace una semana. No sé cómo va a ser a partir de ahora.

No lo sé, entre otras muchas cosas, porque ni siquiera sé si estaré vivo dentro de un rato.

Paula, cuando estábamos casados, protestaba. Qué mujer en sus cabales no lo haría. Pero, de todas las cosas que he probado en la vida, esto es lo que mejor sé hacer. Parece mentira, me decía ella entre risas, al principio de conocernos, cuando reuní el valor para contarle a qué me dedicaba. Parece mentira, con lo bajito que eres. Pero si me diste la impresión de ser una mosquita muerta cuando te vi por primera vez. Y tenía razón. A mucha gente le pasa lo mismo que a ella. No soy alto, ni siquiera parezco demasiado fuerte, y lo único que impone respeto de mi cara es la nariz rota y los ojos, que, cuando me quedo mirando a alguno fijamente se da cuenta enseguida de que no voy de farol. No acostumbro a pelearme en vano, pero si lo hago tengo una cosa clara, y eso le digo al otro antes de empezar, despacio, templando la voz, sin dejar de clavar mis ojos en los suyos: si quieres empezamos, pero te advierto una cosa, hasta que uno de los dos no se levante.

Cualquiera que vea cómo soy puede tener sus dudas, es verdad, pero la mayoría de las veces una frase así, sin levantar la voz ni hacer aspavientos, es mano de santo. Hasta que uno de los dos no se levante. Fueron las primeras palabras que me escuchó decir Paula. Se las dije a un imbécil que estaba molestándola en la barra de un bar. Era un día entre semana, no recuerdo si era lunes, martes o miércoles: uno de éstos tenía que ser porque era una noche que yo no trabajaba en la puerta de la Pantera Rosa. Bueno, también podía ser domingo, pero no: nunca salgo a tomar nada los domingos por la noche. Bastante deprimentes son ya las últimas horas de la semana como para pasarlas solo acodado en la barra de un bar. El caso es que yo estaba sentado junto a ella, tragándome en silencio, a partes iguales, el vaso de leche y la soledad, sin saber aún que la iba a conocer y que íbamos a terminar casándonos y divorciándonos.

Estaba mirando a Paula. Todavía no conocía su nombre y estaba tan cerca de mí que a veces, al subir y bajar el vaso para beber, nuestros brazos se rozaban. A través del espejo que estaba detrás de la barra creí adivinar que me miró un par de veces, pero no quise darme por enterado: tengo la maldita manía de pensar que cuando una mujer me mira dos veces en un bar es porque se ha equivocado, porque le recuerdo a alguien o porque, como aquella vez, la leche me ha dejado una mancha blanca en el bozo. Debe de ser por culpa de algún trauma infantil. Lo de las mujeres, quiero decir, no lo de la leche. De pequeño me cambié muchas veces de colegio porque vivimos en

siete ciudades diferentes durante diez años, y al final siempre me veía igual, sentado en el pupitre, en la última fila, sintiéndome observado por mis nuevos compañeros que nunca llegaban a convertirse en amigos. Tal vez por eso necesito un poco más de tiempo que la mayoría de la gente para saber si alguien puede ser mi amigo, si una mujer me mira porque le intereso o porque se ha equivocado o me confunde con alguien, si le intriga que a mis años siga gustándome la leche, o es que mi nariz aplastada la inquieta. He de decir también, en mi descargo, que después de lo de Lola —lo de Lola la primera vez, porque ha habido una segunda, aunque yo entonces no lo sabía— no había vuelto a confiar en ninguna mujer, por muy guapa que fuese, por muy modosita que pareciese. Ni aun llevando hábitos hubiera creído en sus palabras.

El caso es que el cuadro era yo, a su izquierda, dando lentos sorbos al vaso de leche, y ella fumando y tamborileando con las uñas sobre la barra de madera. Parecía mosqueada, o impaciente, pero yo no podía adivinar la razón: si era porque la habían dejado plantada o porque el baboso que estaba a su derecha tenía la cara tan cerca de la suya que podía olerle el aliento.

No había que tener mucho olfato para adivinar el problema. Pero no era mi problema. Le arranqué el último trago al vaso y busqué unas monedas en el bolsillo. Para entonces el pelmazo que estaba a la derecha de Paula había pasado del rodeo al ataque frontal. Se había vuelto hacia ella y la desnudaba con la mirada. Me dio por sonreír, por dentro, sin que nadie se diese cuenta. Hay que ver la de tonterías que es capaz de hacer un tío para llamar la atención de una mujer. Sobre todo si, como aquél, estaba borracho. O muy desesperado. Cuando dejé un par de monedas en la barra el tipo ya le había pasado un brazo a Paula por encima del hombro y le estaba diciendo algo al oído. Ella frunció el ceño, tratando de zafarse del abrazo del oso, y volvió la cara hacia mí. No lo hizo porque necesitase ayuda, me aclararía después, orgullosa: aunque ella luego insistiría siempre en lo contrario, ofendida, yo sé que no hubiera sido capaz de librarse de aquel fulano sin mi ayuda. En el bar no había mucha más gente: dos parejas sentadas a una mesa, al fondo, un chaval en la puerta esperando a alguien y el camarero. Me daba que ninguno estaría dispuesto a echar una mano a Paula si el oso insistía en su abrazo. Yo tampoco estaba por la labor, la verdad. Y no es porque me diera miedo el tipo, aunque me sacara dos cuartas y se le adivinase un cinturón de grasa bajo la camisa: alguien que se gana la vida partiéndole la cara a los demás sabe que un tipo grande y grasiento puede tener una fuerza descomunal.

Me pareció más grande aún cuando se levantó del taburete. Paula había hecho lo mismo un segundo antes, para quitarse de encima el peso de su brazo, y al verla a ella de espaldas, mirándolo con cara de mala hostia, tan pequeña y tan frágil a su lado, me pareció un gigante beodo.

Cuando quise darme cuenta ya la había cogido del brazo. Y ella le había dicho algo, en voz alta, que hizo que los cuatro pares de ojos de los dos matrimonios que estaban sentados al fondo se fijasen en ellos. Había visto demasiadas broncas como para pensar que alguno de ellos saldría en defensa de Paula. El chaval que estaba en la puerta se había marchado después de mirar con el ceño fruncido lo que estaba pasando. El camarero hacía como que buscaba cambio en la caja. Tampoco yo tenía ganas de complicarme la vida. Era mi día libre. No tenía nada que hacer, no había quedado con nadie y tampoco me esperaba nadie en casa para darme un beso. Pero no por ello iba a meter las narices en corral ajeno.

Que me sueltes, escuché decir a Paula, mientras esperaba el cambio. El camarero me miró, buscando un gesto cómplice, y me pareció que le hubiera dado lo mismo que mi respuesta hubiera criticado a Paula por ir vestida con una falda corta y una camiseta ajustada o que por el contrario hubiera recriminado al orangután por estar borracho y por no dejar en paz a una mujer indefensa. Cualquiera cosa creo que le hubiera valido al camarero con tal de no sentirse solo en ese momento. No le dije nada. No me gustan los camareros parlanchines. Aunque no hablen.

Que me sueltes, repitió Paula, más fuerte esta vez. El tono de su voz había subido, pero me pareció advertir cierta súplica ahora. También lo negaría después —no tardó en destaparse orgullosa— cuando me dijo que podría haberse librado ella solita del energúmeno que se había encaprichado de ella. Yo nunca le dije lo contrario. Para qué discutir. Y cuando me estaba guardando el cambio aún no había decidido meter las narices donde no me llamaban, o tal vez sí pero todavía no lo sabía. Muchas veces actuamos por instinto, como si hubiera en alguna parte recóndita del alma un pozo negro del que van saliendo cosas que no sabemos que tenemos. Pero lo mejor será no negarlo: yo sí sabía que tenía dentro lo que estaba a punto de sacar. Media vida dando hostias —por gusto, por necesidad, por cuenta de otros— no deja mucho espacio para las dudas.

Imbécil, dijo ahora Paula. Y el otro la miraba, torciendo la boca. El gesto parecía una sonrisa. Una sonrisa maligna. Yo ya me había vuelto, me había encogido de hombros porque aquélla no era mi guerra y porque desde

ese pozo oscuro que tengo dentro también me sobrevino la sensación de que al final no iba a pasar nada, que el tipo dejaría a Paula y ella saldría a la calle, enfadada, soltando alguna que otra palabrota, pero intacta.

Pero, ya digo, el caso es que uno no puede controlar lo que le fluye desde esa sima que tiene en el pecho, tan adentro que nunca sabe dónde está. Y al salir a la calle me quedé parado un instante, buscando el paquete de tabaco en el bolsillo, sacando un cigarrillo despacio, buscando el mechero, dando la primera calada mientras miraba a un lado y a otro, sin prisas, como si estuviera disfrutando del momento. Todas estas cosas —buscar el tabaco, encender el cigarrillo, darle la primera calada— las podría haber hecho sin pararme en la puerta de la cafetería. Pero el caso es que me quedé allí, y por eso acabé casándome con Paula. Así es la vida, muchas veces lo pienso, como una partida de billar: alguien impulsa una bola con el taco, y la bola rueda, golpea en una banda, y le da a una bola, y a otra, y de nuevo a la banda. Y todo se pone patas arriba sin que podamos hacer nada salvo apretar los dientes y cruzar los dedos.

No sé cómo. Supongo que habría logrado zafarse del brazo de aquel gorila o tal vez él la había soltado esperando que el miedo la dejara paralizada, o acaso pensaba que al final ella tendría ganas de marcharse con él. De ilusión también se vive. El caso es que cuando quise darme cuenta Paula estaba en la calle. A mi lado. Al verla se me quedó el cigarrillo a medio camino. No llegué a darle una calada. Me la quedé mirando. Estaba respirando hondo, lo hizo dos o tres veces, con los ojos cerrados, antes de emprender su camino. Tenía miedo, mucho, aunque me lo negase más tarde. Y no le faltaba razón. El animal salió del bar en dos zancadas. Otra de las cosas que uno aprende después de pasar buena parte de su vida jugándose el pellejo es a calibrar a un posible contrincante con pulcritud de contable: metro ochenta y cinco, ciento diez kilos, cuarenta y pocos, zurdo, borracho, peligroso. Y el héroe frustrado que llevo dentro a mi pesar ya había colocado a ese fulano en el casillero donde pone adversario. Una parte de mi voluntad le decía a mis piernas que emprendieran el camino hacia el otro lado de la calle, en dirección al semáforo, que no me metiese en líos, que aquello no era asunto mío, pero otra parte de mí, tal vez la voz que escuchaba llamándome, desde el pozo oscuro, me mantenía clavado en la acera, acompasando la respiración para calmar el pulso que se me había acelerado desde que salí del bar.

Te he dicho que me dejes, escuché gritar a Paula. Y el tipo respondió

algo, con la lengua gorda. No pude entenderlo muy bien.

Que me dejes, repitió ella, bajando la voz pero con bastante más mala uva.

—Que la dejes.

No fui del todo consciente de haber dicho la frase hasta un instante después de que hubiera salido de mis labios. Cuando me di cuenta de que era yo quien la había soltado, el tipo ya me estaba mirando, con cara de pocos amigos. Normal. Había violado una de las primeras normas de convivencia: me había metido donde no me llaman. Y esas cosas molestan.

El fulano ni se molestó en contestarme. Tenía las dos zarpas sobre los hombros de Paula, como si fueran amigos de toda la vida o como si fueran dos novios a punto de besarse apasionadamente en plena calle.

—Te ha dicho que la dejes. ¿Es que no te has enterado?

Lo más difícil es la primera frase. Una vez que se ha roto el hielo lo demás ya no importa tanto. El héroe que habita en el pozo oscuro, ese al que le gustaba leer tebeos cuando era un niño, había decidido que ya estaba bien de hacerse el tonto y mirar para otro lado. Y a ese tipo parecía gustarle. Parecía gustarle tanto porque por fin le habían dado la ocasión de partirlle la cara a alguien. Y a lo mejor lo que buscaba era eso, soltar adrenalina, relajarse molestando a una mujer o partiéndole la cara a un entrometido como yo. Pero hoy no era su día de suerte. Me palpé el mango de la navaja, que llevaba guardada en el bolsillo de atrás, junto a la cartera, para que no se me notase mucho. Lo hice y creo que sonreí con la tranquilidad de quien sabe que, si las cosas se ponen feas, sacarla sería la última oportunidad de salir entero de allí, tal vez sin tener siquiera que dar un puñetazo. Enseñarla para que se asustase. Sólo eso.

El tipo soltó a Paula y avanzó un paso hacia mí. Metro ochenta y cinco. Ciento diez kilos. Cuarenta y pocos. Zurdo. Borracho. Peligroso. Apestaba tanto a alcohol que me sobrevino una arcada que pude contener a duras penas. Tragué saliva, despacio. Paula, detrás de él, no se había movido. Podía haber aprovechado para salir corriendo, pero en lugar de eso permanecía quieta. Eso me gustó. Me quedé para ayudarte, por si te hacía falta, me dijo después. Me lo dijo y me eché a reír. Todavía no la había besado.

—Lárgate —me dijo el tipo. Las tres sílabas parecían vomitarle de la boca, sobre todo por el olor.

Yo lo miraba fijo. Entornando los ojos un poco, apretando los labios lo justo. Se acercó un poco más. Estaba a un palmo de mí. Demasiado cerca. Ni

siquiera tendría que alargar el brazo para agarrarme por el cuello. Sin aumentar la escasa distancia que nos separaba giré un poco el cuerpo, para no dejar al descubierto el pecho y el estómago. Tensé los músculos de las piernas y las flexioné un poco. Lo hice todo muy despacio, procurando que no se diera cuenta, sin dejar de mirarlo a los ojos. He de confesar que, aunque casi siempre me da asco mi trabajo, me arrastra la sensación que tienes cuando estás a punto de pelearte con alguien que se merece que le paren los pies, como aquel tipo, que me sacaba un par de palmos y pesaba treinta kilos más que yo. Escuchaba la sangre batirme en las venas, bajo la piel, despacio —bum, bum, bum, bum—, y el resto del mundo había dejado de existir. Paula ya no estaba, el bar donde acababa de tomar un vaso de leche había desaparecido, los coches, el semáforo, la calle. Sólo estábamos aquel tipo y yo, como dos tigres a punto de emprenderla a dentelladas.

—Que te vayas —volvió a decirme.

Su gesto no dejaba lugar a dudas. El mío tampoco. Pero él no sabía que yo nunca voy de farol.

Entonces se lo dije. Se lo dije de la única forma posible que hay de decirle a alguien como él algo así: mirándolo a los ojos, sin pestañar, sin mover un músculo de la cara, tenso como una piedra pero con la voz suave, igual que si estuviera diciéndole a una mujer que estaba enamorado de ella. Un minuto antes le había dicho que se largase, pero Paula me dijo luego, e insistiría en ello mucho después, que las primeras palabras que me escuchó fueron éstas:

—Si quieres seguimos con esto. Pero te advierto una cosa: hasta que uno de los dos no se levante.

Me sacaba dos palmos, pesaba treinta kilos más que yo y estaba borracho. Lo normal hubiera sido que después de escucharme hubiera intentado darme un puñetazo en el estómago, o un rodillazo en los huevos para romperme la nariz —otra vez— de un codazo cuando me inclinase por culpa del dolor. Cualquiera de esas cosas es eficaz para que un tipo se avenga a razones. Eso forma parte de mi rutina. Yo mismo había tenido que hacerlo con tipos más grandes, más gordos y más borrachos que él para sacarlos a rastras de la Pantera Rosa. Y no sé si aquel tipo me conocía de haber ido por allí alguna vez, pero el caso es que pasaron unos segundos y no se movió. Y yo había dicho esa frase muchas veces como para saber que si el receptor del mensaje no se tira encima de ti o la emprende a puñetazos en los dos segundos siguientes es porque la partida ha terminado. No hay que hacer

mucho más, sino dejarlo que se retire con honra, que deje sus cartas malas sobre la mesa y que abandone la timba. Me había visto en los ojos que no iba de farol. Hasta que uno de los dos no se levante. Lo había dicho de verdad, siempre lo digo. Mano de santo. Ojalá me sirviese igual con las mujeres. Haber podido mirar a los ojos a Lola y decirle muñeca, no me hagas esto, porque si lo haces no volverás a verme. Con ella siempre he sentido que jugaba una partida en la que me tocaban las peores cartas, o es que ella hace trampas, o tal vez soy el que la deja que las haga.

Pero bueno, ésa es otra historia, y todavía no hemos llegado ahí. El caso es que el tipo soltó una blasfemia y un eructo, o tal vez fue primero el eructo y después la blasfemia. Qué importa. Después de que lo último le saliese por la boca —la blasfemia o el eructo: en su caso no había mucha diferencia— se retiró sin ofrecerme la espalda, dedicó una última mirada a Paula con desprecio y escupió antes de darse la vuelta. No le quité ojo hasta que lo perdí de vista, en la oscuridad, al final de la calle. A veces sucede que a quien ha sido humillado le afecta de pronto un ataque de rabia, y es cuando más peligroso resulta. Todavía me quedé mirando unos segundos la esquina por donde había desaparecido, por si acaso volvía a la carga desde la oscuridad. Pero nada. Hasta que uno de los dos no se levante. La frase había surtido efecto. Suele pasar.

Si soy sincero, no esperaba que Paula siguiera allí todavía. Concentrado como había estado en el gorila, no esperaba nada de una mujer a la que acababa de conocer. Habían estado a punto de partirme la cara por ella, o era yo el que había estado a punto de partírsela a alguien, pero eso no significaba nada. No se iba a echar en mis brazos por eso, ni siquiera esperaba que me diera las gracias. Esas cosas sólo pasan en las películas.

Pues eso. Me di la vuelta, sin mirarla siquiera, sin esperanza. Pero Paula seguía allí, en la acera, sin saber muy bien qué decir, como me contaría más tarde pero yo todavía no sabía. No parecía que el energúmeno fuera a volver a la carga, y seguro que ella era lo bastante lista como para cruzar la avenida en lugar de caminar hacia la calle por donde el tipo se había marchado. Asunto resuelto. Cerré los ojos, moví los hombros varias veces, arriba y abajo, para relajarme, y seguí mi camino en la dirección opuesta a la que se había marchado aquel tipo. No conviene tentar a la suerte más de la cuenta: al final, más tarde o más temprano, acaba saliendo tu número.

Aunque mentiría si dijera que en el fondo no esperaba que ella me dijese algo, que me cogiese el brazo tal vez para darme las gracias. No sé. A estas

alturas de mi vida, si quiero ser honesto, no puedo presumir de entender a las mujeres. Quién podría. Las mujeres son para mí el mayor enigma que existe. Tal vez por eso me gustan tanto. Y aquella noche, en la puerta del bar, mientras caminaba despacio, con las manos metidas en los bolsillos, queriendo volver a instalarme en la soledad de la que no me había marchado a pesar de salir en defensa de Paula, esperaba que la mujer cuyo nombre estaba a punto de conocer pero yo todavía no lo sabía me dijese una sola palabra para darme la vuelta. Y la mujer con la que acabaría casándome pero yo todavía no lo sabía dijo algo. Escuché las tres palabras muy lejos, como si me salieran del pozo oscuro, como si fuera yo el que las estuviera diciendo porque tenía tantas ganas de escucharlas. Pero ella las volvió a decir, más fuerte esta vez, y entonces me paré. Sonreí, antes de girarme, porque prefería hacerme el despistado o parecer serio o interesante cuando respondiese. Cómo te llamas, me preguntó. Me volví, sin darme prisa. Ella acababa de encender un cigarrillo y ahora exhalaba el humo despacio, por la nariz, segura de su atractivo. Sonreía cuando recorté la distancia que nos separaba y se lo dije, Rafael Montalbán, mi nombre verdadero. Ya he dicho que por un motivo que tiene mucho que ver con la deformación profesional no suelo dar mi nombre real a una persona que acabo de conocer. Pero tal vez aquella noche, solos los dos en la calle, mirándola después de que hubiera dado otra lenta calada al cigarrillo, imaginando una sonrisa breve tras las volutas de humo que se perdían en el aire, ocultándole el rostro, la piel tan pálida que intuí entonces que acabaría acariciando, supe que pasaría algo entre nosotros, que quizá terminaríamos casándonos, y que al final la historia se repetiría porque ella también terminaría traicionándome. Y es que quizá mi destino es ése, lo supiera o no aquella noche que conocí a Paula: ser traicionado por las mujeres de las que me enamoro.

Seis meses después estábamos casados, y dos años más tarde firmamos los papeles del divorcio. Se había enamorado de un artista que pintaba retratos en el parque. Durante los últimos tres meses de casados me estuvo poniendo los cuernos con regularidad prusiana, tres veces por semana: los jueves, los viernes y los sábados. Para justificarse me dijo que se sentía sola. Que se sentía sola y que mi trabajo de portero de puticlub no le dejaba otra alternativa. En fin. Aunque no fue agradable tampoco fue demasiado

traumático. No sé si seguirá con el pintor. He tenido la suerte de no encontrármelos nunca.

Cuando Paula se fue me di cuenta de que vivía en una casa donde las paredes no me reconocían, los pomos de las puertas giraban al revés, los muebles me hacían sentir un extraño y los espejos me devolvían la imagen de un desconocido, la persona en la que me había convertido sin haber podido evitarlo, o es que tal vez había podido evitarlo pero yo no había querido darme cuenta o no había sido capaz de hacerlo.

Nunca he pasado mucho tiempo delante del espejo. La palabra vanidad no entra en mi vocabulario: cuando uno cumple cierta edad y no le ruedan bien las cosas lo mejor que puede hacer es descolgar los espejos de su casa para que no le recuerden a cada instante que el único camino posible es la decadencia, la derrota irremediable. De no ser por Paula yo los habría quitado. De hecho, cuando se fue, los regalé todos, salvo el del cuarto de baño, y eso porque estaba pegado a los azulejos. No me gustaba verme reflejado en ellos: era como si padeciera una extraña enfermedad que me hacía cerrar los ojos cuando enfrentaba mi imagen en un espejo. La mayoría de las mañanas no soporto mirarme, despeinado, la nariz aplastada del boxeador que nunca llegó a serlo del todo, las púas de la barba asomándose en la cara, sin ganas de hacer nada.

Eso estaba haciendo la mañana después de que me ofrecieran ir al programa de radio. Me miraba la barba en el espejo del cuarto de baño, pensando si debía arrancar el cristal que me devolvía una cara que no me gustaba, aunque al hacerlo se despegasen también media docena de azulejos. Había pasado otra mala noche de insomnio. En verano hace mucho calor en Madrid. Estuve un rato asomado a la ventana, fumando tranquilamente, escuchando el rumor de la calle: alguna ambulancia a lo lejos, un niño que apuraba el acelerador al salir de un semáforo, el viejo ascensor del edificio que chirriaba al moverse. Luego encendí la tele, zapeé un rato, pero no vi nada que me gustase. A ciertas horas de la noche lo más interesante que puedes ver en la tele son anuncios para vender aparatos de gimnasia, engañabobos para perezosos o alguna serie imposible. Saqué la vieja radio que tengo de un cajón y me puse a mover el dial. No pasó mucho tiempo hasta que escuché aquella voz familiar. En la radio, Teresa Bernal sonaba mejor todavía que en la tele. Volví a asomarme a la ventana. Una ráfaga de viento fresco me acarició la cara. No me gusta ponerme nostálgico. Me parece una pérdida de tiempo, pero no por ello puedo algunas veces dejar de

pensar en las mujeres que han pasado por mi vida las noches en las que el sueño se me escapa. Recuerdo a alguna antigua novia, recuerdo a Paula y me pregunto qué habrá sido de su vida. Otras veces me da por pensar en ciertas putas de la Pantera Rosa que me han hecho compañía algunas noches en las que la soledad se vuelve tan imposible de soportar que a veces tienes que taparte los oídos para no escuchar el silencio. Pero hay una mujer en la que me esfuerzo en no pensar, una mujer cuyo rostro me afano en borrar de mi memoria inútilmente. Sé que pienso en las otras para no pensar en ella, en todas las mujeres con las que me he acostado, en las mujeres a las que he querido, en aquellas a quienes ni siquiera conozco, como Teresa Bernal, cuya voz modulada por el aparato de radio me hace compañía esa noche que no puedo dormir. Pienso en todas ellas para no pensar en Lola, pero al final acabo pensando en ella, abiertamente, sin avergonzarme. En Lola, que me había regalado aquella radio que ahora escuchaba, en Lola, que le gustaba dormirse escuchando las cuitas de los insomnes en los programas nocturnos, junto a mí, hace dieciocho años, cuando éramos tan jóvenes y teníamos toda la vida por delante.

Había pensado en ello alguna vez durante esa larga noche en vela. En el fondo reconocí que acabaría marcando aquel número, pero a pesar de todo me sorprendió verme por la mañana de pie, en el salón de mi casa, llamando al periodista con el que me había entrevistado en el Lisboa. Me sentía como quien va a cometer un pecado o está a punto de traicionar a sus principios. Como quien va a vender su alma al diablo. Me daba cuenta también de que en el fondo existía también una razón muy íntima y muy retorcida por la que marcaba ese número. Estaba harto de ser un matón, de asustar a pobres desgraciados por cuenta de otros. Tenía que cambiar de vida. Tenía que haberlo hecho hace muchos años, pero nunca me había armado de valor o acaso me faltaron las ganas. Para empezar una nueva vida, me dije, uno debería intentar volver al punto donde tomó el desvío equivocado, allí donde las cosas se torcieron. Iba a ser como lanzar una botella al mar. Pero yo no sabía, aunque deseaba tanto que así fuera, que alguien estaría esperando, en la otra orilla, para leer el mensaje que llevaba guardado dentro.

Yo, la verdad, no lo entiendo muy bien, pero lo cierto es que mucha gente lo hace. No sé si será porque por la noche respiran de otra forma, son más

comunicativos y más abiertos, tanto que a veces llegan al extremo de revelar cosas tan íntimas que quizá no se atreverían a contar a alguien cercano, un amigo o un pariente. Yo nunca lo he hecho, pero siempre me he quedado igual de perplejo al escuchar por la noche a los insomnes perdidos que llaman a los programas de radio para airear sus penas como si no les importase que los escuchen miles de desconocidos. A Lola le encantaba dormirse escuchando los problemas de la gente que llamaba a la radio. La noche es el territorio más amargo de la soledad: llega un momento, cuando uno se tumba en la cama y cruza las manos por detrás de la nuca, con las pupilas hinchadas de insomnio en la oscuridad, acostumbrados los ojos a percibir las formas confusas de la mesita de noche, la lámpara, la cómoda, la percha donde cuelga la ropa o la silla donde ha dejado doblados los pantalones que se habrá de poner por la mañana, que es imposible engañarse a sí mismo, no porque no se quiera o no se tenga voluntad para ello, sino, simplemente, porque no es posible.

Nunca había pisado un estudio de radio. Acudí el viernes de la semana siguiente, al último programa. El periodista que había conocido en el Lisboa me estrechó la mano. Se ahorró una mirada condescendiente que me indicase que al final tenía razón, que por mucho que me hubiera hecho el remolón sabía que al final acabaría acudiendo al estudio. A él le daba igual que hubiera ido por curiosidad o para poder ver de cerca los ojos de Teresa Bernal. El caso es que estaba allí, viernes, de madrugada, el último programa de la temporada. Lo que él me había pedido. Esa noche me había librado de mis obligaciones de cancerbero en la Pantera Rosa. La verdad es que no me trataban mal allí. Llevaba casi una década procurando tranquilidad al local, desde que abrió, cuando todavía las putas extranjeras sólo se veían en las películas. Ahora sucede al contrario. En los últimos tres años no he visto a ninguna que no tenga acento suramericano, de la Europa del Este o que no haya desembarcado de una patera en alguna playa helada. Cosas de la modernidad, supongo.

Me acomodaron en un sofá, en una sala de espera, hasta que llegase el momento de mi intervención. No estaba cómodo. Me había puesto una chaqueta de color claro que llevaba guardada dos años en el armario. Me la había regalado Paula y, aunque había procurado tirar todo lo que me recordaba a mi ex mujer, me alegré de haberme olvidado de echarla al cubo de la basura la noche que fui a la radio. Sólo me la había puesto una o dos veces, y ya hacía mucho tiempo de eso. Ahora las costuras me apretaban en

la espalda. Tenía la sensación de que se iba a romper si respiraba profundamente y guardaba el aire en el pecho unos segundos.

Hacía un rato ya que me había bebido la coca-cola —me dio vergüenza pedir leche en la radio: me pasa muchas veces— cuando vinieron a buscarme. Me llevaron a un estudio y allí estaba, Teresa Bernal, la musa de mis noches de insomnio, sentada a una mesa redonda, con unos auriculares puestos que sujetaban su melena rizada como una diadema, haciendo señas al técnico de sonido que la miraba desde el otro lado del cristal. Me senté a su lado. Apenas un metro me separaba de ella, que me cogió las manos con las dos suyas, me susurró algo parecido a gracias por venir y me miró a los ojos fugazmente, antes de desviar su atención a unos papeles. Tragué saliva. Así que aquí estás, Montalbán, me dije. Aquí estás, por fin. Sonreí. Un año antes, en las noches de insomnio, ver su rostro en la televisión, con el volumen al mínimo, me tranquilizaba, me calmaba el pulso, incluso me ayudaba a conciliar un sueño decente. Ahora, sin embargo, sentado en el estudio junto a ella, noté cómo el corazón me latía más deprisa: bumbumbumbúm. Cuesta entender que a un tipo que se gana la vida como portero de puticlub y asustando a pobres diablos por cuenta ajena se le acelere el pulso delante de una mujer hermosa, pero así son las cosas. A uno, después de media vida como gorila de casinos y de clubes de alterne, le temblaban las piernas al mirar a los ojos, y en vivo, a una estrella de la televisión que había serenado, secretamente, sin que ella lo supiese, sus noches interminables en vela.

Allí la tenía, por fin, Teresa Bernal. Entre treinta y treinta y cinco, la melena castaña, los rizos que se escapaban de la diadema de los auriculares ocultándole la frente, ensombreciéndole los ojos verdes que me mareaban cuando los miraba en la tele porque no era capaz de conciliar el sueño. Teresa Bernal. Pero que nadie que escuche la historia que estoy contando vaya a creer que soy tan ingenuo como para ir a la radio con la idea estúpida de que airear mis problemas en las ondas significaba que Teresa Bernal me sonriese, me pusiera ojitos, me cogiese la mano o aceptase venir a cenar conmigo. Un boxeador debería saber, cuando calienta los músculos en el cuadrilátero, con la capucha del albornoz tapándole los ojos, ajeno a los gritos del público, las posibilidades que tiene de tumbar al otro. Puedes equivocarte, desde luego, pero hay veces que uno baila sobre la lona, antes de que empiece el combate, y se sabe campeón, igual que otras veces sabe que lo va a tener crudo. Aun sabiéndolo, no te queda otra opción que quitarte la bata, apretar los dientes y hacer tu trabajo. A veces, cuando menos te lo esperas, la balanza se inclina de

tu lado y te llevas una sorpresa: el árbitro levanta tu brazo mientras el rival duerme en la lona y el público corea tu nombre. Pero bueno, a lo que iba. Hace muchos años que no me subo a un cuadrilátero, y ya he dicho antes que lo único que conseguí como boxeador fue el título que me acreditaba como campeón del barrio, porque todo lo demás fue una quimera que se truncó la noche que peleé contra el Vendaval de Marsella. Pero no por ello he dejado nunca de enfrentar la vida como si de combatir entre las doce cuerdas de un ring se tratase: yo no tenía nada que hacer con Teresa Bernal, no estaba en mi peso, o es que yo no estaba en su categoría. Pero eso tampoco quita que me quedara mirando esos ojos verde transparente cuando me senté a su lado, en el estudio de la radio, y tratase de ajustarme los auriculares en la cabeza con mis dedos torpes que no servían para otra cosa que para dar puñetazos.

Al final logré encasquetarme los cascos, respiré hondo, solté el aire despacio, una, dos, tres, cuatro veces, para que ella no lo notase, para que la voz no me saliera quebrada al responder a sus preguntas.

Se encendió una luz roja, indicando que estábamos en el aire. Teresa Bernal saludó de nuevo a los oyentes, y me presentó. Tenemos aquí esta noche al señor Montaner, anunció.

—Buenas noches, señor Montaner —me saludó.

Carraspeé, procurando no hacer mucho ruido. Tragué saliva. Asentí con la cabeza.

—Buenas noches —dije, por fin.

—Como todos ustedes saben —Teresa hablaba otra vez para los oyentes—, durante toda la temporada han pasado por este programa muchas personas que están relacionadas con ese mundo que vulgarmente se conoce como bajos fondos. La profesión del señor Montaner, que nos acompaña esta noche, tiene mucho que ver con este mundo también. ¿No es así, señor Montaner?

Me revolví, incómodo, en el asiento.

—Puede decirse que sí. Aunque también fui boxeador, o intenté serlo, hace muchos años.

—Boxeador —repitió la presentadora, como si, de todas las cosas que yo le había dicho, ésa fuera la que le llamaba más la atención.

—Efectivamente, pero entonces era veinte años más joven y tenía algunos kilos menos. Fue una época en la que creí que podría llegar a ser alguien en el mundo del boxeo.

—¿Y qué pasó? ¿Por qué abandonó usted esa carrera pugilística tan prometedora?

—No sé si debería hablar de eso.

La presentadora se fingió azorada.

—Bueno, ya veo que no quiere entrar en ese tema y no puedo menos que respetar su decisión —suspiró, con resignación fingida—. Tal vez, si le parece, podrá hacerlo más adelante. Hablemos entonces de su trabajo actual. Sé que ahora trabaja para otros. ¿Para quiénes? ¿Qué trabajos?

—Ejem... Digamos que me dedico a visitar a clientes de dudoso cobro por cuenta de sus acreedores.

—A clientes de dudoso cobro...

—Ya sabe. Esas deudas que parecen imposibles de cobrar.

—Ya. ¿Debo entender que es usted empleado de una empresa de esas de cobro de morosos?

—No. Yo trabajo por mi cuenta, para varios clientes a la vez.

—¿Pero va vestido con un frac, para que la gente sepa quién es el moroso?

Dejé escapar el aire por la nariz, un gesto elocuente y sonoro que la gente pudiese percibir con claridad por el micrófono, para que se dieran cuenta de que la pregunta era una tontería.

—Por supuesto que no —respondí, por fin—. Yo utilizo otros métodos más directos.

—Creo que entiendo lo que quiere decirme. Pero tal vez alguno de los oyentes se haya perdido. ¿Le importaría explicarnos, señor Montaner, cómo trabaja?

—Pues verá, no sé si debo.

—Estamos en un programa de madrugada, señor Montaner. La gente que nos escucha es de total confianza.

—¿Seguro?

—Seguro. Nadie llamará a la policía. Le doy mi palabra.

—Bueno, pues usted ha visto cómo soy —le dije, señalando la berza arrugada que tengo en mitad de la cara—. Sólo con eso debería bastar para hacerse una idea de mi método de trabajo.

Mi respuesta debía de haber sido demasiado lacónica. Tampoco podía esperarse mucho más de alguien como yo cuando va a la radio a contar su vida. Pero Teresa Bernal insistió. Su trabajo era ése, desde luego. Volvió a pedirme que contase un poco en qué consistía mi oficio, y le dije que había gente que se cansaba de que sus deudores les dieran largas y entonces me llamaban. Que por un porcentaje de la deuda yo me hacía cargo. La

presentadora parecía o fingía estar muy interesada en mi ocupación, así que le expliqué que en ocasiones los métodos para llevar mi trabajo a buen puerto no eran los más recomendables para usar si uno quería hacer amigos, pero que la mayoría de las veces bastaba con un susto o una advertencia oportuna para que los morosos se avinieran a razones. Ella asentía, mirando la mesa, aunque a veces dirigía sus ojos al técnico de sonido, y otras veces me miraba a mí. También garabateaba dibujos en un papel mientras me escuchaba. Le conté que mi vida no había sido siempre ésa, y que una vez, cuando era más joven, había soñado con ganar el título mundial de los pesos *superwelter*, pero que las cosas se torcieron, y que no había mucho más que contar. No hablé de lo que pasó con el Vendaval de Marsella. Eso no era asunto de nadie. Sólo mío. Y no quería y no me convenía dar muchos datos sobre mi vida tampoco. Y habían pasado veinte años, además. Le dije que cuando colgué los guantes empecé a trabajar como hombre de confianza de un tipo con mucha pasta, y que luego las cosas se me torcieron definitivamente y acabé pluriempleado, de portero de puticlubs o en casinos de tres al cuarto, de guardaespaldas ocasional y de cobrador de deudas imposibles por cuenta de otros.

La periodista sonrió después de que yo hablase.

—Lleva usted razón. Antes de seguir con la entrevista tengo que decir a los oyentes que el señor Montaner es un hombre no muy alto pero corpulento, de hombros poderosos, pelo negro rizado y la nariz aplastada como recuerdo de sus años en el ring. Él ha dicho que está pasado de peso, pero tengo que decir que ha exagerado un poco, que aún está en muy buena forma física. En definitiva, que lo último que alguien querría sería enfrentarse con él.

Alejí la boca del micrófono para que los oyentes no me escucharan reírme.

—Ha sido usted muy generosa con lo de la buena forma física. No es verdad: yo sé lo que es estar en forma y ahora estoy muy lejos de eso.

—Hombre, no sea usted modesto. Aproveche este ratito de gloria que le vamos a brindar en la radio.

—No. No es modestia. Ni siquiera es falsa modestia. Es, simplemente, la constatación de un hecho.

—Bueno. Dejémoslo ahí. Si le parece, señor Montaner, seguiremos hablando de su trabajo. Los oyentes deben de estar impacientes por que nos dé más detalles sobre él.

—Pues, como le he dicho, me dedico a dar palizas a unos desgraciados

que no pueden afrontar sus deudas por cuenta de unos tipos que tienen el dinero suficiente como para no tener que mancharse ellos mismos las manos de sangre. Lo que yo hago no es como para sentirse orgulloso, la verdad.

—¿Y por qué lo hace entonces?

—No sé hacer otra cosa.

—Debe de ser un trabajo difícil.

—Lo es.

—Y, alguna vez, antes de emprenderla a golpes con alguien, ¿no ha tenido dudas?

Me tomé unos segundos antes de responder, como si me costase trabajo asumir aquello.

—Claro que sí.

—¿Y qué hace entonces?

—Qué remedio. Hacer de tripas corazón y terminar el trabajo para el que me pagan.

Teresa Bernal sacudió la cabeza, como si le preocupase lo que le estaba contando.

—Y, señor Montaner: ¿su trabajo lo realiza usted solo o le acompaña alguien?

Esta vez se había demorado un poco en la palabra trabajo. No me lo tomé mal. Nunca lo hago. Mi profesión es tan difícil de definir como de aceptar.

Sacudí la cabeza, como si los oyentes pudieran verme sentado en el estudio. Contesté sin saber que mi respuesta sería una de las bolas que empujarían a otra sobre el tapete hasta traerme a Lisboa. Podía parecer una respuesta inocente, pero no lo era. Era como lanzar el último dardo con la esperanza de que se clavase en el centro de la diana.

—No. Nunca. Siempre trabajo solo. Soy un cazador solitario.

Teresa Bernal dejó escapar un poco de aire, algo así como una sonrisa forzada. Tenía los dientes pequeños, muy blancos, perfectos. Luego se me quedó mirando un instante, y ya lo había hecho alguna vez durante la entrevista, como si las respuestas con las que la obsequiaba no fuesen las que se esperaban exactamente de alguien que se dedica a dar palizas por encargo.

—Un cazador solitario —repitió, como si fuese mi eco.

—Un cazador solitario —volví a decir, como si fuese su eco.

—¿Acepta todos los trabajos, señor Montaner?

—No. Todos no.

—¿Y cuál es su criterio para aceptar unos o rechazar otros? ¿El estado de su cuenta corriente quizá?

Al decirme esta frase no pude evitar mirarla de mala manera. Montaner, o sea, yo, podía ser un matón a sueldo, pero no se alquilaba al mejor postor. Tenía sus principios. Puede que algo retorcidos, pero principios al fin y al cabo.

—Si el dinero me importase tanto como usted insinúa —repuse—, me habría dejado amañar algún combate hace más de veinte años, y ahora no estaría aquí avergonzándome de dar palizas por cuenta de cierta gente que muchas veces se merece que los puñetazos sean para ellos.

—Disculpe si lo he ofendido, señor Montaner. No entraremos en ese tema, si lo prefiere.

—Desde luego. Mejor sigamos con mi trabajo actual.

—Estupendo. Dice usted que hay trabajos que no acepta. ¿Qué razones le conducen a ello?

—No sé. Depende. Por ejemplo, nunca asusto a mujeres, ni a gente mayor. Aunque no se lo crea hay morosos de todas las edades. Y por supuesto nada de críos.

—Entonces debo suponer que sus principios limitan considerablemente su campo de actuación.

Me encogí de hombros.

—Puede que sí. Pero en una profesión tan jodida como la mía uno debe agarrarse a ciertas reglas si no quiere convertirse en un animal. Pero no se preocupe. Tengo bastante trabajo. Le sorprendería saber cuántos sinvergüenzas de mediana edad hay por ahí sueltos. Además, muchos se merecen que alguien los ponga en su sitio.

—¿Ah, sí? ¿Quiénes?

—Los que maltratan a las mujeres, por ejemplo. A esos les rompería las piernas gratis.

Y era verdad. Los tipos que maltratan a las mujeres me dan tanto asco que les rompería las piernas gratis.

—¿No ha pensado en cambiar de oficio, señor Montaner?

—Nada me gustaría más. Pero hay un problema.

—¿Y cuál es ese problema, señor Montaner?

—Ya lo dije antes: no sé hacer otra cosa.

—Ajá.

No sé si la periodista quería que fuese menos lacónico en mis respuestas,

y tampoco estoy seguro de que añadiese algo por esa razón, pero el caso es que lo hice. Y después de haberlo dicho me di cuenta de que había explicado algo que jamás le había confesado a nadie, y, lo más importante, algo que ni siquiera yo mismo había querido reconocer abiertamente ante mí mismo porque hacerlo suponía tal vez aceptar el fracaso, el camino equivocado que una vez tomó mi vida, el error de no apretar los dientes y haber luchado por ser alguien, no haber entrenado más duro, no haber peleado por salir adelante. Me había equivocado al querer ser boxeador, me había equivocado cuando lo dejé, después de la pelea con el Vendaval de Marsella, me había equivocado cuando traicioné al Gordo, que se había ocupado de mí como un padre; me había equivocado al enamorarme de Lola, cuando le permití que me engañase y cuando fui a buscarla, hace años, pero acabé dando media vuelta. Me había equivocado y nunca hasta ese momento había querido reconocerlo. Allí, sentado en el estudio junto a una hermosa desconocida, delante de un micrófono y unos cables que llevarían mi voz hasta los insomnes que escuchaban los programas de la radio por las noches, por primera vez en muchos años, por primera vez en mi vida quizá, fui sincero conmigo mismo al decirle la verdad a miles de oyentes a los que no conocía. Lo pienso y me hace gracia: yo, que siempre he sido tan reservado, desnudando mi alma delante de tanta gente cuyas caras jamás vería.

—Estoy harto de este trabajo —confesé, al cabo, y después de haberlo dicho me quedé un momento pensativo, con el ceño fruncido, como si al pronunciar la frase me hubiera traicionado a mí mismo.

—Estoy harto —repetí, y ahora hablaba para mí mismo—. Estoy cansado.

Teresa Bernal asintió. Me miraba con atención, como quien ha descubierto de repente un hilo del que tirar y está dispuesto a no soltarlo hasta desenredar toda la madeja.

—¿Por qué, señor Montalbán? —me preguntó—. ¿Por qué está harto?

Me encogí de hombros. Todavía no estaba seguro de haberlo dicho. Estaba harto. Harto de asustar a pobres diablos, de amenazar con romperles las piernas y algunas veces rompérselas porque no me quedaba otro remedio, harto de hacer guardia sobre una alfombra descolorida en la puerta de la Pantera Rosa de jueves a sábado. Harto de pasar las noches en vela con la televisión encendida, en voz baja, cambiando de canal compulsivamente, viendo anuncios de teletienda o rostros imposibles de ver en cualquier programa de los que emiten de día, seriales de tercera que incluso aburrirían a

las abuelas. Harto de estar solo, de no saber adónde voy. Harto de no ser parte de nada. Harto de ser yo mismo.

Dieciocho años atrás me había sentido igual. Desde entonces había querido justificar todo lo que hice porque quería cambiar de vida, porque tenía que expiar mis culpas. Lees demasiados libros, me había dicho Lola muchas veces —tal vez la primera vez que lo hizo fue cuando le hablé de Mowgli—, y eso no es muy habitual en un guardaespaldas. Terminarás volviéndote loco, Montalbán. La vida es más fácil cuando uno piensa menos. Las cosas se simplifican.

—Estoy harto —dije, de nuevo, cuando me di cuenta de que llevaba demasiados segundos callado y la presentadora comenzaba a impacientarse—. Tal vez llevo demasiado tiempo haciendo lo mismo.

—¿Y qué le gustaría hacer con su vida a partir de ahora, señor Montaner?

Me pareció la típica pregunta que hacen en uno de esos programas de televisión a los que la gente acude para que le consigan algo imposible de conseguir. Me hizo tanta gracia que a punto estuve de pedir algo inalcanzable por el micrófono: que me tocase la lotería, que me comprasen una casa con piscina, lejos de Madrid, que me regalasen otra vida en la que las cosas hubieran rodado mejor para mí.

—¿Ha pensado seriamente en buscar otro trabajo? —insistió Teresa Bernal porque yo todavía no había respondido.

Sacudí la cabeza.

—Ya le he dicho que no sé hacer otra cosa.

Así que allí estaba yo, disfrazado bajo el nombre de Montaner, un matón a sueldo —atípico: me había definido Teresa Bernal durante algún momento de la entrevista— sentado en el estudio y avergonzado, mirándome las manos, sin saber muy bien qué hacer con ellas o dónde posar los ojos durante la pausa del programa. Entonces alguien entró y le entregó unos papeles a Teresa Bernal. Eran correos electrónicos, mensajes o llamadas de los oyentes que habían estado escuchando la entrevista. Teresa Bernal los miró atentamente durante unos segundos, marcando con un bolígrafo algunos de ellos. Carraspeó ligeramente un par de segundos antes de que se encendiese la luz roja que indicaba que otra vez estábamos en el aire. Volvió a saludar a

la audiencia, recordó el nombre del programa y resumió en pocas palabras la conversación que había tenido conmigo para los oyentes que se habían incorporado tarde.

Faltaba muy poco para terminar. La presentadora hizo un resumen de las llamadas.

Si antes de ir al programa como invitado no hubiera tomado la decisión de cambiar de vida podría haber aprovechado la publicidad para hacerme con un puñado de clientes nuevos. Algunos habían adjuntado su teléfono en el mensaje. Un hombre que se confesaba en la ruina por culpa de su socio quería saber cómo podría ponerse en contacto conmigo para darle un escarmiento. El dinero no importaba, aseguraba. Una mujer contaba apesadumbrada que su ex marido la seguía, que la policía no le hacía caso y que se sentiría más segura si alguien como yo le hacía compañía. Nunca he presumido de tener éxito con las mujeres, pero me dio la sensación de que aquel mensaje venía a sugerir algo más de lo que podía leerse a simple vista. He comprobado muchas veces que a ciertas mujeres les van los tipos con la nariz aplastada y las facciones embrutecidas por el fracaso en el cuadrilátero, las peleas callejeras y las horas de pie en la puerta de los puticlubs.

Otro tipo me dedicó una serie de insultos —Teresa Bernal me ahorró la vergüenza de escucharlos reproducidos por su dulce voz en antena— por tener un oficio como el mío, por dedicarme a dar palizas por encargo. Que me dejase de tonterías, de hacerme el bueno, que mis remilgos a la hora de no aceptar según qué trabajos le sonaban a excusas tontas, a justificaciones infantiles para quedar ante los demás como un tipo con buen corazón. Que le gustaría encontrarse un día conmigo, cara a cara, y decirme cuatro cosas, que él sabía cómo tratar a los farsantes. No dejaba su número de teléfono. Lástima. A mí también me hubiera gustado conocerlo.

Apenas faltaban tres minutos para el final cuando Teresa Bernal me despidió en antena. Me dio las gracias por haber estado en el estudio. Me lo dijo mirándome, y sus ojos verdes eran los mismos que yo había visto brillar en la oscuridad del salón de mi casa, un año antes, en las noches que el sueño se me escapaba. Sonreí. Pues esto es lo que te vas a llevar de recuerdo, Montalbán, me dije. Estos ojos, esta sonrisa, esta melena desordenada y ese tono de voz melifluo que se confundía con la música que sonaba, muy bajito, mientras la periodista despedía la temporada. Dejé escapar el aire, de nuevo, como si sonriese. Punto final. Había sonado la campana. El botón rojo del estudio se había apagado. Teresa se quitó los auriculares y sacudió la melena.

Yo aún no me había quitado los míos. Sin enterarme de nada escuchaba la vaga voz de un periodista que contaba las noticias. Cerré los ojos unos segundos, y cuando los abrí Teresa Bernal ya no estaba en el estudio. La puerta estaba abierta. Me quité los cascos y la intuí abrazándose a sus compañeros, celebrando el final de la temporada. Podría haberme levantado, pero aquella fiesta no era mi fiesta, aquella celebración y aquel momento de arrobo colectivo no eran los míos. Lo mejor era quedarme sentado en el estudio un momento, hasta que los abrazos y los besos terminasen. Me derramé en el asiento, crucé las manos detrás de la nuca y volví a cerrar los ojos. Ya está. Lo había hecho. No tenía con quien celebrarlo —ni siquiera estaba seguro de tener algo que celebrar—, pero aquel programa de radio en el que acababa de participar había sido también mi despedida. Montaner había dejado de existir, al menos el Montaner al que otros contrataban para resolver sus asuntos por la vía rápida. No tenía mucho dinero, pero tampoco tenía muchos gastos, ni una familia a la que alimentar. Y nunca me ha gustado hacer planes con más de veinticuatro horas de antelación. Apreté los párpados, como si ese gesto pudiera aislarme de las voces que escuchaba en el pasillo, fuera del estudio, y al cabo de unos segundos me levanté. Sabía que si me quedaba allí terminaría pensando en cosas que no debía, y cuando me pongo a pensar en cosas que no debo acabo rindiéndome a la melancolía.

Sonreí vagamente al cruzar el pasillo. Teresa Bernal estaba en un despacho, hablando con alguien, con la puerta abierta. No me despedí. Para qué. Puedo ser ingenuo, pero no tanto como para pensar que ella iba a tener interés o ganas de volver a hablar con un tipo como yo, un matón que se ganaba la vida con los puños y que ni siquiera tenía dónde caerse muerto. Crucé la redacción, me encaminé a la salida. Pulsé el botón para llamar al ascensor y me entretuve mirando los números de las plantas que se iluminaban mientras subía. Mentiría si dijera que no me habría gustado que en ese momento Teresa Bernal, o cualquiera, hubiera venido a buscarme para decirme que me quedase a tomar algo con ellos, a celebrar el final de la temporada. Pero esas cosas no pasan. Aquella no era mi tribu. Ya había pensado en ello cuando estaba todavía solo dentro del estudio: me había dado cuenta de que esa manada no era la mía, peor aún, que yo no pertenecía a ninguna, que jamás pertenecería. Siempre acabo llegando a la misma conclusión en momentos como ése: que al final siempre estoy tan solo como Mowgli, el cachorro de hombre que los lobos encuentran en la selva.

Al menos lo había hecho. Anunciar en antena que me retiraba, mientras

miles de personas me escuchaban, era una forma de obligarme a ser otro, a no dar marcha atrás, decirle a Lola, si me escuchaba, que seguía vivo, que iba a cambiar de vida, y que para cambiar de vida uno debería intentar volver al lugar donde se torcieron las cosas, para arreglar lo que todavía fuera posible. Y a lo mejor el único motivo de mi participación en el programa había sido ése, como el náufrago que mete un mensaje en una botella, se acerca a la orilla y la lanza al mar. Lo hace sin esperanza ninguna, cuando ya lo ha dado todo por perdido, pero en el fondo espera que alguien la recoja, que las mareas arrastren la botella hasta alguna playa habitada, que un alma solitaria la encuentre, la abra, impaciente por leer el papel que guarda dentro, que sonría, con satisfacción, y que vaya en su busca.

Entraba en el ascensor cuando escuché que alguien me llamaba.

—Montaner...

Me volví. Reconocí la voz antes de darme la vuelta. Se trataba del productor que había ido a buscarme al Lisboa. Sonreía. Pulsé el botón que abría las puertas del ascensor, que ya se cerraban. Yo también sonreía cuando salía del ascensor.

—Quería darle las gracias por haber venido —me dijo—. El programa ha quedado muy bien.

Asentí con la cabeza.

—Me alegro.

Me enseñó algo que llevaba en la mano. Hasta entonces no me había dado cuenta de que traía una nota.

—Tengo algo para usted.

Me encogí de hombros. Llevaba mucho tiempo siendo un náufrago y a pesar de lo que acabo de decir estaba convencido de que las botellas con los mensajes dentro acababan pudriéndose en el fondo del mar o trituradas en la panza de una ballena. Si acaso, en contadas ocasiones, alguien las encontraba, pero para entonces el náufrago habría muerto de inanición, solo, quemado por el sol en una isla que nadie puede encontrar.

Sin dejar de fruncir el ceño cogí el papel que me tendía. Lo leí y sonreí. Ya iban dos veces en treinta segundos. De seguir así, aquella noche batiría mi propio récord. De sonrisas, quiero decir.

—Al final siempre hay alguien al otro lado —dijo, estrechando mi mano, sin dejar de sonreír, como si me adivinase el pensamiento.

—Nunca se sabe —respondí, antes de soltar la suya.

Todavía llevaba el mensaje en la mano cuando salí a la calle. No sabía

muy bien qué hacer con él, si guardármelo o hacerlo pedacitos y tirarlo a una papelería. Ya he dicho alguna vez que voy a contar la verdad, y aunque ahora quedaría muy bien decir que fui a buscarla porque no pude resistirme a la tentación cuando ella me lanzó el anzuelo, lo cierto es que ya había tomado la decisión de ir a verla mucho antes. Por qué no: habían pasado dieciocho años, y eso era tiempo suficiente como para poder encontrarnos, los tres, sin necesidad de llevar escondido un revólver bajo la chaqueta.

Sin decidir todavía qué hacer con ella volví a mirar la nota, como quien mira un mapa antes de emprender un viaje. Era un correo electrónico impreso que Teresa Bernal no había tenido tiempo o no le había parecido oportuno leer en antena. Cómo está —leí, de nuevo, sin estar seguro de hacerla pedazos—. Cómo está mi cazador solitario.

Los dados, pues, llevaban ya un tiempo rodando sobre el tapete, antes aún de que yo lo supiese. Y aquella nota que me acababan de entregar no habría pasado de ser más que una anécdota simpática para contar a los amigos tomando una copa de no saber que estaba firmada por Lola. Uno puede creer hasta extremos impensables en las casualidades, incluso las coincidencias pueden hacerle a veces cierta gracia, pero aquella misiva no era una casualidad, ni siquiera era una bola lanzada al aire, a ver qué pasaba. Cómo está mi cazador solitario, decía: aquella frase era una andanada muy precisa, en forma de mensaje, justo en la línea de flotación.

Dos

Cómo está mi cazador solitario. Mi destino incierto se resumía en aquellas cinco palabras que sólo podría haber escrito Lola. Llega un momento en la vida que uno ha de aceptarse a sí mismo como es, y, al cabo, yo no soy más que eso, un cazador misántropo que ha de sobrevivir como puede, solo y sin manada. No es que quiera ponerme grandilocuente a estas alturas de mi vida, pero a lo que me pasa, y a lo que le pasa a mucha gente, me dio hace muchos años por llamarlo el síndrome de Mowgli. Supongo que después de haberse leído muchos libros y partirse la cara muchas veces entre las doce cuerdas de un ring, uno acaba convirtiéndose en una especie de ex púgil sonado al que cuando se pone a pensar y se acuerda de las historias que le han calado se le ocurren ideas como ésta. A mí me dio por leer cuando ya no boxeaba. Cuando el Gordo ya me había reclutado como hombre de confianza, cuando conocí a Lola, era la época en la que empecé a tomar gusto a la lectura. Fue entonces, lo recuerdo bien, cuando cayó en mis manos, por una carambola que ahora no recuerdo, ese libro, el del niño lobo. Acababa de descubrir los libros y empecé a leer todo lo que encontraba, todo menos los libros de instrucciones y las guías de viaje, y la tarde que me zampé *El libro de la selva* concluí que aquélla era una historia muy triste, que lo que le pasaba al pobre niño lobo era que, al cabo, como yo mismo, como casi todo el mundo, estaba solo. Yo era como Mowgli, yo también estaba solo, y me daba cuenta de que jamás podría pertenecer a una manada. Nada que ver con la película de Disney, edulcorada, como todas, para embaucar a los críos.

Se lo conté a Lola, porque para entonces ya estábamos liados y venía a verme a mi casa tres o cuatro veces por semana, cuando despistaba al Gordo. El síndrome de Mowgli, le expliqué, en la cama, mientras ella me escuchaba, boca abajo, la mejilla pegada a mi piel, la melena azabache derramada sobre mi pecho, no es esa tontería que algunos psicólogos modernos sueltan cada vez que aparece un salvaje que se ha criado en la selva. Para mí es algo mucho más profundo.

El síndrome de Mowgli, le dije, es cuando estás en un lugar rodeado de gente y de pronto te sientes muy solo, como si fueras invisible, como si nadie pudiera verte ni tocarte, cuando te gustaría ser parte de algo pero descubres que nunca podrás formar parte de nada. Es como si fueras la pieza rara de un

puzle que nunca acaba de encontrar su lugar en el conjunto. Es, en definitiva, la desubicación, la falta de pertenencia, el deseo de ser aceptado por los demás y al mismo tiempo darse cuenta de que es imposible. A Mowgli le pasaba lo mismo, por eso llamo así a esa desgracia: Mowgli era un cachorro de hombre al que criaron los lobos y que vivió con ellos hasta que éstos lo echaron de la manada porque era diferente, porque era un hombre, y eso les daba miedo. Más tarde se fue a vivir con los hombres, pero también tendrá que marcharse y se convertirá en un cazador solitario porque los que son de su misma especie lo ven como un animal, y eso también les da miedo. Con el tiempo me he ido fijando en los demás, y me he dado cuenta de que, a poco que uno preste atención, se encontrará a muchos Mowglis en su camino, gente que no acaba de encontrar su lugar en el mundo: no sólo boxeadores que quieren ser escritores o matones a sueldo que quieren dejar de serlo, también agentes inmobiliarios que esconden a un filósofo bajo el traje que se ponen para vender pisos, taxistas que una vez soñaron con ser futbolistas, empleados de banca que alguna vez intentaron ser músicos y no lo consiguieron pero que, en algún momento del día, mientras cuentan billetes que no son suyos, se preguntan qué les ha pasado, qué camino equivocado han tomado sus vidas, en qué momento sucedió y por qué no se dieron cuenta, por qué no lucharon por remediarlo, por qué no pelearon por lo que querían, y piensan que todavía tendrían una oportunidad por recobrar la vida que soñaron si tuvieran el valor de empezar de nuevo. Los veo cada día, a los Mowglis, incómodos en un mundo que no es el suyo, una vida de la que quieren escapar pero no pueden porque saben, entre otras cosas, que difícilmente puedan ya encajar en ningún sitio, igual que el niño lobo de Kipling, y terminan solos y tiritando de frío, como el cachorro humano en el Roquedal del Consejo, esperando que los lobos de Seonee, desconfiados, decidan su futuro. Gente como yo mismo, que aún no sabía, cuando le contaba a Lola mi hallazgo, que con los años me convertiría en el mayor de los Mowglis: ex boxeador fracasado, cobrador de deudas por cuenta ajena, asustaviejas, escritor aficionado pero sin talento que traga vasos de leche en el Lisboa cuando no se pluriemplea de portero en la Pantera Rosa para intimidar a los que vienen al club con la intención de propasarse con las putas. Sin apenas hablar con nadie, en silencio, con las manos cruzadas, a veces por detrás y a veces por delante de la cintura, preguntándome qué hago allí, ajeno al mundo en que me encontraba, metiendo el miedo en el cuerpo de pobres desgraciados que debían dinero a los que me contrataban,

protegiendo a fulanos a los que yo mismo desearía romper la cara gratis, haciendo de gorila en una casa de putas, aguantando a tipos a los que les apesta tanto el aliento a alcohol que echarían una llamarada si alguien les pusiera un cerilla en los labios.

Se lo dije a Lola, hace tantos años. Le dije que era Mowgli, un hombre que inquietaba a los lobos de la manada de Seonee, un lobo que asustaba a los hombres de la aldea, y que tal vez mi único final posible fuera ése, alejarme de los lobos y de los hombres y convertirme en un cazador solitario. Desde entonces a ella le gustó llamarme así, cazador solitario. Me lo decía y se reía. Medio en broma me regañaba por leer demasiado. Al final, mi querido cazador solitario, terminarás pareciéndote a uno de esos héroes de los libros que lees, me advertía. O, quién sabe, a lo mejor un día acabas convirtiéndote en escritor. Un escritor famoso. ¿Te lo imaginas, Montalbán, yo entrando en una librería para comprar una novela tuya?

Hace muchos años, después de que Lola se fuera, pagué la matrícula de un taller de escritura. Viéndome la cara sé que cuesta creerlo, pero mi trabajo como portero de la Pantera Rosa y los encargos que hacía por cuenta de otros para sacarme un sobresueldo me dejaban bastante tiempo libre. No es que hubiera pensado en serio que alguna vez sería capaz de escribir una historia que tuviera más allá de dos folios, pero supongo que no soy el primer lector que siente curiosidad por saber qué hay más allá de las tapas de los libros que le entusiasman, cómo se fabrican, qué herramientas son las que utiliza un tipo que se sienta a imaginar y a escribir historias. Pues eso, que le había tomado gusto a eso de la lectura y me matriculé en un taller de escritura. A veces uno no sabe muy bien por qué hace las cosas, y tampoco ha de preocuparse por ello. Leí un anuncio en el periódico, llamé, y me pasé por la academia para pagar la matrícula. Pero no llegué a asistir a ninguna clase. El primer día me esforcé en llegar un poco más tarde, cuando ya habían empezado. A través de un cristal vi a un tipo joven con gafas, que empezaba a quedarse calvo, saludando a los alumnos, que no iban a ser mis compañeros, en el difícil arte de expresar con palabras lo que sentimos. Bajo el brazo llevaba un cuaderno sin estrenar, de cuadros, con anillas, pero no fui capaz de llamar a la puerta y tomar asiento. El cristal a través del que veía al profesor y a los alumnos también me devolvía, sin miramientos, mi propia imagen: Rafael Montalbán, ex boxeador profesional que nunca llegó a triunfar. La nariz quebrada, bajito, el cuerpo fibroso, portero de puticlub, guardaespaldas ocasional y cobrador de deudas por cuenta ajena. No había que ser muy inteligente para darse

cuenta de que, sentado en una clase junto a otra docena de aspirantes a escritores novatos, destacaría igual que lo haría una mosca en un plato de leche. Me pregunté cuánto tiempo tardaría el profesor o los alumnos del taller literario en darse cuenta de que yo era un ignorante, que no tenía la capacidad necesaria para ser uno de ellos, que jamás la tendría. Tal vez, si me decidía a entrar, lo único que conseguiría del profesor sería alguna palmadita en la espalda, que el último día me estrechase la mano al entregarme el diploma sin mucho entusiasmo, por compromiso, que me miraría con miedo, quizá. No podía saber si alguno de mis compañeros alcanzaría el sueño de convertirse en escritor, pero no tenía duda de que yo nunca lo sería, que jamás me considerarían un igual, que incluso les daría vergüenza sentarse a tomar un café conmigo. Hace ya muchos años que casi sólo me relaciono con la gente que me contrata, y la mayoría de las veces ellos prefieren no reconocer que se han entrevistado conmigo. Al cabo, un tipo como yo es un mal necesario que es mejor ocultar a los demás, a tu familia, a tus amigos. Conque, tal vez sea ése mi destino, sin remedio: ser un cazador solitario que se pierde en la selva cuando comprende que ninguna manada querrá acogerlo. Y, más tarde o más temprano, llega un momento en la vida en que no te queda otra que aceptarte como eres. Es como un ultimátum: o lo tomas o lo dejas. Tú mismo. Después de todo se trata de ti, y no te queda más remedio que aguantarte.

Había guardado en una maleta vieja, esta misma que tengo aquí, todo lo que hacía falta. Si uno se lo propone es capaz de reducir sus necesidades a lo poco que cabe en una vieja bolsa de viaje: unas pocas mudas, tres o cuatro camisas, un par de pantalones, un neceser con lo pertinente para el aseo y cinco o seis libros. Al final, por mucha ropa que tengas, por mucha gente que conozcas o por muchos libros que adornen tu estantería acabas dándote cuenta, con cierto alivio, de que siempre recurres a las mismas camisas y a los mismos pantalones que te hacen sentir más cómodo, de que, a la hora de la verdad, cuando tienes algún problema o alguna alegría que compartir, terminas marcando el mismo número o yendo a buscar sólo a dos o tres personas en las que confías —quien tenga la suerte de confiar en dos o tres personas— y, aunque hayas leído cientos de libros, todo lo que hace falta aprender se encuentra en sólo media docena de ellos. Tarde o temprano uno se da cuenta o acaba reconociendo estas cosas, y antes o después se alegra de

ello porque comprende que la vida es mucho más sencilla así.

Después de haber leído la nota que podía ser de Lola pude haber hecho dos cosas: romperla en pedazos y olvidarme de ella para siempre o tirar del hilo que me ofrecía. Escogí lo segundo. Era lo más arriesgado, desde luego, pero también era la única forma que tenía de seguir avanzando en mi vida, de no quedarme varado en un cruce de caminos, sintiendo cómo se me dormían los pies. Lola tenía esas cosas. Aquella nota era su forma de decirme que se acordaba de mí, que no me había perdido la pista después de dieciocho años, que me tenía controlado, que sabía que detrás del falso Montaner que había ido a contar su vida a la radio estaba yo. Aunque, a decir verdad, con Lola nunca se puede estar seguro de nada, y, debo de ser un poco masoquista, porque ésa es una de las cosas que más me gustan de ella.

Yo tampoco suelo tomar el camino más directo. Aunque la distancia más corta entre dos puntos sea la línea recta prefiero usar las vías secundarias: suelen ser más seguras, y acaso, también, en ocasiones, más divertidas. Una vez que tomé la decisión de buscar a Lola lo más fácil hubiera sido acercarme hasta su puerta, poner el dedo en el timbre y decirle hola, mi amor, cuánto tiempo sin vernos. Pero yo no me iba a presentar allí, directamente, sin avisar. Prefería acercarme primero sin ser visto, reconocer el terreno, como el lobo astuto que acecha a su presa. Aunque esta vez yo no era el cazador. Ya lo intuía entonces, pero no quería reconocerlo. Tenía tantas ganas de ver a Lola otra vez, después de tantos años engañándome a mí mismo con la idea falsa de que la había olvidado, que no quería dar mi brazo a torcer y reconocer que, en aquel peligroso juego que ya había empezado sin que yo estuviese todavía enterado, mi papel no era otro que el del cachorro de hombre desvalido, desnudo y tiritando de frío y de miedo en la jungla mientras un tigre cojo y malvado lo acecha en la oscuridad, esperando el momento oportuno para saltar sobre él y devorarlo.

Y el caso es que, cuando salí de Madrid, quise pensar que no había seguido un plan premeditado: me había dicho a mí mismo que sólo me marcharía de la ciudad. No sabía adónde, si al norte, al sur, al este o al oeste, sino que necesitaba poner tierra de por medio. Me gustaba sentirme como uno de esos héroes de novela que se encuentra en un cruce de caminos y se detiene un momento, sin saber por dónde tirar. Y esa decisión, que puede parecer baladí, condicionará el resto de la aventura. De la elección de un camino u otro dependerá su destino, pero él no lo sabe todavía. No sé si de haber elegido el norte en lugar del sur ahora no estaría esperando servir de

comida a las gaviotas, si me hubiera dirigido a Santander en lugar de a Cádiz me habría librado de todo lo que pasaría después. Fuera lo que fuese, cuando quise darme cuenta ya había enfilado el morro del coche hacia el sur, como si tuviera un piloto automático.

Al principio fue como trabajar de detective. Cuando llegué a la urbanización donde vivía Lola, o donde yo pensaba que todavía vivía Lola, ya era de noche: la gente salía a las terrazas a tomar pescado frito y a beber cerveza y tinto de verano, y los más jóvenes encendían fogatas en la playa. Habían sido siete horas de coche y además llevaba mucho tiempo sin tomar el sol, conque mi aspecto era el habitual: pálido, como un vampiro. En el complejo turístico había dos hoteles y muchos bloques de apartamentos. Alquilé una habitación en el hotel que estaba más cerca de la playa, pero no quise subir todavía. Me colgué la maleta al hombro y me encaminé hacia las casas donde vivía Lola. No quedaba lejos. Diez minutos paseando hacia el centro, luego girar a la izquierda y allí estaba: una barriada de chalés independientes, lujosos. Me quedé allí unos minutos, pensativo, con el ceño fruncido, sin estar muy seguro o muy convencido de cuál debía ser el siguiente paso, dándome una tregua mientras decidía qué hacer. Lo más sensato hubiera sido largarme por donde había venido y buscar otro cruce de caminos en el que pararme a decidir qué hacer con mi vida. Y lo más honesto o lo más valiente, ya que había viajado hasta allí, hubiera sido adentrarme en la urbanización y llamar a la puerta de la casa de Lola y decirle hola, cómo estás, cuánto tiempo sin verte. Pero bueno, no siempre he sido un tipo sensato, y ya me hubiera gustado hacer gala de honestidad. Ni siquiera estoy seguro de ser valiente. La vida es complicada, y hay ocasiones en las que hacen falta ciertas dosis de valor para salir adelante o tomar la decisión adecuada. Y yo, aunque me he pasado media vida alquilando mis puños, lo cierto es que para las cosas que importan, de valor tampoco he andado nunca muy sobrado. Di un paseo por la urbanización, cuidándome de no acercarme a la casa de Lola lo bastante como para ser visto y, sobre todo, ser reconocido.

Era un sitio de playa, y eso significa bullicio en verano y tranquilidad en invierno. A esa hora de la noche había gente paseando por la calle, niños en bicicleta y adolescentes bebiendo cerveza sentados en las aceras. Cabía la posibilidad de encontrarme con Lola, pero era un riesgo que debía asumir.

Además, tarde o temprano tendría que encontrarme con ella. Pero no todavía, no sin haberlos observado, a ella y a Luis, mirarlos sin que pudieran verme.

Me quedé un poco más en la urbanización. Apenas había nadie en la calle cuando decidí marcharme. Se había hecho tarde. Desde la esquina había visto apagarse las luces de la casa de Lola. Era el momento de pasar por la puerta. Respiré hondo antes de dar el primer paso, y repetí la operación al enfrentar la fachada. A simple vista era una casa igual que las otras veinticuatro —me había entretenido en contarlas— de la urbanización: un muro blanco, una reja, un trozo de césped delante, un pequeño jardín que se adivinaba en la parte de atrás. Pero dentro había algo que me inquietaba, que me inquietaba y me daba miedo, pero al mismo tiempo me atraía, como un poderoso imán. Dentro de aquella casa, en un dormitorio, acostada junto al hombre con el que vivía, un hombre que pudo ser mi amigo, había una mujer a la que pertencí una vez. Ya me gustaría poder decir que ella me había pertenecido a mí, pero mentiría como un tramposo: Lola nunca había sido de nadie. Éramos los hombres, sobre todo los idiotas como yo, los que pertenecíamos, los que por alguna razón que nunca he comprendido, y que tiene mucho que ver con ese misterioso poder que las mujeres ejercen sobre los hombres, los que siempre le perteneceremos a ella.

Cuando me di la vuelta, por fin, dispuesto a marcharme, pensé, como un idiota, que la suerte, al menos, se había puesto por fin de mi parte. Me alegré por ello. Me dije que ya era hora, que bastante mal lo había pasado. Ahora quiero creer que en el fondo sabía que no hacía otra cosa salvo engañarme a mí mismo, que esas tonterías que pensaba acerca de haber doblado el Cabo de Hornos, con tormenta incluida que estuvo a punto de echarme el barco a pique, no eran más que estupideces, que la suerte no existía, o que si existía nunca estaba de mi parte. Eran demasiadas cosas para poder tener la cabeza fría, para ordenar los pensamientos. Tenía tantas ganas de que los dados rodasen a mi favor que me sentí como si hubiera desbancado al casino cuando recibí la nota, con las cinco palabras. Cómo está, había escrito Lola, cómo está mi cazador solitario.

Lola y yo no nos parecemos en nada, aunque los dos, por motivos muy diferentes, rara vez solemos escoger la forma más sencilla de hacer las cosas. Ella había mandado un mensaje a la radio, al falso Montaner, aunque lo más

fácil hubiera sido ponerse en contacto directamente conmigo. Yo, en lugar de llamar a su puerta y saludarla, por segunda vez en mi vida me había presentado de noche en el umbral de su casa, me había alojado en un hotel y a media mañana del día siguiente me parapetaba detrás de la cristalera de una cafetería que había frente a la urbanización, como un francotirador, para observar sus movimientos. En su caso, utilizar cauces alternativos se debía a una cuestión íntima, a un aspecto oscuro de su personalidad que la empujaba a buscar caminos poco transitados, o, por qué no decirlo, retorcidos. Sin embargo, para mí utilizar carreteras secundarias para llegar a un destino incierto era más una cuestión de instinto de supervivencia, de prudencia, y por qué no decirlo también, de cobardía.

Pero, como digo, no era la primera vez que me veía allí de pie, de una forma subrepticia, en la puerta de la casa de Lola, sin estar seguro de lo que debía hacer. Años atrás, cuando todavía no había pasado mucho tiempo desde que me dejó en la cuneta, viajé al sur. No resulta difícil encontrar a alguien si de verdad pones empeño en ello. Basta un poco de sentido común, hacer las preguntas oportunas a las personas adecuadas y no tardarás en encontrar un hilo del que tirar. Después de lo del Gordo, Lola y Luis se habían instalado en el Puerto de Santa María, me contaron. Habían comprado una casa y estaban rehabilitando un palacete abandonado para abrir un negocio. Dinero, desde luego, no les iba a faltar. Si lo que Lola decía era cierto, el dinero y las joyas de la caja fuerte del Gordo darian para mucho. No estuvo entonces mi viaje motivado por la venganza, sino que me tomé unos días libres y me marché a Cádiz. Era ya de noche cuando encontré la urbanización, la misma de ahora, aunque entonces no había tantas viviendas ni tantos bloques de edificios alrededor. Paré el coche en la puerta y me bajé. Las luces de la casa estaban apagadas. Podría haber saltado la valla y haber llamado a la puerta, o haber saltado la valla y romper una ventana para darles un susto, decirles buenas noches, tenía muchas ganas de veros. He venido para recuperar mi parte del botín. Pero aunque no lo hice me quedé un rato en la acera, mirando las ventanas, preguntándome cuál de ellas correspondía al dormitorio donde Luis y Lola estarían durmiendo, haciendo el amor quizá. No podría decir cuánto tiempo me quedé parado, pero siempre me he preguntado si Lola, desde el otro lado, no supo entonces que estuve allí, que incluso me vio, que tal vez tuvo que contener el impulso de abrir la puerta y salir a la calle para darme un abrazo. Al final me largué y no volví hasta hace justo una semana. Pensé que no iba a volver nunca, que olvidaría a Lola, que si me esforzaba al final la

vida acabaría portándose bien conmigo. No podía saber, quién podría, que no tardaría en prostituir la única cosa que había respetado en mi vida, el boxeo, que pronto claudicaría y alquilaría mis puños y mi mala leche para asustar a pobres diablos.

Me levanté temprano la primera mañana y me aposté tras la cristalera de la única cafetería de la urbanización, como un asesino a sueldo que espera el momento oportuno para acabar con su víctima, salvo que mis únicas armas eran un café, en vaso, y un periódico.

No me había marcado un objetivo claro de lo que quería hacer, es más, ni siquiera estaba seguro de que iba a hacer nada salvo pasarme unos días espionando a Lola y a Luis desde la protección de la cristalera y del anonimato.

No sabía qué hacía Lola durante el día, pero a las diez todavía no la había visto salir de la casa. No me había movido de mi puesto de vigía salvo para ir a mear. Me había bebido tres cafés y un litro de agua y ya no podía aguantar más. A lo mejor había dado la puta casualidad de que ella había salido de su casa mientras fui al baño. No se trataba de una película, y lo cierto es que yo no era un héroe de acción ni un francotirador que espera sin pestañear la aparición de su objetivo para apretar el gatillo.

Dos minutos, no creo que tardase mucho más en aliviar la vejiga, pero hacia las once de la mañana concluí que había dos cosas que estaban claras: la primera, que el pájaro se me había escapado; la segunda que, como francotirador, aunque fuera un francotirador desarmado, tendría poco futuro a no ser que prestase más atención o me empeñase en ser más disciplinado.

Salí a la calle. Me calcé las gafas de sol y un sombrero de paja. Si Lola se había marchado andando no tenía que estar muy lejos. A la derecha, el horizonte se perdía en un mar de casitas blancas y apartamentos. A la izquierda, en dirección a la playa, los bloques de apartamentos dejaban paso al paseo marítimo. Caminé hacia allí, con la barbilla clavada en el pecho, mirando de reojo de cuando en cuando, preparado para darme la vuelta si me cruzaba con ella. Muchas veces me ha pasado eso, sobre todo habiendo una mujer por medio: estoy deseando encontrármela, pero por otra parte no quiero porque sé que cuando suceda habré de contenerme para no salir corriendo despavorido en dirección contraria. A Lola no sabría qué decirle, además. No podría fingir hasta el extremo de decir que estaba allí y me la

había encontrado por casualidad. Ella sabe que a mí nunca me gustó mucho la playa. Y menos en verano.

Para llegar al paseo marítimo había que atravesar la avenida. Crucé por un paso de cebra y hasta que no estuve frente al mar no me di la vuelta. La acera estaba repleta de locales comerciales que hacían negocio en verano: bares, tiendas de prensa, artículos de playa, camisetas, una farmacia, dos bancos y una administración de lotería. Había unos cien metros más de locales a mi derecha y otros trescientos metros, por lo menos, a la izquierda. A esa hora de la mañana paseaba mucha gente: familias enteras que buscaban la playa con las sombrillas y las butacas, hombres ociosos en pantalón corto que venían de comprar el periódico, jovencitas a las que les bailaban las tetas bajo el biquini. Apenas habían pasado veinticuatro horas desde que me había marchado, pero ahora pensaba en Madrid y se me antojaba una existencia vivida hace miles de años, una vida que no me pertenecía. La vida de otro, quizá.

Me recorrí el paseo marítimo dos veces, protegido por la breve distancia de la acera de enfrente, como si fuera un turista despistado que no sabe muy bien si acercarse a la orilla para darse un baño o sentarse a tomar una cerveza en cualquiera de los bares del paseo marítimo. No quise atravesar la calle y dar otra batida desde más cerca. No me atrevía todavía. Si Lola estaba por allí podía pillarme desprevenido, y mi única posibilidad de salir airoso del primer encuentro con ella después de dieciocho años era estando preparado, que la sorprendida fuera ella, que a mí, aunque también fingiese extrañeza, me hubiera dado tiempo de respirar hondo, de relajar los hombros, de cerrar los ojos un momento y de aislarme, igual que hacía muchos años antes, cuando era joven, antes de subir al ring.

¿Y si era todo mentira? También cabía esa posibilidad. Conociendo a Lola cualquier cosa podía pasar. ¿Y si ya no vivía allí y se estaba riendo de mí en la distancia, desde cualquier otro sitio? Primero lo pensé como algo imposible, pero a medida que regresaba a la urbanización la sensación de que Lola no vivía allí se volvía cada vez más poderosa. Sin poder dominarlo mis piernas me llevaban muy deprisa de vuelta a mi escondite. Había muchas maneras de hacer el tonto, pero haber viajado en balde para nada era una forma muy estúpida de perder el tiempo y el dinero.

Diez minutos después de la una y media estaba otra vez en la puerta de la cafetería, cerca de su casa. Faltaba muy poco para la hora de almorzar, y pronto la gente regresaría de la playa. Atravesé la calle, a pecho descubierto,

como un pistolero que ha de enfrentarse a su destino en el callejón de un pueblo perdido del Oeste. Di unas zancadas y clavé los pies delante de la fachada de la casa de Lola. Las ventanas estaban cerradas, pero un aspersor desplegaba perezosamente un chorro de agua sobre el césped. Si la puerta se hubiera abierto en ese momento y Lola hubiese aparecido en el umbral habría salido corriendo y no habría parado hasta que me reventasen los pulmones. O si ella se hubiera acercado desde la calle habría saltado la primera valla para que no me hubiese encontrado espiando en la puerta de su casa. Pero no vino nadie. Y había dos nombres en el buzón: el de Luis, con sus dos apellidos, y debajo el nombre de Lola, también con sus dos apellidos.

Salí de la urbanización. Ya había tentado demasiado a la suerte, y cuando uno juega demasiadas manos al final acaba perdiéndolo todo. Tal vez Lola ya me había visto caminando con aire disimulado por el paseo marítimo. Tal vez no. Si me había visto yo no lo sabía, conque podía seguir actuando como si aún permaneciese en el anonimato.

Miré la hora: las dos y veinte. Ya era la hora de comer. Tenía un presentimiento. Volví a entrar en la cafetería, y me senté en la misma silla, a vigilar otro rato. Muchos vecinos volvían de la playa, con los niños de la mano, los cubitos de arena, las toallas, las hamacas. Lo típico del verano. Diez minutos después todavía no me había movido de mi atalaya, con los ojos clavados en la entrada de la urbanización. Luis no había vuelto todavía. Y Lola, si es que había salido, tampoco.

A las tres menos cuarto me levanté y estiré las piernas, sin dejar de observar la entrada de la urbanización. Empezaba a tener hambre y me estaba entrando sueño.

Me gusta imaginar cosas de la gente a través de los pequeños detalles que observo. Antes, cuando iba con Paula de compras, me sentaba a esperarla en la cafetería del centro comercial, justo delante de unas escaleras mecánicas que bajaban. Me quedaba tan absorto que podía pasarme horas jugando a adivinar cómo serían las personas cuyos pies era lo primero que veía desde mi asiento. Primero los zapatos, luego las piernas, como a cámara lenta, luego la cintura, luego el torso y los brazos, y por último la cabeza. Si aprendí algo fue que nunca se debe elucubrar demasiado acerca de la cara o la profesión de una persona con sólo verle las piernas. Quien se atreva puede llevarse más de una sorpresa. Muchas veces vi los zapatos de un tipo al que imaginé con cara de triste jubilado y al avanzar la escalera me encontré con el rostro lampiño de un joven vendedor del establecimiento, o los pies de quien

imaginé una esbelta bailarina precedían a unas gruesas pantorrillas y a unos muslos rechonchos, con varices, sin duda. Quiero decir que acertaba tantas veces como me equivocaba, como en la vida, pero no por ello dejaba de practicar ese juego inocente que complementaba a veces cuando me sentaba en un banco del parque y me ponía a imaginar las vidas posibles de quienes pasaban cerca de mí. Me gustaba, me gusta, deducir cosas de la gente por su forma de andar, por la prisa que tienen, por cómo van vestidos, por lo sucios que llevan los zapatos, por el modo en que van peinados o por el brillo de sus ojos. Paula decía que las novelas de Sherlock Holmes me habían causado un daño irreparable en el cerebro, en mi manera de percibir las cosas. Le das demasiadas vueltas a todo, Montalbán, te comes mucho el coco. Vivir así no es sano.

Saludable o no, había estado haciendo exactamente lo mismo con las sombras que precedían a la gente que pasaban al otro lado de la cafetería.

La sombra que anticipó a Lola se me antojó un espejismo, un espectro que llevaba mucho tiempo esperando ver aparecer. Caminaba despacio. Escuché los tacones crujir sobre el asfalto antes de verla. A Lola le gustaba llevar tacones. Aunque no es muy alta, no es que le haga falta llevarlos. Ella decía que le hacían las piernas más bonitas. Ya he dicho antes que hay cosas que nunca cambian, y la coquetería que recordaba de cuando éramos jóvenes y que a veces me volvía loco no la había abandonado con el paso de los años. Por supuesto que se trataba de ella. Lo primero que vi, pues, fue su sombra, que pareció detenerse un momento, como si mirase la cristalera de la cafetería. Sé que es una tontería, que ella no podía verme, que no podía saber que estaba allí. Ella sabía que vendría, pero no podía adivinar hasta qué punto sería capaz de dar un rodeo. No podía sospechar que la estaba espiando, que me había adelantado a sus movimientos. Aunque no me iba a servir de nada, pues al final iba a caer en sus redes. Ella lo sabía, y yo también lo sabía. Pero me separé del cristal y contuve el aliento como si ella pudiese escuchar mi respiración. Aguanté el aire en los pulmones hasta que la vi: delgada, como antaño, un vestido rojo y corto que dejaba a la vista sus piernas morenas. La melena rizada, oscura y salvaje, recogida de cualquier manera, para que los bucles no le tapasen la cara. Un bolso colgado del brazo que abrió para buscar las llaves de su casa. En la mano libre sostenía un cigarrillo. La observaba de soslayo, sin atreverme a acercarme mucho más a la ventana, no fuera a ser que mirase en esta dirección y me sorprendiese espiándola. Me latía el corazón igual que cuando era un adolescente: bumbumbumbúm.

Por muchos años que pasen y por muchas cosas que uno haya aprendido llega un momento que la vida vuelve a ponerte en tu sitio. Te crees que lo sabes todo, piensas que ya nada te puede sorprender y que vienes de vuelta de tantas cosas que nunca volverás a tener sentimientos que creías enterrados para siempre. Pues es un error creer en esas tonterías. Allí estaba yo, dieciocho años después de haber visto a Lola por última vez, cerca de veinte años después de haberme enamorado de ella hasta las trancas, y la sangre me batía en las venas con la misma urgencia de entonces: bumbumbumbúm, bumbumbumbúm. La veía allí, con el ceño fruncido mientras buscaba las llaves en el bolso, la ceniza de la colilla en la otra mano a punto de quemarle los dedos, pero a ella parecía que no le importaba, y me sorprendí murmurando las mismas tonterías que cuando éramos jóvenes y después de pelearnos la seguía por la calle esperando que se volviera para darme un abrazo. La miraba y murmuraba, quedamente, para mí, aunque nadie pudiese escucharme: vuélvete, mírame, ¿no ves que estoy aquí? ¿no te das cuenta de que no puedo vivir sin ti? De jóvenes, cuando nos peleábamos, la seguía en la distancia y repetía alguna letanía parecida, pero Lola jamás se volvía: era demasiado orgullosa y sabía muy bien el terreno que pisaba como para dar su brazo a torcer o rebajarse. Era yo el que tenía que apretar el paso hasta llegar a su altura, tragarme el orgullo y fingir que no había visto esa sonrisa triunfante de quien sabe que tiene la batalla ganada sin haber tenido que gastar una sola bala. Mírame, vuélvete, ¿no ves que estoy aquí?, murmuré, protegido por el cristal de la cafetería. Esta vez tampoco se volvió. Encontró las llaves, por fin, y abrió la puerta. Ya no podía ver su cara, pero quise pensar que, en el jardín, antes de entrar en la casa, se paró un momento y sonrió, satisfecha, como hubiera hecho Shere Khan, el viejo tigre cojo, después de olfatear su presa, segura de que el pobre y desvalido cachorro de hombre estaba cerca y no le faltaba mucho para dejarse ver.

Dos días después dediqué varias horas a bañarme y a tomar el sol en la piscina del hotel. Estábamos en agosto y mi piel seguía tan blanca como si todavía no hubiese arrancado la hoja de febrero del calendario. Menudo espía estás hecho, chaval, me dije, sin poder contener una sonrisa, tumbado en la toalla mientras hacía tiempo para que Lola volviese a casa. Menudo espía. La mejor manera de pasar desapercibido en una playa es el color cerúleo de la

piel que costaría hacer desaparecer incluso con una semana de bronceado intensivo. Gran idea la mía.

Permanecí un rato más tumbado en la toalla, embadurnado en crema protectora. Luego me refresqué bajo el chorro de la ducha, me puse la camiseta y fui a dar una vuelta al paseo marítimo. Miré a un lado y a otro, por si veía a Lola, pero no hubo suerte. No faltaba mucho para la hora de comer y Lola debía de estar regresando a su casa. La imaginé de vuelta de la playa, fumando un cigarrillo tranquilamente, parándose en algún escaparate para arreglarse el pelo, siempre tan coqueta. La imaginé y seguí sus pasos como un autómatas, como si fuera capaz de ver las huellas invisibles que sus sandalias habían dejado en el pavimento. Fui tras ella y, mientras lo hacía, una parte de mí se preguntaba por qué estaba allí, comportándome como un adolescente estúpido, qué había venido a buscar a ese lugar, tan lejos de mi casa y de mi vida, aunque quizá era eso, que nunca había vivido en una casa que considerase mía y tampoco tenía vida, y el mensaje de Lola me había brindado un hilo del que tirar, un salvavidas al que agarrarme en el último momento, como un náufrago que encuentra un trozo de madera que flota cuando ya se ha resignado a hundirse sin remedio. Tampoco había preparado unas palabras para decírselas a Lola cuando me la encontrase, porque hasta aquel momento no había pensado seriamente que me la iba a encontrar y que iba a tener que enfrentarme a lo que había ido a hacer allí, a mí mismo. Hasta ese momento no había sido más que un juego inocente del que a buen seguro acabaría cansándome, que no tendría las ganas o el valor suficiente para acercarme a Lola y decirle hola, mi vida, estoy aquí, otra vez, al cabo de tantos años. Estoy aquí porque sé que querías verme, porque me necesitabas, porque estoy seguro de que después de tanto tiempo no me has olvidado. Ni yo a ti tampoco. Uno piensa en cómo van a suceder las cosas en el futuro pero casi nunca acierta. No es fácil hacerlo. Es prácticamente imposible acertar. Yo no sabía, cómo iba a imaginarlo, que la vería sentada al otro lado del cristal de la misma cafetería desde la que yo había vigilado sus pasos dos días antes, seguro que esperando a que yo pasara aunque entonces no era capaz de adivinarlo, de imaginarlo siquiera. Apenas fue un momento, pero me bastó para ver sus ojos, mirando la calle por encima del vaso del refresco que estaba bebiendo, mirando la calle y esperándome.

Humillé los ojos, como en un acto reflejo, y clavé la barbilla en el pecho, como si tuviera frío —y he de confesar que se me erizó el vello al encontrármela cara a cara—, y seguí mi camino, como si no hubiese sucedido

nada, como si fuera posible que Lola no me hubiese visto, que pensase que se había confundido con otro, que yo nunca había estado allí, que podría dejar esa misma tarde la habitación del hotel y marcharme para no volver nunca más. Y mi primera intención fue ésa. Lo juro. Seguir mi camino, hacer la maleta y largarme para no regresar nunca. Pero mi vida, y supongo que las vidas de casi todo el mundo, aunque no lo reconozcan, está llena de decisiones erróneas, de momentos equivocados que marcan el paso de lo que sucederá después. De todos modos, me dije, antes de dar la vuelta, sin encontrar una razón coherente para hacerlo, pero el caso es que mis piernas, sin yo haberlo mandado, me llevaban de nuevo a la cafetería donde acababa de ver a Lola, no es la primera decisión equivocada que tomo en mi vida. Y seguro que tampoco será la última.

Pero suspiré aliviado frente a la cristalera de la cafetería: ni rastro de Lola. Ni siquiera había un vaso de refresco vacío sobre la mesa que demostrase que ella había estado allí. Respiré hondo. Cerré los ojos. Con un poco de suerte todo habría sido un espejismo, una fantasmagoría causada por la ansiedad que me producía encontrarme con Lola después de tantos años y no estar seguro de cómo iba a reaccionar. Mantuve los ojos cerrados unos segundos, en la puerta de la cafetería, y respiré hondo dos o tres veces, muy despacio, para acompasar las pulsaciones. Abrí los ojos y tampoco estaba. A lo mejor era verdad. Tal vez todo sucedía en mi imaginación. Lola no estaba allí, y lo que pasaba era que yo me estaba volviendo loco. Me estaba volviendo loco y a esas alturas ya no sabía quién era, ni lo que estaba haciendo en una urbanización de playa, en pleno mes de agosto, ni si Lola existía siquiera y todo había sido una alucinación mía: el mensaje que mandó a la radio, que Paula no me había dejado, que todavía éramos felices y teníamos toda la vida por delante, que no tenía que ganarme la vida rompiendo los huesos de pobres diablos, que era un escritor famoso, y que todo lo que estaba viviendo no era más que un mal sueño.

Mi vida, por fin has venido. Menos mal que aún nos queda el Empire State. Sentía las palabras como si también formasen parte de una pesadilla de la que ahora creía equivocadamente desprenderme, como si eso fuera tan fácil, como si la vida pudiera borrarse de un plumazo, sólo con deseárselo.

Al otro lado del cristal, la mesa donde había creído ver a Lola seguía vacía, confirmándome —o tal vez debería decir ilusionándome— que ella nunca había estado allí, que todavía podría disfrutar de una tregua, que las palabras que había escuchado no brotaban sino del pozo oscuro que guardo

en el pecho, un lugar del que yo no las podía desterrar.

Mi vida, por fin has venido. Menos mal que aún nos queda el Empire State. Había vuelto a escucharlo. No tuve que volver la cara para saber que Lola estaba al otro lado de la puerta, observándome, tal vez riéndose para sus adentros, soltando el humo del cigarrillo, con lentitud calculada, disfrutando el momento, sabedora, como sólo las mujeres pueden, de que tiene la partida ganada, y que Montalbán o Montaner —a ella le daba igual uno que otro— estaban allí para plegarse a sus deseos, que los dos —Montaner y yo, nosotros y todos los hombres— no éramos sino unos cachorros desnudos y desvalidos, tiritando de frío, abandonados en la selva.

Habían pasado dieciocho años desde la última vez que nos habíamos visto, pero el abrazo que nos dedicamos en la puerta de la cafetería fue apenas un gesto forzado, un roce casi ficticio. Luego Lola se separó de mí y me miró de arriba abajo despacio, como si comprobase cómo le quedaba el vestido frente al espejo del probador de unos grandes almacenes. Me miró y sonrió, apuró la última calada del cigarrillo, y exhaló el humo lentamente, mientras aplastaba la colilla que había tirado al suelo con la suela del zapato, moviendo el pie despacio, de una forma que quise pensar que tenía mucho de sensual porque lo hacía sin dejar de mirarme a los ojos. Los suyos, comprobé, sin poder o sin querer evitar suspirar, procurando que no se diera cuenta de que lo hacía, seguían siendo violeta, como los de Liz Taylor. Estaba a punto de decírselo pero no me salían las palabras. Bastante tenía con tratar de que no se me notase lo nervioso que estaba. Casi veinte años más viejo y nada había cambiado: la miraba como hipnotizado, pero eso no era lo peor. Lo peor, lo que más me inquietaba, era la certeza de saber que a partir de ese momento haría cualquier cosa que ella me pidiese para poder estar a su lado.

—Bueno, ¿me invitarás a algo o vamos a pasarnos el día aquí?

No había terminado de decir la frase cuando abrió la puerta de la cafetería. Cuando quise darme cuenta Lola caminaba hacia el fondo del local, moviendo el culo. Tragué saliva y sujeté la puerta. Una ráfaga helada me golpeó en la cara. El aire acondicionado tenía mucha potencia. Pensé eso para engañarme a mí mismo, para decirme que se me habían puesto de punta los vellos del antebrazo por culpa de la refrigeración, pero yo sabía la razón. Y Lola también. Y me daba vergüenza que se diese cuenta.

—Cuánto tiempo, Montalbán —acababa de encender otro pitillo. Me ofreció uno.

—No debería —le dije, cogiéndolo—: llevo mucho tiempo intentando dejarlo.

—Qué formalito.

Me encogí de hombros.

—Ya ves.

—Siempre te recordé así: tan responsable, tan hombrecito.

Se refería a mí como si cuando estuvimos juntos yo fuese un mocoso.

—Ya estaba bastante crecidito cuando... —si uno no sabe muy bien cómo nombrar algo que ha sucedido se atascan las palabras.

—¿Cuando qué? —a Lola le gustaba jugar. Seguía gustándole.

—Cuando éramos novios —dije, y enseguida rectifiqué—: cuando íbamos a ser novios.

Se echó a reír. Creo que los ojos se le iluminaron. Pero ahora estoy recordándolo, y la memoria siempre es tramposa, aunque uno quiera ser honesto y recordar las cosas tal y como sucedieron. El recuerdo que tengo de ese momento es a Lola levantando la barbilla, echando la cabeza hacia atrás para agitar la melena, la ceniza del cigarrillo que sostenía amenazando con derramarse sobre la mesa, el vaso de coca-cola que acaban de traerle en la otra, las burbujas, los cubitos de hielo, la rodaja fina de limón, y yo mirándola a ella y al vaso de cerveza —de repente me dio vergüenza pedir leche: ya he dicho que me pasa a veces— que aún no había probado de hito en hito, sin saber si alegrarme por estar sentado frente a ella otra vez, después de tantos años, o lamentarme por habérselo puesto tan fácil, por haber venido a buscarla en cuanto recibí su mensaje, por haber entrado como un corderito en la cafetería, siguiendo sus pasos sin poder parar, como un burro que camina detrás de un palo del que cuelga una zanahoria.

—Me alegro de verte, Montalbán —dijo, al cabo—. Me alegro mucho de verte.

—Yo también.

Después de decir estas dos palabras me incliné sobre la mesa, como si fuera a contarle un secreto o hubiera reunido por fin el valor necesario para besarla, pero a lo único que acerté fue a que mis manos reptaran sobre la mesa, lentamente, hasta que mis dedos casi rozaron los suyos.

—¿Qué ha sido de ti durante todos estos años, Montalbán? ¿Qué hiciste con tu vida?

Vaya pregunta. Había dos formas de responderla: el modo corto o el modo largo. Elegí el primero. El segundo era muy aburrido.

—Lo que hace un chico formalito, supongo —dije, y ella volvió a sonreír de la misma forma que antes, echando la cabeza hacia atrás, como si quisiera librarse del pelo—. Casarme, sobrevivir, tratar de buscar un trabajo decente. No sé si éste será el orden correcto.

Lola levantó una ceja, interrogativa.

—¿Y ya está?

—Nunca encontré un trabajo decente. Y me divorcié.

—¿Te divorciaste?

—Cuando tu mujer te deja por otro no queda más remedio.

—Lo siento.

—No pasa nada —mentí—. Seguro que me quería tanto que no podía soportar estar conmigo y hacerme sufrir.

Lola dejó escapar aire por la nariz, algo así como una sonrisa forzada.

—Es lo que siempre se dice, ¿no? —traté de aclararle—. Una manera más o menos elegante de decirle a tu pareja que se busque la vida por su cuenta.

—Una manera bastante sucia. De cobardes.

—Da igual.

Lola hizo un gesto con la mano, como si corriera una cortina. Al verla hacer eso me acordé de cuánto tiempo hacía que no veía ese gesto. Era lo que hacía siempre al cambiar de tema, cuando estábamos hablando de algo que nos hacía sentir incómodos a uno de los dos. No pude evitar una sonrisa trufada de nostalgia.

—¿Y tus inquietudes literarias? ¿Qué pasó con eso?

Solté el resto del aire que me había quedado dentro unos segundos antes, al sonreír con nostalgia. Mis inquietudes literarias. No imaginaba que ella se acordase. Me había visto leer muchos libros, y alguna vez le había confesado que me gustaría escribir una novela, como tanta gente, eso era todo, y al escuchar esas palabras de los labios de Lola me sentí ridículo por haberlas pronunciado alguna vez, cuando era tan joven y tan estúpido como para creer que los sueños podían hacerse realidad.

Me encogí de hombros.

—Fueron sólo eso. Inquietudes.

—No me lo puedo creer. Pero si ibas a escribir una novela y todo.

Se acordaba, sí. Qué pena que no lo hubiese olvidado.

—Pues sí. Nunca llegué a escribir más de cuatro folios seguidos.

—Pero leías mucho.

—Gracias, Lola. Pero no hace falta que me regales el oído. La mayoría de la gente que lee no escribe.

Era la primera vez que la llamaba por su nombre, cara a cara, después de tantos años sin vernos, y había imaginado muchas veces que lo haría en la penumbra, con mis labios muy cerca de los suyos, y no a plena luz del día, en una cafetería, sin que ninguno de los dos nos atreviésemos a decir al otro la razón por la que estábamos allí, mientras le explicaba que mi carrera de escritor nunca empezó, que ni siquiera llegó a existir, que era una estupidez que un tipo como yo se plantease siquiera ser un literato.

—No lo digo por halagarte. Aún guardo tus cartas en una caja. Eran muy bonitas.

—Pues hazme un favor, y de paso hazte un favor a ti misma y al mundo: quémalas.

Ahora era yo el que sonreía. En el fondo me gustaba que guardase mis cartas, que se acordase de mí todavía.

—No digas tonterías.

—Vale. Hablemos de otra cosa. ¿Y tú? ¿Qué ha sido de tu vida?

Entonces se puso seria. Tal vez pensaba que yo iba a hacer mención a la nota que había mandado a la radio. Cómo está mi cazador solitario. Pero no quise sacar el tema todavía.

—Ya no bailo. Y tampoco he dado la vuelta al mundo. Vivimos aquí desde... bueno, desde entonces.

—Quién te lo iba a decir a ti.

—Pues sí. Quién lo iba a decir. ¿Qué te trae por aquí?

—¿A mí?

—No, al camarero.

A Lola le gustaba ir al grano. Y a mí me gustó comprobar que le seguía gustando.

—¿Te creerías si te dijera que estoy de vacaciones?

—No.

—¿Te creerías si te dijera que estoy de vacaciones y que me he encontrado contigo por casualidad?

—No.

—¿Y si te dijera que no estoy de vacaciones ni me he encontrado contigo por casualidad y que la única razón por la que estoy aquí es porque

tenía ganas de verte?

—Pudiste haber venido hace muchos años.

—Lo hice.

—Lo sé.

—Estaba seguro de que lo sabías.

Lola asintió, arrancó un sorbo lento al vaso y le dio una calada al cigarrillo.

—¿Por qué te fuiste? ¿Por qué ni siquiera hablaste conmigo?

—No era un buen momento.

—¿Y ahora?

—Tal vez. No sé. Ha pasado mucho tiempo. La gente cambia.

—Pero no tanto.

—Qué sabrás tú. A lo mejor estás delante de un asesino y no lo sabes.

Se quedó seria un momento, como si dudara creerme o no. Fue apenas una fracción de segundo, pero me di cuenta de que por primera vez había contemplado la posibilidad de tomarse en serio mis palabras. Pero otra vez se echó a reír. Tanta gracia le hizo que le sobrevino una tos repentina. Trató de ahuyentarla sacudiendo el humo del cigarrillo con la mano.

—Montalbán —me dijo, cuando recuperó el aliento—, tú tienes tanto de criminal como yo de monja. En el fondo eres demasiado bueno. Demasiado honesto. Yo lo sé. Te conozco bien.

—Como tú digas —me encogí de hombros. Había llegado a un punto de indolencia en el que me daba igual lo que los demás pensaran de mí. Que Lola no se creía que era un asesino. Pues bueno. Allá ella.

—Anda, dime qué has venido a hacer aquí —dijo la frase y le adiviné la intención en los ojos—. Porque no me creo que este encuentro sea por casualidad.

Saqué la nota del bolsillo. Cómo está mi cazador solitario. Desde que llegué allí me la había guardado en la camisa al salir cada mañana. En el fondo sabía que acabaría encontrándome con Lola, que tendríamos una conversación y que esa nota me estallaría en las manos, como una bomba que aguarda el momento de explotar.

Lola no se molestó en disimular ni en mostrarse sorprendida. No se llevó la punta de los dedos a la boca como quien cae en la cuenta de algo muy importante o muy obvio. Los ojos le brillaron, apenas esbozó una sonrisa de ganadora que desapareció un segundo antes de que me diese tiempo a disfrutarla, un instante antes de llevarse el pitillo a los labios y aspirar una

larga calada.

—La nota —dijo, como mirando al vacío.

—La nota —repetí, en voz baja, sin dejar de clavar los ojos en los de Lola.

—Eras tú...

No era una pregunta, ni siquiera trataba de expresar una duda que le hubiese preocupado desde que me escuchó —desde que escuchó a Montaner — contar su vida difícil en la radio. Lo único que aquellas palabras parecían decirle era que tenía razón, que no se había equivocado al reconocerme y mucho menos al ponerse en contacto conmigo.

—¿Acaso lo dudabas?

Volvió a sonreír, y esta vez el gesto se demoró unos segundos más. Los ojos habían adquirido un brillo más intenso que antes, como si una fina capa de cristal protegiera sus iris violeta.

Negó con la cabeza, de un modo casi imperceptible. Pero yo estaba demasiado cerca como para que se me escapase nada.

—Sabía que vendrías —dijo, por fin. Lo dijo y puso sus manos sobre las mías. Se me erizó el vello a la altura de la nuca. Era la primera vez que Lola me tocaba en dieciocho años—. Siempre fuiste un caballero. Un caballero andante.

Dejé escapar un largo suspiro antes de decir nada. Sus manos calentaban las mías, y hubiera cruzado los dedos para que no las separase si al hacerlo no hubiera estado seguro de que ella se daría cuenta.

—Un caballero... —repetí, por decir algo.

—Un caballero, sí. Un héroe como esos de las novelas que te gustaban tanto.

Un héroe, murmuré, para mí mismo, bajando los ojos un momento porque no podía soportar escuchar eso y recordar cómo habían sido los últimos años que había pasado. Ojalá hubiera sido un héroe alguna vez. Nunca, en toda mi vida, recuerdo haberme comportado como un héroe. Mis actos se asemejan más a los de un cobarde sin escrúpulos, un tahúr, un fulano taimado que es capaz de traicionar a su madre con tal de salvar el pellejo. Sólo tenía que pensar en el Gordo, que había confiado en mí, en el Gordo, que se había comportado tan bien conmigo. Resulta agradable pensar en uno mismo como un héroe, un héroe de novela o uno de esos de los tebeos que leía de niño pero que no me gustaba reconocer ante nadie, y menos ante Lola, pero la vida es mucho más complicada que eso, y cuando vas cumpliendo

años te das cuenta de que las cosas rara vez son blancas o negras, sino que siempre escoran hacia unos complicados tonos grises en los que uno no acaba de discernir nunca lo que está bien de lo que está mal.

—Un héroe —contesté, sin embargo—. Ya me gustaría a mí serlo.

—No habrías venido hasta aquí de no serlo.

—No te crees lo que te he contado antes, ¿verdad?

—El qué.

—No sé. Que soy un asesino. Que la policía me pisa los talones. Que tengo los días contados.

Lola negó con la cabeza muy despacio, ampliamente, de un modo casi teatral. Fue entonces cuando le dije la única verdad posible.

—He venido hasta aquí porque no tengo adónde ir. Porque quiero empezar una vida nueva.

Lola volvió a sonreír. Me gustó que lo hiciera.

—Yo prefiero pensar que has venido a buscarme. Que has venido a verme porque no puedes soportar la idea de no estar conmigo a pesar de que han pasado casi veinte años desde la última vez que estuvimos juntos.

Asentí con la cabeza, dándole la razón. Por qué no.

—Bueno, eso también. Claro que sí.

—Pues eso es lo único que me importa —separó los dedos para entrelazarlos con los míos: un calor familiar y agradable me subió por la espina dorsal—. Que ahora estamos aquí, juntos los dos, al cabo de tanto tiempo, como si no hubiera pasado nada.

A pesar de la emoción del momento pude hacer un esfuerzo para detenerme un instante a pensar con claridad. Espera, Montalbán, me dije. Espera. Qué estás haciendo. Todo lo que está pasando es muy bonito, pero un poco raro también.

—Montalbán —me dijo—. ¿O prefieres que te llame Montaner?

—Como te dé la gana.

—Me gusta más tu nombre, Montalbán. Rafael Montalbán. Tu apellido de estrella de cine, de héroe de novela.

—Tienes un concepto muy elevado de mí, y te lo agradezco, pero yo no soy así.

—Déjame que sea yo quien lo diga. Tú no estás capacitado para calificarte a ti mismo. Nadie lo está.

—Como quieras —seguía sin querer discutir.

Hizo una pausa, como si quisiera cambiar de tema. Aplastó la colilla en

el cenicero y se me quedó mirando, muy fija, como si me radiografiara.

—No parece que la vida te haya tratado bien —me debía de haber adivinado el tono triste en la voz. Mi estado de ánimo era demasiado obvio.

—Para qué te voy a mentir, Lola. Podía haberme ido mejor —hice una pausa y me la quedé mirando—, pero tampoco me quejo. No me serviría de nada, además.

—¿Por qué dejaste de escribir?

Me encogí de hombros.

—¿Conoces a muchos boxeadores que escriban novelas?

—No conozco a ningún boxeador. Sólo a ti.

—¿Conoces a algún escritor que haya subido alguna vez a un ring?

—Tampoco conozco a ningún escritor. Sólo...

—No sigas, Lola. No hace falta que me regales el oído. No soy escritor, y nunca lo seré. Hace ya muchos años que me di cuenta, por fortuna. Y en cuanto al boxeo, bueno, ya conoces la historia.

—Ya...

—Respecto a la escritura, no sé. Supongo que me cansé de perder el tiempo. Un día ya no tuve ganas de seguir. Eso es todo. Como el naufrago que nada hasta que lo abandonan las fuerzas. Deja de nadar y se hunde, muy tranquilo, sin molestar a nadie ni hacer aspavientos. Se muere y ya está.

Entonces separó sus manos de las mías. Tal vez le disgustó aquella comparación que había hecho con la muerte. O no tenía más ganas de agarrarme las manos, simplemente, o quizá temía que alguien nos viera. Al cabo, Lola era una mujer casada, no podía olvidarlo, y seguro que mucha gente de por allí la conocía. Estábamos al lado de su casa.

—Pero tú estás a flote —me alegró comprobar que todavía seguía metida en la conversación, que no había cambiado de tema inopinadamente.

—Pero he tocado fondo. Te lo juro. No puedes imaginarte lo bajo que he caído.

Lola no dijo nada. Se limitó a mirarme por encima de la curva del vaso al que acababa de arrancar uno de los últimos sorbos de coca-cola. Sentí que la conversación estaba llegando a su fin, y yo también tenía algunas preguntas que hacerle.

—¿Y vosotros? —le dije—. ¿Os casasteis? ¿Tuvisteis hijos?

A pesar de las preguntas conocía la respuesta de la primera e intuía la de la segunda.

Pero ella no contestó inmediatamente. Permaneció absorta un momento,

primero mirándome a mí, y luego echó un vistazo revelador a la nota que estaba doblada, sobre la mesa. Apenas la rozó con la punta del meñique, como si no se atreviese a tocarla.

—¿Supiste enseguida que era yo? —me preguntó.

—Sabes que sí. Si no, no estaría aquí contigo ahora.

—Entonces sabrás que tenía muchas ganas de que llegase este momento.

—Pero me gustaría haber escuchado eso hace muchos años, de tus labios —al referirme a sus labios no pude evitar quedarme un momento callado mirándolos: carnosos, con un leve brillo de carmín. Los recuerdos hacían cola en mi cabeza para devolverme al pasado. Sus labios. Bajé la mirada hacia el escote. Un pequeño lunar se le marcaba en el nacimiento del pecho izquierdo. Más recuerdos. Los senos se perdían bajo el fino vestido. No llevaba sujetador. Hasta ese momento no me había fijado. O no había querido fijarme.

Agua fresca.

Tragué saliva.

—Estoy casada, lo sabes, lo sabes de sobra —la escuché decir—. Pero estaba esperándote para que me llevaras contigo.

—Adónde.

—A donde tú quieras: Nueva York, Chicago, Toronto, Kuala Lumpur —se echó a reír, y luego añadió—: pero primero deberíamos ir a Lisboa.

—Lisboa. ¿Sabes una cosa? Nunca he estado en Lisboa.

—Mentira.

—Quiero decir que nunca he estado en Lisboa contigo.

—Yo tampoco he estado nunca en Lisboa. Ni contigo ni sin ti.

—Yo nunca fui a Nueva York, ni a Chicago, ni a Toronto, y mucho menos a Kuala Lumpur.

Volvió a cubrir mis manos con las suyas. Las noté frías después de que hubiesen estado jugueteando con vaso.

—Montalbán, Montaner —me dijo, nos dijo—. Seas quien seas. Llévame contigo.

Dieciocho años esperando aquellas palabras de sus labios y ahora, al regalármelas, me di cuenta de que no era así como había esperado escucharlas durante tanto tiempo. Ya era demasiado tarde para creer en sueños imposibles. Ya éramos los dos demasiado mayores para pensar en utopías, pero, a pesar de todo, a medida que fueron pasando los segundos, me di cuenta de que me gustaba mucho cómo sonaba aquello: Montalbán,

llévame contigo.

—Ojalá pudiera —repliqué, sin embargo.

—¿Por qué no puedes?

—No lo sé. Porque he de ir a un lugar del que tardaré mucho en volver.

—¿Qué lugar es ése?

Sacudí la cabeza.

—Ni yo mismo lo sé. Sólo sé que tengo que marcharme y que debería quedarme mucho tiempo allí.

—Mucho tiempo... ¿Para siempre?

Me encogí de hombros.

—Tal vez. El tiempo que se tarde en cambiar de vida. El tiempo que se tarde en ser otra persona.

—Yo puedo acompañarte.

Ahora era yo quien había sacado las manos de la protección que me brindaban las suyas y protegía las de Lola con las mías.

—¿Qué te ocurre, Lola?

Miró a un lado y a otro, como si temiese que alguien oyese su respuesta. Luego clavó sus ojos en mí, y sentí cómo la punta de uno de sus pulgares me acariciaba la palma de la mano.

—Yo también quiero empezar una nueva vida. Quiero recuperar el tiempo perdido. Voy a dejar a Luis —hizo una pausa, no supe si porque le había costado decir la frase o porque estaba calibrando el efecto de sus palabras en mi estado de ánimo. Pero entre mis escasas habilidades se encuentra la de no mover ni un músculo de la cara cuando algo me sacude por dentro.

Acababa de decirme que quería recuperar el tiempo perdido, y eso significaba, además, que quería recuperarlo junto a mí.

—¿Estás segura de tus intenciones?

Se me quedó mirando y sus ojos violeta parecían querer decirme que era un estúpido si no me daba cuenta de lo que pensaba. Claro que estaba segura de sus intenciones. Las mujeres siempre lo están. Y Lola no iba a ser menos.

—Si no fuera así tú no estarías aquí.

Fruncí el ceño, fingiendo no comprender lo que quería decirme. Lola se inclinó sobre la mesa, bajó la voz hasta un punto que casi me costaba trabajo entenderla.

—No has venido hasta aquí para nada, Montalbán.

Lo dijo y se incorporó en la silla. Seguía mirándome fijamente, y ahora

yo no estaba seguro de entender, no sus palabras, sino lo que quería decirme. Lola se levantó y cogió el bolso. Antes de marcharse puso una mano sobre mi hombro y apretó, con suavidad. Aún sentía la punta de sus dedos acariciándome, por encima de la camisa, cuando ya se había marchado de la cafetería, como si todavía estuviese allí, de pie, a mi lado, y no camino de su casa, para encontrarse con un marido al que ahora, después de tantos años, tal vez odiaba. Conocía a Lola lo bastante como para saber que no es de las que gastan salvas en vano. Si había decidido abandonar a su marido, Luis estaba sentenciado: muy pronto se iba a quedar compuesto y sin novia. Pero de todo el rato que estuve con Lola en la cafetería había algo que no me había quedado nada claro, algo que sabía que cuanto más pensara en ello más me costaría averiguar: cuál era mi papel en aquella historia. Por qué era yo, después de que hubiesen pasado dieciocho años, la persona que Lola había elegido para emprender una nueva vida. Era como un pez que daba vueltas alrededor de un anzuelo, mirando el cebo con apetito, a punto de morderlo. Pero no nos engañemos. Ya no tiene sentido. A estas alturas, no. A un pez se le podría perdonar la ingenuidad de morder el cebo. A mí no: antes de dar el bocado yo sabía que debajo de la carnaza había un gancho letal, siniestro, que se clavaría en mi carne y ya no me soltaría hasta que me destrozase.

Luis había comprado un viejo palacete que había pertenecido a una rica familia sevillana venida a menos, los Corona Sáenz de Artázcoz. El edificio llevaba más de tres décadas pudriéndose cuando él y Lola llegaron al Puerto de Santa María, con toda la vida por delante y los bolsillos repletos de billetes, después de que la fortuna disfrazada de infarto de miocardio los librase del Gordo y de que su falta de escrúpulos me hubiera quitado de en medio. Pero, si he de ser honesto, debo reconocer que Luis se había esmerado en dar categoría al edificio, reconvirtiéndolo en un pequeño pero coqueto hotelito, con restaurante y terraza de verano donde los turistas, rojos como salmonetes, palmeaban torpemente al compás del espectáculo flamenco. No eran más de veinte minutos en coche desde el hotel: enfilar el morro hacia el Puerto, atravesar la ciudad, tres o cuatro rondas de circunvalación, pasar junto a un par de bodegas de fuste y tomar la carretera de Sanlúcar de Barrameda. Ya había visto a Lola, y a lo mejor eso me había dado ánimos, o quizá, me dije, ya que había llegado hasta allí y me había encontrado con ella, no sería

mala idea hacer la visita completa, cerrar el círculo. Yo qué sé.

La última y la única vez que había estado en el Puerto de Santa María sólo había sido capaz de acercarme hasta la entrada. Entonces no hacía mucho que lo habían inaugurado, y ahora no supe si alegrarme al comprobar que el negocio aún funcionaba, que le había procurado a Luis cierta prosperidad incluso, que no sólo le servía como tapadera para camuflar todo el dinero que se había llevado de la caja fuerte del Gordo, sino que obtenía beneficios, además.

Esta vez venía dispuesto a entrar en La Gitanilla. Hay veces que uno sabe que no va a ser bien recibido, pero a pesar de ello, o quizá por ello, no se resiste a dejar el coche en el aparcamiento vigilado del restaurante, buscar una mesa al aire libre, pedirse una copa y sentarse a ver el espectáculo. Disfrutar del momento.

Un flamenco zapateaba con garbo sobre el escenario mientras otro tocaba la guitarra, con los ojos cerrados, moviendo los hombros de cuando en cuando, inclinando el cuerpo. Era un día entre semana, temprano. No había mucha gente. Le di un largo sorbo al daiquiri —ya iban dos veces seguidas sin pedir leche: uno no debería hacer tantas concesiones en un solo día— y se me ocurrió pensar que Lola tal vez le habría hablado a Luis de nuestro encuentro, aunque sacudí la cabeza, como si estuviera hablando solo. Seguro que no. Al menos no todavía. Conociéndola, lo normal es que ella prefiriese esperar a ver cuál era mi siguiente paso. Ya me había dicho que quería que me la llevase conmigo, pero los dos sabíamos que aquélla era una idea descabellada incluso para alguien que estuviera tan loco como ella o que fuera tan inconsciente como yo, que me había recorrido media España para venir a verla después de que echase el anzuelo.

No me había terminado de beber el daiquiri cuando apareció Luis. Bueno, en realidad no apareció, sino que me mandó un mensaje para anunciarme que estaba allí, que me estaba vigilando, que me había reconocido, que me anduviese con cuidado si quería salir entero de su local. Pero Luis es demasiado sutil para las amenazas directas: la mayoría de la gente que tiene el dinero suficiente para poder delegar en otros el trabajo sucio suele ser sutil para las amenazas directas. El marido de Lola no se acercó a mi mesa con la boca torcida para animarme a que me largase por donde había venido. Su mensaje venía disfrazado de una fingida cortesía. Y el mensajero era una mole semejante a un armario de seis puertas. Tenía la cabeza afeitada, y parecía que las costuras del traje le iban a estallar a la

altura de los dorsales. Mulato, diestro, una cuarta más alto que yo, por lo menos. Ciento veinte kilos, peso pesado, con una cintura ensanchada que no lograba ocultar del todo que una vez estuvo en buena forma. Sonreía. Los dientes parecían una mancha blanca en mitad de su cara morena.

—Buenas noches. Está usted invitado.

Había sido amable. Lo justo. Pero se trataba de esa amabilidad que sabes que sólo va a durar lo que tarde en agotarse su paciencia. Que la próxima vez no me enseñaría los dientes. Al menos no me los enseñaría para sonreír, sino para mostrar el colmillo del perro de presa que seguro llevaba dentro.

—Qué detalle —le dije, y volví a mirar el espectáculo. El bailar ahora zapateaba con más energía, sacudía la cabeza y la melena azabache se movía, a un lado y a otro, tapándole la cara.

Mi nuevo amigo había apoyado las manos en una silla libre y me incorporé un poco en mi asiento, lo justo para levantarme con rapidez y esquivar un golpe si se terciaba. Parecía como si fuera a levantar la silla para estrellármela en la cabeza. Seguía mirando al bailar, pero en realidad estaba pendiente de él. Aún no había levantado la silla para atizarme con ella. Y yo tampoco me había levantado ni había hecho ademán de marcharme. De momento, los dos acabábamos de subir al ring, nos habíamos quitado las batas hacía un instante, y nos mirábamos, tanteándonos, mientras movíamos los pies sobre la lona, estudiándonos.

—Dale las gracias a Luis de mi parte —le dije, sin dejar de mirar el espectáculo. Total, ya que había llegado hasta allí no tenía mucho sentido andarse con rodeos—. Excelente el ron.

Se me quedó mirando y al cabo de un momento lo escuché soltar el aire despacio, con tanta fuerza que pude sentirlo.

—No es que no me guste tu compañía —añadí— pero, si te soy sincero, prefiero beber solo. No te ofendas. Manías que tiene uno. Nada personal.

Movió un poco la silla, como si quisiera colocarla bien, o tal vez es que estuviera conteniéndose de abrimme la cabeza con ella. No me cabe duda, después de todo lo que ha pasado, de que era lo que le hubiera gustado hacer, atizarme con la silla hasta romperme la crisma y luego pisármela, como quien aplasta una colilla. Pero aquélla debía de ser la noche que sigue a un día de suerte, me dije, sin querer reconocer lo que ya sabía, que bastaba una orden de Luis para que aquel armario caoba me sacase —o intentase sacarme— a rastras del local.

Soltó un bufido, que me sonó tan fuerte como el de un elefante, y se me

quedó mirando, ahí, quieto, sin moverse, sin apartar las manos de la silla que a buen seguro habría levantado para ponerme en mi sitio.

Cuando uno pelea hay ocasiones en las que sabe que cuenta con cierta ventaja a pesar de que el contrario sea más grande y más fuerte, no sé: a veces el otro está cansado, le falta fondo, y basta bailar un rato a su alrededor y lanzarle algunos *jabs* a la cara de cuando en cuando. A veces tiene los dos ojos hinchados, tanto que le cuesta ver más allá de su nariz, y aunque el pundonor le obligue a mantenerse de pie en lugar de retirarse a su rincón o dejarse caer en la lona sabe que tiene el combate perdido. Pero ninguno de estos ejemplos me sirve para lo que pasaba esa noche. Walter —así me enteré que se llamaba, poco después— estaba tan entero y con tantas ganas de dar guerra como un toro bravo al salir a la plaza, y la única ventaja que yo disfrutaba tenía que deberse a las órdenes estrictas de Luis o a la inconveniencia de dar un espectáculo delante de los clientes que ahora aplaudían al gitano que acababa de rematar un largo zapateado sobre las tablas.

—Bueno, Chocolate —hay que aprovechar las pocas veces que las circunstancias te confieren cierta ventaja: aún no me había dicho cuál era su nombre—. Si quieres te doy mi número y tomamos una copa otro día, pero hoy prefiero disfrutar del espectáculo yo solo. Ya me entiendes.

Esta vez no imitó a un elefante que presumiera de trompa delante de la manada, sino que abrió la boca, como si quisiera morderme, y, tal vez —tal vez no, seguro— eso era lo que tenía ganas de hacer. Se quedó así un segundo, con cara de imbécil enfadado, hasta que la cerró, apretó las manazas en el respaldo de la silla, como si quisiera clavar las patas en el albero, me dedicó una mirada que, traducida, debía de decir algo así como ya te cogeré, gilipollas —sé que iba dirigida a mí porque a la vez que me miraba me señaló con el dedo, como si yo fuera tan tonto como para no darme cuenta de qué iba el asunto—, dio media vuelta y se fue, despacio, por donde había venido. Mientras lo veía marcharse pensé en algo en lo que acababa de reparar, cuando me enseñó los dientes por segunda vez: de tan blancos no parecían naturales. Eran perfectos, demasiado perfectos. Se apreciaba el trabajo diligente de un dentista. Tenía al menos una docena de fundas. A ese tipo le habían arreglado la boca más de una vez. Y si se la habían arreglado era porque antes se la habían partido.

Me habría pedido un segundo daiquiri, pero el bailar y el guitarrista se iban a tomar un descanso de quince minutos y allí, sentado a mi mesa,

apurando el dedo de licor que aún quedaba en la copa, me sentí incómodo al pensar que a buen seguro mis movimientos estaban siendo controlados. Probablemente había estado siendo observado desde el momento en que entré en La Gitanilla, pero hasta entonces no me incomodó. Seguro que Walter —aunque yo ya entonces, igual que ahora, prefería llamarlo Chocolate—, a pesar de la parsimonia con la que había abandonado, a regañadientes, mi compañía, se había dado patadas en el culo para ir a contarle a su jefe —o sea, a mi amigo, o ex amigo, Luis— la conversación que acababa de tener conmigo. Luis me estaba observando, solo que yo no podía saber desde dónde, si desde alguna de las ventanas del palacete con los cristales ahumados tras las que no se veía nada porque las luces estaban apagadas, o si por alguna cámara del equipo de seguridad del local. Era difícil saberlo. Había dos tipos a la entrada, y por el jardín merodeaban otros tres enchaquetados, con el pinganillo en la oreja. Hasta donde había visto, contando a Chocolate, eran seis. Más que suficiente para convencerme de que debía marcharme por donde había venido si era necesario. Ni siquiera Mohamed Alí, el más grande, cuando se cepilló a Foreman en Zaire, hubiera sido capaz de tumbar a seis de una vez. O al menos hacerlo sin salir bastante malparado él mismo. O tal vez sí. Nunca se sabe lo que uno es capaz de hacer hasta que no se enfrenta a ello. Por eso hay combates míticos que duran quince asaltos —Alí, de nuevo, contra Frazier, Manila, 1976—, los dos púgiles al límite de las fuerzas, cuando ya no les quedan energías para levantar los brazos. Ni siquiera para mantener los ojos abiertos.

Pensaba en ese gran combate cuando me levanté de mi asiento. Antes de hacerlo alcé el vaso para hacer un brindis imaginario, mirando a una de esas ventanas oscuras del edificio: había decidido que Luis estaba observándome protegido por alguno de esos cristales ahumados, aunque muy bien podría estar sentado en un despacho frente a una docena de monitores de televisión desde donde podía controlar cada uno de los rincones de su negocio.

Cuando me dirigía hacia la puerta vi con el rabillo del ojo que uno de los tipos que había visto antes con el pinganillo en la oreja me seguía con la mirada.

Un autobús de turistas aparcaba en ese momento en la explanada. Definitivamente, a Luis le iban bien las cosas: cincuenta alemanes tomando copas a un precio exagerado mientras se les caía la baba viendo un espectáculo flamenco de tercera suponían unos ingresos nada despreciables. Esperé a que el conductor terminase la maniobra de aparcamiento, y también

a que se disipase la polvareda que había levantado el autobús al entrar. Ya se habían bajado la mitad de los turistas cuando me dirigí al coche. Por hoy ya está bien, chaval, me dije: has visto a Lola, se te ha desbocado el pulso y luego has venido hasta aquí; y Luis ya sabe que existes, que sigues existiendo, mejor dicho. Mañana será otro día. No tenía ninguna prisa, y tampoco tenía ningún plan. A lo mejor me quedaba unos días más o a lo mejor me volvía a Madrid porque nada de lo que estaba sucediendo tenía sentido. En fin. Ya lo vería.

Pero irme no iba a ser tan fácil como había imaginado. A veces pasa eso: te crees que el combate está a punto de terminar, piensas que el árbitro va a parar la pelea porque tú o tu adversario estáis recibiendo una paliza tremenda, o peor, porque uno de los dos no está poniendo interés en la lucha y hasta el más tonto es capaz de darse cuenta de que hay tongo de por medio, como era lo que había sucedido dentro, en la conversación que había tenido con el quitavergüenzas de Luis, un combate que no había llegado a serlo. Pues eso, a lo que iba: que a veces te crees que el árbitro va a declarar el combate nulo porque alguno de los púgiles parece que se ha tomado la pelea como si fuera una riña del patio de un colegio y resulta que el otro de repente enseña los dientes, y en cuanto acaba el tiempo reglamentario después de que el juez contador diga segundos fuera se lanza a por ti como si fuera la última cosa que va a hacer en la vida, enseñándote los dientes manchados de sangre bajo el protector bucal.

Chocolate volvía a enseñarme los suyos, sin mácula, diseñados en la consulta de un odontólogo. Estaba tan oscuro que apenas podía ver otra cosa que sus colmillos brillar en la noche.

—Vaya, otra vez tú —le dije—. No sabía que los morenos fueseis tan impacientes. Pensé que podrías esperar hasta mañana para verme otra vez.

No me contestó. Pero mis palabras debieron de ponerlo de mala leche porque sus dientes postizos dejaron de alumbrarme.

—Ahora en serio, Chocolate —insistí, acercándome al coche al tiempo que le indicaba con una mano que se apartase—. Déjame pasar, anda. Te doy mi palabra de que no me he llevado la cubertería de plata ni la copa. Si no te lo crees es tu problema, pero ya estoy algo mayor para dejar que me registres.

Chocolate seguía allí, mirándome con la misma cara que un verdugo miraría a un criminal al que está a punto de cortarle la cabeza. Se me antojó más negro bajo la luz escasa del aparcamiento, enorme, las manos de gigante parecían brotarle de las mangas del traje, como las ramas fuertes de un tronco

poderoso. Algo que no he olvidado de mis tiempos de boxeador es el respeto por el adversario con el que voy a pelearme. Es un error minusvalorar a nadie antes de haber cruzado los puños con él. A veces es más difícil cubrirete del ataque de un tipo pequeñajo pero correoso, como yo mismo cuando boxeaba, que de los ganchos de un mastodonte que te saca treinta kilos. Chocolate me sacaba por lo menos eso, treinta o treinta y cinco kilos, y ya sabía que me iba a enfrentar con él y que no iba a ser un combate fácil. Pensé que iba a ser allí, en el aparcamiento, mientras los otros sicarios de Luis me daban lo mío por la espalda. Relajé los hombros, calculé la distancia que me separaba del mulato. Cerré los puños después de resolver rápidamente que lo más adecuado sería flexionar las piernas, amagar al hígado y lanzarle un *jab* ascendente a la barbilla. Es la ventaja que tiene ser más pequeño que tu adversario, que puedes aprovecharte de la fuerza de tus piernas para lanzar golpes desde abajo, por sorpresa. Si hubiera estado más cerca me habría decantado, sin duda, por mi golpe favorito, mis dos golpes favoritos: rodillazo en los huevos y luego, cuando se doblase por el dolor, sin aliento, *crochet* a la mandíbula. Eso me daría el tiempo justo para montarme en el coche y salir del aparcamiento con cierta dignidad. O tal vez no, porque me daba que Chocolate no era de los que se rinden a las primeras de cambio: después del *crochet* a la mandíbula a lo mejor tenía que atizarle una patada en los riñones, para asegurarme la huida sin tener que mirar atrás. No es que quiera dárme las de caballero a estas alturas de mi vida, pero no me gusta recurrir a ciertos golpes si puedo evitarlo. Cuando uno ha perdido el norte, o como yo, que nunca en su puta vida ha visto una brújula, ha de regirse por ciertas reglas si no quiere acabar convertido en un animal, y cuando digo animal no me refiero a uno de esos lobos amables que eran amigos de Mowgli, sino una bestia de las de verdad, como era, sin duda, la mole que ahora me separaba de mi coche.

Lo que estaba claro era que a Chocolate no le habían arreglado la boca en el dentista por capricho. Me adivinó la intención y sin disimulo se colocó de lado, sin dejar de mirarme a los ojos. Su brazo, enorme, le protegía el torso. Para poder acertarle en la cara iba a tener que bailar un poco a su alrededor. Y eso alertaría a los otros esbirros que a buen seguro seguían esperando, a mi espalda, a que me saliese del guión para saltar sobre mí.

Pero estaba equivocado. Quiero decir que me equivocaba respecto al momento de la pelea. Estaba claro que aquel fulano y yo acabaríamos dándonos lo nuestro —tres enfrentamientos hasta ahora: dos a uno para mí—

pero aquella noche, en el aparcamiento del tinglado de mi ex amigo Luis, no iba a tener lugar el primero. Sería muy poco después, pero yo aún no lo sabía.

—Relájate, Rafa. Estamos entre amigos.

Habían pasado casi veinte años desde la última vez que escuchaba a Luis llamarme Rafa. Su voz me sonó igual que entonces, un poco más ronca, si acaso.

Me separé un poco de Chocolate, sin volverme todavía. Él no se movió. Era como si esperase a que diese un paso en falso para saltar sobre mí y triturarme la cara. Luego me giré, despacio, procurando no perder de vista al perro de presa, por si a pesar de todo su jefe le daba la orden de atacar o por si atacaba por su cuenta, sin que su jefe se lo ordenase. El caso es que quien mandaba estaba allí, detrás de mí, un poco a la izquierda, justo delante de los otros gorilas, sonriéndome.

Asentía con la cabeza, con levedad, parpadeando de cuando en cuando, como quien acaba de darse cuenta de una verdad incuestionable después de cavilar durante mucho tiempo, y por un momento me pareció que iba a decir a sus esbirros que se marchasen y que me iba a dar un abrazo, o que me iba a dar un abrazo y les iba a ordenar a sus esbirros que se largasen. El orden, desde luego, tampoco importa mucho. No les dijo que se fueran, y tampoco me dio un abrazo, al menos no fue un abrazo sincero, sino el gesto perezoso de quien se encuentra a un viejo amigo cuya presencia le incomoda y no sabe muy bien qué hacer. Me cogió los brazos con las dos manos, como si darme la mano no le pareciera lo bastante cercano o como si encontrase demasiado efusivo abrazarse a mí delante de sus hombres. El caso es que Luis no tenía muchas ganas de mostrarse cariñoso. Claro que no. Yo tampoco. Y no es que tuviera ganas de partirle la cara: por fortuna, para él y para mí, ya había desterrado las ganas de ajustarle las cuentas hacía muchos años. A veces, para poder vivir, para poder seguir adelante, hay que saber olvidar, o al menos intentarlo.

—Tienes buen aspecto —mintió, después de separarse, por fin, de mí. Se había alejado un paso y me miraba de arriba abajo, como si quisiera cerciorarse de que mi indumentaria era la adecuada para que me dejaran entrar en su local.

Me encogí de hombros, con desdén.

—A ti tampoco parece que te hayan ido las cosas mal.

Yo no mentía. Luis había envejecido, sin duda. Ya debía de andar en torno a los sesenta. Tenía el pelo blanco y muchas más arrugas que la última

vez que lo vi, cuando trabajaba de contable para el Gordo y también se tiraba a Lola a escondidas. Pero presentaba el aspecto de un ejecutivo prejubilado al que le han ido bien las cosas. Estaba muy moreno, sin duda por pasar muchos ratos tumbado en una hamaca, en la piscina de su casa; el pelo perfectamente cortado, al cepillo, el cuidado bigote gris, el traje claro, impecable, los zapatos lustrosos. Me pregunté si estrenaba un par cada día. Probablemente le hacían la manicura y por las mañanas desayunaba zumos con miel en el jardín mientras leía el periódico. No le había ido mal, claro que no. De los dos, Luis había sido el más listo, y lo seguía siendo. Lola había elegido bien. Las mujeres como ella nunca se equivocan. Siempre apuestan por el caballo ganador. Sentí una punzada en el pecho al pensarlo, como un clavo. Apreté los dientes y asentí con la cabeza, resignado. Así habían rodado las cosas. Más tarde o más temprano uno ocupa el sitio que le corresponde.

—Tomemos una copa, anda —me dijo, acompañando el ofrecimiento con un gesto, moviendo la mano, invitándome a volver adentro con él.

Antes de dar un paso recorrí con la mirada los cuatro pares de ojos que aún seguían clavados en mí. En realidad eran cinco, porque los ojos de Chocolate, aunque no podía verlos ahora, seguro que seguían también ahí, atentos.

Luis sonrió.

—Vamos, Rafa. Entra conmigo. Una copa, por los viejos tiempos. Tú y yo. Llamaremos a Lola también, para que nos acompañe.

La última frase la había dicho en un tono más bajo que las otras, como si fuera un añadido forzado a todo lo que había dicho. No creo que entonces supiese que esa tarde yo ya había visto a Lola, pero daba lo mismo. Cuando la viese era lo de menos: la cuestión era que me encontraría con ella más tarde o más temprano. Y él lo sabía.

—Lola —murmuré, pero nadie pudo oírme.

—Está bien, muchachos —dijo, volviéndose a los sicarios—. Todo está en orden.

Los cuatro esbirros se dispersaron, como si aquella conversación no hubiera existido nunca. A Chocolate no lo veía, así que debía de seguir en algún lugar por detrás de mí. Me volví medio paso y giré el cuello un poco. Se había separado unos metros. Estaba lo bastante lejos como para ser discreto pero lo bastante cerca como para romperme el cuello si me pasaba de la raya. Era un buen profesional. No tuve reparos en reconocerlo. De todos los mercenarios, estaba claro que éste era el de confianza de Luis. Y eso era

un dato muy importante a tener en cuenta. Si antes había tenido alguna duda respecto a si alguna vez me tendría que enfrentar con ese mastodonte color café cargado, ahora se me disiparon todas.

—¿Chocolate se va a quedar con nosotros toda la noche?

Luis dejó escapar el aire como quien deja salir de su boca una sonrisa.

—Se llama Walter —me corrigió, aunque sus ojos me decían que el mote que le había puesto a su perro de presa no le disgustaba—. Es de toda confianza. Aunque supongo que ya te habrás dado cuenta de eso. Espero que haya sido amable contigo.

Ahora fui yo quien dejó escapar una sonrisa que tenía forma de suspiro gastado. Luego me encogí de hombros, como si no me importase. Y la verdad es que no me importaba mucho que Chocolate hubiera sido amable o no. Su trabajo no consistía en caerme bien. Y de trabajos como ése yo sabía un poco.

Luis le hizo un gesto a su esbirro, un movimiento de cabeza apenas perceptible para indicarle que nos dejase solos. El otro obedeció sin rechistar. Se dirigió despacio hacia el local desde donde ya se escuchaban los primeros acordes de la guitarra seguidos de un taconeo intenso. Era tan corpulento que parecía que el suelo retumbaba bajo sus pies. Me quedé mirándolo hasta que atravesó la puerta del jardín. Seguro que no se había marchado mucho más lejos, que se había quedado allí, por si acaso, esperando a que uno de los dos porteros que podían vernos a Luis y a mí le dijeran que algo no andaba bien.

Un buen profesional, sin duda.

—Un buen profesional —le dije a Luis, por decirle algo, para romper el hielo.

—Debe de serlo, con lo que le pago —me contestó, sonriendo, como quien presume de gastar mucho dinero.

Se acercó a mí, puso una mano sobre mi hombro y con la otra me indicó el camino de la puerta.

—Venga, entremos. Tomemos una copa y charlemos un rato.

Tardamos dos o tres minutos en llegar al palacete y meternos en un despacho. Como había pensado, Chocolate estaba muy cerca de la entrada, esperando instrucciones, jugueteando con el pinganillo de la oreja para disimular.

—Fue boxeador —me explicó Luis por el camino, después de pasar junto a él—. Pudo haber sido un gran campeón. Como tú.

Yo nunca fui un campeón, pensé, pero no perdí el tiempo en explicárselo a Luis, sobre todo, porque él sabía perfectamente cómo había

sido mi vida.

—Buen tipo —añadió—. Campeón de Cuba cuatro años consecutivos. Lástima que se encontrase conmigo demasiado tarde.

Entre las virtudes de Luis no tenía cabida la modestia. Nunca la había tenido.

—Salió de Cuba por la puerta de atrás y la federación de su país le hizo la vida imposible para dejarlo pelear, ya sabes. Y para cuando pudo hacerlo ya se le había pasado el arroz. Una lástima. Ya te digo. Podría haber llegado muy lejos. Igual que tú, si hubieras querido...

Era la segunda vez que me metía los dedos en un minuto. No es que fuera a sacarme de mis casillas, pero sí iba a conseguir ponerme de mala leche. Y era lo que estaba intentando, desde luego. Ahora supe por qué la primera vez que lo había visto, esa noche, me había recordado al Gordo. Al Gordo, claro que, con muchos menos kilos y bastante menos clase. Los dos con mucho dinero pero sin poder confiar en nadie. A poco que uno se descuide acaba convirtiéndose en el jefe solitario de una manada de lobos que acechan a la próxima reunión en el Roquedal del Consejo para arrebatarse el puesto. Debe de ser la Ley de la Selva. Tal vez es que Luis quisiera remedar al Gordo, y tener veleidades de promotor de combates de boxeo le hacía sentirse importante. Pero había una gran diferencia, por mucho que Luis se esforzase, entre el Gordo y él: el viejo amaba el boxeo, y, lo que era mejor, respetaba ese deporte como si fuera una forma de vida extraña y dura que le era ajena, y respetaba a quienes lo practicaban, además, o a los que como yo, aunque jamás llegara a aceptarlo, no queríamos practicarlo a pesar de que muchos estuvieran convencidos de que tenía todas las papeletas para ponerme el cinturón de campeón del mundo de los pesos *superwelter*. El Gordo amaba tanto el boxeo que lo que más le dolía, me dijo aquella tarde que vino a verme, cuando nos estrechamos la mano y sellamos un acuerdo que yo rompería, era que alguien con mis cualidades estuviera desperdiciando su vida y su talento en peleas callejeras, manchándose las manos de sangre en lugar de subir a un ring para hacer disfrutar a los que como él, como quienes sabemos de verdad de qué va esto de cruzar los puños entre las doce cuerdas de un cuadrilátero, entienden que la vida es mucho más simple, más primaria, más hermosa incluso, si uno se atiene a ciertas reglas. Sin embargo para Luis, si es que de verdad tenía alguna afición, cosa que dudo, el boxeo no era sino una forma más de ganar dinero, de divertirse, o de tener a tipos como Chocolate comiendo de su mano, soñando con falsas promesas que

jamás van a cumplir, engatusándolos hasta que se dan cuenta de que lo único que pueden hacer en la vida para seguir llegando a fin de mes de una forma decente es acatar sus órdenes sin rechistar, convirtiéndose en perros guardianes que los protejan de la gente que, como yo, venga a recordarles cuáles son sus orígenes. No me lo imagino como promotor de combates honrados, sino más bien encargándose de organizar peleas clandestinas donde luchadores acabados o tipos tan zumbados que no saben dónde tienen la cabeza se juegan la vida, como dos gladiadores patéticos, delante de un grupo de gente que ha pagado una cifra astronómica por verlos: tipos con la billetera repleta, zorras con abrigo de piel a las que dos hombres dándose de hostias hasta matarse las pone cachondas.

El despacho de Luis era lo que se podía esperar de alguien con su apariencia de ejecutivo prejubilado que no necesita acudir al Inersor para irse de vacaciones: una habitación enorme con las paredes forradas de madera, unas cortinas tras las que podría esconderse una caja fuerte, un equipo de alta fidelidad y otro de televisión, una mesa reluciente y algunas fotos. La primera que vi fue una en la que Lola, abrazada a él, me sonreía desde el otro lado del cristal.

Luis se quedó mirando la foto también un instante, y luego me miró a mí. Mientras tanto, me parece que asintió para sí, como si quisiera convencerse de algo que llevaba pensando o esperando mucho tiempo.

Se sentó, abrió un cajón y me puse en guardia. Pensé que iba a sacar una pistola. No es que no lo creyese capaz de hacerlo, sino que no esperaba que lo hiciese, al menos no todavía.

Lo único que yo tenía era la navaja en los riñones. Todavía no me habían registrado, y, con un poco de suerte tal vez no lo harían en toda la noche, pero estaba seguro de haber pasado por algún detector de metales o haber sido radiografiado por algún artilugio electrónico sin que pudiese darme cuenta. Tampoco tenía intención de utilizarla. No sabía muy bien para qué había ido hasta allí, pero desde luego no para liarme a navajazos ni a darme de puñetazos con Luis ni con cualquiera de los sicarios que le cubrían la retaguardia. Ahora que lo pienso, creo que fui a La Gitanilla para tomarme una copa, simplemente, para incordiar un poco a Luis con mi presencia. Total, tampoco era para tanto después de dieciocho años. Se había llevado un montón de pasta de la caja fuerte del Gordo aquella noche —no había más que ver el tinglado que tenía montado—, y se había largado con mi chica —que también era la del Gordo, en fin—, así que no pasaba nada porque me

pasase por allí a saludar. Nadie tenía que enseñar los dientes, aparte de Chocolate, claro. Pero bueno, su papel era ése, y cada uno ha de interpretar su papel como le corresponde. Y nadie tenía tampoco que sacar la pistola, como en las películas de gánsters.

Me había perdido un poco pensando en estas cosas, esperando tal vez que al final Luis me apuntaría con el cañón de una pistola y me advertiría que no volviese a asomar la nariz por su local ni me acercase a su mujer, y no me había dado cuenta de que había sacado del primer cajón otra arma tan poderosa o tan peligrosa o tan eficaz como una pistola. Primero fruncí el ceño, como si acabase de despertar de un sueño y no comprendiese lo que estaba pasando. Luis me miraba muy fijo, a los ojos, y sostenía algo en una mano al tiempo que lo hacía chocar contra la palma de la otra. Sacudí un poco la cabeza, para despejar el estupor. Aquello no me podía estar pasando. Juro que me había cogido por sorpresa. Todavía quise pensar que no era verdad lo que estaba viendo hasta que Luis no dejó el talonario sobre la mesa, lo abrió y empezó a desenroscar una pluma con la misma parsimonia con la que lo haría un notario.

—Tú dirás, Rafa. Cuánto.

Sonreí, y ahora mi sonrisa no era como un suspiro. En realidad, parecía una arcada.

—Venga, hombre, que ya somos mayorcitos. Dime cuánto quieres y zanjemos esto de una vez.

—Zanjemos qué.

—Rafa, por favor. Soy un hombre de negocios. No me vengas ahora con juegos estúpidos ni con tonterías. Dime una cifra razonable y terminemos con esto.

Siempre me ha sorprendido la forma que tiene de resolver las cosas la gente a la que le sobra el dinero: una llamada de teléfono, meterse la mano en el bolsillo y enseñar un fajo de billetes, sacar un talonario y sacudirlo delante de la cara atónita de un pobre diablo.

—Una cifra razonable... ¿Y cómo se calcula eso?

Luis se encogió de hombros.

—Veamos —continuó—: dieciocho años tirado en la cuneta después de que tu novia y tu amigo, disculpa que te llamé así, Luis, amigo, te dejen en la estacada.

—Las cosas no fueron tan simples como las quieres ver ahora. Ni Lola ni yo...

Levanté la mano, pidiéndole que se callase.

—No te molestes, Luis. No hace falta que te disculpes. Y menos a estas alturas. Lo superé hace mucho. A mí al final no me ha ido tan mal.

La última frase había sido un farol tan grande como mi orgullo. Y torpe, además. Cualquiera se habría dado cuenta. Luis también, por supuesto. Le vi echar un rápido vistazo, de nuevo, a mis pantalones, a mi camisa y a mis zapatos.

—Me alegro —mintió.

—No quiero tu dinero.

Se me quedó mirando un momento, como si no supiera bien qué responder, como si mi frase lo hubiera pillado desprevenido. Suele pasarle a la gente a la que le sobra el dinero: les cuesta entender que alguien que no tiene donde caerse muerto no se lance a coger con los dientes el fajo de billetes que le están mostrando, como si fuera una foca amaestrada. Me había encontrado con muchos tipos así, en el Lisboa, fulanos que no me gustaron y que no quise que me contratasen. Algunos lo entendían, pero la mayoría no. Y se molestaban. Me daba lo mismo.

Si Luis se había ofendido no me lo demostró. Cuando quise darme cuenta se había sentado y estaba garabateando con la pluma en el talonario que por fin había abierto. Remató la faena con una firma que se me antojó una filigrana, enroscó el capuchón de la pluma con la misma tranquilidad que antes la había descabezado, me miró a los ojos y, sin dejar de hacerlo, arrancó el talón de la chequera y me lo acercó ayudándose con la punta de dos dedos, arrastrándolo hacia mí, con suavidad, sobre la mesa.

—Espero que te parezca suficiente —me dijo, sin soltar el cheque todavía.

Sin mover las manos bajé los ojos para verlo. Luis, en efecto, seguía teniendo esa letra pulcra de contable aplicado, de notario escrupuloso.

—Cuántos ceros.

—Aquí hay más que suficiente para empezar una nueva vida. Donde quieras. Lejos de Madrid, si te apetece. Lejos de aquí, por supuesto. Lejos de nosotros.

Ahora yo ya no miraba el cheque, sino a Luis. Y mis manos seguían sin moverse.

—Acéptalo, Rafa. Es un buen negocio para ti.

—Yo nunca he sido un hombre de negocios.

Sonrió, como haría un padre al que nadie puede sorprender si le cuentan

la última travesura de su hijo.

—Ya lo sé. Es por eso por lo que debes aceptarlo.

Sacudí la cabeza. Hay veces que los gestos se anticipan a los pensamientos. Igual que cuando uno está en el ring y se olvida de todo, empieza a moverse, a lanzar golpes y a protegerse, sin pensar. Los movimientos fluyen como si estuvieran grabados en la cabeza. Había movido la cabeza para rechazar el cheque antes de darme cuenta de que de verdad no quería ese dinero.

—Lo pensaré, Luis —le dije, sin embargo, para ganar tiempo.

—No seas tonto, Rafa. Cógelo. Por favor.

Sacudí la cabeza de nuevo. Y un momento después ya me había levantado y había vuelto a sacudirla, molesto por la situación. Luis también se levantó. Aún sujetaba el cheque sobre la mesa, con la punta de dos dedos.

—Rafa, arreglemos esto como dos personas civilizadas.

—No insistas, Luis. No quiero tu dinero.

Suspiró mi ex amigo. Esta vez como quien está cansado o como quien no comprende algo a pesar de que ha hecho un gran esfuerzo por llegar a entenderlo.

—Espero que no te hayas ofendido.

No le contesté. Salí del despacho sin decir nada más, sin esperar a que me acompañase.

Chocolate me estaba mirando en la puerta. Lo vi al salir, pero no me quedé el tiempo suficiente para devolverle la mirada.

De repente me había cansado de jugar, como el boxeador que un día se harta de bailar en el ring para que el público se divierta. No estaba seguro de que fuese la mejor forma de marcharme de allí, pero era la única manera que se me ocurría, peor aún, o mejor, era la forma en la que sentía que debía irme: sin decir nada, sin decir adiós siquiera. En volver al aparcamiento tardé la mitad de tiempo que había tardado en llegar al despacho de Luis. No es que me marchase con prisas, y tampoco es que tuviera miedo: uno tiene cierta experiencia y sabe cuándo están a punto de llover las tortas, y esa noche el momento crítico ya había pasado, o al menos a mí me lo parecía. Chocolate no me seguía: había mirado por el rabillo del ojo antes de montarme en el coche, por si acaso. Los dos guardas de la puerta tampoco parecían prestarme mucha atención cuando arranqué el motor y encendí las luces. Al meterme en la carretera me pregunté cuántos de ellos sabrían quién era yo, la relación que me unía con Luis y con su mujer, si ya estaban advertidos de no volverme a

dejar entrar allí la próxima vez que fuera. Si es que había próxima vez. Yo ya sabía que no, y puede que Luis también. Habíamos disputado sólo un asalto, ni siquiera eso: hasta ahora sólo nos habíamos cruzado los puños en un entrenamiento, como dos novatos o como dos viejos púgiles que quieren pasar un buen rato disputando unos *rounds* juntos, sin mayor problema. La verdadera pelea aún no había comenzado. No faltaba mucho para que empezase. Menos de lo que yo pensaba. Ni siquiera Luis sabía cuándo comenzaría. Ahora, a pesar de todo, sonrío al recordarlo: la única que sabía cuándo iban a empezar las tortas de verdad era Lola. No me cabe duda. Como siempre, sólo tenía que chasquear los dedos, para que empezase el espectáculo. No en vano había sido ella la que se había encargado de promover el combate.

Aún no había mordido el anzuelo del todo, pero Lola tampoco me había dicho todavía esas dos palabras que yo esperaba oír, y que al final de la historia se convertirían en la razón por la que emprendí con ella esa huida absurda que me ha traído a esta mañana en Lisboa, con muchas posibilidades de convertirme en el desayuno de las gaviotas.

Menos de veinticuatro horas después de mi encuentro con Luis vino a buscarme, Lola, al hotel. Caía la tarde, y lo único que yo había hecho en todo el día había sido levantarme a las tantas, tumbarme en una hamaca de la piscina, comer y pensar, sobre todo eso, pensar. Por muchas vueltas que le daba todavía no estaba seguro de si debía largarme de allí para no volver más o si debería quedarme algunos días más, a ver qué pasaba. Es en los momentos así en los que uno echa de menos no tener a alguien que vea las cosas desde fuera del ring, con otra perspectiva, y te aconseje, un buen entrenador en quien puedas confiar, alguien que te dirá si debes atacar por la izquierda o por la derecha, si debes atraer a tu adversario hacia las cuerdas para después contraatacar o si por el contrario la pelea debe librarse en el centro del cuadrilátero. Un buen entrenador que sepa cuándo hay que arrojar la toalla y no le tiemble el pulso al hacerlo porque, al cabo, lo que está haciendo es velar por ti. Sin embargo, a un boxeador que pelea solo, sin entrenador, sin mánager, sin jueces y sin árbitro, sin público siquiera, no le resulta fácil saber cuándo ha terminado la pelea, aun si ha merecido la pena luchar.

Por la tarde ya estaba harto de sol y había subido a la habitación. Después de un rato en la ducha me había quedado dormido sobre la colcha, sin secarme siquiera. Como detalle romántico quedaría bonito decir ahora que había soñado con Lola, que los dos nos habíamos marchado juntos y que en el sueño éramos felices, pero no, no fue así. No recuerdo lo que soñé, ni siquiera recuerdo si soñé. Lo único que recuerdo es que cuando abrí los ojos ya era de noche, y que al despertarme descolgué el teléfono, dormido todavía, porque quizá al cabo lo que esperaba era que Lola me llamase. No iba del todo desencaminado: Lola me estaba llamando, pero no al teléfono, sino que golpeaba la puerta de mi habitación con los nudillos, sin prisas, segura de que yo estaba allí y de que le abriría. Aún no me había despertado del todo cuando me levanté. Me lié una toalla alrededor de la cintura antes de abrir. Entonces no me dio tiempo de pensar en tantas cosas, pero ahora, al recordarlo, creo que faltó muy poco para que abriese la puerta como mi madre me trajo al mundo, sin darme cuenta, y no puedo evitar una sonrisa al imaginar que Lola al verme así tal vez se habría marchado, fingiéndose airada, o enfadada de veras. Confieso mi absoluta ignorancia en lo que a mujeres se refiere, y mi imposibilidad de comprender nada si se trata de Lola, además. Después de lo que pasó tal vez resulte difícil creer que ella se hubiera molestado si yo hubiera abierto la puerta sin cubrirme con la toalla, pero estoy seguro de que sí, de que quizá se habría dado media vuelta y me habría dicho algo así como pero tú qué coño te has creído, Montalbán. Bueno, a estas alturas no voy a negar que Lola, como la mayoría de las mujeres, son las que marcan el ritmo, las que dictan lo que debemos hacer los hombres.

El caso es que me puse la toalla y ella me miró de arriba abajo, deteniéndose un poco más de lo necesario en el trozo de tela que me cubría las vergüenzas. Sonrió, como si hubiera resuelto una adivinanza, y luego me dijo:

—Hola, Montalbán.

—Hola —repetí, como si fuera su eco.

—¿Acaso pensabas que no nos íbamos a volver a ver?

Me hice a un lado, para dejarla pasar. Antes de cerrar la puerta asomé la cabeza al pasillo y miré a un lado y a otro, por si venía acompañada o por si

alguien la había seguido sin que ella se hubiera dado cuenta.

—Tranquilo, muchachito. Vengo sola.

—Nunca está de más asegurarse.

Alzó una ceja, como si fingiera no entenderme. Pero los dos sabíamos muy bien a qué me refería.

—¿Acaso pensabas que no nos íbamos a volver a ver?

—Ya me lo has preguntado antes.

—Todavía no me has contestado.

Me encogí de hombros. La verdad era que no estaba seguro de nada.

—La verdad es que no estoy seguro de nada —le dije.

—Ya me he enterado de la visita de cortesía que le hiciste anoche a Luis.

—Una reunión de viejos amigos —contesté, sujetándome la toalla—. Fueron unos minutos, nada más.

—Ya... Podías haberme avisado, hombre. Nos hubiéramos reunido los tres.

Fue pensar en eso y disgustarme. Me costaba tragar saliva si me imaginaba a los tres juntos, charlando como viejos amigos.

—Luis lo sugirió. Pero la verdad es que me fui pronto. Estaba cansado. Últimamente no me gusta mucho trasnochar. Debo de estar haciéndome viejo.

Era un juego verbal más o menos divertido que podríamos mantener hasta que uno de los dos se cansase, o hasta que ella dijera que ya había tenido suficiente. Entonces iría al grano y me diría la razón por la que había venido a verme. Pero no era yo el que tenía ganas de quiebros verbales ni de competiciones estúpidas a ver quién de los dos era el más ingenioso y dejaba al otro sin palabras.

—A qué has venido, Lola.

—Hijo, qué serio te has puesto de pronto. No pongas esa cara, hombre, que parece que estás avinagrado. Ya sabes el dicho: si la montaña no viene a Mahoma...

—Qué quieres, Lola.

Se acercó a mí. Sonrió o a mí me lo pareció. Puso su boca cerca de la mía. Olía a jazmines. A agua fresca.

—Quiero que me lleves contigo.

Yo sabía que no estaba hablando en serio. No podía estar hablando en serio. Me puso la mano en la cintura, justo donde apenas me apretaba el

precario nudo de la toalla. No dijo nada más. Dejó la palma ahí unos segundos, el tiempo justo para que la toalla se me quedase pequeña. La retiró antes de que fuera evidente: era como si pudiera cronometrar el tiempo, muy poco, que tardaba en excitarme.

Me esforcé por mantener la compostura. La dignidad, dadas las circunstancias.

Suspiré.

—En serio, Lola. A qué has venido.

—He venido a invitarte a cenar —me dijo, cambiando el tono de la voz. De repente me pareció más formal, o es que tal vez todo lo de antes lo había fingido. O acaso yo lo había imaginado—. ¿No te parece buena idea?

—A cenar...

—A cenar, sí, Montalbán. A cenar. Como dos viejos amigos.

—¿Los dos solos?

—¿Qué hay de malo en dos adultos que van a cenar después de cerca de veinte años sin verse?

No le contesté. En lugar de decir nada me acordé del cheque que me había ofrecido Luis, con tantos ceros. Tal vez lo tendría todavía guardado en el bolsillo. No me arrepentía de no haberlo cogido —ser tan orgulloso tiene la desventaja de que al final acabas sin un puto duro—, pero tampoco tenía tan claro que hubiera sido una buena idea no haberme largado de allí, haberme vuelto a Madrid o haber enfilado el morro del coche hacia Lisboa, yo solo, otra vez, como hacía dieciocho años. Pero esos pensamientos me venían a la cabeza como posibilidades que ya no podía tener en cuenta. Aunque no quisiera reconocerlo entonces, yo ya sabía que no me marcharía de allí, al menos no esa noche, y que me iría a cenar con Lola, a cenar o a donde ella quisiera llevarme, sin rechistar, porque Lola era, a mi pesar, aunque no lo hubiera reconocido todavía, aquella noche, en el hotel, cuando vino a buscarme, cuando era tan evidente que haría lo que ella me pidiese, la razón por la que había emprendido ese viaje, la única razón quizá, ahora ya no me da vergüenza decirlo, por la que muchas veces he conseguido reunir fuerzas para levantarme por las mañanas durante todos estos años.

Todavía quise darme una tregua, como si hubiera sido posible escapar, durante los cinco minutos que permanecí bajo el agua helada de la ducha. Nada como el agua fría para aclarar las ideas, para despejarte, para que puedas ponerte los pantalones de una manera decente cuando una mujer como Lola está esperándote al otro lado de la puerta, sentada en el único

sillón de la habitación del hotel, junto a la ventana, fumando un cigarro, con las piernas cruzadas y media sonrisa en los labios, tal vez porque había tenido la precaución de llevarme la ropa al cuarto de baño, para no tener que vestirme delante de ella.

—Cuando quieras —le dije.

Si le preocupaba que alguien nos siguiera no dio muestras de ello, al menos hasta que pasamos el Puerto. No miró a ningún lado antes de subir al coche, ni escrutaba el espejo retrovisor más de lo necesario, y tampoco parecía estar concentrada en nada más que en conducir, en conducir y en alterarme el ánimo. Pero ni siquiera eso pudo hacer que una especie de alarma me sonase en la cabeza, como un gong que anunciara un mantra que decía: ten cuidado, Montalbán, ten cuidado.

—¿Adónde vamos? —le pregunté, como si me importase, cuando estábamos atravesando el Puerto de Santa María. Un poco más adelante estaba el cruce de la carretera de Sanlúcar de Barrameda, y un par de kilómetros más allá, en esa dirección, a la izquierda, La Gitanilla. La noche anterior yo había hecho el mismo trayecto.

—¿Adónde quieres que vayamos?

Me encogí de hombros.

—Me da lo mismo. A cualquier sitio donde nos pongan de comer.

Al llegar al cruce aminoró la marcha. Me miró y en la oscuridad vi que sonreía, perversa.

Digo que hasta que pasamos el Puerto pude mantener a raya la alarma que me advertía, dentro de mi cabeza: ten cuidado, Montalbán; ten cuidado. A lo mejor, me obligué a pensar, resulta que todo son imaginaciones mías, que al final Lola no iba a querer otra cosa que tomar una copa conmigo, como dos viejos amigos, hablar de los viejos tiempos, sin mayores problemas, traerme el cheque que la noche anterior le había rechazado a su marido.

Pensé que iba a enfilarse la carretera de Sanlúcar, pero en lugar de ello siguió hacia delante, hacia Rota. Y antes de llegar allí se desvió hacia Sanlúcar. Había dado un rodeo muy grande para llegar, el doble de kilómetros, y todo para no pasar por delante de La Gitanilla. En realidad, era una estupidez, porque resultaba difícil que Luis o alguno de sus esbirros nos

descubriese al pasar. Pero ese rodeo era una prueba de que no estábamos actuando bien. Uno puede ser ingenuo, pero no tanto. Sobre todo, a ciertas alturas de la vida, hay que dejar de creer en los cuentos, por desgracia. Pero toda la culpa no fue de ella. Yo también tuve algo que ver. Bastante. Me dejé llevar. Lo hice, aunque al principio, durante el trayecto hasta Sanlúcar, no habíamos hablado. Varias rondas de circunvalación después vi un cartel que decía Sanlúcar de Barrameda.

—¿Te parece bien aquí?

La pregunta casi me hizo gracia después de más de cuarenta kilómetros de viaje, en silencio, como dos desconocidos.

—Me parece bien. Los sitios que más me gustan son aquellos en los que no he estado.

Mis palabras podrían no significar nada, o por el contrario llevar la misma mala sangre que una carga de profundidad: Nueva York, Chicago, Toronto, Kuala Lumpur. No mencioné ninguna de las ciudades, pero callarme era lo mismo que enumerarlas una por una. Lola lo sabía, seguro que sí, aunque esquivó el golpe. Tenía buena cintura. El boxeo femenino se había perdido una gran campeona.

—Pues sí —respondió, como si el amago no fuera con ella—: buena comida. Buen vino. Te gustará.

Le devolví un suspiro cansado o una sonrisa a medias. Resulta que, desde hace muchos años, es lo que me sale cuando quiero sonreír para quedar bien: algo que no se parece mucho a una sonrisa pero que tampoco llega a ser un suspiro. Qué más da. Eso fue lo que me salió.

Aparcó el coche en una acera que estaba pintada de amarillo y fuimos caminando hacia el centro. A veces, cuando al andar se colocaba de cara al viento, no podía evitar oler su perfume, que olía como huelen los jazmines. Era el mismo de entonces. Es curioso cómo te vienen los recuerdos de pronto. Era un aroma que no había vuelto a percibir desde hacía dieciocho años, y ya iban dos veces esa noche. Me hubiera gustado saber si no había cambiado de perfume desde entonces o si se lo había puesto porque iba a ir a cenar conmigo.

No se lo pregunté.

Entramos en un bar y nos hicimos un hueco en la barra. Lola pidió por los

dos, sin preguntarme. Los camareros parecían conocerla. Nos sirvieron dos copas de vino blanco, de la tierra, Barbadillo, casi transparente. Yo leía las tapas, en una pizarra, miraba los cuadros en la pared, las vitrinas con el marisco, los movimientos rápidos de los camareros. No era lo mismo, desde luego, pero me recordaba al Lisboa. No es que la noche que fui a cenar con Lola me hubiera puesto nostálgico. Qué va. Lo que pasa es que buscaba algo en que tener ocupada la mente. Para no pensar en Lola, claro. Como si eso fuera posible, estando ella a mi lado, mirándome muy fijo y levantando la copa.

—Bueno, Montalbán —me dijo, sosteniendo la copa delante de su cara, los ojos violeta clavados en los míos—, por nosotros.

Asentí, levanté la mía, sin mucho entusiasmo, y la acerqué a la suya.

—Por nosotros —murmuré.

Seguía mirándome Lola después de arrancar un largo sorbo de vino a la copa.

—Bueno, chico —me preguntó, como si me adivinase el pensamiento—. ¿No tienes nada que contarme?

Tenía muchas cosas que contarle. Desde luego que sí. Pero tantas como ella a mí.

—Lo mismo te digo.

Lola se echó a reír, dejando la copa en la barra. Se quedó mirando las tapas que nos acababa de traer el camarero, como si no estuviera muy segura de tener hambre. Y luego me miró a mí. Todavía estaba sonriendo.

—Supongo que sí —dijo, por fin, asintiendo con la cabeza—. Los dos tenemos muchas cosas que contarnos.

—Ayer estuve con Luis —le dije, para suavizar un poco la conversación—. Pero eso ya me has dicho que lo sabes.

—Me lo contó esta mañana.

—¿Esta mañana?

—Luis llega muy tarde. El trabajo. Ya sabes. Rara es la noche que podemos hablar.

—¿Qué te contó?

—Me contó que fuiste a La Gitanilla. Que estuvisteis charlando un rato.

—Un local muy acogedor. El ron no está mal. No me dejaron pagar. Todo un detalle. Ya sabes, la escena típica de dos viejos amigos que se vuelven a encontrar al cabo de muchos años. Ah, por cierto: muy amable el personal.

Lola sacudió la cabeza, con una media sonrisa.

—Sigues siendo el mismo cínico de siempre —me dijo—. Genio y figura.

—El cinismo ayuda a mantener los pies en la tierra. A conservar la cordura. Muy amable el personal, ya te digo. Sobre todo el tipo ése, el moreno.

—Walter.

—Yo prefiero llamarlo Chocolate. Ya me conoces.

Lola sonrió y dio un nuevo trago a la copa, sin dejar de mirarme.

—Chocolate —repitió, y sonrió otra vez, como una niña mala.

—Chocolate —me escuché decir.

—Es el hombre de confianza de Luis.

—Lo había imaginado.

—No sé mucho de él. Sólo que fue boxeador, como tú.

—Yo no llegué a ser boxeador. Además, tú ya conoces esa historia.

A pesar de haber colgado los guantes antes de que mi carrera despegase, me he preguntado muchas veces qué tipo de boxeador hubiera llegado a ser si el Vendaval de Marsella no hubiera tenido la desgracia aquella noche de desplomarse en el ring. Hasta entonces había ganado mis siete peleas como profesional en los tres primeros *rounds*. No es que me quiera poner a presumir ahora y decir que habría batido el récord de combates invictos de Rocky Marciano: estoy seguro de que antes o después me habría encontrado con un pegador duro que me tumbase. Pero a veces me pregunto si con los años hubiera seguido saltando de mi rincón con la misma furia y la misma rabia que cuando empezaba y pensaba que algún día podría llegar a ser campeón de Europa, del Mundo, quizá, de los pesos *superwelter*. Cuando boxeaba quería acabar la pelea cuanto antes, humillar al adversario, levantar los brazos, sonreír al público y volverme a casa con la bolsa del campeón: tal vez por eso me gusta ir al grano, no dar rodeos. Terminar cuanto antes, aunque no se trate de una pelea, aunque ya no sea cuestión de ganar o perder. Y para eso hay que apretar los dientes y lanzarse a por todas, buscando el KO.

Con el brazo todavía en alto, después de brindar con la segunda copa, mientras otras dos nuevas tapas que nos habían servido nos esperaban intactas en la barra, le dije:

—Bueno, Lola. Creo que ya es hora de que me cuentes a qué viene todo esto.

—A qué viene qué.

Ya he dicho que es una buena fajadora. Una cosa es que uno busque noquear con rapidez al contrario y otra muy distinta que el adversario se deje.

Lo mejor era lanzar algunos *jabs*, moverme un poco, calcular la distancia apropiada para ese combate.

—A qué viene todo esto. El mensaje que me mandaste a la radio. Lo de Luis, anoche.

—Ayer no estabas tan serio...

—Ayer era ayer y hoy es hoy.

—Buena apreciación.

—Estoy hablando en serio, Lola.

Asintió, me miró, descansó la palma de su mano en mi antebrazo. De sujetar la copa la tenía helada.

—Yo sólo puedo hablar por mí, Montalbán —me dijo, y luego bajó los ojos—. De lo que te haya dicho Luis poco puedo decir. Sólo me contó que te habías pasado por el local. Me mostré sorprendida. No le dije que te había visto.

—Pero eso no quiere decir que no lo sepa —la interrumpí.

—Llevas razón. Pero tampoco tienes que pedirle permiso a nadie para ir donde te dé la gana. Ni a Luis, ni a mí. A nadie.

—Estaría bueno. A estas alturas.

Apretó un poco más la mano sobre mi brazo. Ya no estaba tan fría.

—No te enfades conmigo, Montalbán.

Me encogí de hombros, me acodé en la barra y me puse a mirar la pizarra. Ni siquiera al moverme me había soltado el brazo.

—Ya ha pasado demasiado tiempo como para que pueda enfadarme —respondí, por fin.

—Hicimos mal, Montalbán. Lo sé. Y Luis también lo sabe. Pero ha pasado mucho tiempo desde aquello. Éramos muy jóvenes.

—Eso no es una excusa convincente, Lola.

—Pero es la verdad. ¿Acaso piensas que no me he acordado de ti todos estos años? ¿Crees que no me han entrado ganas de tirarlo todo por la borda para ir a buscarte?

Sacudí la cabeza. Al final era yo el que abría la guardia, le mostraba que estaba cansado, le pedía que me lanzase un directo al plexo solar, que me dejase tirado en la lona.

—Hiciste bien en no buscarme, Lola. Apostaste por el caballo ganador

—la miré de arriba abajo, para ilustrar lo que estaba a punto de decirle—: conmigo no te habría ido ni la mitad de bien que con Luis.

Puede parecer que la frase llevaba un cargamento de cinismo, pero le estaba diciendo lo que pensaba de verdad. Yo habría malgastado el dinero del Gordo. No habría sabido invertirlo. En no muchos años los dos habríamos terminado sin un céntimo. Como yo he estado siempre, vaya.

—Las apariencias engañan, Montalbán.

Volví a mirarla de arriba a abajo.

—Pues engañan muy bien.

—Estoy harta —me dijo, y cuando lo hizo me di cuenta de que todavía no me había soltado el brazo—. Han pasado muchos años y ya es hora de que te diga la verdad, ¿no crees?

Con la otra mano me sujetaba la barbilla, porque yo me había vuelto a mirar la lista de las tapas en la pizarra, como si me la quisiera aprender de memoria.

—Mírame cuando te hablo, por favor.

Dejé escapar el aire despacio. Me volví. Ella me soltó la barbilla.

—Montalbán, tenía muchas ganas de verte, de hablar de lo que pasó. Decirte que lo siento. Que actué mal. Lo sé. Sé que te hice mucho daño.

Yo asentía, sin abrir la boca. Llevaba media vida esperando que me dijera esas palabras y al escucharlas ahora no era capaz de articular una frase coherente. Estaba enfadado. Estaba aturdido. Lo único que quería era largarme de allí.

—Será mejor que nos vayamos, Lola.

Ella me soltó el brazo y volvió a llevarse la copa a los labios, sin decir nada. Pidió la cuenta. Me metí la mano en el bolsillo, pero antes de que pudiese encontrar el dinero ella sacó del bolso un billete, lo dejó en la barra y le indicó al camarero que no hacía falta que le diese la vuelta. Luego me sonrió.

—Anda, vamos —me dijo—. Te llevaré a tomar la última. O la penúltima.

—La penúltima —repetí, y antes de que terminase de decirlo se había cogido de mi brazo.

A veces los boxeadores saben que tienen los combates perdidos antes incluso de disputarlos. Lo ven en los ojos del contrario, en lo tranquilo que está o en cómo se mueve por el ring cuando el locutor está diciendo sus nombres. Mike Tyson, en el primer combate que disputó cuando salió de la

cárcel, clavaba los ojos de hielo en el contrario, un tipo que debía saber que pocos segundos después besaría la lona. Yo no sabría decir en qué momento tuve la certeza de que Lola me iba a noquear esa noche, si cuando vino al hotel a buscarme, cuando dio un rodeo para no pasar por delante de La Gitanilla o en alguno de los momentos en los que me puso ojitos durante la cena. El caso es que cuando salimos del bar agarrados del brazo para mí estaba bastante claro que cualquier juez objetivo la habría designado ya como vencedora de la pelea antes de que yo hubiera encajado el golpe definitivo.

Dos minutos después estábamos en la puerta de un hotel. Pensé que había reservado una habitación, que lo tenía todo planeado, que sabía que podría llevarme hasta allí porque yo no me resistiría.

Pero Lola me paró los pies. Me había adivinado el pensamiento. Seguro. Todavía no, Montalbán, parecía decirme. Lo que tenga que ser será, pero cuando yo quiera.

—En la última planta hay un bar. Tiene unas vistas magníficas.

Llevaba razón. Once plantas después estábamos acodados en una terraza. Lola sorbía el cóctel de la copa con una pajita, y yo tomaba una cerveza a gollete. El mar se veía oscuro, inmenso a la luz de la luna. Más acá, el Guadalquivir se hacía más grande para perderse en el océano.

—Hermosa vista —le dije—. Tenías razón.

Lola puso su mano sobre la mía. No me sorprendió porque ya me había cogido la mano al entrar en el hotel.

—Vengo aquí a menudo. De día, de noche. Eso oscuro que se ve ahí delante, detrás del río, es Doñana. Y luego hay treinta kilómetros de playa virgen hasta que encuentras la primera construcción, allí, donde se ven las luces.

Respiré el aire puro que venía del mar. Me gustaba aquello, tan tranquilo.

—¿Te gusta vivir aquí? —le pregunté.

Lola me soltó la mano. Se acodó en la baranda. Dio un sorbo a la pajita. Perdió la mirada en el océano.

—Ya no —respondió, al cabo, encogiendo los hombros, como si se disculpara—. No sé. Todo esto es muy bonito, pero llega un momento en el que te hartas, que quieres cambiar de vida. Ya me conoces.

—Supongo.

Se volvió hacia mí. Era la primera vez en toda la noche que me pareció que estaba cansada.

—Voy a dejar a Luis, Montalbán.

Ahora fui yo el que me encogí de hombros. La verdad es que no era asunto mío, y ya me lo había dicho. Pero ya que estábamos no me pareció inoportuno tirar del hilo.

—¿Por eso me buscaste?

Lola negó con la cabeza.

—No. Llevaba mucho tiempo pensando localizarte. Ir a verte a Madrid. Había preguntado por ti, y sabía a lo que te dedicabas.

—No creo que te hubiera costado trabajo encontrarme.

—Supongo que no. Pero una noche reconocí tu voz en la radio. No había ninguna duda. Eras tú. Montaner eras tú. Un tipo que se dedica a cobrar deudas de otros, a asustar a pobres diablos y que lo va a dejar porque tiene problemas de conciencia. Lo raro hubiera sido que no fueses tú.

—Será verdad —no me quedó más remedio que reconocer—. Estaba harto. Estoy harto de hacer lo que hago.

—No me extraña, Montalbán. Tú nunca has sido así. Siempre fuiste un buen chico. Un poco cabezota, pero buena persona. Un héroe de esos de las novelas que tanto te gustaban.

Me eché a reír.

—Hay que comer todos los días, Lola. Y pagar el alquiler. Los héroes también.

Parpadeó unos segundos, apurando el último sorbo de la piña colada.

—Pero no te sentías bien, ¿a que no? Llevabas muchos años haciendo algo que te disgustaba y decidiste que ya habías tenido suficiente.

—Más o menos.

—¿Y por qué fuiste a la radio a contar tu vida?

No le contesté inmediatamente, pero cuando lo hice le dije la única verdad posible.

—Me lo ofrecieron y me pareció una buena forma de expiar las culpas, de abrirme las entrañas ante los demás, contar que estaba harto. Qué sé yo.

Lola se rió con ganas, y al hacerlo echó la cabeza hacia atrás: el cuello largo, la piel morena del escote. Sin dejar de sonreír volvió a mirarme. Yo también sonreía.

—Ay Montalbán, pobre. Siempre tan buen chico.

—Hay también otra razón por la que fui.

—¿Cuál?

A Lola le encantaba que le regalaran el oído. Siempre le había gustado.

—La sabes de sobra.

Asintió, y cuando lo hizo me pareció que estaba calibrando si era posible que lo que le decía fuera verdad.

—Era una posibilidad muy remota.

—Pero era una posibilidad. Un valor añadido. Un incentivo más para ir al programa.

—El caso es que te escuché.

—Pues sí. Estabas al otro lado.

Dejó la copa en una mesa. Volvió a poner su mano sobre la mía. Otra vez estaba fría.

—¿Sabes una cosa, Montalbán?

—Qué.

—Que este hotel es lo más parecido a un rascacielos que hay por aquí.

Me eché a reír. Sacudí la cabeza, negando sin ganas.

—Mirándolo bien —añadió, extendiendo la mano hacia los tejados de las casas de Sanlúcar, como si quisiera abarcarlas—, si lo comparas con el resto de los edificios de por aquí es un rascacielos. Y estamos en la última planta.

La última frase me sonó como una amenaza agradable. Pero no dejaba de ser una amenaza.

—Hay buenas vistas desde aquí, sí.

Lola me miraba. No hacía falta que dijera nada más. Su mano ya no estaba fría.

Así que, como diría el locutor de la velada, a un lado del ring, Rafael Montalbán, *superwelter* cuando era una joven promesa, semipesado dos décadas más tarde, con pantalones vaqueros despintados, rizos indomables por los que ya asoman más de una cana, camisa vieja por fuera del pantalón, las manos metidas en los bolsillos, sin saber muy bien qué hacer. Y en la otra esquina, Lola, morena, vestido malva, tacones, olor a jazmín, labios rojos, agua fresca. El cuadrilátero no era mayor de uno por uno. Un espejo, la paredes forradas de madera contrachapada. Antes de entrar en el ascensor, en la terraza, yo había pronunciado su nombre un par de veces, Lola, protestando, sin fuerza ya, como quien se cubre sin ganas en un combate, como un ectoplasma que al final de la pelea levanta las manos a duras penas

y se ríe, sabedor de que el adversario, más entero, está a punto de tumbarlo.

Y el caso es que esa tarde, antes de que viniera a buscarme al hotel estaba casi convencido de que iba a marcharme para no volver nunca más, lo juro. Iba a marcharme, y mientras ella esperaba a que me duchase me di una tregua y me dije que se lo diría esa misma noche, que me despediría de ella y me iría con la cabeza bien alta y luego daría media vuelta sin quedarme a ver su reacción, sin volver la cara si ella me llamaba, Montalbán, mi vida, no te vayas, quédate conmigo. Pero yo no le haría caso, ni siquiera escucharía su voz, seguiría mi camino, que en realidad no sabía y todavía no sé —y me temo que nunca sabré— cuál es, trataría de encontrar mi lugar en el mundo, si es que todavía era posible. Y lo hubiera hecho, tal vez no se lo habría dicho todo de esa forma, porque uno difícilmente puede hacer las cosas como las planea o como le gustaría porque a la hora de la verdad le falta el valor o el temple necesarios. Estaba a punto de empezar a hablar cuando ya habíamos entrado en el ascensor. Al principio la miré, sin comprender todavía lo que estaba pasando, sin querer entender todavía lo que estaba pasando.

En la terraza ya no quedaba nadie: sólo el camarero, ella, y yo. Lola, repetí otra vez, por decir algo. Lola. Pero ella ya había pulsado el botón de llamada, sin soltarme, apretándose más contra mí, todavía. Lola, volví a decir cuando entramos, y ella sonrió, pulsó el botón que nos llevaría a la recepción y por un momento creí que no iba a pasar nada. Pero el ascensor empezó a moverse y ahora puso el dedo en el botón de parada.

Sonrió al hacerlo.

Tragué saliva.

Lola se acercó a mí con lentitud calculada y me puso el índice en los labios, con suavidad, dejándolo allí unos segundos, pidiendo que me callara, mientras comprobaba, no sin cierto dolor, que había perdido el control de mis labios, que en ese momento se curvaban hacia la yema de su dedo, besándolo, rogándole de esta forma que no se retirara. Lola, le dije, o, para ser exactos, le supliqué. En un último e inútil intento de resistencia agarré su mano para retirarla de mis labios, pero de repente era su mano la que sujetaba la mía y la llevó a sus labios y me besaba los dedos. Lola, repetí, como si todavía fuera posible escapar de allí, como si fuera capaz, como si alguna vez lo hubiera sido, de salir a correr mientras los labios de Lola se acercaban despacio a los míos, se detenían en un eterno y delicioso instante y luego se separaban un momento. Cruzó sus manos detrás de mi nuca, me acarició el pelo, las orejas. Volvió a besarme, y esta vez se entretuvo un poco más. Se apretaba contra

mí. Me mordía como si tuviera hambre.

Lola, acerté a decir por última vez. Lola, su nombre, porque no se me ocurría otra cosa, pero ya no fui capaz de volverlo a pronunciar, ya no pude volver a decir las dos sílabas. Estaba tan cerca de mí que me costaba respirar, apretaba su cuerpo contra el mío, y tenía su lengua dentro de mi boca y era imposible decir nada, hurgaba dentro de mí con la urgencia de quien lleva mucho tiempo esperando ese momento. Agua fresca.

Dieciocho años, un mes y cuatro días. Todo ese tiempo había tardado en volver a tener a Lola entre mis brazos, en sentir el peso de sus pechos en la palma de mis manos, sus caderas clavándose contra mi pelvis, moviéndose, rítmicamente primero, con un espasmo de furia después. Sin dejar de besarme me había empujado contra la pared del ascensor. Vamos, me ordenó entre jadeos. Vamos, Montalbán. Se le había caído una tiranta del vestido, dejando a la vista uno de sus senos, como una amazona. Lola, intenté decir otra vez, pero ya no para protestar ni para pedirle que siguiera, sino porque no se me ocurrió nada mejor que invocar su nombre. Lola. Se había bajado la otra tiranta del vestido y se lo sacó por las piernas, agitando las caderas por la urgencia. Lola, repetí, con el ceño fruncido. Pero ella no me escuchaba. Se quitó la bragas y las sostuvo un momento en el aire, con la punta de los dedos, como quien sujeta un pañuelo o un trozo de papel que está a punto de tirar a la basura. Sonreía mientras lo hacía, disfrutaba de lo que estaba haciendo, de tenerme allí a su merced, derrengado en un espacio tan pequeño. Todavía sonreía cuando dejó caer las bragas, me obligó a flexionar las piernas y se sentó a horcajadas sobre mí. No sé cuánto tiempo pasamos allí dentro, pero no debió de ser mucho. Fue un asalto intenso, pero tal vez por eso y por la premura a la que nos obligaba el lugar y el momento, también fue muy corto.

Lola no es la mujer más hermosa del mundo, y sus medidas tal vez no sean las más adecuadas para salir en la portada de una revista de moda, pero a mí me gustaba, me gustaba igual ahora —o tal vez me gustaba más— que dieciocho años atrás, cuando todavía éramos casi unos adolescentes y la vida era un camino por descubrir, un abanico de posibilidades que no sabíamos que acabaríamos malbaratando.

Al terminar se quedó abrazada a mí, en silencio, recuperando el aliento.

Sentía sus labios, todavía ardiendo, pegados a mi mejilla. No podía ver su cara, pues seguía sentada encima de mí, sudando, pero me pareció que sonreía al escuchar su nombre de mis labios. Siempre le había gustado eso, me contó cuando nos conocimos, una de las primeras noches que pasamos juntos: a cualquier mujer le gusta escuchar su nombre de labios del hombre que ama.

—Tengo que vestirme —dijo, sin embargo.

Entonces caí en la cuenta de que, de los dos, ella era quien estaba completamente desnuda. Yo no me había quitado la camisa, apenas había acertado a desabrocharme un par de botones, y tenía los pantalones y los calzoncillos por las rodillas. Lola se me quedó mirando un instante mientras se desperezaba, antes de estirar el brazo para recoger su ropa del suelo.

Me subí el pantalón sin decir nada, mientras ella se colocaba las bragas y se ajustaba el vestido por encima de la cabeza. Se lo había sacado por los pies antes de revolcarse conmigo y ahora, después de haberlo hecho, se lo pone por la cabeza, pensé estúpidamente, como si aquello tuviera algún significado.

Se arregló el pelo con un par de movimientos rápidos, usando sus dedos como un peine improvisado. Con la palma de la mano se ajustó el vestido. Comprobó que no tenía arrugas. Me miró y sonrió:

—Llévame contigo, Montalbán. Sálvame, como a las princesas de los cuentos.

Estaba a punto de abrir la boca para decir algo cuando ella me cortó con un beso.

—No me digas que no ahora. Piénsatelo. Te esperaré. Te esperaré el tiempo que haga falta.

Terminó la frase y pulsó el botón para bajar a la recepción, como si nada. Aún no había tenido tiempo de abrocharme los pantalones. Lo único que no había cambiado de Lola era que seguía disfrutando al caminar por el filo de la navaja, y lo único que no había cambiado en mí era que seguía sin darme cuenta de ello hasta que era demasiado tarde. Pero a pesar de todo, por estúpido, por inconsciente, o tal vez porque pertenezco a esa clase de imbéciles que son capaces de ofrecer el cuello para que les coloquen la soga con la que los van a ahorcar, aún tendrían que pasar algunas cosas de las que tendría que arrepentirme. No podía saber, todavía, aunque mirándolo retrospectivamente he de confesar que no hubiera sido demasiado difícil intuirlo, que tres días después estaría aquí, esperando a que Luis viniera a

buscarme para pegarme tal vez un tiro en entre ceja y ceja.

He dejado el boxeo dos veces en mi vida. Después de abandonarlo la primera vez yo era como una bala perdida, un púgil que había caído rendido al ring después de lanzar muchos *jabs* al aire sin alcanzar nunca el cuerpo de su oponente.

Me habían roto la nariz, me habían dejado KO, y estaba pasando una mala racha. No daba una a derechas: visité las dependencias de la misma comisaría un par de veces porque se me iban los puños enseguida, cuando alguien se rozaba conmigo por la calle o si no me gustaba cómo me miraba. Durante cuatro meses me abandoné. Había estado un año y medio acudiendo al gimnasio seis veces por semana, sin faltar un solo día. Entrenaba con fiebre, con un dedo roto, con tirones en las piernas, con las plantas de los pies en carne viva de bailar en el ring. Durante esos dieciocho meses tampoco probé ni una gota de alcohol. Pero esto no tiene mucho mérito porque antes tampoco acostumbraba a beber.

Sin embargo, durante aquellos cuatro meses que siguieron a la derrota apenas fui al gimnasio. Iba a correr alguna vez, para justificarme, como si dar una carrera un par de veces a la semana fuera suficiente para mantener mi cuerpo en forma. Gané peso y perdí masa muscular. También trabajé de camarero, de repartidor, incluso en una obra. En lo que encontraba. Los fines de semana me acostaba tarde, incluso no me acostaba, y pocas veces volvía a casa sin la camisa arrugada o manchada de sangre, de sangre de otro, por fortuna. Aquellos meses el boxeo llegó a ser un vago recuerdo, un acontecimiento del pasado que ya no tenía nada que ver conmigo.

Una tarde volvía a casa. Era uno de los días en los que estuve trabajando de peón de albañil. Lo recuerdo bien porque fue el último trabajo que hice antes de volver al ring.

La fama de un boxeador que empieza no es mayor que la de cualquier padre de familia aburrido que trabaja en una oficina de ocho a tres, y aparte de algunos aficionados a las peleas tan pesados o tan insistentes como para recordar mi nombre no había nadie más que me conociera. Mi nombre, además, aunque Lola me dijera después que era como el de una estrella de cine, no es tan fácil de recordar o tan pintoresco como los mote con los que la gente recuerda a los boxeadores. Nunca caí en la tentación de bautizarme con un apodo. Mucha gente me lo decía. El Gordo también insistió después, cuando consiguió hacerme subir a un ring otra vez. Tienes que cambiarte el

nombre, me dijo, un apodo contundente. Sacudí la cabeza, le dije que no. Me gusta mi nombre, repuse, Rafael Montalbán. Punto. Entonces el Gordo tiró de su memoria fabulosa y me recitó una retahíla de apodos que eclipsaron los nombres verdaderos de los boxeadores. Ya se me han olvidado muchos, pero me vino a decir que nadie se acordaba de Rocco Francis Marchegiano, sino de Rocky Marciano. Ni de Walter Smith. A ver, Montalbán, ¿quién era Walter Smith?, me preguntó. Me encogí de hombros, como si no me importase, y lo cierto es que no me importaba mucho. Walter Smith era Sugar Ray Robinson, el más grande, que no se te olvide, chaval. Sugar Ray. Bueno, era su opinión, y aunque no lo compartiese, yo siempre tuve mucho respeto por el Gordo, aunque luego me tirase a su chica, aunque más tarde escondiese la cabeza, como un avestruz, para no querer enterarme de que lo iban a traicionar y que yo me iba a beneficiar de aquella puñalada en la espalda.

Al Gordo lo conocí esa tarde, como decía, cuando volvía del trabajo. En la puerta del bloque donde vivía estaba aparcado un cochazo enorme, reluciente. Un tipo con una gorra le pasaba un trapo, más limpio que un pañuelo recién lavado, al capó mientras otro esperaba de pie, fumando un puro que olía tan bien como sólo pueden oler los vegueros que cuestan lo mismo que yo ganaba después de todo un día acarreando ladrillos.

Buenas tardes, campeón.

Se me crisparon los puños dentro de los bolsillos. Lo recuerdo bien. A nadie le gusta que vengan a reírse en su cara, en la puerta de su casa. Me volví despacio, preguntándome si antes de hacerle tragar el puro tendría que enfrentarme con el chófer que seguía pasando el paño por el capó, como si no me hubiera visto.

Pero el Gordo, viejo zorro, ya me ofrecía su mano, con la palma ligeramente vuelta hacia arriba, como si me reverenciase. Lo hacía y sonreía, sosteniendo el puro con los dientes, los ojillos pequeños, oscuros, clavados en mí.

Me dijo su nombre, el verdadero. Poco después me enteré de que todo el mundo lo llamaba el Gordo a sus espaldas, pero que a él no parecía molestarse demasiado si lo hacían con cariño.

Te he visto pelear, muchacho, me decía poco después, acodado en la barra de un bar donde había insistido en invitarme.

Me encogí de hombros. Al otro lado de la barra, el espejo me devolvía el careto de un joven desorientado, sucio de haber pasado ocho horas acarreando escombros, junto a un tipo al que ni siquiera un traje a medida lograba disimularle la barriga. Llevaba la corbata floja, el último botón de la camisa desabrochada, y de vez en cuando sacaba un pañuelo para secarse el sudor de la frente.

Una pena que lo dejaras, añadió, clavando sus ojos en los míos a través del espejo, preguntándose quizá qué hacía un púgil prometedor como yo trabajando de albañil. Parecía lamentarlo incluso.

Volví a encogerme de hombros.

Ya no boxeo, repuse, igual que he hecho todos estos años, desde la última vez que subí a un ring. Pero después de lo del Vendaval de Marsella fue imposible convencerme de que volviera a enfundarme los guantes. Ni siquiera el Gordo pudo hacerme cambiar de opinión.

Pues es una pena, chaval, me dijo entonces, cuando yo todavía no sabía que volvería al ring y que no tardaría en colgar los guantes para siempre. Pegabas duro. Tanto como Dempsey. Yo aposté por ti más de una vez.

Solté el aire por la nariz, con pesadez. La comparación, por exagerada, incluso me había hecho gracia. Hasta un palurdo como yo sabía quién era Jack Dempsey.

Dempsey y yo no estamos en el mismo peso.

Y qué importa eso. Eres duro, como él. Y tú lo sabes.

El Gordo no era una hermanita de la caridad, y tampoco era uno de esos tíos con falsos modales de director de ONG cuya única intención es embaucarte para ver cuánta pasta pueden sacar de ti hasta que te exprimen y luego te tiran a la basura, sacudiéndose las manos, sin problemas de conciencia. Me dijo aquella tarde que podría ganar dinero, que los dos podríamos ganar dinero. El se encargaría de llevar mi carrera, y yo sólo me tendría que preocupar de entrenar, de cuidarme, y de subir al ring y apretar los dientes para ganar los combates. No te voy a regalar nada, me dijo, y tampoco te quiero prometer nada.

No firmamos un contrato: el Gordo era de las personas chapadas a la antigua que todavía creían que un apretón de manos era el mayor de los compromisos, una alianza inquebrantable que cualquiera que se considerase un hombre respetaría. Supongo que para él, para cualquier hombre decente, el acuerdo también incluiría respetar a su chica, aunque sólo fuera su amante. Pero no cumplí mi parte del trato, y cuando las cosas se torcieron yo estaba

en Lisboa, esperando a Lola, haciéndome el sordo, como si al esconderme, tan cobarde, pudiera fingir que lo que pasó no tuvo nada que ver conmigo.

Me acordé del Gordo la noche que volvíamos, Lola y yo, de Sanlúcar de Barrameda. Me acordé, y fue uno de los momentos en los que me dije que la historia había terminado. Supongo que para los escritores es más fácil. Quiero decir que no les resulta difícil saber cuándo hay que poner punto y final. Pero en la vida real, al menos a mí, nunca me ha parecido sencillo. El caso es que esta historia podía haber terminado antes de irme a cenar con Lola, o habiéndome ido a cenar con ella pero sin dejarme llevar hasta el ascensor, a sabiendas de lo que iba a pasar, aunque protestase. Y no es que me arrepienta de lo que pasó, ni siquiera tuve remordimientos esa noche. A Luis, al cabo, no le debía ninguna lealtad, si acaso, todo lo contrario, y había sido ella la que había empezado, además.

No recuerdo en qué momento fue exactamente, quiero decir el instante en que el tiempo hizo una pirueta traviesa y me trajo el pasado al presente, pero tuvo que ser en algún punto del trayecto de vuelta hasta el Puerto. Otra vez había elegido el camino más largo, la carretera de Rota, para evitar pasar por delante de La Gitanilla y que Luis, Chocolate o cualquiera de sus sicarios, pudiese reconocer su coche. Yo había echado el respaldo del asiento hacia atrás, me había acomodado y había cerrado los ojos, disfrutando del momento. Lola tenía la radio puesta. Apenas habló durante los primeros kilómetros. Tal vez, pensé, también quiere disfrutar de este momento, atrapar ese rato que habíamos pasado juntos. Y a lo mejor era verdad, quiero decir que estaba tan contenta como yo por lo que había sucedido. Pero fue entonces, ya digo, cuando me contó lo del dinero y el pasado saltaba otra vez al presente, sin dar tregua, plantándose delante de mis narices.

—Tenemos una caja fuerte —me dijo, o tal vez lo dijo para ella misma, sin preocuparse mucho de que yo la estuviera escuchando, sin dejar de mirar los árboles que flanqueaban la carretera, la base naval, inmensa, a la derecha, sin pararse a pensar, tal vez, que muchos años antes ya me había dicho algo muy parecido.

Abrí los ojos, sacudí la cabeza, esboqué una mueca que no significaba nada. Estupor quizá.

—Estos días hay mucho dinero —continuó, mirándome de cuando en

cuando ahora—. Luis no suele sacarlo de casa hasta final de mes. Lo reparte en varios sitios, ya sabes.

No sabía nada. No me importaba nada. No dije nada.

—Mucho dinero, Montalbán —insistió—. El dinero suficiente para empezar una nueva vida.

Me hubiera gustado que al decir una nueva vida se refiriese a los dos, pero no lo hizo. Quizá era lo mejor, porque la primera vez que me habló de vaciar una caja fuerte sí me había dicho que emprenderíamos una vida juntos y no cumplió con su palabra.

—Yo no quiero el dinero de Luis, Lola. No quiero el dinero de nadie.

Pero no quería decirle eso, o mejor: no quería decirle sólo eso. La frase, traducida, venía a ser algo así como: lo único que yo quiero, maldita sea, es estar contigo. El dinero me importa una mierda.

—Los héroes también tienen que pagar el alquiler —repuso, echándose a reír, con cariño—. Al menos eso fue lo que me dijiste antes.

—Lo recuerdo. Pero yo no soy un héroe. Ya lo sabes. No me interesa el dinero de nadie, y el de Luis menos todavía.

No dijo nada más. Apenas la escuché resoplar y callarse hasta que llegamos al Puerto. Me besó los labios en la puerta del hotel.

—Ya sabes, mi vida —se despidió—. Te estaré esperando.

Me reí como si de verdad no quisiera creer que me estaba hablando en serio, como si lo que había dicho no fuera más que la frase de una niña perversa que disfruta viendo cómo los hombres clavan la rodilla a sus pies.

—Como las princesas —respondí, sin estar muy seguro.

Lola asintió como si me creyese o como si yo fuera un imbécil por no entenderla.

No me besó otra vez.

Bajé del coche y fui hasta la entrada del hotel, sin volverme a mirar cómo se perdía en la avenida. Pero antes de cruzar el vestíbulo di media vuelta y me encaminé hacia la playa. No quería acostarme todavía. No se lo había dicho a Lola porque prefería estar solo.

Cinco minutos después estaba en el paseo marítimo. Apenas había nadie porque esa noche se había levantado fresco. En la arena, cerca de la orilla, se intuía alguna pareja que retozaba aprovechando la oscuridad, la luz verde en la caña de algún pescador. Más allá, en la bahía, las luces de unos cuantos barcos que faenaban. A la izquierda, a lo lejos, las farolas del puente de Carranza. Me quité los zapatos y bajé a la arena. La sentí fría, agradable bajo

los pies. Respiré hondo y aguanté el aire unos segundos. Estaba contento. Al cabo, pasara lo que pasase, había vuelto a estar con Lola, y por un momento me afectó la sensación falsa y extraña de que era joven otra vez, que aún no había mandado al hospital, y de allí al cementerio, al Vendaval de Marsella, que tenía por delante toda una prometedor carrera de boxeador. Llegué hasta la orilla escuchando la voz del locutor decir mi nombre: Montalbán, Rafael Montalbán, siete victorias en sus últimos siete combates, todas ellas por KO, y yo moviendo los hombros bajo el albornoz, tensando los músculos, concentrado en la promesa de Francia. Siete minutos después lo había matado, pero yo todavía no lo sabía. No me lo quise creer en el ring, cuando lo vi desmadejado contra las cuerdas y le gritaba que se pudiese de pie, que no quería ganarle así, que nadie se iba a tragar que había sido un combate limpio. Ni siquiera cuando se lo llevó la ambulancia me creía todavía que le había hecho daño de verdad. Dos días después tuve que claudicar y poner el vídeo: le había castigado con una cadena de dieciocho golpes en once segundos. Me he preguntado muchas veces si me equivoqué al retirarme por eso, si fue una mala idea no dejar siquiera que mi carrera despegase por ese accidente. Tal vez fue ésa la primera de las decisiones erróneas que han marcado mi vida. Y aunque crea que para empezar una nueva vida lo mejor es volver al lugar donde tomamos el camino equivocado, por mucho que quiera es imposible tener veintidós años otra vez, enfundarme los guantes de nuevo y subirme a un ring como entonces. Uno puede querer empezar una nueva vida, pero no siempre le estará permitido hacerlo.

Me había sentado en la orilla, dejando que las olas me mojaran los pies. A pesar de la brisa que se había levantado el mar estaba tranquilo, como una laguna. El caso es que me relajé, cerré los ojos, aunque antes creo que miré la luna. La luz verde de la caña de pescar se movía, y la pareja que había intuido desde el paseo unos minutos antes seguía a lo suyo. Cerré los ojos y pensé en Lola, en la noche que habíamos pasado, en el trayecto en coche hasta Sanlúcar de Barrameda, en la conversación que habíamos tenido, en los minutos durante los que nos habíamos frotado el uno al otro con ahínco en el ascensor. Ven a buscarme, Montalbán, te esperaré. Sus palabras me martilleaban la cabeza con la contumacia de una campana. Cerraba los ojos y las escuchaba, los abría y tampoco podía dejar de sentirlas: Montalbán, mi vida, ven a buscarme. Como los héroes a las princesas de los cuentos. Te esperaré siempre.

Sacudí la cabeza, abrí los ojos, y luego los volví a cerrar, de nuevo.

Estaba cansado. Sabía que me iba a costar dormir, pero estaba muy cansado. Agarré un puñado de arena fría que se me escapó entre los dedos. Volví a cerrar los ojos y me di una tregua antes de levantarme, como quien escucha el despertador por la mañana y le da un manotazo para seguir durmiendo un poco más.

Aún tardaría unos días en volver a poder abrir los dos ojos correctamente. Entonces no lo sabía. No me di cuenta. Estaba tan relajado que después de soltar la arena me había tumbado boca arriba, con las manos detrás de la nuca. Creo que me habría quedado dormido si las olas no me hubieran mojado los pies de cuando en cuando.

Primero sentí un golpe muy fuerte en el costado, y ya rodaba sobre mí mismo antes de que pudiera percatarme de qué había pasado. De rodillas, tratando de ponerme de pie, quise abrir los ojos pero me había entrado arena. Me los froté con las manos pero una maza enorme que tenía forma de puño me alcanzó de lleno en la mandíbula. Volví a caer, y esta vez estuve seguro de que no me iba a resultar fácil levantarme durante los próximos segundos. Quienquiera que me hubiese golpeado también lo sabía, porque me dejó retorcerme en el suelo, sin atizarme de nuevo, seguro de que podría noquearme antes de que tuviera la oportunidad de ponerme de pie.

—Ay, Montalbán —escuché decir, a lo lejos, como en un sueño—. Debiste haber aceptado el dinero.

Pero Luis no golpeaba tan fuerte. Ni se hubiera atrevido él solo conmigo. Y podía delegar el trabajo sucio en otros, además. Chasqueaba la lengua, como si lamentase que me hicieran daño. Yo seguía tirado en la orilla, tratando de recuperar el aire que se me había escapado de los pulmones al recibir el primer golpe. Ahora me costaba respirar. No me toqué, pero entonces hubiera apostado cualquier cosa a que tenía una costilla rota. Del otro golpe me dolían algunas muelas y el oído, pero no tenía nada roto. No es que yo tenga la mandíbula granítica de Joe Grim, pero creo que aún soy capaz de aguantar el *crochet* de un tipo que pesa treinta kilos más que yo sin que se me desencaje. Porque allí, tumbado en la arena, sin que me dejara opción a moverme, tuve claro que las piernas que veía tan cerca de mi cara como para poder patearme la nariz eran las de Chocolate. Era un buen pegador, desde luego. Una mala bestia mestiza.

—Vaya, Chocolate —le dije, con la boca torcida—. Parece que por fin te han quitado el bozal.

Cerré los ojos y apreté los dientes, sobre todo por si era capaz de

conservar alguno entero después de que el moreno me metiese el zapato en la boca, pero debía de ser un perro de presa muy educado porque no se movió ni un milímetro. Allí el que daba las órdenes era Luis, y su esbirro las acataba sin rechistar, como un buen profesional.

Me puse boca arriba. Ahora la luna daba vueltas, y las estrellas. Me llevé la mano al costado. Había acertado: tenía una costilla rota. Por lo menos. Me iba a costar trabajo respirar con normalidad durante una temporada. Me volví hacia donde debía de estar Luis y me lo encontré a un par de metros de mí, en cuclillas, con un cigarrillo en una mano y tocándose una ceja con la otra, como si estuviera pensando algo muy importante.

Dio una calada al pitillo, volvió a chasquear la lengua, y se me quedó mirando, como si no supiera muy bien qué hacer.

—Qué difícil me lo pones, Montalbán.

Intenté respirar, pero al hacerlo sentí una punzada en el pecho. Me incorporé un poco. A mi espalda escuché a Chocolate recortar la escasa distancia que nos separaba, por si al final me decidía a saltar a por su jefe y lo estrangulaba antes de que tuviera tiempo de partirme el cuello.

—Nunca cambiarás —me dijo Luis, aunque muy bien podría estar hablando solo, porque había soltado la frase mirando la arena oscura, como quien trata de descifrar un enigma.

—Qué quieres que haga —respondí—. Ya tengo demasiados años para reciclarme.

A duras penas conseguí sentarme. Cuando cogí la postura vi que Luis miraba a Chocolate y antes incluso de que el otro iniciase el movimiento sentí la punta de su zapato clavada en mi espalda, un poco más arriba de los riñones.

Me retorcí de dolor y volví a quedarme sin aliento. Hasta aquí hemos llegado, chaval, me dije. Pronto sacará una navaja, o una pistola, y todo habrá terminado. Me convertiré en un número, en la parte anónima de una estadística. Un boxeador fracasado, un matón de poca monta que aparece muerto en la playa. Un ajuste de cuentas. Y era verdad: aquello no era más que un ajuste de cuentas.

—Quiero que te vayas de aquí, Rafa —escuché decir a Luis, su boca muy cerca de mi oreja, para que no hubiera duda de que me enteraba o para que nadie pudiera darse cuenta de que me estaba amenazando—. Que te vayas de aquí y que no vuelvas a molestarnos.

Me reí, o sonreí, sin ganas, sin mucho entusiasmo. Lo hice sobre todo

para pinchar a Luis. De las pocas cosas buenas que tiene estar jodido, tal vez la única, es que puedes permitirte el lujo de decir lo que te dé la gana. Total, no tienes mucho más que perder.

—Que te den por el culo —le dije.

La manaza de Chocolate me agarró por el pelo y hundió mi cara en la arena. Traté de revolverme. Estaba en las últimas —la costilla, la mandíbula, la espalda—, pero tampoco iba a dejar que se saliera con la suya sin presentar batalla. Desde el suelo le lancé una patada que se clavó en su estómago. Escuché un sonido que se me antojó un aullido ahogado. Me volví, iba a ponerme de pie, pero antes de que tuviera ocasión de hacerlo, el sicario me había lanzado un directo y sentí como si un obús me estallara en el pecho. Luego me agarró por la solapa de la camisa, que hizo ras al romperse, y me tiró sobre la arena, como un saco. También es mala pata, me dije. Podías haberte vuelto a Madrid, o haberte largado a Lisboa, con Lola o sin ella, en lugar de ponerte a mirar las estrellas como un adolescente. Acaba de una vez, cabrón, murmuré, pero creo que el esbirro no me escuchó. Veía sus piernas muy cerca, lo bastante cerca como para tenerme controlado pero lo bastante lejos también como para que yo no pudiera sorprenderlo y tirarlo al suelo. Boxeador o no, Chocolate se había partido la cara más de una vez en una pelea callejera.

—Escúchame, Montalbán —la voz de Luis sonaba conciliadora, como si no hubiera pasado nada—. Escúchame, por favor. Todavía podemos solucionar esto de una manera civilizada.

Lo de civilizada, dadas las circunstancias en las que me encontraba, con una costilla bailándome en el pecho y la mandíbula hinchada, sonaba a broma de mal gusto.

Luis también debió de entenderlo así.

—Quiero decir que no pase nada peor de lo que ya ha pasado.

Asentí, a duras penas. Era lo único que podía hacer.

—Y la única manera de que no pase nada más grave es que cuando te levantes de aquí te vayas al hotel, recojas tus cosas, te vayas por donde has venido, y no vuelvas a molestarnos más.

Con el ojo que todavía podía ver me lo quedé mirando. Me pregunté si sabía lo que había pasado esa noche entre Lola y yo o si Chocolate me estaba dando una paliza preventiva, esto es, para que no me acercase a ella, si es que lo estaba pensando.

—Mira, Rafa: Walter y yo nos vamos a marchar y te vamos a dejar aquí,

para que descanses un poco y recapacites. Me ha gustado verte, pero al final las cosas han tenido que salir así. Lo siento.

Dejé caer la cabeza sobre la arena. Un hilo de sangre me bajaba por la mejilla. Chocolate volvió a patearme el costado antes de irse. Por culpa del golpe di varias vueltas sobre mí mismo. Estaba empapado de arena y de sudor. Empecé a toser, y al hacerlo sentí que la costilla rota se me clavaba en el pecho. A lo lejos me pareció escuchar la voz de Luis, recordándome otra vez que tenía que haber aceptado el dinero. Tal vez tuviera razón. Pero yo no tengo la costumbre de escoger el camino que más me conviene. Y llega un momento en la vida en el que a uno le resulta imposible cambiar. Por mucho que lo intente. Di otra vuelta más sobre mí mismo, me incorporé a duras penas y volví a toser. Creo que conseguí ponerme de pie, pero no puedo asegurarlo. Lo único que recuerdo es que la luna empezó a dar vueltas, otra vez, y las estrellas, como un tiovivo, que me dolía mucho la cabeza, que me dolía todo el cuerpo, que me desmayé, que al caer una ola me mojó los pies, y que lo siguiente que vi fue a un luchador tumbado, derrotado sobre la lona, un boxeador que hace un momento estaba de pie, como un espectro, sonriéndome, con el protector bucal rojo por la sangre que se le escapaba de las encías, y yo le lanzo un directo, y un gancho, otro, y otro, y otro, dieciocho golpes seguidos en once segundos, mis brazos se mueven como un molinete, y un instante después el boxeador es un guiñapo, una madeja ajada en el ring. Apenas ha podido sujetarse en las cuerdas para sostenerse de pie, y ahora está tumbado. Le veo la cara, que ya no me sonríe, que ya ni siquiera es capaz de hacer una mueca, pero hay algo raro, de repente ya no es un tipo rubio, no tiene la piel tan blanca que me deslumbra al mirarlo, no me insulta en francés cuando nos agarramos, antes de que el árbitro venga a separarnos. Tiene los ojos cerrados. Me acerco para verlo mejor y reconozco mis rasgos, los rizos morenos por los que vetean más de una cana, la nariz rota. Es como si viera en el espejo mi propio reflejo. Estoy sangrando. Soy yo, estoy sangrando y soy mucho más viejo que cuando mandé a la tumba al Vendaval de Marsella. No sé qué hago allí, porque hace muchos años que colgué los guantes, pero el caso es que soy yo el que está tirado en la lona, boca arriba, de mala manera. El público grita, grita tan fuerte que me dan ganas de taparme los oídos. Pero no puedo mover las manos. El cuerpo no me responde. Estoy tumbado en el ring, y me veo como si estuviese fuera de mi cuerpo, como si mi alma, si es que alguna vez he tenido alma, hubiese abandonado al guiñapo que yace en la lona, como un muñeco roto, con los

ojos cerrados, pero yo puedo verlo, puedo ver al público, y escuchar sus gritos, igual que escucho contar al árbitro. Está agachado, junto a mí, y lo escucho contar. Uno, dice, pero yo le digo que pare, que todavía no ha terminado el combate. Me escucho decirlo pero sin embargo veo que no se ha movido ni un músculo de mi cara, como si mi protesta se debiera más a los delirios de un catatónico que a los de un púgil noqueado que se resiste a reconocerlo. Dos, y le digo que pare, se lo grito, le grito que estoy bien, que estoy andando, ¿no puedes verme?, mírame. Tres, y siento algo helado que me sube por los pies, una corriente fría que sube y que baja y que ahora me llega hasta la cintura. Cuatro. No sigas contando, le suplico, porque de repente, sin saber muy bien por qué, me doy cuenta de que si lo dejo contar hasta diez ya no podré levantarme, me quedaré ahí para siempre porque estaré muerto. Cinco. Por favor, detente. Seis. El frío me sube hasta el cuello, me cubre el rostro, siento que me ahoga. Siete. No puedo moverme. Ocho. No puedo respirar. Y si no puedo respirar no puedo gritar, y si no grito el árbitro contará hasta diez y todo habrá acabado. Nueve. Tengo el pelo mojado, siento que floto, como un feto en la cálida placenta. No vas a llegar hasta diez, le grito al árbitro, le sujeto la mano, lo agarro por el cuello, le doy un empujón y lo tiro a la lona. De repente estoy de pie, y no hay nadie viendo el combate, ni siquiera está el Vendaval de Marsella, y tampoco el árbitro, el árbitro también ha desaparecido, pero mejor así, porque he impedido que termine de contar. De pronto me siento mareado, las piernas me fallan, parece como si fueran de papel. No pueden sostenerme. Me caigo de espaldas, y ahora el suelo del ring es la orilla del mar, al amanecer, son olas, olas frías que me cubren el pecho, que me tapan el rostro y no me dejan respirar. A duras penas me incorporo, y cuando lo hago me pongo a toser, a toser y a vomitar agua salada. Me duele todo el cuerpo. Me duelen los riñones, apenas puedo abrir la boca y tengo una costilla rota que se me hunde en el pecho, como una aguja, al toser, porque sigo tosiendo, sigo tosiendo y vomitando agua, y me doy cuenta de que desde la nariz me baja un hilo de mocos y de sangre. Al menos estoy vivo todavía, me digo, vivo aunque sea por un día más, vivo, quién sabe, tal vez para librar el último asalto de este combate.

Aún no había amanecido del todo. Me costó averiguarlo el tiempo que tardé en conseguir abrir un ojo. El estado de éste parecía aceptable. El otro estaba tan hinchado que apenas podía distinguir la débil luz de la luna, o del sol, y las formas confusas de las olas. Alguno de los golpes de Chocolate me había alcanzado cerca del ojo pero no era capaz de recordarlo.

La pareja de enamorados ya había cambiado de sitio, o ya habrían terminado la faena y se habían ido a dormir. El pescador ya no estaba. Levanté la cabeza y vi que los barcos aún seguían pescando en la bahía. Nadie había visto lo que había pasado. O nadie había querido verlo. Era lo normal en estos casos. Yo mismo había tenido que agarrar por la solapa a algún desgraciado más de una vez mientras quien pasaba por la calle bajaba los ojos y miraba para otro lado. Lo mejor es no meterse en líos. Tenía todo el cuerpo empapado: si no me hubiera despertado habría acabado dándole de comer a los peces. Ironías de la vida, se me ocurre ahora, cuando, tal vez, dentro de un rato, mi destino será ése: dar de comer a los peces.

Me senté en la arena, y al hacerlo la costilla volvió a recordarme que estaba rota. Me pasé la mano con cuidado por el pecho. Aparte de eso, no tenía nada más. Con un buen vendaje y respirando con cuidado el problema se solucionaría en unas semanas. Me palpé la cara. Aparte del ojo hinchado, la mandíbula me seguía doliendo, pero no estaba rota, ni me faltaba ningún diente. Tendría que comer blando durante un par de días, sólo eso. Me levanté, pero tuve que volver a sentarme. La luna y las estrellas que aún quedaban en el cielo empezaron a dar vueltas otra vez.

Tenía mucho calor. La boca seca. Estaba lleno de arena, manchado de blanco, desde los pies hasta la punta del pelo, como un pescado a punto para ser frito. No encontraba los zapatos. Cualquiera que me hubiera visto desde el paseo marítimo habría pensado que me había emborrachado y me habían dado una paliza.

Intenté ponerme de pie otra vez y lo conseguí. Me quité la camisa, rota después de que Chocolate me hubiera zarandeado como a un muñeco, y la tiré a la arena. Luego me saqué los pantalones, y los calzoncillos. Me dolía todo el cuerpo, pero también me picaba tanto por culpa del sudor y de la arena que no podía resistirme a bañarme. Era una locura, pero me metí en el agua. Así como estaba no era capaz de ir a ninguna parte. Lo único que quería era sentir el agua fresca, sumergirme, flotar un rato. Despejarme. Sólo me había tomado un par de copas de vino y una cerveza con Lola, pero la paliza que me había dado Chocolate me había dejado con la misma sensación que si me hubiera pasado toda la noche bebiendo.

Estiré los músculos, como pude, y al hacerlo sentí un pinchazo en el costado. La costilla protestaba. Pero estaba vivo. Después de todo, morir no es tan fácil como parece. No soy de los que se ponen a dar saltos de alegría cuando descubren algo que les hace feliz, pero lo cierto es que aquel

amanecer, hace exactamente tres mañanas, después de lo que había pasado, tenía razones para estar razonablemente contento.

Según dice el reglamento, un boxeador tiene prohibido disputar un combate al menos hasta veinte días después de haber librado el último. Cuando yo era una promesa del boxeo pensaba que aquélla era una norma estúpida. Estaba convencido de que después de haber dejado KO a un contrincante en el primer asalto me sobraban energías para tumbar a otro al día siguiente, aunque no tuviera que conseguirlo en el primer asalto. Me acordé de aquella regla cuando me desperté en la playa. Había subido la marea y las olas me mojaban los pies descalzos, a veces el agua me llegaba hasta las rodillas. Por eso me desperté. Tal vez haberme quitado los zapatos para sentir la arena bajo mis pies me había salvado la vida.

Volví a pensar en el reglamento. Quien había puesto esa norma llevaba razón: veinte días entre combate y combate era lo más idóneo. Pero eso no se sabe hasta que alguien como Chocolate te tumba.

El agua estaba tan fría que acabó por despejarme. Me alivió, también, el dolor de las heridas. Nadé un poco, hasta donde pensé que cubría, y entonces me detuve a ver las luces de los barcos que faenaban en alta mar. Respiré hondo, sin prestar atención al dolor del costado, y me sumergí, procurando relajarme.

Estaba oscuro. Lo recuerdo porque no cerré los ojos. Y también recuerdo que me hundía despacio, como una de esas imágenes ralentizadas de las películas. Los primeros rayos de sol de la mañana iluminaban la superficie. Abrí la boca y un torrente de agua fría y salada se me coló dentro. Después miré hacia abajo. La orilla no estaba tan lejos y allí no debía de haber mucha profundidad, pero abajo estaba tan oscuro que bajo mis pies no veía nada. Entonces se apoderó de mí un pánico que no había sentido nunca, miedo a cerrar los ojos y ya no volverlos a abrir, miedo a quedarme allí, en el fondo, para siempre. Volví a buscar con los ojos la luz de los primeros rayos de sol, cada vez más lejanos, y otro torrente de agua se me coló por la nariz. Sin poder evitarlo estaba tratando de respirar bajo el agua. Di una patada para impulsarme, pero no hallé nada bajo mis pies. La superficie debía de estar sólo a tres o cuatro metros más arriba, pero desde allí abajo me parecía inalcanzable. No me quedaba aire en los pulmones, por eso me hundía cada

vez más. Fue ésa mi salvación, hundirme como un fardo. Tres o cuatro segundos después sentí el lecho del mar debajo de mí y di una patada tan fuerte que al salir a la superficie saqué medio cuerpo del agua. Mis pulmones se llenaron, como los de un recién nacido al abandonar el útero materno y llegar a este puto mundo. Por un momento me costó orientarme. Me froté el ojo sano, para quitarme la sal, y vi que los barcos de pesca seguían allí, a lo lejos, y que la orilla estaba al otro lado. No habrían pasado más de diez minutos desde que me metí en el agua, pero ahora me dio la sensación de que se había hecho de día de repente.

Entonces nadé hacia la orilla. Puede parecer lo normal, pero la verdad es que también podría haber puesto la proa hacia alta mar, hacia los barcos que ahora tal vez estuvieran regresando al puerto. Seguir nadando hasta que no tuviera más fuerzas, hasta que mis brazos se cansaran, y hundirme, para siempre, acabar con todo de una vez. Estas cosas tan raras pasan: el náufrago que nada hasta que se cansa y acaso se siente feliz al hundirse, el soldado que levanta las manos y espera que le atraviesen el pecho después de haber disparado el último cartucho, el púgil que baja los brazos y busca que lo dejen KO para acabar con el combate de una maldita vez. Pero yo no había llegado hasta allí para morir, me dije, antes de emprender, de nuevo, el camino a la orilla. Tal vez mi vida fuera un desastre, pero era la mía.

Moví los brazos, procurando soslayar el dolor de la costilla, pero no era fácil: hacía más de veinte años que alguien no me daba una paliza, y había sido en un ring, donde al menos uno tiene la ventaja de atenerse a ciertas reglas.

Cuando llegué a la orilla me senté en la arena para recuperar el aliento. Tuve que quedarme tumbado un rato, boca abajo, echando a borbotones el agua que había tragado, sintiendo que se me rompía el pecho en cada acceso de tos. Ya no había barcos faenando en el horizonte. Todavía no había turistas que venían a coger sitio para tomar el sol. Por no haber, no había ni siquiera niños apurando las últimas horas de una noche de fiesta veraniega. Sólo estaba yo, en silencio, y me dieron ganas de que el tiempo pudiera detenerse, que pudiera quedarme así, escuchando las olas del mar al amanecer, para siempre. Tan a gusto estaba que por un momento se me olvidó que un rato antes me habían apalizado y que tal vez me habían dejado en la orilla de un modo descuidado para que la marea al subir rematase el trabajo. Por un momento me olvidé de todo, de mi mismo, de mi propia vida, de lo que había venido a hacer allí.

Lástima que los momentos así duren tan poco que parece que los hemos soñado.

Siete combates y siete victorias por KO. Ése era mi palmarés la noche que me enfrenté en París al Vendaval de Marsella. Me parecía un nombre ridículo para un tipo rubio, la piel tan blanca que parecía albino. No creo que después de haber contado más de la mitad de la historia sea el momento para ponerme sentimental, y tal vez cueste creer que a un tipo como yo, que se ha pasado los últimos diez años dando leña por cuenta ajena, tuviera problemas de conciencia. Pues sí. Que luego me haya tenido que ganar la vida asustando a otros no quiere decir que me guste hacerlo.

Pierre Lefleur, el Vendaval de Marsella, falleció en el hospital justo una semana después de la pelea. El Gordo me había firmado tres combates más antes de disputar el cinturón de campeón de Europa *superwelter*, pero después del entierro del boxeador francés fui a su casa a decirle que lo dejaba.

El Gordo no se inmutó. No pestañeó siquiera. Me pidió que lo acompañase al sótano, me invitó a sentarme en un sofá y se puso a buscar entre un montón de cintas de vídeo que tenía perfectamente alineadas en una estantería. Aquel sótano debía de ser su refugio favorito, su *santa sanctorum*, un lugar donde sólo unos pocos privilegiados habíamos entrado. Yo había visitado su casa varias veces pero hasta entonces no me había invitado a bajar. Y había una razón para ello. Con el Gordo siempre había una razón para todo.

Sentado en el sofá, estaba recorriendo con los ojos la mesa de billar, las fotografías de la pared: Sugar Ray, Paulino Uzcudum, Primo Camera, James Braddock, Joe Louis, Rocky Marciano. Todos llevaban los guantes, vestían el calzón y las botas y miraban a la cámara concentrados, como lobos famélicos que esperan a que les echen de comer.

Quiero que veas una cosa, me dijo el Gordo. Había encendido la televisión y empujaba una cinta al interior de un vídeo. Era un aparato plateado, enorme, de los de entonces.

Se trataba de un viejo combate, en blanco y negro. Dos boxeadores negros peleaban.

¿Sabes quiénes son?, me preguntó el Gordo.

Sacudí la cabeza. No tenía ni idea.

Emile Griffith y Benny Paret, en el Madison Square Garden, en 1962. Observa con atención.

Los dos púgiles se movían con rapidez. Sabía quién era Emile Griffith: campeón del mundo de los pesos *welter*. Sabía quién era pero no lo había reconocido en la cinta. También sabía quién era el otro: Benny «Kid» Paret, cubano que había llegado en una balsa a Estados Unidos.

Ya sé lo que me vas a poner, le dije al Gordo, pero él sacudió la mano para que me callase, y pulsó un botón del mando a distancia para ver un momento de la pelea a cámara lenta.

Benny Paret se repliega contra las cuerdas, me explicó, y Griffith, que cree que eso no es más que una estratagema para hacerle creer que le fallan las fuerzas, se lanza a por todas. Engañar al contrario replegándose contra las cuerdas era algo que los boxeadores cubanos de la época acostumbraban a hacer. ¿Conoces la historia, verdad?

La conocía, pero nunca había visto esa pelea. Griffith la emprendió a golpes con el cubano, me explicaba el Gordo, comentando las imágenes. Diecisiete puñetazos en cinco segundos. Su intención no era hacerle daño, y no era él quien habría tenido que parar la pelea, sino el árbitro, que no hizo nada. Tal vez no la paró porque no quiso que hubiera disturbios entre los cubanos que presenciaban la pelea en el Madison Square Garden, que querían ver ganar a Paret limpiamente, sin que nadie lo ayudase.

Pero Benny Paret murió por culpa de los golpes, le dije.

Diez días después, en el hospital, precisó el Gordo. Jamás se recuperó del coma.

Apagó el vídeo, se sentó en un sillón, frente a mí.

Quiero decirte que la culpa no fue de Emile Griffith. Igual que no ha sido culpa tuya lo de este boxeador francés. Son cosas que pasan. Gajes del oficio.

Sacudí la cabeza.

Es posible, pero yo no quiero seguir peleando.

El Gordo se levantó. Me agarró por los hombros. Me sacudió.

¿Pero qué coño te pasa, chaval? ¿Te sientes culpable? Pues vuelve a subir al ring, me dijo, señalando la televisión apagada, como si todavía pudiésemos ver en la pantalla el combate ente Emile Griffith y Benny Paret. Vuelve a subir al ring, como un hombre, y demuestra lo que vales. Demuéstralo hasta que llegue alguien mejor que tú y te tumbe en el primer

asalto. Ahora mismo te crees invencible, pero también te llegará la hora, ¿sabes?

Estaba tranquilo. Creo que habría sonreído de no haber estado convencido de que no era el momento más idóneo para hacerlo.

A Emile Griffith también le llegó su hora, me dijo.

Ya lo sé, respondí. A todos nos llega.

Rubin Carter, 20 de diciembre de 1963, Pittsburgh. Dejó KO a Griffith en el primer asalto.

Cuando el Gordo hacía uso de su memoria enciclopédica era imposible discutir con él.

Volvió a su sillón, cogió el puro que había dejado en el cenicero para gritarme, respiró dos o tres veces para calmarse antes de hablar de nuevo.

Lo que yo quiero decirte, chaval, es que no deberías retirarte ahora. Piénsatelo. Has ganado los siete últimos combates que has disputado. Ocho, contando el último... Has salido en la prensa, has aparecido en programas de televisión, pero todavía no eres lo bastante famoso para que la gente te recuerde. Has de ganar el cinturón de campeón de Europa, y yo mejor que nadie sé que podrás ser campeón del mundo el año que viene. Pero si lo dejas ahora, dentro de seis meses nadie se acordará de ti. Nadie sabrá quién fue Rafael Montalbán. Nadie.

Yo no tenía ganas de seguir peleando, pero el Gordo era un hombre paciente y no dejó de tratar de convencerme. Estoy seguro de que la razón de que me ofreciera trabajar con él, ser su hombre de confianza, su chófer, su guardaespaldas ocasional, era porque así me tendría cerca y podría vigilar que no me descuidara, igual que me había pasado antes, que tal vez con el tiempo daría mi brazo a torcer y volvería a subir al ring, que podría conseguirme buenos combates, tener la oportunidad de luchar por el título otra vez. Cuando me convenció ya era demasiado tarde. Estaba muerto pero yo no lo sabía todavía.

Acepté el trabajo. No tenía nada mejor en lo que ocupar mi tiempo. El Gordo me pagaba y me trataba bien, además.

Fue entonces cuando conocí a Lola.

El médico que me atendió no me dijo nada que yo ya no supiese: fractura a la altura de la tercera costilla izquierda. Contusiones varias por todo el cuerpo.

El ojo derecho hinchado, pero no había ninguna lesión interna. De todos modos había ido a Urgencias a que me echasen un vistazo. Nunca se sabe.

—Debería ir a la policía para poner una denuncia —me sugirió, mientras la enfermera me ajustaba una venda en las costillas.

—No serviría de nada —respondí—. Unos niños me cogieron por sorpresa en la playa. Estaba muy oscuro. No pude verles la cara.

El médico se encogió de hombros y cerró la carpeta. Vale, tío, parecía decir su gesto. Pues tú mismo. Allá tú con tus problemas.

Al menos podía caminar sin dificultad y, si no inspiraba aire profundamente, el dolor de la costilla era soportable. Las contusiones del resto del cuerpo no me preocupaban. Pronto dejaría de sentir las. Y en cuanto al ojo hinchado, pensaba solucionarlo con las gafas de sol que tenía en la habitación del hotel. Me pasé el día allí tumbado. Al principio me costaba tanto conciliar el sueño que creí que no iba a ser capaz de descansar en todo el día, pero llegó un momento en que cerré los ojos y cuando volví a abrirlos ya era de noche. El cuerpo seguía doliéndome, pero para animarme me dije que sería por la postura, y me desperecé, sin querer levantarme todavía.

Pues aquí estás, Montalbán, me dije. Descansando en un hotel después de que te hayan dejado KO. No era la primera vez, pero supongo que uno nunca acaba de acostumbrarse. Me levanté y descorrí la cortina. Al subirme la sangre a la cabeza me dio un pequeño mareo. Apoyé la mano en la pared, respiré hondo, cerré los ojos un instante y los volví a abrir. Desde allí podía ver las farolas del paseo marítimo, el lugar donde unas horas antes Chocolate me había zurrado de lo lindo mientras Luis se lamentaba de que no hubiera aceptado su dinero. La vida cambia en un momento, pensé. Antes de que puedas darte cuenta. Anoche, a esa misma hora, Lola se había presentado en el hotel para invitarme a cenar. Un rato después echábamos un polvo en la estrechura del ascensor de un hotel, y un poco más tarde un ex boxeador cubano me había dejado KO en la playa. Me había despertado no sé cuánto tiempo después, y por poco me había ahogado. Y allí estaba yo ahora, mirando por la ventana, preguntándome cuál debía de ser el siguiente paso que debía dar, y por más que lo pensaba no lo tenía claro, si acaso, la única certeza era no saber cuál era mi papel en esa historia que me había empeñado en vivir, en inventarme incluso para salir adelante, para dar un nuevo sentido a mi vida.

Cuando quise darme cuenta ya me había dado una ducha y había hecho la maleta. Pagué la cuenta en la recepción, aunque ya no fuera a dormir allí

esa noche. Cualquier cosa que sucediera a partir de ahora pasaba por que me largase para no volver nunca más. Y no es que me fuera de allí con el rabo entre las piernas o que me diera miedo presentar batalla, decirles a Chocolate y a Luis que el combate no había terminado, que el juez todavía no había contado hasta diez y que, a lo mejor era porque yo estaba sordo, pero es que no había escuchado la campana.

Antes de marcharme del Puerto me dejé caer por la urbanización donde vivían Luis y Lola. Reduje la velocidad, casi me detuve delante. Había una luz encendida. Tal vez los dos estaban cenando tranquilamente en el salón, como cualquier matrimonio vulgar, bien avenido. El Mercedes azul de Luis en el garaje, seguro. Y alguno de los coches que estaban en la puerta pertenecería a Chocolate o a cualquiera de los esbirros.

No sé muy bien por qué pasé por la puerta si en realidad no tenía intención de entrar. Tal vez quería demostrarme a mí mismo que sería capaz de hacerlo si hiciera falta, entrar y decir buenas noches Luis, estoy aquí, a pesar de tus avisos y tus amenazas, para que veas que no me das miedo, ni tú ni ninguno de esos fulanos que te cubren la espalda. O tal vez me pasé para que me vieran, para encontrármelo a él o a cualquiera de los sicarios, que me reconocieran y me obligaran a bajarme del coche, para que se liase la pajarraca y todo acabara, por fin, de una puta vez.

Pero ni siquiera di la vuelta para pasar otra vez por la puerta de la casa de Luis y de Lola. Salí de la urbanización, y busqué la carretera de Jerez. Veinte kilómetros pensando si debería haber llamado a la puerta para decir al menos que estaba vivo, para perturbar el ánimo de mi ex amigo Luis, para ver a Lola de nuevo, verla por última vez quizá. Los faros de los coches con los que me cruzaba me deslumbraban en la oscuridad. Al cabo de un rato de conducir con un ojo medio cerrado me di cuenta de que el que tenía sano me escocía por culpa de las luces de los otros coches. Me acordé también de que no había comido nada en todo el día. Paré en una venta, a la salida de Jerez. Apenas había nadie en el comedor. Me senté a una mesa, de espaldas al televisor que el camarero había dejado de ver, con desgana, para atenderme. Las paredes estaban decoradas con carteles viejos que anunciaban corridas de toros que se habían celebrado hacía muchos años, y detrás de la barra colgaban una docena de jamones, cañas de lomo, expositores de frutos secos, llaveros con fotos de futbolistas.

Diez minutos después el camarero me puso en la mesa un filete, y hasta que no le di el primer bocado —hasta que no traté de darle el primer bocado

—, no me acordé de que la mandíbula también me dolía, y que cuando te dan un puñetazo en la boca, si tienes la suerte de que no te rompan la mandíbula o tres o cuatro dientes, lo normal es que tengas que estar a base de puré durante un par de días. A pesar de todo lo mastiqué, sin prisas, escuchando a mi espalda la voz del locutor de un partido de fútbol de pretemporada. Después de cenar me quedaban unos cien kilómetros de coche hasta Sevilla, y luego más de quinientos hasta Madrid, o unos ciento cincuenta más hasta Portugal, si al final tomaba la decisión de repetir el mismo viaje que había hecho dieciocho años antes. Aún no había decidido adónde iría esa noche, si a Madrid o a Portugal, pero mientras me obligaba a terminar el filete me preguntaba si tendría los arrestos suficientes para marcharme a Madrid o si sería capaz de plantarme en Lisboa, otra vez sin Lola, otra vez solo, otra vez perdido y derrotado.

Es lo que pasa cuando no tienes a nadie que te dé consejos desde el rincón, que te ponga el taburete para que te sientes mientras te curan las heridas entre asalto y asalto. Desde fuera puede parecer más sencillo de lo que realmente es, pero boxear es mucho más que subir al ring y medirte con el contrario. La gente a la que no alumbran los focos, los que están en tu rincón y velan por ti durante la pelea son tan importantes que sin ellos cualquier boxeador estaría perdido. Cuando uno lleva tiempo boxeando acaba adquiriendo ciertos vicios: empezar siempre con un *jab*, mover las piernas de una determinada manera, clavar los ojos en el adversario con tanta ira que se le corte la digestión, estar más cerca o más lejos de las cuerdas, inclinar la cabeza, mover los hombros arriba y abajo. Si mi carrera pugilística no hubiera terminado cuando empezaba a despuntar de verdad, creo que yo habría escorado hacia uno de esos boxeadores que nunca saben el momento de terminar el combate, cuándo aflojar, incapaz de adaptar su ritmo y sus pulsaciones a la pelea que está librando, porque nunca hay dos combates iguales. A mí me gustaba terminar cuanto antes, buscar el KO en los primeros asaltos, aprovechar que el ánimo del otro había flaqueado, que había perdido la concentración un instante o que acababa de soltar el aire de los pulmones para lanzarle una serie de golpes que lo dejaran mareado, buscando a tientas las cuerdas para no caerse.

Hace tres días el problema era que el combate para mí, a pesar de todo, no había terminado. Me negaba a abandonar el ring, aunque los jueces hubieran dado por ganadores a Luis y a Chocolate. Hacía rato que la campana había sonado, pero yo me resistía a volver a mi rincón y sentarme mientras

mi entrenador me consolaba diciéndome que no pasaba nada, que al final la vida siempre te daba otra oportunidad de volver a subir al ring y recuperar el cinturón de campeón. Pero bueno, ya digo, yo no tengo entrenador que me marque el ritmo, y a quien pelea solo no le queda otra que decidir las cosas por sí mismo, tomar decisiones, buenas o malas, y apechugar con las consecuencias.

Después de dejar un billete en la mesa me fui hasta el coche, me senté, arranqué el motor y estuve agarrando el volante durante unos minutos con tanta fuerza que me acabaron doliendo las manos. Saliendo del aparcamiento, a la derecha, estaba el camino hacia Madrid, o hacia Lisboa. Sin embargo, si giraba a la izquierda, veintitantos kilómetros más allá estaba la casa de Luis y de Lola. No fue una decisión fácil, la verdad, aunque ahora tampoco estoy seguro de que si hubiera girado a la derecha al salir del aparcamiento al final no habría terminado dando media vuelta y haciendo exactamente lo mismo que hice. Y es que llega un momento del combate en que te cansas de retroceder para protegerte de los golpes del contrario: te dices ya está y ahí me las den todas y te lanzas a por el otro, lanzando los puños, endemoniado.

Lo sabías, murmuré, al enfilarse la carretera del Puerto, lamentándome o reconociendo que hay cosas contra las que uno no puede luchar. Lo sabías, insistí, para mis adentros. Sabías que al final irías a buscarla, y que harías lo que fuera para llevártela contigo. Lo sabías desde el primer momento, viejo zorro, aunque nunca hayas querido reconocerlo.

Hubiera tomado la decisión correcta o no, en ningún momento del trayecto de vuelta hasta la casa de Luis y de Lola me sobrevino alguna duda respecto a lo que iba a hacer. Una vez que uno toma la decisión lo hace y punto, sin flaquear, sin pararse a pensar si es lo correcto. Muchas veces la vida es como un combate: tienes que actuar por reflejos, por instinto, y a veces te descubres haciendo cosas que no recordabas haber aprendido. Luego, cuando suene la campana, ya tendrás tiempo de pensar, pero en el ring más te vale apretar los dientes, fruncir el ceño y salir a por todas. Si eres capaz de hacer eso ya tienes la mitad del combate ganado.

Tampoco había pensado con exactitud lo que iba a hacer. Y aunque me habían dado una paliza la noche anterior no llevaba muchas ganas de revancha: si acaso, patearle los huevos a Chocolate. Poco más. Lo que yo

quería era ver a Lola, preguntarle si quería venir conmigo, sólo eso, decírselo de verdad, ver sus ojos cuando me escuchara, saber si era cierto que quería que la rescatase, como a las princesas de los cuentos. Pero también sabía que no iba a ser tan fácil, que Luis era demasiado listo como para estar solo esa noche allí, junto a ella, que era lo bastante precavido como para tener a un esbirro, o más de uno, haciendo guardia en su puerta.

Aparqué el coche en la calle de atrás, y antes de cerrarlo saqué una barra de hierro que tengo en el maletero y me guardé la navaja en el cinturón, por si acaso. Una cosa es que no llevase ánimos de revancha y otra muy distinta que fuera a meterme en la boca del lobo sin tomar precauciones. Al llegar a la casa me agaché, y metí la cabeza entre las flores de la verja. La luz de lo que debía de ser el salón seguía encendida, y no pude evitar una sonrisa —lo confieso, incluso acaricié la barra de hierro con cariño— al comprobar que, sentado en el porche, con las piernas estiradas y las manos metidas en los bolsillos, Chocolate me esperaba, sin saber todavía, pobrecillo, que estaba a punto de darle las buenas noches. Fui a uno de los lados de la casa, el que estaba más oscuro, metí la barra entre las rejas y la dejé caer en el jardín. Por suerte había césped plantado y no hizo ruido. Luego me encaramé como pude al muro y trepé por la reja, procurando no clavarme la punta en forma de lanza en el costado. Cuando pasaba al otro lado tuve que ahogar un gemido porque mi costilla me recordó el encuentro de la noche anterior con Chocolate. Para no hacer ruido, en lugar de tirarme al césped desde lo alto de la verja bajé por la reja hasta el muro y desde allí salté adentro. A pesar del dolor agudo en el costado, como un clavo, me agaché a recoger la barra y no me puse de pie hasta que estuve cerca del porche, separado de Chocolate por un tabique fino, a menos de un metro el uno del otro.

Le di las buenas noches, claro, pero antes le clavé la punta de la barra en el estómago y le tapé la boca, para que no tuviera tiempo de avisar a Luis. Pero daba igual que lo avisara o no, porque se revolvió en la silla, dolorido como estaba por haber hundido la barra en su panza, y trató de agarrarme por la solapa. Íbamos a hacer más ruido del que me hubiera gustado, y Luis se iba a enterar, y entonces las cosas se iban a poner difíciles para mí, pero ya había tenido bastante con los puñetazos de Chocolate en la playa, así que eché el cuerpo hacia atrás para que no me agarrase y le solté un *uppercut* a la mandíbula, y luego, para asegurarme, le aticé otra vez con la barra en la espalda. No me gusta hacer daño si puedo evitarlo. Podía haberle dado también con la barra en la cabeza y haber acabado con él por la vía rápida,

pero no es mi estilo, y los jueces no suelen ser comprensivos si dejas a un tipo en coma, aunque sea una mala bestia como Chocolate, cuando ya has visitado la cárcel varias veces porque algún estafador tiñalpa te ha denunciado después de que lo hayas zarandeado un poco para convencerlo de que ya es hora de devolver el dinero al tipo que te ha contratado.

Pues eso, que Chocolate iba a estar fuera de juego un rato. Desmadejado en el porche parecía más un elefante de mar que un ex boxeador: derrengado en el suelo parecía aún más grande que cuando lo veías de pie: las manos de gigante, el cráneo rapado, para dar más miedo, supongo.

Luis ya estaba alertado. No parecía haber más esbirros en su casa: el estado en el que me habían dejado menos de veinticuatro horas antes no hacían necesarios los refuerzos. Pero eso no significaba que pudieran venir más en cuanto que Luis los llamase, si es que no lo había hecho ya, porque el tiempo que estaba tardando en dar señales de vida podría ser muy bien justo el que le estaba llevando ponerse en contacto con sus chicos de La Gitanilla. Tenía quince minutos hasta que llegase el séptimo de caballería, calculé. Veinte a lo sumo.

Entonces grité el nombre de ella. Para qué mentir. A estas alturas era ridículo querer ocultar mis intenciones. Y, para ser sincero, no creo que hubiera ninguna posibilidad de que ella no supiese que yo estaba allí.

No hubo respuesta. Dentro estaban las luces encendidas. Volví a gritar su nombre, pero nada. Llegó a pasarme por la cabeza el pensamiento de que tal vez Lola y Luis no estuviesen allí, o que sólo estuviese él y ella no.

Lola, grité, de nuevo, mas no hubo respuesta. Miré a Chocolate, que se movía en el suelo, con los ojos cerrados, como quien está sufriendo una pesadilla y no puede despertarse. Si tenía unos quince minutos antes de que la casa se llenase de más esbirros de Luis seguro que no tenía más de la mitad de ese tiempo para que el hombre de confianza de mi ex amigo estuviera en condiciones de hacerme frente, y ahora sería mucho más peligroso porque estaba enfadado. Quién no lo estaría después de que le hubieran atizado con una barra de hierro.

Lola, grité, ahora más fuerte. Agarré el pomo de la puerta, pero no se abría. Le di un golpe con la barra, pero lo único que conseguí fue hacer una muesca en la chapa. Era una puerta dura, seguramente blindada. A Luis le gustaba sentirse seguro.

Entonces escuché girar una llave al otro lado, y luego vi que el pomo se movía. Di un paso atrás. Estaba tan cerca del marco que quien abriese la

puerta podría haberme dado un puñetazo en la cara.

Allí estaba Luis. Parecía sereno, aunque me miraba tan serio que por un momento me dio la sensación de que iba a recriminarme otra vez por no haber aceptado su dinero. Me miraba como si aquello que estuviera pasando no fuera con él, como si él, su dinero y su mujer, estuviesen por encima de un desgraciado como yo. Me miraba con una expresión tan neutra que lo mismo podría haberme escupido a la cara que haberme dado un abrazo. Pero ninguna de estas dos cosas eran posibles aquella noche: los modales de Luis son demasiado remilgados como para escupir a la cara de nadie. Puede ser tan frío o tan despiadado como un asesino, pero eso no quita que, en la distancia corta, se comporte con la misma elegancia que el caballero que nunca ha sido. Y, respecto al abrazo, pues tampoco: no conozco a nadie que le dé un abrazo a alguien a quien está apuntando al pecho con una pistola.

—Eres un idiota —me dijo.

No le faltaba *tazón*. Claro que no. Pero no era aquél el momento para ponernos a discutir, y Luis no era mi psicoanalista, además.

—¿Dónde está? —le pregunté, mirándolo a los ojos, sin apartarme, como si aún no me hubiera dado cuenta de la pistola que seguía apuntándome.

—Lárgate de aquí, Rafa. Lárgate o te mato.

Hasta ese momento no me había preguntado a mí mismo hasta dónde estaba dispuesto a llegar en el laberinto en el que me había metido. Si merecía la pena o no que me metieran una bala en el pecho y dijera hasta nunca por una quimera en la que sólo creía yo. Luis no me quitaba los ojos de encima, y su mano seguía firme. A mi derecha, tratando de ponerse de pie, Chocolate estaba tosiendo. No tenía muchas opciones. A decir verdad, creo que se me habían acabado las alternativas. En el mejor de los casos, ni siquiera me dejarían irme de allí sin que me llevara lo mío, y esta vez no iba a tener la suerte de llevarme sólo una costilla rota, un ojo morado y una sarta de puñetazos en el pecho.

—¿Dónde está? —le pregunté otra vez, sin embargo—. ¿Dónde está Lola, Luis?

Su respuesta fue amartillar el arma y levantar el cañón lo justo para apuntarme a la cabeza.

No existe un hombre lo bastante rápido para esquivar una bala. Eso son tonterías que se ven en las películas. Lo único que me quedaba por hacer allí, si es que hacía algo, era morir con dignidad. Me hubiera gustado ver a Lola

por última vez, preguntarle si quería venir conmigo, decirle que yo no era un héroe aunque ella para mí siempre había sido una princesa, que me hubiera gustado que las cosas hubieran rodado de otra manera, que no le guardaba rencor por haberme dejado en la estacada cuando éramos tan jóvenes, que estaba enamorado de ella, que nunca había dejado de estarlo. Al menos lo había intentado. Tarde y mal, pero bueno, nunca en mi vida he tenido la costumbre de hacer las cosas de la forma más correcta.

Dejé escapar el aire, despacio. Sé que antes dije que no, pero la verdad es que hay ocasiones en las que hasta el luchador más tonto sabe que ha perdido el combate. Yo tenía una barra de hierro en la mano y una navaja en el cinturón. Luis me apuntaba con una pistola, y Chocolate, sentado en el porche, se volvía más peligroso a cada segundo que pasaba. Eso sin contar que, pocos minutos después, un coche daría un frenazo en la puerta y cuatro o cinco tipos con cara de pocos amigos me iban a dejar listo de papeles. La cuestión estribaba en bajar los brazos o dejar que me dieran, como a un muñeco, o pasar al otro barrio con las botas puestas. Iba a ser difícil que pudiera llevarme a alguien conmigo para hacerme compañía, pero al menos intentaría que alguno de ellos dos —Luis o Chocolate: hay momentos en los que todo te da igual— se quedara con una cuarta de barra de acero en la boca como recuerdo de Rafael Montalbán, ex aspirante a campeón de Europa de los pesos *superwelter*.

—Estoy aquí.

Escuché la voz como el eco lejano en un sueño. Tal vez la muerte produce alucinaciones, pero a mí no me habían disparado, todavía, y no estaba muerto, por consiguiente. De momento.

—Estoy aquí, Montalbán.

Luis giró un poco la cabeza, sin dejar de apuntarme con la pistola, y entonces la vi. Estaba al fondo del pasillo, detrás de él. No era una princesa, y nuestra vida no había sido la vida que viven los protagonistas de los cuentos, pero ella era la única razón por la que yo estaba allí.

—Ve adentro —le dijo Luis, torciendo la boca hacia donde ella estaba, sin dejar de mirarme ni de apuntarme.

Pero Lola no se movió.

—He venido a buscarte —le dije.

—¿Como a las princesas de los cuentos? —me preguntó.

Asentí con la cabeza. Sonreí.

—Como a las princesas de los cuentos.

De lo que hice entonces no me di cuenta hasta un momento después. Acabé de decir la frase y Luis había fruncido el ceño, como si le sorprendiera aquel intercambio de frases propias de dos adolescentes. Creo que antes de hacerlo miré a Chocolate, que todavía no estaba en condiciones de saltar sobre mí, y entonces le tiré la barra a Luis. Le dio en el brazo, y antes de que la pistola se cayese se le disparó y luego sonó como una lata al caer cuando se clavó la bala en la puerta. Todo fue muy rápido, como fogonazos: el empujón que le di para que no pudiera coger la pistola del suelo, el modo en que rodaba por el pasillo, cayendo cerca de donde estaba Lola, que se apartaba para que no chocara con ella. Cogí el revólver y Lola recogió la barra. Apunté a Chocolate, que ya se había puesto de pie, en el porche. Miré a Lola.

—¿Te vienes conmigo?

Ella sabía que no teníamos tiempo para que pensara la respuesta. Le tendí una mano, y antes de cogérmela se quedó un momento mirándome, muy seria, sin sonreír, como si se preguntase si aquello estaba pasando de verdad: su marido tirado en el suelo, con el brazo dolorido, dedicándome una sarta de blasfemias que ya no escuchaba, y yo tendiéndole una mano, como hacen los héroes con las princesas de los cuentos, diciéndole que se viniera conmigo, lo que tenía que haber hecho muchos años antes. No dijo nada Lola, ni siquiera asintió. Me dedicó un breve parpadeo, como si a pesar de todo lo que había pasado, o quizá por todo lo que había pasado, le costase un poco reaccionar. Luis seguía en el suelo, como si temiera que ella le atizase con la barra o que yo dejase de apuntar a Chocolate con la pistola para buscar su cabeza con el cañón. Pensándolo bien, el asunto podría haber tenido cierta reciprocidad: él me apuntaba a mí y luego yo le apuntaba a él. Pero dejémonos de juegos verbales tontos: un momento después Lola ya estaba en el porche, esperándome. No había tardado en salir más de un minuto: justo el tiempo que tardó en coger una bolsa. Era verdad lo que me había contado: lo tenía todo previsto. Una bolsa con dinero para emprender una nueva vida.

Cuando salí del pasillo ella ya estaba en la calle, y un momento después los dos dentro del coche, camino de Lisboa, por fin, con dieciocho años de retraso.

Tres

En el escenario, cantando y bailando. Es la imagen que recuerdo haber visto de Lola la primera vez. No es imposible que nos hubiéramos encontrado antes, pero no, me digo cada vez que pienso en eso: si así hubiera sido lo recordaría.

El Gordo se sentó a una mesa para ver cantar a su chica, y yo me quedé en la barra, sin perder de vista a mi jefe. En los nueve meses que trabajé para él jamás hubo un altercado ni nadie intentó hacerle daño. Con el tiempo llegué a estar convencido de que no tenía enemigos, o al menos de que no tenía enemigos peligrosos, pero le gustaba que estuviese cerca. Me siento más seguro, me decía. Yo creo que le gustaba tenerme controlado, atarme corto, y por eso no le importaba que entrase con él en los locales que frecuentaba si me colocaba a una distancia prudente y lo dejaba a su aire.

Lola llevaba una bata de cola, un chal y una peineta, hacía sonar unas castañuelas y movía el cuerpo y los brazos con genio, el ceño fruncido cuando se concentraba, la sonrisa en los labios pintados de rojo cuando se relajaba.

Es gaditana, me había contado el Gordo. Hablé con el dueño del local para que la contratara. Tiene talento. Aún le faltan cosas por pulir, pero tiene algo. Yo tengo olfato para el talento, concluyó, mirándome, sin disimular su intención.

Soy de Cádiz, me llamo Lola, me dijo ella cuando el Gordo me la presentó, después de haberse cambiado de ropa en el camerino. Luego mi jefe la cogió del brazo, salimos del local y fuimos a buscar el coche. Estuvimos en dos o tres sitios. Esta vez no entré en ninguno. Me quedé en el coche. Era la primera vez desde que lo acompañaba que el Gordo no me invitaba a entrar.

Era de madrugada. Acabábamos de dejar Sevilla atrás y calculé que faltaba poco más de una hora para llegar a Portugal. En otras circunstancias, de no haber estado tan preocupado, habría sonreído al pensar en una frontera. La última —y la única— vez que yo había estado en Portugal, dieciocho años atrás, esperando a la mujer que ahora viajaba conmigo y que no llegaría a

presentarse nunca, aún había frontera, también era de noche, y un policía somnoliento comprobó que mi rostro de fracasado se correspondía con el del pasaporte. Ahora también conducía un coche, llevaba una pistola en el maletero y la mujer que cuando era joven me había dejado en la estacada viajaba conmigo, dormida, o parecía estarlo —a pesar de la falta de lucidez que me afectaba cuando de Lola se trataba, había aprendido, con los años, a no dar nada por sentado—, la mujer de otro que una vez fue mía y que ahora, ojalá, volvería a serlo.

Lola. Dieciocho años después y me dirigía a Lisboa con ella. Era como completar un círculo, acabar un trabajo que había dejado a medio terminar, llegar al punto ése donde mi vida había tomado el desvío equivocado, y aunque debía estar satisfecho por ello, sabía que no las tenía todas conmigo, porque atrás había dejado un cabo suelto, y sabía que Luis, como yo, no es de los que se rinden o se amilanan a las primeras de cambio. Luis no. Luis iría en nuestra busca porque, al cabo, los últimos dieciocho años los había pasado en compañía de Lola, y no iba a conformarse: muy bien, Montalbán, no pasa nada, no te preocupes por mí, llévatela, verás qué buena es tío, que te lo mereces después de la putada que te hice, que te hicimos los dos, ella y yo, porque Lola también participó, que no se te olvide, así que mantén los ojos bien abiertos, pero bueno, socio, lo dicho, que me ha alegrado mucho verte de nuevo, y ahora te toca a ti el turno de disfrutar de mi mujer. Enhorabuena campeón.

A pesar de la tensión que sentía ahora a la altura del cuello y los hombros y que me palpitaba en las sienes cuando la sangre me bombeaba desde el corazón —bumbúm, pausa, bumbúm, pausa, bumbúm: ése era el ritmo—, no pude evitar una breve sonrisa. Al pasar por una zona bien alumbrada con farolas aproveché para mirar a Lola, dormida junto a mí, en el asiento del copiloto, como si no tuviera miedo o le diese igual lo que pudiera pasarnos.

Lola. Dieciocho años, y Lola otra vez. No habíamos vuelto a hacer el amor desde que estuvimos en el ascensor, como si aquel hotel de Sanlúcar de Barrameda fuera uno de esos rascacielos que nunca habíamos visitado juntos. Y yo la miraba, dormida, junto a mí en el coche, y acerqué la mano a su asiento, acaricié el dorso de la suya con un dedo, con suavidad, sin apenas tocarla con la yema del meñique. Me hubiera gustado agarrarle la mano, con fuerza, y que ella respondiera apretando la mía, medio dormida, que abriera los ojos un poco, como aturdida, sin despertar del todo todavía, que hubiera

sonreído, en la oscuridad, y que tal vez se hubiera estirado en el asiento para darme un beso. Pero Lola no era así. Igual que los amantes despechados que piensan que nunca volverán a enamorarse, Lola escatimaba los besos y las caricias salvo en los pocos momentos de intimidad carnal de los que habíamos disfrutado desde que hicimos el amor por primera vez, cuando el Gordo la mantenía, cuando nos mantenía a los dos, a los tres. El resto del tiempo Lola seguía siendo tan fría como yo la recordaba cuando me enamoré de ella por primera vez. Rumiaba eso ahora, retirando mi mano de la de ella para sujetar el volante al adelantar a un camión. Pensaba que había estado loco por Lola dieciocho años atrás y que ahora me había enamorado otra vez, tal vez no del mismo modo, porque con los años uno no se enamora de la misma forma que cuando se es más joven y más ingenuo —aunque se podía ser, y yo me veía así: menos joven pero igual de ingenuo—, pero me había enamorado otra vez, o quizá, me preguntaba, al volante, viajando hacia Lisboa, con el ceño fruncido, con la lucidez propia de quien ha emprendido un camino sin retorno, que a pesar de cómo me habían rodado las cosas, de las peleas clandestinas, de la vida tan dura que había soportado muchas veces pero había salido adelante, a pesar de todo, a pesar incluso de Paula, de quien también estuve enamorado, o al menos yo quise creer que lo estaba, dentro de mí, en ese pozo oscuro de donde me brotan los recuerdos, en algún lugar recóndito que había preferido no frecuentar en los últimos dieciocho años, lo que había sentido por Lola, lo que sentía todavía, lo que sentiría siempre, me temía, estaba ahí, agazapado, como un virus que incubaba dentro del cuerpo de un enfermo pero él todavía no lo sabe, aguardando un momento de debilidad para atacar sus defensas.

Ya no volví a intentar acariciar su mano. Poco más de una hora después de haber dejado atrás Sevilla llegamos a Ayamonte. Cinco minutos más tarde estábamos en Portugal. Durante todo el camino estuve mirando de vez en cuando por el retrovisor, atento a las luces de los coches que se acercaban. Cualquiera de ellos podía ser Luis, que venía a reclamar lo suyo, a vengarse, igual que yo, de algún modo, había hecho un rato antes. Pero había una pequeña diferencia en mi contra: yo había esperado casi veinte años y mi único premio había sido llevarme a Lola. Luis no esperaría tanto para darme mi merecido o para intentar recuperar a su mujer. Y lo peor era que Luis, sobre todo ahora, no desperdiciaría la oportunidad de meterme una bala entre ceja y ceja.

Volví a mirar a Lola poco después de haber dejado España atrás. Seguía

dormida. Se había quitado los zapatos y se había hecho un ovillo en el asiento. Ahora agarraba el cinturón de seguridad con las dos manos y descansaba la cabeza sobre éstas. De nuevo hube de resistirme al impulso de acariciarla, de susurrarle algo al oído, para despertarla, para que me diera un beso, para que me hiciera compañía. Con dieciocho años de retraso habíamos atravesado la frontera, los dos juntos, como los bandidos de las películas del Oeste que cruzaban el Río Grande hacia México, hacia la libertad, pero no me atreví a cogerle la mano otra vez por temor a darme de bruces con el rechazo o la frialdad de ella, y de todo lo que pasó aquella noche, de lo que sentía al estar por fin camino de Lisboa con Lola, lo más triste era pensar, mientras conducía con el gesto grave junto a una mujer de la que siempre estuve enamorado, que tal vez Lola nunca había querido a nadie. Tal vez por eso me sentí tan solo entonces, justo hace dos noches. Estaba con ella: lo que más había deseado durante estos años aunque nunca fui capaz de reconocerlo, pero mientras conducía hacia Lisboa, hacia el final del viaje, me sentía tan solo como no me había sentido en muchos años, como ese cachorro de hombre que adoptaron los lobos, muerto de frío, en cuclillas sobre una roca helada mientras la manada decide su futuro.

Y éramos unos fugitivos. Miraba de cuando en cuando por el espejo retrovisor, buscando una luz sospechosa que se acerca o que se demora más de lo necesario o se te pega peligrosamente por detrás, como si te quisiera embestir, el pie en el acelerador, echando un vistazo con preocupación al marcador del depósito de combustible, calculando cuánta gasolina queda, porque antes o después habría que parar a repostar, y sabía que aquél sería un momento peligroso: una gasolinera apartada, de noche, podía ser un lugar tan bueno como cualquier otro para que Luis o Chocolate me rompiesen las piernas, o el cuello, o las dos cosas, que me pegaran un tiro en la nuca o me rajasen la garganta de oreja a oreja y metieran mi cuerpo en el maletero o me arrojasen a una cuneta.

Al menos, después de pasar Ayamonte, me afectaba cierta sensación de falsa seguridad, como si haber atravesado la línea inexistente que separaba España de Portugal me proporcionase una tranquilidad momentánea que me faltaba al otro lado. Durante un rato no hubo más luces en el retrovisor. Pero Luis vendría, vendría antes que después, y tal vez entonces todo acabaría, por fin. Mientras tanto estoy con Lola, me dije, para animarme, con Lola camino de Lisboa, tal vez demasiado tarde, pero el caso es que estamos juntos, aunque sólo sea por unos días.

No la desperté hasta que hube aparcado el coche en la parte de atrás de un hotel, en Faro. Eran las tres y veinte de la madrugada en el Puerto de Santa María. Las dos y veinte en Portugal. Estuve mirándola unos minutos, antes de despertarla. Dormida, respirando con suavidad, los labios ligeramente apretados, parecía una niña, la niña que nunca llegué a conocer. Le acaricié la mejilla con el dorso de mi mano, sin apenas rozarla. Bajo mi piel áspera y dolorida sentí su mejilla, tan suave que se me erizó el vello del antebrazo. Me alegré de que ella no se hubiera despertado y me descubriese así, mirándola, con cara de tonto. Tragué saliva. Le pasé la yema del índice por las cejas, sin apenas tocarlas, como si las dibujase, enrosqué un rizo de su melena oscura en mi dedo, volví a tragar saliva. Ella entreabrió los ojos, aturdida, como si no supiera muy bien dónde se encontraba o le costase regresar de un sueño profundo. A mí me hubiera gustado pensar que había soñado conmigo, y que en ese sueño los dos emprendíamos una nueva vida juntos y que ya no nos separaríamos. Como si eso fuera posible. Lola parpadeó, y se me quedó mirando antes de sonreír, entrelazó sus manos detrás de mi nuca, me atrajo hacia ella y me dio un beso en los labios, un beso largo. Aguanté el aire en los pulmones y volví a tragar saliva. Es por estas cosas, me he dicho más de una vez, a lo largo de todos estos años que he estado tan solo, mirando el fondo de un vaso, como si la respuesta estuviese allí, por las que merece la pena seguir en este puñetero mundo.

Habitación doble. Cama de matrimonio. Como dos amantes. Fue Lola la que se lo dijo al recepcionista y al hacerlo apretó mi mano. En la pared, justo detrás de él, había un cuadro de Manhattan, de noche, con las Torres Gemelas en primer plano. Ya no existían, y al recordarlo me afectó una sensación que no estoy seguro de saber explicar: las Torres Gemelas habían desaparecido, y aquel momento, en la madrugada del Algarve, la primera noche que iba a pasar junto a Lola después de dieciocho años, apreté también con fuerza la mano de ella, bajo el mostrador, sin que el recepcionista pudiera vernos. Me hubiera gustado pensar que nuestras manos se entrelazaban para celebrar nuestro amor reencontrado, pero no, a pesar de ser un romántico idealista — aunque me cueste reconocerlo — no soy tan ingenuo, ya no, como para pensar que los deseos siempre se cumplen, y aquel póster con los rascacielos de Nueva York que se derrumbaron el Once de Septiembre no era más que una

muestra de mi vida, de mi pasado, de mi presente, y, lo que más me dolía pensar, de mi futuro. Todavía apreté la mano de Lola un poco más, convencido de que ella, aunque también silenciase sus pensamientos, participaba de la misma opinión que yo.

Antes de subir a la habitación me asomé a la calle. No había nada sospechoso. Ningún coche, ninguna luz, ningún sicario de Luis. Aún no. No me volví hacia Lola todavía, que me esperaba en el vestíbulo. Procuré disimular una sonrisa, o al menos un gesto de falsa tranquilidad, que era innecesario e inútil, además, con ella. Lola sabía muy bien el riesgo que estábamos corriendo, lo sabía mejor aún que yo. Y también sonreía, de mentira, como lo hacen los amantes adúlteros cuando enfrentan los ojos de su pareja después de haberla engañado, como las madres a los niños cuando saben que van a sufrir pero les dicen que no les va a doler. Porque, al cabo, yo no era más que un niño perdido, lo que somos todos los hombres que no sabemos dónde nos encontramos o, peor aún, los que tampoco sabemos hacia dónde vamos.

Cuando todo está perdido no queda otra que tirar por la calle de en medio. Aquella noche, tumbado en la cama del hotel de Faro, yo ya sabía que lo había perdido todo, es más, con la lucidez del insomnio del que no había logrado despojarme desde que abandoné Madrid cuatro días antes, que se traducían en lentas volutas de humo que subían hasta perderse en el techo mientras Lola dormía con la cara recostada en mi pecho, el ex aspirante a leyenda del boxeo se consolaba pensando, entre calada y calada al cigarrillo, que muy poco puede perder quien nunca ha tenido nada, y que al cabo, él, por no tener, ni siquiera tenía dónde caerse muerto, que Paula fue un accidente en su vida, un accidente feliz, sobre todo al principio, pero sólo eso, un accidente, y que estar así, tumbado en la cama con Lola, desvelado, sorbiendo lentas caladas de un cigarrillo que pensaba apurar hasta la boquilla, no era más que una tregua extraña que le había dado la vida, como el caramelo que un niño —el niño que soy, ese niño que, al cabo, somos todos los hombres cuando hemos perdido la cabeza por una mujer— encuentra por casualidad y le quita el envoltorio y tal vez lo prueba antes de que se lo arrebatase alguien, y que su destino, o comoquiera que se llame ese libro donde está escrito el futuro de cada uno, no es otro que estar solo. Apreté el rostro

de Lola contra mi pecho, con suavidad. Ella respondió con un leve gemido, y me pasó un brazo alrededor de la cintura, sin despertarse. Le arrebaté la última calada al cigarrillo y sonreí: era la primera vez en dieciocho años que pasábamos una noche juntos y ni siquiera habíamos hecho el amor.

No faltaba mucho para que amaneciera, pero desde la calle llegaba el rumor lejano de un bar. Debían de ser los últimos rezagados de una noche de juerga. Pero yo no estaba atento a las voces de la gente que apuraba las últimas horas de la noche y que tal vez se confundirían con las de quienes madrugaban para desayunar, para hacer deporte o para ir a la playa. Aguzaba el oído, contenía la respiración y tensaba los músculos con cuidado, para no despertar a Lola y sobre todo para que ella no se separase de mí —me gustaba estar así, abrazado de nuevo a una mujer de la que estaba enamorado—, cuando escuchaba el motor de un coche en el aparcamiento del hotel, si luego se detenía, cuántas puertas se cerraban, calculando cuántas personas se bajaban y se dirigían a la recepción quizá con cara de pocos amigos y seguro que con una pistola bajo la camisa holgada. Tragaba saliva y volvía a contener la respiración, atento esta vez a los sonidos del pasillo. Miraba de reojo para advertir formas confusas en la oscuridad de la habitación. El espejo y la cómoda frente a la cama, la débil luz amarillenta que entraba desde la calle por la ventana, el cuarto de baño, la silla con la que había atrancado la puerta. Hacía estas cosas y luego me palpaba la pistola en el bolsillo del pantalón. No me había quitado la ropa para acostarme, sólo los zapatos, por si tenía que levantarme a toda prisa. La pistola de Luis ya no estaba tan fría como antes, cuando me tumbé, sino que había robado el calor de mi cuerpo para convertirse en parte de mí. No me gusta llevar armas, pero el calor de la pistola pegada a mi pierna me tranquilizaba igual que cuando sentía la navaja en el costado y la notaba también caliente, como si también formase parte de mí mismo. Hacía mucho que no llevaba pistola, y hacía mucho más que no disparaba. Pero también hacía mucho, me dije, un instante antes de rendirme a un breve rato de sueño, que no sentía tan cerca el peligro de perder la vida.

Escuché las gaviotas al despertar o, pensé, medio dormido todavía, si no estaba ya despierto cuando los primeros rayos del amanecer entraron por la

ventana pero no acabé de darme cuenta de que ya estaba instalado en la vigilia hasta que escuché las gaviotas. Aún tardaron unos minutos mi cuerpo y mi cabeza en acoplarse del todo y tomé conciencia de que estaba en un hotel de Faro, huyendo de nuevo, junto a Lola, que seguía dormida a mi lado. Escuchaba su respiración, lenta, uniforme. Tan relajada parecía que pensé por un instante que tal vez ella no era consciente del peligro que corría su vida. Las vidas de los dos. O no quería darse cuenta de ello, como quien se instala en su rutina o se esfuerza en soslayar los malos pensamientos con la creencia estúpida de que todo seguirá igual, de que nada malo sucederá si uno se ciñe a los pequeños quehaceres cotidianos: levantarse a la misma hora todos los días, desayunar en el mismo bar, dormir tranquilamente sin preocuparse de que un marido despechado venga a pedir que le rindan cuentas. Sin volver la cara, todavía con los ojos cerrados, estiré el brazo para rozar sus caderas, la piel de las nalgas, que había dejado al descubierto, la línea de sus bragas diminutas. Sonreí, sin querer aún abrir los ojos, sin acordarme del bulto metálico de la pistola en el bolsillo del pantalón. Sonreí como si el tiempo no hubiera pasado, y sonreí también como si las cosas hubieran sucedido de otra forma dieciocho años atrás, como si jamás hubiera estado tres días solo en Lisboa, esperando a Lola, a Lola, que nunca llegaría, a Lola, que me había abandonado en el último momento por Luis o que tal vez lo tenía planeado antes. Sonreí, como si el tiempo hubiera dado un giro brusco, hacia atrás, justo tres lustros y tres años antes de ahora, como si el pasado se pudiese cambiar y al hacerlo también se transformase el presente y los errores se pudieran reparar.

Volví a escuchar las gaviotas que sobrevolaban la orilla buscando el desayuno y me vi a mí mismo, mirando la desembocadura del Tajo, dieciocho años más joven, esperando una quimera. Poco a poco fui despertándome del todo, a medida que escuchaba los graznidos de los pájaros más cerca, quizá porque era yo el que al despertarse los escuchaba con más intensidad. Se me ocurrió que las gaviotas de Faro anunciaban el final del viaje, la última parte de la historia. Me dije que hasta que no escuché esos pájaros no me di cuenta del todo —o no quise reconocer, porque era imposible que no me hubiera dado cuenta antes— de que regresaba al mismo punto muchos años después, que también había visto gaviotas entonces, cuando acabé por rendirme a la evidencia y admitir que ella nunca llegaría, que me había traicionado, que mi vida iba a ser un desastre, de nuevo, que aquella vez que estuve en Lisboa, cuando estaba solo, las gaviotas me

parecían cuervos que esperaban a que me derrumbase para lanzarse sobre mi cadáver y picotearlo sin reparos, igual que pienso ahora mismo, mientras espero que Luis venga para zanzar este asunto por fin. A lo mejor ya supe esa mañana, de algún modo, antes de levantarme, que al final de la historia volvería a sentirme solo, otra vez aquí, viendo el Tajo, inmenso, derramarse en el océano.

Enrosqué un rizo oscuro de la melena de Lola en mis dedos, susurré su nombre un par de veces y besé su hombro para despertarla. Ella se dio la vuelta en la cama y sonrió, sin abrir los ojos del todo. Lola, volví a susurrar.

Lola. Se abrazó a mí, con esa suavidad que tienen quienes no han terminado de despertarse. Besó mis labios, despacio. Qué, susurró. Qué quieres.

—Tenemos que marcharnos, mi vida.

Lola abrió los ojos al escuchar las dos últimas palabras. Sonrió y sus iris violeta se clavaron en mí, que esperaba que ella repitiese esas dos palabras y me las dedicase, pero Lola no es de las mujeres que regalan el oído fácilmente a un hombre, no pertenece al tipo de mujer que se deja llevar por el espejismo de haber pasado una noche juntos. Pero apretó su cadera contra mi pelvis, dedicó una mirada reveladora hacia abajo al sentir la incipiente erección del ex boxeador con el que se había fugado, afianzó los brazos delgados por detrás de mi cuello y apretó de nuevo sus labios contra los míos. Yo me pegué también a ella, como si fuera la primera o la última vez que tuviera oportunidad de hacerlo. Lola no había repetido esas dos palabras, mi vida, pero tal vez, me dije, con la esperanza que tienen los enamorados a los que no les queda otra que aguardar a que sus sentimientos sean correspondidos, este gesto, este abrazo, este beso largo, esta mirada y estas caricias dicen o quieren decir mucho más que si las hubiera pronunciado.

Procuraba mantener la calma, respiraba hondo mientras miraba por la ventana, apoyándome en la pared y levantando un poco la cortina con los dedos para mirar el aparcamiento de donde ahora salía un coche, y, poco antes, cuando Lola entró en el cuarto de baño, había llegado un autobús que me había sobresaltado al escuchar el ruido fuerte, como de fuelle gastado o de balón que se desinfla, que habían hecho sus puertas al abrir. Una cola de turistas esperaba, paciente, en la entrada del hotel. Si los hubiera mirado con

atención tal vez habría acabado deduciendo que se trataba de jubilados centroeuropeos que subían al autobús con diligencia teutónica para ir de excursión, pero yo estaba pendiente de otra cosa, de otras muchas cosas: un coche que llegase o que estuviese mal aparcado, tal vez con el motor en marcha, dispuesto a largarse a toda velocidad, sin que a nadie le diese tiempo a identificar al conductor o a memorizar el número de la matrícula, después de haber acabado con mi vida, con la de los dos quizá.

Pero no había nada sospechoso en el aparcamiento. Solté la cortina y acerqué la tela dura a la ventana, como si pretendiese que se quedara pegada o me avergonzase de tener miedo, antes de pensar que estaba sacando las cosas de quicio, que no era tan fácil que Luis hubiera podido seguirnos hasta allí, al menos no tan rápido, no en tan pocas horas.

Pero no podía estar seguro. No quería correr riesgos.

Sin decir nada me acerqué a la puerta del cuarto de baño y escuché el ruido de la ducha. Le dije a Lola que volvería enseguida, que no le abriese la puerta a nadie. Desde el otro lado ella me contestó que no me preocupase, pero di dos vueltas a la llave al cerrar la puerta de la habitación, y antes de hacerlo miré a un lado y a otro del pasillo: cuando alguien quiere hacerte daño puede ser inopinadamente rápido, estar agazapado en el sitio que menos te lo esperas y saltar sobre ti cuando estás desprevenido, cuando estás echando la llave de la puerta de la habitación del hotel, por ejemplo. Basta un puñetazo en las costillas para dejarte sin aliento, y cuando te falta el aire eres tan vulnerable como un niño. He pasado muchos años al otro lado, del lado de los que esperan a escondidas el momento justo para sorprender a alguien, y sé que dejar tumbado a un tipo, por muy grande y fuerte que sea, es mucho más sencillo de lo que parece. Sólo hace falta un poco de técnica, decisión, y mucha sangre fría, sobre todo eso, sangre fría.

Por eso no bajé la guardia al salir de la habitación, pero no había nadie esperándome. A veces sucede eso: que la suerte se pone de parte de uno o la vida te da una tregua. Pero yo nunca he andado sobrado de suerte, y aquél no era el momento más apropiado para detenerme a pensar que la vida me regalaba un tiempo extra. Para mí sólo existía ese momento, esa noche que había pasado con Lola en la habitación de un hotel, camino de Lisboa por fin, para subir a un barco que nos llevase a Nueva York, como si eso fuera posible todavía.

El autobús que llevaba a los turistas de excursión ya había abandonado el aparcamiento cuando llegué a la recepción. Había bajado los cuatro pisos por las escaleras. Cualquiera que esté acostumbrado a desenvolverse en situaciones comprometidas sabe que las escaleras son más seguras. Un ascensor es demasiado peligroso, un lugar muy pequeño, sin escapatoria. Dentro del ascensor no me habría quedado otro remedio que sacar la pistola y usarla tal vez. En la escalera, si contaba con la ventaja de la sorpresa, podía desenvolverme mejor, salir corriendo o encontrar el modo de avisar a Lola para que no saliese de la habitación o para que escapase.

El recepcionista me miró con cara de pocos amigos cuando le pregunté si había llegado alguien al hotel preguntando por mí o por Lola o alguien cuyo comportamiento le hubiera resultado extraño. En muchas películas he visto que el protagonista suele sacar una billetera repleta para sacar información al empleado de un hotel, pero, bueno, tal vez haya visto demasiadas películas o leído demasiadas novelas, y ya no estoy seguro de nada. A lo mejor la ficción y la realidad se mezclaron un día en algún lugar insondable de mi cerebro, o quizá se confundieron en ese pozo oscuro que guardo en el pecho. El caso es que tampoco andaba sobrado de dinero, además, así que recurrí a mi mejor arma para convencer al recepcionista de que debía responder a mis preguntas. Y mi mejor arma no es una sonrisa, desde luego que no, nunca lo ha sido, sino esta nariz aplastada y el ojo hinchado que me había fabricado Chocolate, que le decían al empleado del hotel que no iba de farol, sino tan en serio que era capaz de cogerlo por la corbata y sacarlo del mostrador a rastras si hacía falta.

—No ha venido nadie —me contó, un poco asustado por mi cara de pocos amigos, en un castellano impecable.

No dejé de clavar los ojos en él, para asegurarme.

—Nadie —repitió, negando enérgicamente con la cabeza.

Asentí, sin sonreír, di media vuelta y me dirigí a la puerta. Era un hotel pequeño, y lo más probable era que la única entrada fuese aquélla. No había nadie en el aparcamiento, pero metí la mano en el bolsillo para acariciar la pistola, para sentirme más seguro. Esperaba no tener que utilizarla y, sobre todo, si al final tenía que recurrir a ella, que no fuera a la vista de nadie, que todo sucediese a escondidas, que si tenía que matar a un sicario de Luis —después de todo prefería no tener que matar a Luis— no fuese delante de un recepcionista o de algún cliente del hotel, sino a solas, con una mínima

posibilidad de que no hubiera testigos.

Nada, ni un alma. Y eso era, sobre todo, lo que me preocupaba. Salí a la calle. Todavía no eran las nueve de la mañana, pero ya estaba empezando a hacer calor. Giré la cabeza a un lado y a otro, cerré un poco los ojos para mirar los coches que estaban estacionados en la explanada que hacía las veces de aparcamiento del hotel. Todo muy tranquilo. Pensé entonces, otra vez, pero sólo por un momento, porque a mí el optimismo siempre me ha durado lo justo, que a lo mejor, después de tantos años a la deriva, la vida por fin se portaba bien conmigo, que quizá podríamos marcharnos esa mañana de Faro y emprender el camino hacia Lisboa sin que nadie nos detuviese o, mejor aún, sin tener que dar un solo tiro. Al cabo, lo único que yo quería era llegar a Lisboa con Lola, por fin, aunque fuera con dieciocho años de retraso, aunque ya no tuviera sentido. Lo que pudiera pasar a partir de ahí me importaba bien poco.

Estaba a punto de dar media vuelta para volver a entrar en el hotel cuando escuché que me llamaban. Había pasado la noche con ella, pero, sumido como estaba en otras cavilaciones, tardé un segundo en comprender que se trataba de Lola. Montalbán, la escuché decir, como si susurrase mi nombre. Lo decía igual que antaño, cuando hacíamos el amor. Montalbán. Casi en voz baja, dejando escapar el aire en la última sílaba. Montalbán. Me volví y la vi allí, de pie, con su bolsa colgada en bandolera y la mía en la mano. Le había dicho que no bajase de la habitación, que me esperase allí hasta que volviese después de haberme asegurado que estaba todo en orden. Mi primera reacción fue reprenderla, decirle que debería haberse quedado arriba, que debería haber obedecido mis órdenes, recordarle, otra vez, que estábamos en peligro. Pero Lola sabía que estábamos en peligro, claro que lo sabía. Cómo podría no saberlo. Lo sabía incluso mejor que yo, porque ella llevaba mucho tiempo viviendo con Luis y sabía de lo que era capaz, sobre todo si había sido traicionado, por ella y por un viejo conocido al que antes había traicionado él. Y ella también participó, pero yo procuraba soslayar ese razonamiento tan obvio con la contundencia con que los enamorados procuran desentenderse de una verdad dolorosa y no ver los defectos del otro. El caso es que ella sabía que estábamos en peligro, pero no le preocupaba. Tal vez pensaba Lola, igual que yo, que ya nada importaba porque todo estaba perdido, y lo único que nos quedaba era eso, una tregua, como las prórrogas en los partidos de fútbol, como el púgil que se levanta antes de que el árbitro termine de contar pero sabe que la próxima vez que lo tumben no

será capaz de volver a ponerse de pie.

No le dije nada, no la reprendí. Me la quedé mirando un momento, el vestido corto, muy fino, de tirantas, que le insinuaba las curvas. Agua fresca, pensé, o tal vez murmuré, antes de recortar la distancia que nos separaba y besarla despacio, como si el tiempo se hubiera detenido, como si nadie nos buscara para matarnos quizá, como si tuviéramos, ojalá, toda la vida por delante.

Pero he visto demasiadas cosas a lo largo de mi vida como para dejar de ser escéptico sólo por besar a la mujer de mi vida por la mañana, en la puerta de un hotel donde habíamos compartido cama. A estas alturas de la película ya no creía en nada, en nada salvo en disfrutar de ese momento y no pensar en otra cosa que en los labios de Lola, en sus ojos cerrados en la puerta de aquel hotel de Faro. Siempre cerraba los ojos. Los cerraba y yo, a veces, que casi siempre los mantenía abiertos, la veía apretar los párpados, como si le doliera besarme o como si disfrutase tanto al hacerlo que no pudiera controlar sus gestos. Retiré mis labios y apreté la mejilla contra la suya, tan suave; la mía tan áspera por culpa de la barba de dos días.

Vámonos, mi vida, le dije, apretándola contra mi pecho, los brazos de ella enroscados alrededor de mi cuello. Es tarde.

Dos minutos después de pagar la cuenta ya estábamos en el coche. Yo al volante, Lola otra vez de copiloto. El equipaje, mi bolsa y la suya, en el maletero. Sólo dos maletas para empezar una nueva vida, dos maletas para terminar de vivir otra vida que ya se ha gastado. Uno acaba dándose cuenta antes o después de que basta con muy poco para ser feliz.

Se lo dije a Lola.

—Pero para eso hay que estar liberado de todo —respondió—. Y eso lleva su tiempo, y no siempre sucede.

Cogió del suelo del coche una botella de agua que estaba vacía, guiñó un ojo y con el otro miró el agujero, como un catalejo para escudriñar el horizonte. A mí, el espejo retrovisor me devolvía la imagen del viejo capitán de un barco: cansado, el mentón áspero, los ojos enrojecidos por la falta de sueño o la certeza de saber que quizá éstos eran los últimos momentos que compartiría con Lola.

Había vuelto a ver gaviotas al salir del hotel. Quise contarle a Lola que dieciocho años antes, cuando la esperé en vano en Lisboa, también había gaviotas, y que cada vez que me recordaba allí lo primero que me venía a la cabeza eran las gaviotas, revoloteando a mi alrededor, indiferentes a mi

presencia, atentas a los peces. Si se lo decía tendría que explicarle también que entonces me sentí muy solo, que cada vez que me acordaba de aquello me embargaba una tristeza que me costaba manejar, así que preferí callarme y mirar los carteles de la avenida que indicaban el rumbo a seguir. En el mismo rectángulo una flecha indicaba España —«Espanha»—; la otra señalaba Lisboa. Lola también lo había leído. Me la quedé mirando, expectante. Si dirigía el coche hacia el este, en menos de una hora estaríamos en Ayamonte otra vez. Tal vez Luis se mostrase comprensivo, al menos con ella, si la devolvía ahora. Por lo que a mí respectaba, me importaba bien poco lo que pudiera pasarme. Una vez que traspasé la línea ya sabía que muy bien podría ser hombre muerto.

De hecho, de alguna manera, desde hace tres días ya me considero un cadáver, un muerto andante, como uno de esos condenados de las cárceles de Estados Unidos que esperan resignados, vestidos con un mono naranja, a que les llegue la hora. Un muerto andante, pero me daba igual, porque a pesar de ello me sentía más vivo de lo que me había sentido en muchos años. Viajar hacia el este suponía también una claudicación, como bajar los brazos en el cuadrilátero antes de escuchar la campana. Y yo no soy de los que bajan los brazos: no lo había hecho nunca y no lo iba a hacer ahora. Para bien o para mal soy de los que siguen adelante siempre, aunque hacerlo signifique ir en contra de mis intereses. Qué le vamos a hacer. Y ya soy demasiado viejo para cambiar. Me da mucha pereza.

El otro camino, el que iba hacia el norte, implicaba muchos riesgos, y no un riesgo cualquiera, sino el mayor de todos. Significaba también, y eso lo sabía aunque no quisiera reconocerlo abiertamente ante mí mismo, y mucho menos decírselo a Lola, que estaba seguro de que también lo sabía, el final de la historia. Pero habíamos llegado hasta allí, dieciocho años después, y apenas me separaban un par de horas de la ciudad donde teníamos que habernos encontrado entonces.

Demoré la marcha en el cruce y miré a Lola de nuevo, inquiriendo una respuesta. Ella había visto el cartel también: «Espanha», Lisboa. Los miraba pero no decía nada. Yo creía saber lo que estaba pensando, pero no estaba seguro. Nunca lo estoy cuando de adivinar los pensamientos de una mujer se trata. Nadie puede estarlo. Pero me agradó creer que aquella mañana, nuestra primera mañana en Portugal, después de dejar el hotel, al llegar al cruce y mirar los carteles indicadores, Lola pensaba lo mismo que yo.

—¿España o Lisboa? —le pregunté, y aunque esperaba que de las dos

posibilidades ella eligiera la segunda, no respiré del todo hasta que después de un momento Lola volvió la cara hacia mí, se desperezó en el asiento, sonrió del mismo modo que cuando se hacía la remolona, antes de dejar que la besara y, sin dejar de mirarme a los ojos, me dijo:

—Lisboa, tonto. ¿Adónde vamos a ir si no?

Me habría gustado concentrarme en el beso que me dio después, pero me fue imposible. Pero lo peor no fue no poder disfrutar de sus labios, sino tener que fingir que me abandonaba a ella, que me hubiera quedado allí, abrazados los dos en el coche, para siempre, su mejilla contra la mía, como si nada importase, como si nadie nos buscara para matarnos. Justo antes de que nuestros labios se rozaran había visto el mercedes azul de Luis, oscuro, siniestro, como una premonición macabra, girar en una calle al otro extremo de la avenida. No pude saber quién había dentro porque tenía los cristales ahumados. Fruncí el ceño al verlo, pero los labios de Lola ya habían capturado los míos, su lengua jugueteaba con mis dientes, y sonreía al hacerlo, por la mañana, a pesar de ser dos fugitivos sin futuro. No le dije nada, para no preocuparla. Además, el coche había desaparecido y, aunque andaban siguiendo la pista correcta todavía no nos habían encontrado. Demoré unos segundos más el contacto de mis labios en los de Lola antes de separarme, fingir que no había visto nada y buscar la carretera que nos llevaría a Lisboa.

Nunca tuve del todo claro a qué se dedicaba exactamente el Gordo. Supe que tenía varios negocios —una o más empresas de construcción, participación en algún casino y una docena de barcos de pesca que faenaban en el Cantábrico — y que sentía por el boxeo la misma fascinación y el mismo respeto que quienes alguna vez habíamos intentado ganarnos la vida entre las doce cuerdas de un ring deberíamos tenerle. Que manejaba el dinero suficiente para poder invertir en jóvenes promesas como Lola, o como yo mismo, aunque sus planes para convertirme en el nuevo campeón de Europa de los pesos *superwelter* se hubieran frustrado la noche que mandé al hospital al Vendaval de Marsella. Sé que el Gordo no había perdido la esperanza, y lo cierto es que hubiera vuelto a ponerme los guantes si todo no se hubiera ido al carajo la noche que Luis y Lola, con mi consentimiento, limpiaron la caja fuerte de su casa.

A Luis también lo conocí por esa época. Llevaba la cuentas del Gordo y también era aficionado al boxeo.

Tienes delante de ti al futuro campeón del mundo *superwelter*. Así me presentó el Gordo a Luis. Lo dijo y ni siquiera se molestó en mirarme la cara para ver si me había molestado. En lo que a mí respectaba, para el Gordo había dos cosas que estaban claras: que terminaría convenciéndome de volver a subir a un ring y que acabaría colocándome el cinturón de campeón del mundo.

Luis sonrió. Tenía casi veinte años menos y muchas menos canas que ahora. Luego, cuando me di cuenta de que me habían engañado, me pregunté si ya estaba liado con Lola entonces, si su historia con ella era más antigua que la mía. Pero entonces, cuando yo apenas llevaba un mes acostándome con Lola a escondidas, pensaba ingenuamente que ella era sólo mía, y que, aparte del Gordo, que la mantenía, yo era el único hombre que había en su vida.

No me di cuenta de eso hasta que estuve en Lisboa la primera vez, esperando como un idiota que Lola viniese a encontrarse conmigo, con la mitad del dinero que ella y Luis le habían robado al Gordo.

Dieciocho años atrás yo también había llegado a Lisboa, en coche. Había conducido desde Madrid con los ojos enrojecidos por la falta de sueño y también por el miedo o la preocupación del que sabe que ha traspasado una línea y ya no podrá dar marcha atrás. Una semana antes había dejado de trabajar para El Gordo, para que nadie pudiese relacionar mi marcha con la desaparición de las joyas y el dinero, y había acordado encontrarme con Lola cuando las cosas se calmasen. Nos reuniríamos en Lisboa.

Para entonces ella ya se habría repartido con Luis el botín a partes iguales y vendría a buscarme. Con su mitad podríamos empezar una nueva vida, donde quisiéramos. Lola y yo íbamos a pasar juntos el resto de nuestra vida, pero primero íbamos a dar la vuelta al mundo: Nueva York, y luego a Chicago, o Toronto quizá. Más adelante a otro continente. Cualquier sitio donde hubiera rascacielos, decía ella, y yo me lo quería creer. Me había quitado de en medio para no participar en el robo, como si al hacerlo pudiera soslayar mi culpa, como si no esperase en Lisboa a Lola y al dinero que le habían arrebatado a la única persona que me había dado una oportunidad de

ser alguien y no me había dejado en la estacada, al único que se había preocupado por mí.

También era verano, como ahora, cuando visité Lisboa por primera vez. Entonces me juré no volver, y aunque soy de esos pocos hombres que todavía creen en el honor de un modo romántico o estúpido —no estoy muy seguro de la diferencia, y a medida que se va acercando el final de la historia voy perdiendo las certezas—, me justificaba ahora, al cruzar ese puente que aún no habían construido la primera vez que estuve en la ciudad, con el Tajo inmenso cuarenta metros más abajo, diciéndome que en aquel juramento había un matiz o una cláusula que lo invalidaba, un detalle que de cumplirse significaría que podría romperlo o saltármelo. No volvería a Lisboa, recordé, o quise recordar, hasta que pudiese hacerlo junto a Lola, que ahora, cuando atravesábamos el puente miraba absorta, con la cabeza pegada al cristal, los tejados rojos de los edificios al fondo, junto al río, dispuestos en cuevas interminables por las que yo había paseado solo dieciocho años antes mientras escuchaba fados y esperaba su llegada.

—Nunca había venido —dijo, de pronto, sin dejar de contemplar los edificios. Tal vez no me hablaba a mí, sino que se lo decía a sí misma. Había estado un rato largo muy callada, leyendo un folleto turístico de la ciudad que habíamos comprado en una gasolinera. Lo dejó en el salpicadero, sin cerrarlo. Se desperezó. Me miró.

—Luis y yo hemos viajado a muchos sitios —continuó—, pero jamás vinimos a Lisboa.

Permaneció en silencio un momento, esperando mi respuesta: yo tenía la vista al frente, atento al tráfico, pero en realidad no me gustaba que ella me recordase sus años con Luis.

—¿Y eso? —le pregunté, sin embargo.

Lola se encogió de hombros y torció la boca en un gesto como de interrogación o de obviedad que apenas pude ver porque seguía pendiente de la circulación.

Apoyó su mano en mi muslo. Me gustó sentir el calor de la palma sobre mi pierna.

—Era como si a los dos nos diese un poco de vergüenza venir aquí, después de lo que te habíamos hecho.

Tragué saliva y asentí de una manera tan imperceptible que nadie podría haberse dado cuenta.

—Cuando planeábamos un viaje —prosiguió Lola—, ya sabes,

enseguida salía el nombre de muchas ciudades, pero jamás mencionábamos Lisboa, ni él ni yo. Y estoy segura de que no lo hacíamos porque los dos sabíamos lo que significaba. Decir Lisboa era como traicionarte —hizo una pausa, se quedó pensando un momento—, como traicionarte otra vez. Imagínate qué difícil hubiera sido para nosotros viajar hasta aquí.

Era como si al decirlo pudiera restar importancia a la traición, como si se liberase de una carga pesada.

Dejé escapar el aire por la nariz, con pesadez. Fruncí el ceño, y un momento después le pregunté por esas otras ciudades que habían significado algo para nosotros, ciudades que formaban parte de aquellos sueños rotos o que nunca llegaron a cumplirse.

—¿Y Nueva York? ¿Y Toronto? ¿Y Chicago? ¿Tampoco hablabais de esas ciudades?

Lola retiró la mano de mi muslo y la pasó por detrás de mi cuello. Me acarició el pelo en la nuca, los rizos que bajaban hasta la camisa. Siempre lo he llevado así. A ella le gustaba acariciármelo cuando éramos jóvenes y pensábamos ingenuamente visitar todas esas ciudades que acababa de nombrar.

—De alguna de ellas sí que hablamos —Lola sonreía al responder, como quien le cuenta una historia a un niño pequeño que todavía no ha perdido la inocencia—. Pero tampoco fuimos. Bueno, a Nueva York sí. Pero fue hace mucho tiempo. Y no subimos a las Torres Gemelas.

Compuse un gesto parecido a una sonrisa y la miré. Lola también me miraba. También sonreía. Le brillaban los ojos.

Se soltó el cinturón y se abrazó a mí. Me besó en la mejilla, despacio, mientras yo seguía con la vista al frente, concentrado en la conducción. De cuando en cuando, aprovechando que Lola tenía los ojos cerrados, miraba el espejo retrovisor, buscando un coche lujoso, azul marino, con los cristales ahumados, con matrícula española.

Era sólo cuestión de tiempo. Estábamos sentenciados. No habíamos visto a Luis ni a ninguno de sus esbirros, pero estaba claro que nos estarían buscando. Yo entendía lo que pasaba: si sólo hubiera sido cuestión de dinero habría sido todo más sencillo. Pero esto era diferente. Se trataba de algo que no es fácil de explicar y que no tiene nada que ver con la codicia o con el hecho de saberse robado o estafado, sino con palabras antiguas y gastadas: honor, orgullo, amor propio. Por mucho dinero que le hubieran robado Luis siempre sería capaz de generar mucho más. Con los años se había convertido

en un empresario próspero, seguro que no siempre dentro de la ley, pero dueño de una fortuna, pero haberme llevado a su mujer, así, por las bravas, a la vista de todos y repartiendo tortas a diestro y siniestro, era un golpe imposible de asumir para quien la palabra orgullo todavía significaba algo. Es verdad que dieciocho años antes Luis me había hecho más o menos lo mismo, pero eso, aunque era la única baza que me quedaba, tanto tiempo después, podía muy bien no ser suficiente.

Aparcamos el coche en un garaje del centro. La primera planta estaba llena y tuvimos que dejarlo en la segunda, en un rincón, entre una columna y la pared. A Lola le pareció que era un buen escondite, que así nadie podría encontrarlo o tardaría mucho en darse cuenta de que habían dejado un coche abandonado. Yo le expliqué que no. Que durante el día el escondite no estaba mal, pero que cuando el aparcamiento se vaciara por la noche o el fin de semana, un coche solitario en la última planta, seguro que vacía para entonces, no haría más que despertar recelo hasta en el ojo menos avezado. No me preocupaban ni los vigilantes del garaje ni la policía portuguesa, sino que Luis o cualquiera de sus esbirros buscasen el coche por los subterráneos de Lisboa.

—Para cuando lo encuentren ya estaremos muy lejos de aquí —me dijo Lola, como si verdad pensase que aquello era posible.

Cerré el maletero y sonreí. Había sacado el equipaje del coche: mi vieja maleta, con todo lo que poseía, y la de Lola. Las cogí y, sin saber muy bien por qué, me detuve y cerré los ojos un instante, como si las calibrase. Al abrir los ojos vi a Lola, al otro lado de la planta, junto a las escaleras que desembocaban en una plaza en la que había visto una estatua ecuestre antes de entrar en el aparcamiento. Me miraba, como si adivinase mi gesto, y me di cuenta de que estaba muy seria, preocupada. Era la primera vez que la había visto así desde que emprendimos el viaje. Seguro que ella también tenía miedo, cómo podría no tenerlo. Sin embargo, en cuanto di el primer paso para recortar la distancia que nos separaba, la expresión se transformó en una sonrisa, la misma sonrisa de siempre, la que tenía cuando nos conocimos, la misma que tenía cuando me estaba esperando, dieciocho años después, sentada en la cafetería, al otro lado del cristal. Yo sonreía también cuando llegué a su lado, y conseguí mantener el gesto después de dejar las maletas en el suelo para darle un abrazo y, mientras lo hacía, miré a un lado y a otro, por si alguien nos observaba.

Atravesamos la plaza para buscar un hotel, y enseguida desembocamos

en otra plaza donde había una fuente. En un rápido vistazo comprobé que había varios hoteles, igual que también había visto algunos sitios para alojarnos en la otra plaza, cuando salimos del aparcamiento. Había hoteles de varias categorías, pero no era eso lo que me preocupaba ahora: necesitábamos algo discreto, una calle menos concurrida, un lugar por el que no pasasen coches, donde el acceso fuera más difícil quizá. Lo pensaba y me daba cuenta de que un lugar así tampoco serviría de mucho si quien nos buscaba ponía el empeño suficiente en encontrarnos. Pero al menos no se lo iba a poner fácil.

Pasamos cerca de la fuente al atravesar la plaza. Nos mojamos. El viento venía del mar y aunque era —y es— verano no hacía mucho calor. Es lo bueno que tienen las ciudades que están cerca del mar, le dije a Lola, por decirle algo, como si hablar de asuntos banales disminuyera el riesgo que estábamos corriendo.

Ella sonrió, se detuvo un momento junto a la fuente. Aspiró el aire. Volvió a sonreír.

Dejamos atrás la plaza y nos colamos en una calle secundaria. Allí encontramos el hotel que buscábamos. No era muy grande, ni muy nuevo. Parecía discreto y tranquilo. Al menos esa noche la pasaríamos allí. Mañana tal vez estaríamos lejos, pensé, al empujar la puerta de cristal, antes de cruzar el pequeño vestíbulo. Lo pensé como uno piensa en esas cosas que cree que van a pasar aunque sepa que es imposible, como cuando se muere un ser querido y algunas veces te sorprendes esperando que aparezca, que te llame por teléfono, que todavía no haya abandonado este mundo.

Estaba en Lisboa. Con Lola, por fin, y a pesar de todo no podía dejar de recordar lo solo que me había sentido dieciocho años atrás, en la misma ciudad que visitaba por primera vez y a la que no había querido volver nunca hasta ahora, cuando me di cuenta de que ella o Luis —aún no supe o no quise reconocer que los dos— me habían traicionado. Hay ciudades a las que un hombre no debe viajar solo, me dije entonces. Lisboa es una de ellas: con sus cuevas empedradas y sus fachadas oscuras por la humedad, por la melancolía de los fados quizá, es una ciudad que uno jamás debería visitar sin compañía.

Y las palomas. Qué curioso. No me di cuenta hasta que regresé con Lola a Lisboa, dieciocho años después de aquel viaje inútil, pero una de las cosas que mejor recordaba de entonces, y me di cuenta, de repente, al verlas otra vez, en la fuente junto a la que habíamos pasado unos minutos antes, eran las palomas. Dieciocho años antes, cuando estuve andando la última mañana que pasé en Lisboa, después de haber pasado toda la noche en vela, cuando ya no

me quedaba más remedio que ser valiente y reconocer que me habían traicionado, que se habían largado los dos, Luis y Lola, y que me iba a ser imposible vivir los ratos tan felices que había imaginado con ella, me puse a pasear, desorientado, con las manos metidas en los bolsillos y la barbilla clavada en el pecho, sin querer mirar a nadie a los ojos atravesaba las plazas y subía cuevas adoquinadas. Nunca en mi vida me había sentido tan solo.

A pesar de que nadie vino a buscarme entonces se me escapó una sonrisa que inexplicablemente no era amarga al acordarme de aquello, al recordarme paseando por una ciudad que no había visitado nunca, mirando distraídamente las fachadas de los edificios gastadas por la sal y por el viento del Atlántico, las palomas en las plazas amplias y despejadas que levantaban el vuelo cuando me acercaba, como si fuera un apestado y no quisieran mezclarse conmigo. Y las gaviotas, también, siempre las gaviotas, planeando sobre la desembocadura del Tajo, atentas para agarrar su presa.

Ahora procuro olvidarlo: los nombres de las calles, cómo se llamaban los tipos a los que les habían erigido aquellas estatuas ecuestres imponentes que presiden las plazas, la calle donde estaba el hotel donde nos alojamos o el nombre que figuraba en el rótulo de la fachada. Una vez que ha pasado sólo me importan las sensaciones que me han quedado: el olor del mar, la brisa suave del verano, tan agradable, la misma que respiro ahora, la mano de Lola apretando la mía, fingiendo que no se daba cuenta de lo preocupado que estaba, mirando hacia atrás de cuando en cuando, como si se le hubiese escapado algo que había en un escaparate al pasar.

Ya era por la tarde. Nos habíamos inscrito en el hotel con mi nombre falso, Montaner, un nombre que a fuerza de usarlo durante tantos años había veces que se confundía con el mío, con el verdadero, un nombre que había tenido desde que nací y que en ocasiones tenía que esforzarme unos segundos en recordar. Nos tumbamos en las camas de la habitación —esta vez no había una cama de matrimonio—, al principio sin decir nada, los dos callados, Lola boca abajo, la melena suelta sobre la almohada. Yo tumbado en la mía, boca arriba, las manos cruzadas detrás de la nuca. Cuando un hombre se tumba en la cama, boca arriba, con las manos cruzadas detrás de la nuca y se pone a pensar, es muy difícil, a poco que le quede algo de honradez, que pueda engañarse a sí mismo.

Estaba allí, con la ventana abierta por la que se colaba un breve rumor de tráfico, tal vez de esa plaza en la que había una fuente donde bebían las palomas, al atardecer, diciéndome otra vez que no me hiciera ilusiones, que aquel momento no era más que una maldita tregua, la prórroga de los partidos de fútbol. Al día siguiente buscaríamos la manera de marcharnos a algún lugar seguro. Dieciocho años atrás yo albergaba el plan ingenuo de sobornar al capitán de algún barco mercante para que nos llevase a Nueva York sin pedir explicaciones. Ahora no tenía ningún plan. Ninguno salvo sobrevivir. Sobrevivir, aunque sólo fuese un día más.

Cerré los ojos, en un esfuerzo inútil por quedarme dormido. Respiré hondo varias veces, traté de relajarme, pero sabía, como saben todos los insomnes, que no podría conciliar un sueño decente, si acaso, una duermevela escasa que no bastaría para mitigar el cansancio que sentía, el dolor en el costado, la sangre que me palpitaba en el ojo hinchado, la preocupación al pensar en qué momento y de qué manera nos encontraría Luis.

Al principio, cuando la sentí a mi lado, pensé que al fin me había quedado dormido, que soñaba que nadie nos perseguía y que a los dos nos esperaba una vida plácida y feliz. A veces, antes de que Lola volviese a cruzarse en mi camino, me daba por pensar que mi vida era distinta, que no tendría que zarandear nunca más a nadie para cobrar una deuda ni amenazarlo con romperle las piernas, y mucho menos rompérselas, escuchar cómo se quiebran sus huesos; que no tendría que trabajar para tipos a los que detestaba, que mi existencia podría ser tan tranquila y tan agradable como la de cualquiera. Lo pensaba un momento, y procuraba no dar demasiada importancia a mis pensamientos porque en el mundo donde vivía no había sitio para las utopías. Por eso, cuando Lola se tumbó en la cama junto a mí, lo primero que pensé fue que me había quedado dormido. No la había escuchado levantarse, hacerse un sitio en mi cama, tan estrecha. Sin abrir los ojos todavía, acaricié la piel desnuda de su espalda. La apreté contra mi cuerpo, y sonreí. Me gustaba su piel, tan cálida. Con los ojos cerrados busqué sus labios y los besé. Lola me correspondió del mismo modo.

Agua fresca.

Una ligera brisa entró por la ventana, levantando la cortina, dejando que entrase la luz de la tarde en la habitación. Abrí los ojos, y ella estaba a mi lado, abrazada a mi cuello, apretado su cuerpo contra el mío. Al final era verdad, me dije. No estaba dormido, y la mujer a la que amaba se había levantado de su cama y se había acurrucado junto a mí. No es que en aquel

momento tuviese la certeza de que ella me quería, no la había tenido nunca y a pesar de la intensidad de aquel momento no me iba a dejar engañar por un espejismo, pero, si acaso, me dije al rodearla con mis brazos y volver a besarla, tal vez aquella carne tibia, aquella saliva y aquellas caricias eran lo único que merecía la pena en toda esa locura por la que había pasado desde que me fui de Madrid, lo único que de verdad importaba en el sinsentido que estaba viviendo. Qué más daba ahora todo lo demás. Qué importaban Luis y Chocolate, qué importaba Paula o los tipos a los que había tenido que asustar durante los años en los que trabajé de matón, qué importaba que la mujer a la que ahora besaba me hubiera traicionado dieciocho años atrás, qué importaba, incluso, que no me quisiera ahora, que nunca me hubiera querido. Aquella tarde, mientras el sol se hundía en los tejados de Lisboa, mientras acariciaba la piel de Lola y besaba sus labios, era feliz. Cerré los ojos de nuevo, para que las yemas de los dedos y mis labios disfrutasen plenamente de lo que la vida me ofrecía, de aquella tregua que estaba seguro se acabaría pronto.

Luego nos separamos un rato y mi preocupación entonces tuvo menos que ver con Luis y con sus esbirros que con la duda infantil de que ella ya se hubiera marchado. Después de hacer el amor se había levantado de la cama, sin ninguna pereza, había estirado el espléndido cuerpo para desentumecer los músculos, de espaldas a mí, demorando el movimiento tal vez para que yo pudiese contemplar su desnudez. Se volvió para mirarme con el rabillo del ojo y sonrió. Yo también. Me di la vuelta en la cama, encendí un cigarrillo y me tapé con la sábana. Por la ventana entraba ahora una brisa húmeda.

Habíamos cerrado la puerta con llave y escuchaba a Lola en el cuarto de baño, el agua caliente de la ducha, los ecos de una canción que entonaba y que no llegaba a identificar en la duermevela. Apagué el cigarrillo, me arrebujé bajo la manta porque tenía frío, pero también porque me agradaba el frescor del aire que precede a la tormenta de un verano caluroso como éste.

Pero no estaba dormido, porque la gente que duerme tan poco como yo rara vez se abandona del todo al sueño. A pesar de todo no quise abrir los ojos cuando la escuché salir de la ducha, envuelta en una toalla, revolviéndose el pelo con otra más pequeña. Empezó a vestirse, procurando no hacer ruido porque pensaba que estaba dormido, pisaba de puntillas el

suelo enmoquetado de la habitación del hotel, para ir al cuarto de baño a peinarse, a pintarse los ojos quizá. Al salir, sin ponerse los zapatos todavía, abrió la cremallera de la maleta que había traído. Ya ha llegado el momento, me dije. Ya ha llegado el momento de que se marche, ella sola, porque la única forma de poder salir adelante es huir sin el lastre de un tipo como yo. Lola no es la clase de mujer que necesita a nadie para salir adelante, para sobrevivir. Lola, a pesar de lo que me había contado de las princesas de los cuentos, jamás en su vida ha esperado que un hombre venga a rescatarla. Es una mujer valiente, y hacía mucho tiempo que para mí estaba claro que acabaría dejándome en la cuneta otra vez.

Pero yo seguía a su lado. Es difícil de entender. O no. Me había traicionado una vez y sabía que podría volver a traicionarme, pero a pesar de todo no quería separarme de ella.

Haciéndome el dormido, en la habitación de aquel hotel de Lisboa, me sentía el púgil derrotado de un combate que se estaba librando sin pelear siquiera. Escuché a Lola abrir la cremallera de su bolsa despacio, y, sin querer, entreabrí los ojos. Ella estaba agachada, de espaldas a mí. Sacó algo y la cerró, procurando no hacer ruido. Quise pensar que se movía despacio para no despertarme. Las conclusiones que uno saca cuando está enamorado o desesperado tienen mucho más que ver con la ilusión o con los deseos que con la verdad, pero por lo que supe después me enteré de que la intención de Lola, al menos en aquel instante, era no despertarme. Sabía que era insomne, que me costaba mucho dormir. Imaginaba que debería estar cansado por todo lo que había pasado en las últimas horas y no quería molestarme.

Cuando ella se levantó yo había vuelto a cerrar los ojos, había respirado hondo para fingir que estaba dormido. La escuché ponerse los zapatos, acercarse a mi cama, ese sonido, inconfundible y tan agradable para un hombre que ha estado solo tanto tiempo, de unos tacones. Sentí su aliento, cálido, en la mejilla, y sus labios que rozaban mi piel despacio, como si quisieran despedirse de mí o no despertarme quizá.

Montalbán, mi vida, me dijo. Me gustó escuchar aquello: Montalbán, mi vida. Eran palabras que Lola tal vez no sentía pero incluso así me agradaba escucharlas. A veces nos pasa eso: estamos tan solos o tan faltos de cariño que nos basta con escuchar un par de palabras y preferimos no detenernos a pensar que tal vez no se han dicho de verdad porque lo que queremos es, simplemente, escucharlas. Montalbán, mi vida, dijo, de nuevo. Abrí los ojos, parpadeé, como si de verdad acabase de despertarme. Besé sus labios recién

alegrados con carmín. Lola demoró su boca en la mía unos segundos antes de separarse un poco de mí para enseñarme un fajo de billetes verdes, nuevos, de cien. Parecían recién hechos. Los sacudió en el aire, como si espantase a una mosca pesada, antes de ponerse de pie y guardárselos en el bolso.

Fruncí el ceño, como si no comprendiera.

—Me voy de compras —me aclaró Lola, cerrando el bolso. Luego, se levantó las tirantas del vestido con los pulgares—. Me he venido con lo puesto, ¿no te acuerdas?

No podía dejar de advertirla. Al cabo, ella era mi responsabilidad suprema.

—Es peligroso que salgas sola. Luis puede estar por aquí.

Al decir el nombre de Luis a ella se le nublaron los ojos un instante. Se quedó callada una fracción de segundo, como si tuviera que hacer un esfuerzo por recordar a Luis o como si recordarlo la inquietara tanto que se quedaba paralizada, igual que las estatuas de cera de los museos o esa gente que pide en la calle, en lo alto de una tarima o un cajón, el cuerpo quieto, como si estuvieran muertos, hasta que alguien les echa una moneda. Estaba Lola todavía inmóvil, con una expresión detrás de la que podía adivinarse una sonrisa o también el miedo, cuando escuchamos un relámpago, y luego esas gotas tan gruesas, las primeras del verano, del final de verano. Tardamos un instante en comprender que estaba lloviendo, que el verano, igual que la vida, igual que el amor o el deseo, también se termina.

Me desperecé bajo las sábanas. Lo hice y volví a taparme, como un niño perezoso que no quiere ir al colegio. Ahora tenía más frío. Tal vez porque Lola se marchaba de compras y me iba a quedar solo. Allí estaba yo, un hombretón hecho y derecho, ex aspirante a campeón de Europa de los pesos *superwelter*, dueño del deshonoroso título de matón de barrio, de cobrador de deudas por cuenta ajena, experto en coger a desgraciados por la solapa y mirarlos a los ojos para inocularles miedo, un tipo con la nariz rota y la vida fracasada estaba asustado, no de quedarme solo en un hotel de Lisboa, sino de que ella se marchase y ya no verla nunca más.

La miré a los ojos. Insistí.

—Es peligroso.

—No pasa nada.

—Sí puede pasar.

Lola se encogió de hombros. Me admiró su despreocupación aparente. Estaba seguro de que en el fondo tenía tanto miedo como yo, incluso más,

pero lo disimulaba tan bien que no dejaba de sentir cierta inquietud por ello.

Me levanté de la cama. Busqué el pantalón arrugado en el suelo. Hice ademán de ponérmelo.

—Déjame al menos que te acompañe.

Lola sacudió la cabeza. La melena azabache se agitaba con energía sobre sus hombros.

—Ni hablar.

No me quedó otra que arrojar la toalla, suspirar largamente, como quien le indica a su adversario con un gesto sutil que se ha rendido, que ya no puede más, que ha llegado la hora de bajar los brazos pero que a pesar de ello le dice que no tiene razón.

—Por qué.

Escuché otro relámpago a mi espalda antes de que Lola me respondiera. Fuera, la lluvia arreciaba. Desde la habitación podía sentir las gotas golpear las cuevas adoquinadas. Una ráfaga de viento se coló en la habitación y sentí cómo se me erizaba el vello. Lola recortó la breve distancia que nos separaba. Iba a decirme algo, pero a pesar de estar tan cerca que podía sentir su aliento en la cara no me miraba a los ojos, sino a los labios. Los miraba fijamente, como si a pesar de haberlos besado un instante antes se hubiese olvidado de su sabor.

—Porque una mujer debe ir sola de compras, mi vida.

Lo dijo y mordió mis labios, sin darme tiempo a responder, a protestar, a decirle de nuevo que era muy arriesgado que saliera sola, que por muy valiente que fuese seguía siendo una mujer, y que no podría hacer nada, no podría defenderse, ni siquiera podría escapar si Luis o los suyos la encontraban.

Pero era imposible decir nada. Mis labios se habían relajado al sentir el contacto de los de Lola, que seguían pegados a los míos con la urgencia del deseo. Su lengua hurgaba dentro de mi boca, buscando la mía, desesperada.

—No pasará nada, mi vida.

Hablaba entre jadeos, parecía que le costaba un esfuerzo grande articular las palabras. Cerré los ojos. Fuera estalló otro relámpago, el rumor agradable de la tormenta, y en aquel momento sentí que los labios de Lola sabían a lluvia.

Una hora y media después recorría los escasos veinte metros que había entre la puerta del hotel y la esquina de la calle por donde debía aparecer Lola. De no ser porque al caminar llevaba las manos metidas en los bolsillos, cualquiera me habría confundido con un soldado de paisano que no puede desprenderse de los modos marciales ni siquiera cuando se quita el uniforme. Estiraba las piernas al dar los pasos, sin variar el ritmo, el ceño fruncido, concentrado en el movimiento automático: izquierda, izquierda, izquierda, derecha, izquierda. Pasaban quince minutos de la hora a la que Lola me había dicho que iba a volver. De vez en cuando me paraba en la esquina, por si la veía aparecer al otro lado de la cuesta, entornaba los ojos y miraba hacia arriba, pero ella no venía. Otras veces me palpaba la pistola, pero eso no me tranquilizaba.

Pasaron otros diez minutos y Lola no aparecía. A veces lo que sucede parece calcado del pasado, y lo peor de todo, o lo más extraño, es que de pronto te ves allí, en la misma ciudad, otra vez solo, pero lo que más te inquieta o te sorprende, es que estás pensando, de nuevo, en la misma mujer en la que pensabas entonces, como si la vida no hubiera cambiado o como si el destino, en una pirueta extraña, te llevase al pasado otra vez.

Me pareció entonces que había viajado hacia atrás en el tiempo, que tenía dieciocho años menos y que también estaba en Lisboa, esperando a Lola, a que viniera con el dinero que le habían robado al Gordo. Luis no había dicho lo que haría, o al menos no se había inventado ninguna historia fantástica para convencerme. Al cabo, Luis, a su modo, había sido sincero. Todo lo sincero que puede ser quien va a engañar a un amigo. Lola y yo nos íbamos a ir juntos, a dar la vuelta al mundo, a visitar los rascacielos de las grandes ciudades para hacer el amor entre la última y la penúltima planta. Lo habíamos hablado muchas veces, los dos en la cama, entre risas, medio en broma medio en serio, esas mañanas en las que nos levantábamos tarde después de haber dormido juntos. Lo que sucedía ahora, casi veinte años después, era como la segunda parte de una película en la que el director hubiera elegido a los mismos actores para que los espectadores pudieran comprobar en sus rostros y en sus cuerpos los estragos del tiempo. Luis había engordado, había perdido pelo. A mí algunas canas me castigaban las sienes. Lola tenía algunas patas de gallo, pero seguía siendo muy hermosa. Tanto como antes. Tal vez más. La acción se desarrollaba en la misma ciudad, los personajes eran los mismos y también había una mujer por medio. Era todo igual, pero yo todavía no sabía el final. Lo intuía como quien es capaz de

predecir el futuro a grandes rasgos, en bruto, sin afinar, sin concretar detalles. Lola no había venido entonces, y tal vez ahora se hubiera marchado, pero yo no perdía o no quería perder la esperanza de verla aparecer, bajando la cuesta, cargada de paquetes, con la ropa que se iba a poner o que tal vez ya traería puesta de la tienda, indolente al peligro que se cernía sobre nosotros, cada vez más cerca. Ya podía sentirlo.

Pese a saberme el futuro no podía desprenderme de aquella sensación agobiante mientras esperaba a Lola paseando como un soldado de guardia. Respiraba hondo, para intentar tranquilizarme, imaginaba que aparecía por la cuesta. Procuré no pensar en aquellos tres días que había pasado en Lisboa hasta que me di cuenta de que nadie vendría a buscarme, que mi novia y su amante el contable se habían esfumado. Nunca he sido de los que se rinden, ni siquiera soy de los que se resignan que, al cabo, es otra forma de rendirse. Todo lo que me había pasado desde que salí de Madrid en busca de Lola no había sido más que una forma de escapar, de huir hacia adelante, porque yo no tenía adónde ir, y por eso paseaba nervioso bajo la fina lluvia que había empezado a caer otra vez, esperando a Lola. Pero un hombre no lo abandona todo y va en busca de una mujer a la que una vez amó sólo porque no tenga adónde ir, y una mujer no le manda un mensaje a un viejo amigo sólo por si éste se decide a venir a verla después de haber pasado tanto tiempo desde que lo traicionó. Hay algo más. Siempre hay algo más, algo que está oculto en algún rincón del alma, en ese pozo oscuro que guardo en el pecho, en ese pozo oscuro que guarda Lola también, como todo el mundo. Había algo más también detrás de los ojos de Lola, algo cuya verdadera intención ni yo ni ningún hombre habría podido adivinar. Yo me había acercado a ella como un sonámbulo, sin ser capaz de controlar mis actos del todo, como un marinero hechizado por los cantos de una sirena. Lo había hecho a sabiendas de que acercarme a Lola no me acarrearía más que problemas, la ruina tal vez. Pero ahora estaba allí, en Lisboa, con ella, y eso era lo único que importaba.

Suspiré aliviado al verla bajar la cuesta. Venía cargada de bolsas. Ella sonrió, sin querer darse cuenta de que yo me había puesto serio. Miré el reloj y sacudí la cabeza.

—Has tardado mucho.

Lola frunció el ceño. La sonrisa desapareció de su cara. Parecía no querer enterarse de lo peligroso que podría ser dar un paseo sola. O tal vez lo sabía pero le daba igual.

Me la quedé mirando, pero de mis ojos ella no podía colegir reproche,

sino una mezcla de alivio y preocupación.

—Estaba preocupado.

Lola dejó en el suelo las bolsas que llevaba en una mano y miró el reloj. Vi que tenía las puntas del pelo húmedas por la lluvia, los rizos brillantes barriéndole los hombros.

—Lo siento.

Al decirlo parecía una niña que se arrepentía por haber llegado a casa más tarde de las diez. Una niña perversa. Apenas había pronunciado las dos palabras y volvía a sonreír, como si de verdad hiciera falta que la perdonara.

—Es peligroso, Lola. Ya lo sabes.

—Cariño, no te enfades.

Dejó también en el suelo la bolsa que llevaba en la otra mano, me rodeó el cuello con sus brazos, apretó su cuerpo contra el mío y me besó despacio, como si fuera la última vez, que acaso lo era, como si fuera la primera, que acaso también, de algún modo, lo era. Quizá cuando uno besa a una mujer ha de ser siempre como si fuera la primera vez, como si fuera la última vez. Al decirlo puedo parecer un experto, pero por desgracia no es así. Ojalá lo fuera. Nunca nadie me ha querido así, de esa forma tan natural y tan extraña al mismo tiempo, y tal vez por eso nadie me ha hecho nunca tanto daño. Que te hagan sufrir es parte del amor, supongo, y uno debería tener claro antes de empezar si está dispuesto a asumir ciertos riesgos.

Lola insistió en subir a la habitación a cambiarse, a ponerse alguna ropa de la que había comprado. Me dijo que no tardaría, pero yo insistí en acompañarla. Me sonrió, y aunque en aquel gesto había algún reducto lascivo, ella sabía que lo único que yo quería era ir con ella para protegerla, para que no le ocurriese nada malo, para interponerme entre Luis y sus esbirros si es que estaban acechando su llegada en el pasillo.

Sin dejar de sonreír volvió a besar mis labios, despacio, y negó con la cabeza.

—No hace falta que subas, cariño. No tardaré.

Antes de que tuviese tiempo de protestar ya me había dado la espalda y caminaba hacia el ascensor, moviendo el culo despacio. La miraba como cuando se mira a una mujer de la que uno se ha despedido y espera que ella se vuelva en el último momento, aunque sólo sea para sonreírte, y a pesar de

saber que Lola no es de esa clase de mujeres, de las que se vuelven para decir adiós o cambian de opinión a última hora para caer rendidas en brazos de su amante, me quedé allí, viendo desde la puerta cómo esperaba a que bajase el ascensor, sin dejar de mirar de soslayo mientras tanto, a un lado y a otro de la calle que desembocaba en la plaza, el interior del hotel donde se perdía el pasillo oscuro, por si había llegado la hora de que sucediera lo inevitable.

No tenía nada planeado. Detenerlos, interponerme en su camino, supongo.

En el fondo eres un héroe, me dijo Lola esa noche, otra vez, desde el ascensor, antes de subir a cambiarse. A tu pesar, pero lo eres. No lo puedes evitar.

A la mayoría de los hombres les gustaría ser considerados unos héroes. A mí me da vergüenza.

—Yo no soy nada —protesté, pero la puerta del ascensor ya se había cerrado.

Lo dije tan bajo como un susurro. Creo que repetí las cuatro palabras: yo no soy nada. Lo hice para mí mismo, y luego estuve callado, el tiempo que pasé esperando a Lola en la puerta del hotel, asomándome de vez en cuando al interior y mirando los números de las plantas que se encendían cada vez que el ascensor bajaba. Contenía la respiración cada vez que un sonido que se parecía a un timbre gastado anunciaba que se iba a abrir la puerta.

No fueron más de diez o doce minutos, pero a mí se me hizo el tiempo mucho más largo. Una vez leí algo sobre la Teoría de la Relatividad: que el tiempo no transcurre de la misma forma para una persona que para otra, que depende de la circunstancia en la que cada uno se encuentra. Pero no era el momento para digresiones, para pensar en Einstein. Poco después se abrió la puerta del ascensor, y allí estaba Lola. Se había soltado la melena y se había puesto un vestido nuevo, vaporoso, de color claro, que resaltaba su piel morena.

Rara vez he escuchado de labios de una mujer la palabra guapo, y muy pocas veces también una mujer hermosa me ha pedido con ganas que la lleve a cenar, sin que el hecho de preguntármelo estuviese más cerca del compromiso que del deseo o de las ganas de verdad. Aquella noche, al salir del ascensor, después de besar sus labios, sin soltar todavía los brazos que había dispuesto en torno a mi cuello, Lola me dijo las dos cosas:

—Bueno, guapo. ¿Dónde me vas a llevar a cenar?

Me la quedé mirando y me eché a reír. Por un momento dejé de pensar

en Luis y en su venganza, en lo que a buen seguro nos esperaba a los dos dentro de cada vez menos tiempo. Lo que tuviera que pasar pasaría, hiciéramos lo que hiciéramos, aunque ya intentaría yo que a Lola no le sucediese nada. Por primera vez en muchos años, por primera vez en mi vida, quizá, una mujer hermosa me llamaba guapo y me pedía que la llevase a cenar. Nada de aquello era real, o al menos no todo era real: yo nunca he sido guapo, pero Lola parecía tener ganas de verdad de ir a cenar conmigo.

—¿Te gustan los fados?

Lola bajó la cabeza, apoyó la mejilla en mi pecho. Asintió con energía, como si estuviese muy convencida o hubiese esperado largamente el momento de escuchar fados junto a mí. Levantó la cabeza, me miró a los ojos.

—Me encantan los fados.

Caminamos los dos en silencio, cogidos de la mano. Subimos cuevas empedradas, procurando Lola no resbalar en los adoquines húmedos, apoyándose en mí de cuando en cuando. Tomamos algunas precauciones: transitar por calles bien iluminadas, por lugares concurridos donde la presencia de la gente nos garantizase un poco, si es que era posible, nuestra seguridad, o al menos que estar rodeados de gente nos diese una oportunidad de escapar y de salvarnos, aunque los dos sabíamos que era una tregua, que nadie puede pasar toda la vida huyendo, escondiéndose, como una alimaña.

Subimos al Barrio Alto, pasamos junto a la estatua de un poeta que estaba sentado, al lado de una cafetería, y Lola me dijo que le hubiera gustado hacerse una foto allí de haber traído una cámara.

Era admirable. Estoy seguro de que tenía miedo, igual que yo también lo sentía, y aunque me esforzaba en ocultarlo se me notaba tenso, muy serio, miraba a un lado y a otro constantemente, por si los veía aparecer. Me tocaba continuamente la pistola, pensando cuánto tiempo tardaría en tener que utilizarla. Sin embargo, Lola parecía tan relajada que nadie que no supiese el trago por el que estábamos pasando hubiera sido capaz de darse cuenta de lo que sucedía.

Nos pasa a todos los hombres, creo. Por muy duros o por muy inteligentes que seamos llega el momento en que nos encontramos con una mujer cuya presencia nos impone tanto que aunque hagamos esfuerzos por

que no se nos note nos tiemblan las piernas, se nos corta el aliento, y cuando nos da la espalda apretamos los puños, giramos la cabeza resignados y corremos tras ella porque en el fondo la experiencia acumulada y los años vividos se desvanecen como el humo y tenemos que claudicar y reconocer que no somos más que unos niños perdidos a los que se nos pone la piel de gallina bajo la coraza con la que nos hemos disfrazado en vano, el vello de punta, de puro frío o de miedo a quedarnos solos, igual que Mowgli en aquella roca helada, con varias docenas de ojos amarillos clavados en él.

Sabía que a medida que pasara el tiempo acabaría sintiéndome así, como ese niño lobo. La paradoja era que me sentía solo porque estaba con ella. Porque sabía que pronto nos separaríamos para siempre.

Entramos en un restaurante para turistas. No sabría decir el nombre. A pesar de haber estado aquí dos veces no podría asesorar a nadie que venga de viaje a Lisboa. Ya he dicho que no recuerdo los nombres de las calles, ni el de los monumentos. Tampoco recuerdo el nombre del restaurante donde cenamos. La verdad es que nunca he venido a Lisboa para hacer turismo. Ninguna de las dos veces que he estado. La primera vez fue para escapar de un futuro confuso que no concebía sin el nombre de Lola. La segunda, ahora, huyendo sin saber muy bien de qué, en realidad ni siquiera sé si de verdad estaba huyendo o en realidad estaba, estoy, buscando algo. Sólo podría decir que había mucha gente, que nos pusieron en una mesa que había en un rincón y que yo me senté mirando a la puerta, por si veía aparecer a Luis o a cualquiera de los suyos. En Lisboa, cada vez que cruzaba una calle o doblaba una esquina esperaba encontrarme con alguno de ellos. Sujetaba entonces a Lola del brazo, para protegerla sin que ella se diese cuenta, y me preparaba para lo peor. Sé muy bien lo fácil que resulta hacerle daño a alguien que está desprevenido, pero esperaba al menos que ella tuviera tiempo de salir corriendo y tener una oportunidad de salvarse mientras yo me las entendía con los sicarios de Luis.

Aún no nos los habíamos encontrado, pero sabía que estaban allí, los presentía cerca, buscándonos por la misma ciudad donde debería haberme reunido con Lola dieciocho años atrás. Era como si el destino se hubiera encargado de poner las cosas en su sitio, como si de algún modo yo también me hubiera ocupado de echar una mano regresando a Lisboa, para terminar,

con retorcida simetría, la historia que había empezado hacía tanto tiempo, como si el último asalto no pudiera librarse en otro sitio, como si Lisboa fuera el único marco posible para poner punto final.

Lola, a pesar de la templanza y la despreocupación que mostraba también pensaba lo mismo. No tuve dudas cuando a mitad de la cena me preguntó por el pasado.

Desde que me la encontré, sentada en la cafetería, cuando esperaba mi llegada, no habíamos hablado de entonces, como si fuese un tema prohibido o como si al hacerlo pudiera romperse la magia que los dos sentíamos. Al menos yo la sentía, de eso no tengo dudas. De Lola no estoy tan seguro. Ninguno de los dos había mencionado el pasado. Pero, ya digo, fue Lola la que lo hizo.

—Dime cómo fue.

Fruncí el ceño. Me había distraído un momento mirando a unos músicos que tomaban posiciones para empezar a tocar, sentados en unas sillas que había sobre una pequeña tarima, cerca de nuestra mesa.

—Cómo fue el qué.

Lola se me quedó mirando, calibrando si de verdad no entendía lo que quería decirme o es que quería demorar un poco la respuesta.

—Tu viaje. Los días que pasaste aquí aquella vez.

Resoplé, como con resignación o con hastío. Bajé los ojos. Volví a mirar a los músicos que ahora afinaban esas guitarras tan pequeñas. Nunca he sabido cómo se llaman. Una mujer se había puesto de pie junto a ellos. Sonrió. Dieciocho años antes también había escuchado cantar fados, en un restaurante para turistas, solo, sentado a una mesa, rumiando mi fracaso, lamiéndome las heridas, sabiendo ya que nadie vendría a encontrarse conmigo pero sin querer aceptarlo todavía. Ahora iba a escuchar esas canciones en un idioma que no entendía otra vez, pero que me seguían pareciendo tan tristes. Y aunque no estaba solo no me sentía mucho mejor que entonces. Eso pasa, supongo, cuando sabes que estás viviendo algo que va a terminar y no puedes hacer nada por evitarlo. Como en las despedidas.

—Aquella vez...

Lola me miraba a los ojos, con dulzura, como si quisiera pedirme perdón por haberme abandonado entonces o a lo mejor se compadecía de mí porque sabía que pronto volveríamos a separarnos, porque, igual que yo, tenía la certeza de que lo nuestro era un amor imposible, que hiciéramos lo que hiciéramos nuestra historia estaba abocada sin remedio al fracaso.

Me cogió una mano entre las dos tuyas.

—Hace dieciocho años, Montalbán. ¿Qué hiciste esos días que pasaste aquí?

Parpadeé brevemente, sin tener la certeza de querer contestar a la pregunta. Podría haber optado por la versión larga: me pasé tres días aquí, esperándote, sin poder dormir, sin querer darme cuenta de que los dos me habíais dejado tirado como se deja a un perro. Me pasé tres días paseando por la ciudad como un fantasma, mirando las estatuas de las plazas, subiendo cuevas, viendo cómo las palomas emprendían el vuelo cuando me acercaba, como si les diese asco de mí, subiendo en tranvías que me llevaban a lugares que no me interesaban. Lo hice hasta que acabé rindiéndome. Un luchador debe saber cuándo ha perdido el combate y ya no tiene sentido seguir en el cuadrilátero, y yo contigo siempre he sabido que la pelea estaba perdida de antemano. Lo supe entonces y lo sé ahora, mi vida, pero aquí me tienes de nuevo, dieciocho años después, dieciocho años más viejo saltando de nuevo al ring, aguantando los golpes, atreviéndome quizá a lanzar algún amago inocente hasta que llegue el momento de recibir el golpe definitivo que me tumbe. Pero el caso es que sigo luchando. Pensé algo así, pero a estas alturas de la historia no voy a descubrir nada nuevo si digo que mis palabras tal vez no fueron esas: siempre me ha gustado economizar las frases, hablar para dentro y tragarme la bilis, tan amarga. Opté, pues, por la versión corta:

—Esperarte. Pensar en ti. Eso fue lo único que hice.

La mujer empezó a entonar una canción. Lola me había soltado las manos y ahora dedicaba su atención a los músicos. Yo también, pero de cuando en cuando la miraba a ella de soslayo, y a veces me encontraba con sus ojos durante un instante, porque Lola volvía a mirar a la mujer que cantaba, lo hacía y a veces me parecía que le brillaban los ojos, como si los tuviera húmedos al verse reflejada en un futuro que no quería, que nunca había querido, en una existencia que por suerte no llegó a vivir. De no haberse tratado de Lola hubiera pensado que estaba a punto de llorar. Ya no la miré más, hasta que terminó la canción. Mientras tanto procuré pensar en otra cosa, porque acababa de recordar que no me gustaban los fados, que me parecían muy tristes, y que cada vez que escuchaba una de esas canciones de amor desgarradas me veía a mí mismo en Lisboa, muy jovencito, como un niño abandonado. Mi vida no había rodado muy bien desde entonces, aunque, si me paraba a pensar con la intención de ser honesto, la verdad es que tampoco había sido un camino de rosas antes de Lisboa. Tal vez por eso

había conseguido enterrar la rabia que sentí entonces al saberme traicionado. Me consolaba o me engañaba a mí mismo pensando que, al final, aunque no me hubieran dejado tirado entonces, aunque Lola y yo hubiéramos subido a un barco que nos llevase a Nueva York, nuestra vida no habría sido mucho mejor de lo que había sido, que Lola habría terminado cansándose de mí, porque, al cabo, yo no soy más que un patán, un palurdo con ínfulas literarias, un inculto, y ella podría aspirar a hombres mucho más sofisticados, con más clase y con más dinero que yo.

Dejé de prestar atención a la canción y me concentré en los músicos. Dos hombres sentados, vestidos con trajes baratos, arañando las cuerdas de las guitarras. De pie, la mujer que cantaba. Todos pasaban de los cincuenta, y allí estaban, en un rincón del mundo, animando las veladas de los turistas. No era difícil adivinar la historia que se escondía detrás de cada uno de ellos. Un escritor puede sacar provecho de estas cosas: si uno viaja y mantiene los ojos abiertos y la mente lúcida enseguida sabrá encontrar una historia de la que podrá escribir. Probablemente los músicos tenían otro empleo, un trabajo que quizá no les gustaba, y lo que daba sentido a sus vidas eran esos ratos que pasaban tocando por una miseria para las parejas de enamorados que visitaban el Barrio Alto de Lisboa.

Lo pensé y me quedé mirando un momento a Lola, muy fijo, como si esperase que ella lo adivinara. Quería decirle que aquellos músicos del restaurante lisboeta el resto del tiempo seguramente también eran como niños perdidos que no acaban de encontrar el lugar que les corresponde, como yo mismo cuando tengo que hacer de sombra de fulanos a los que no soporto, de portero en la Pantera Rosa o siguiendo a pobres diablos que no pueden pagar sus deudas. Solo, desubicado, fuera de sitio, sin ser nunca parte de nada. Solo, como Mowgli. Como Mowgli toda mi puta vida.

También me sentía muy solo, allí, en el restaurante. Lola me había cogido las manos otra vez, las había acercado a su mejilla y había apoyado la cabeza en ellas, sin dejar de mirarme.

—¿Qué piensas?

Me encogí de hombros. Sonreí, sin decir nada. Pensaba muchas cosas, pero no se las iba a decir a Lola. Además, estaba seguro de que ella ya las sabía.

—En nada. Procuro disfrutar de este momento y ya está.

Lola besó la palma de una de mis manos, despacio. Cada vez que hacía esto me subía una corriente desde el estómago hacia arriba, como un

calambre agradable. Tragué saliva. Pellizqué su mejilla, con suavidad.

—¿Y ahora, Lola, qué va a ser de nosotros?

Me miró, sin dejar de sonreír. Pero el brillo de sus ojos ya no era el mismo. Se había atenuado, como esas luces que se pueden graduar para dejar en penumbra las habitaciones que iluminan. Luego enarcó las cejas y sacudió la cabeza despacio. No lo sé, parecía querer decirme. Y pensé que era verdad, que ella no podría decirme, quién podría, lo que iba a ser de nosotros.

Los músicos habían empezado a tocar otra vez, pero esta vez ninguno de los dos prestamos atención. Seguimos mirándonos un rato, sin soltar Lola mis manos, sobre las que descansaba su mejilla. Con ese gesto, con esa forma de mirarme, de cogerme las manos y de no separarse de mí, quería decirme ella algo que yo ya sabía pero que hasta entonces no había querido reconocer que había llegado: que aquéllas eran las últimas horas que íbamos a pasar juntos.

Llega un momento que sabes que el final está cerca: lo sabes con la lucidez de los borrachos, con la clarividencia de los noctámbulos. Hay ciertas cosas que se intuyen, y a no ser que uno se empeñe no le queda otro remedio que darse cuenta. Estaba claro que se marcharía, pero pese a ello no quise dar a Lola muestras de saberlo. Prefería actuar como si no me hubiese enterado, como si todavía fuera posible una salida, algún agujero por el que los dos pudiésemos escapar y emprender una nueva vida.

Pero ella lo sabía. A una mujer como Lola es imposible engañarla.

Estábamos pues, los dos, participando del mismo juego. Lola se iba a marchar, sola, pero esperaba el momento oportuno o es que quería aprovechar los últimos instantes junto a mí. No se trataba de una traición ahora. No era lo mismo que dieciocho años atrás. Se iba a marchar, seguro que sin decir adiós, porque ella no era una mujer a la que le gustasen las despedidas, pero ahora no era lo mismo. A veces los amantes abandonados se inventan excusas tontas para justificar la huida de la persona a la que quieren, pero yo no quiero hacer eso con Lola. Lo digo de verdad. A pesar de todo lo que estaba a punto de suceder, incluso a pesar de todo lo que había sucedido años atrás, Lola se estaba comportando con la honradez que las circunstancias y su forma de ser le permitían. Era su manera de ser justa conmigo.

Caminamos de vuelta al hotel cogidos de la mano, como una pareja de

recién casados que disfrutase de sus primeros días de luna de miel, lejos de la rutina, en una ciudad a la que habíamos soñado viajar muchas veces. Yo prefería verlo así, y viajar hasta Lisboa era la culminación de una historia, el trozo que faltaba para completar un círculo que no había terminado de cerrarse cuando los dos éramos jóvenes.

Había dejado de llover, pero desde los adoquines de las calles del Barrio Alto subía un olor penetrante a humedad. Caminábamos en silencio, pensando quizá los dos en lo mismo. De vez en cuando apretaba la mano de ella, y a veces era ella quien apretaba la mía, y yo la miraba de soslayo y la descubría sonriendo. A lo mejor fue porque tenía el encanto o la prisa de la última vez, pero los dos nos buscamos al cerrar la puerta de la habitación del hotel. Antes, yo había tomado las precauciones necesarias: me había asegurado en la recepción de que no había venido nadie preguntando por nosotros. Había puesto en el mostrador un billete verde, de los de Lola, para convencer al recepcionista, y lo había mirado a los ojos, además. Con eso habría bastado, con mirarlo a los ojos. Cuando alguien como yo te mira a los ojos sabes que no va de farol. El recepcionista no me había mentido. No había venido nadie preguntando por nosotros, y me dejó repasar el registro de entradas de las últimas horas, desde que nos habíamos marchado a cenar.

Ahora clavaba mis ojos en los de Lola mientras la desnudaba, lo hacía mientras la acariciaba y ella gemía.

Es duro pensar que estás haciendo el amor por última vez con la mujer que amas. Aquella noche, hace dos noches, me la quedaba mirando cuando la abrazaba y me movía despacio dentro de ella, y Lola, en lugar de mantener los ojos cerrados, como acostumbraba, los párpados apretados, como si le doliera, también los abría y me sostenía la mirada y me sonreía, con tristeza, como si se despidiera, como si también le diera mucha pena saber que era aquélla la última vez que hacíamos el amor. No me dijo que me quería. No lo había hecho nunca, y tampoco iba a hacerlo ahora. Había venido a Lisboa conmigo, estaba haciendo el amor conmigo en Lisboa, por fin, por segunda vez en un mismo día. Ahora, al recordarlo, creo que fue entonces cuando quise reconocer por fin algo que había pensado desde que ella me pidió que la llevase conmigo o que tal vez supe siempre aunque no quisiera darme cuenta o aceptarlo: yo había querido venir a Lisboa para poder empezar una nueva etapa, para retomar mi vida en el mismo lugar en el que se torció del todo hace dieciocho años. Quería venir con Lola, demostrarme a mí mismo que era capaz de conseguirlo, aunque sólo fuera traerla hasta aquí y que luego

se marchase. Me gustaría creer que ella no vino por lástima, sino que venir a Lisboa conmigo era para Lola su forma de ser honesta, tal vez una honestidad un poco retorcida, pero era la suya. Ella también había llegado a una encrucijada y debía elegir un camino diferente al que la vida le había trazado, pero, para empezar, tal vez también para expiar sus culpas, quiso venir a Lisboa conmigo, reparar la falta que hizo a su palabra dieciocho años atrás. Aunque ella se iría pronto: yo lo sabía, y estoy seguro de que ella sabía que yo lo sabía. Que lo sabía y que no haría nada para impedir que se marchase.

Nos quedamos abrazados al terminar, como dos enamorados. Era todo tan hermoso que cualquiera que nos hubiese estado observando por el ojo de la cerradura o por la ventana que habíamos dejado abierta habría pensado que era de verdad. Y de algún modo lo era. Lo era a pesar de que fingí dormirme al cabo de un rato, me separé de ella, me di la vuelta en el colchón, ronroneé, como un gato perezoso, y me tapé con la sábana, como si tuviese frío. Respiré despacio, con pesadez, como si estuviese dormido. Al cabo de un rato la sentí incorporarse en la cama, muy despacio, pero aquel gesto podría no querer decir más que Lola se iba a tumbar en la otra cama para descansar mejor. A pesar de estar convencido de lo contrario me permití el lujo de pensar, como un iluso, que nada iba a cambiar, que cuando abriese los ojos Lola estaría allí todavía, junto a mí, tumbada en una cama que podría tocar con sólo estirar el brazo, que la besaría por la mañana para darle los buenos días, y que tal vez habría llegado el momento de marcharnos juntos, por fin, a recorrer los edificios más altos del mundo para hacer el amor. Apreté los párpados, buscando coraje para no abrir los ojos y darme la vuelta y decirle que sabía que todo había terminado, que ella se iba a marchar y que yo aceptaba el final del juego. Que, al cabo, uno tiene las cartas que tiene y no puede hacer más. Así es la vida. Así de dura. Así de triste. Pero hay que aceptar las cartas como te vienen.

No sabría decir cuánto tiempo pasé tumbado en la cama esperando que se marchase, sin moverme, manteniendo el ritmo lento de la respiración, de los latidos del corazón incluso, hasta que la escuché levantarse despacio, procurando que la cama no hiciese ruido, como si se levantase para ir al cuarto de baño. La escuché caminar por la breve habitación, en silencio, como un fantasma. Sentí el roce del vestido al ajustarse sobre su cuerpo, la

cremallera que mis dedos habían bajado con urgencia un rato antes ahora subía tan despacio que por un momento me pareció que Lola jamás terminaría de ponerse aquel vestido nuevo que le sentaba tan bien. La maleta con el dinero estaba bajo el aparador. Adiviné a Lola levantándola en silencio, dejándola caer sobre la cama, sacando los fajos de billetes lentamente, con avaricia quizá. A pesar de la parsimonia de sus movimientos Lola no debió de tardar más de diez minutos en recogerlo todo y marcharse.

Qué raras son las despedidas. Uno se imagina las cosas, cómo van a ser en el futuro, y luego la realidad es muy diferente. No hacía tanto yo era muy joven y todavía fantaseaba con poder llevar una vida en común con Lola, pensaba en viajar con ella alrededor del mundo y subir a los rascacielos más altos para hacer el amor entre la última y la penúltima planta. Era una quimera, una utopía, o como quiera que se llame, pero cuando pensaba en ello me brillaban los ojos como si de verdad hubiera sido posible. Y es que las utopías, o las quimeras, o como quiera que se llamen, son un engaño: nos las inventamos, las imaginamos, y cuando llega el momento de vivirlas las cosas ya no son como queríamos, o a lo mejor somos nosotros los que hemos cambiado.

Pero aunque es posible que mucho tiempo antes yo hubiera dejado de pensar seriamente en una vida en común con Lola, tal vez en una vida en común junto a nadie, al menos me habría gustado despedirme de ella de una manera natural, un abrazo fuerte, un largo beso, puede que brillo en mis ojos o en los suyos. En los de los dos quizá. Por qué no. Pero hubo un momento hermoso aquella noche, antes de que Lola se marchase para siempre: después de cerrar la maleta se acercó despacio a mi cama, lo hizo de puntillas, y me di cuenta de que todavía no se había puesto los zapatos, y estuve seguro de que no se los pondría hasta salir al pasillo, en el ascensor tal vez, para no despertarme. La sentí tumbarse en la cama junto a mí, y fue entonces cuando tuve que hacer el mayor esfuerzo para fingir que estaba dormido, para no abrir los ojos y volverme y abrazarla y besarla, porque sentí los labios de Lola muy cerca de mi piel, casi rozándome, podía escuchar cómo me besaba una y otra vez, en silencio, sin llegar a tocarme la piel, sentía el calor de sus manos recorrerme los brazos, tan cerca estaba de mí que sólo respirando hondo e hinchando el pecho habría conseguido que me tocara y habría tenido así una excusa para abrir los ojos y fingir que despertaba. Me preguntaba, o tal vez lo deseaba, si en el fondo ella quería que lo hiciera, que me volviese y le pidiera que se quedase conmigo, que la obligase incluso.

No fueron más de dos o tres minutos: haciéndome el dormido, esforzándome para no moverme, y Lola sentada en la cama, junto a mí, despidiéndose en silencio, procurando no ser vista o descubierta, queriendo tal vez que yo abriese los ojos y me volviese y la sujetase y le dijera no te vayas, mi vida, no te vayas. Que la obligara incluso, agarrándola por las muñecas, a no abandonar la habitación, a permanecer allí junto a mí. Luego se levantó despacio, la escuché alisarse el vestido, seguro que me miraba mientras lo hacía, por si todavía me volvía y le daba así una oportunidad de quedarse conmigo. Pero aguanté el envite, y seguí respirando igual que si estuviera profundamente dormido, y así la escuché cerrar la puerta, y luego adiviné que se había puesto los zapatos en el pasillo porque ahora escuchaba los tacones acercándose al ascensor. La escuchaba y ahora me había dado la vuelta y me había incorporado en la cama para aguzar el oído por si había alguien más, alguien que la esperaba para sorprenderla y ponerle la mano en la boca como una mordaza, amenazándola con la hoja afilada de una navaja o con una pistola. Era un riesgo que había que correr para dejarla ir. La propina generosa al recepcionista incluía el aviso si alguien venía al hotel preguntando por nosotros. No había recibido ninguna llamada, y era demasiado tarde o demasiado temprano para que otro recepcionista hubiera relevado al anterior, conque el riesgo de dejar a Lola escapar sola era aceptable. Aun me levanté y me apoyé en la pared para poder observar la calle sin que ella pudiera verme. Estaba oscuro. Todavía faltaba para que el cielo presentase el azul intenso del amanecer. Lola estaba en la esquina, había levantado la mano para llamar a un taxi. Llevaba puesto el mismo vestido que durante la cena, como había imaginado, y del hombro le colgaba la bolsa en la que debía de haber guardado el dinero. Antes de subir al coche miró a la ventana del hotel, por última vez, a la habitación donde había hecho el amor conmigo esa misma noche, y permaneció así, durante unos segundos, como si aún dudara entre marcharse para siempre o quedarse unas horas más conmigo. Lola estaba segura de que yo estaba allí, de pie, junto a la ventana, asomado no tanto porque deseaba verla sino porque no confiaba en que Luis o alguno de los suyos estuviera al acecho, esperando el momento oportuno para devolverla al lugar de donde me la había llevado.

Eres un héroe, parecía decirme desde la acera, riéndose de mí, antes de subir al taxi. Por mucho que te empeñes en parecer lo contrario al final no eres más que un caballero andante.

Yo no soy nada, murmuré, solo, en la habitación. Y mucho menos un

héroe. Los héroes no existen. La palabra héroe me sobra. Me viene grande, no me gusta, no creo en ella. He dado muchas palizas y he asustado a pobres desgraciados demasiadas veces como para creer que los héroes existen. Al menos yo nunca en mi puta vida he conocido a ninguno.

Yo estorbaba. Me di cuenta tarde, pero el caso es que para que las cosas salieran bien lo mejor era quitarme de en medio. Pero fui tan imbécil que se lo puse fácil. Lola me contó que el Gordo guardaba mucho dinero y joyas de gran valor en la caja fuerte de su casa.

Mucho dinero, Montalbán. El suficiente para empezar una nueva vida.

Sacudí la cabeza. Le dije que no, que estaba loca. Me besó en los labios.

Mucho dinero, Montalbán, repitió. El suficiente para dar la vuelta al mundo, añadió, y se echó a reír. Para dar la vuelta al mundo y visitar todos esos rascacielos.

Estás loca, insistí.

Lo tengo todo planeado, me dijo, con la frialdad de quien, efectivamente, lo tenía todo previsto. Sólo tendrás que venir de noche, con la cara oculta. Fingir que eres un ladrón. Atarnos, darnos unas bofetadas si hace falta.

El Gordo no dirá la combinación de la caja fuerte ni aunque le arranque las uñas, le dije, no sé cómo, pero el caso es que se lo dije, y hasta entonces no quise darme cuenta de que había alguna posibilidad de que yo participase en lo que Lola me estaba proponiendo.

Yo sé la combinación, me aseguró Lola. Le he visto abrir la caja fuerte más de una vez.

¿Y por qué no la abres y lo haces tú sola?

Porque si entra un ladrón será más creíble. Tendré una coartada y no sospechará de mí. No sospechará de nosotros.

Sacudí la cabeza. Me incorporé en la cama. Aquello era un despropósito tan grande que me daba vergüenza sólo hablar de ello.

Esto no tiene sentido, Lola, la corté. Dejémoslo, por favor.

Lola se incorporó también. Se sentó en la cama.

El Gordo tiene mucho dinero, Montalbán. No se va a arruinar porque nos llevemos un poco.

No puedo, Lola. Lo siento.

Se echó a reír. Eres demasiado legal, Montalbán. Tu problema es ése.

Cuando la miré ya se estaba vistiendo. Esa noche tenía que cantar en otro local que el Gordo le había conseguido.

Deberíamos estar los dos agradecidos al Gordo. Tú porque puedes cantar y bailar. Yo porque me gano la vida de una forma decente, porque no tengo que subirme a un ring y matar a nadie para poder pagar el alquiler.

Lola sacudió la cabeza. Chasqueó la lengua.

Así nunca llegaremos a ningún sitio, Montalbán. Yo no podré subir siempre a un escenario. Puedo cantar y bailar, pero sé que me falta el talento necesario para llegar más arriba, para ser alguien, para vivir cómodamente de eso. Y tú no estás dispuesto a volver a boxear. ¿Qué quieres hacer? ¿Pasar el resto de tu vida de chófer del Gordo? Allá tú.

Sabía que acabaría encontrándome con Luis o con alguno de sus esbirros. Lo sabía y, aunque parezca un poco retorcido, también lo deseaba, como si quisiera quitarme un peso de encima que me angustiaba, que no me dejaba conciliar el sueño. Era como si para tener que emprender una nueva vida, además de regresar al lugar donde se torcieron las cosas, también hubiera de enfrentarme al pasado, a la existencia quizá feliz que me arrebataron dieciocho años atrás. Ayer, después de que Lola se fuera, dejé de tomar precauciones. Me comportaba como un soldado cansado de esperar agazapado en la trinchera, en silencio, aguardando a que empiecen los tiros, y que decide por fin salir a campo abierto, enfrentarse al fuego enemigo y morir quizá en lugar de pasar más tiempo agachado, sin saber que a lo mejor la guerra ha terminado. Pero yo sabía que la guerra para mí no había terminado, que aún tendría que librar la última batalla. Y me daba igual. No sabía dónde se había ido Lola, pero quería pensar que estaba segura, trataba de convencerme de que había logrado marcharse sin que ellos la encontrasen.

Era el último día que pasaría en Lisboa. En realidad, pensaba irme la tarde que siguió a la marcha de Lola. Después de que el taxi se perdiera de mi campo de visión me tumbé en la cama y cerré los ojos sin poder conciliar el sueño. Al final uno siempre acaba así: tumbado en un colchón extraño, con la mirada perdida en el techo de una habitación alquilada, sin más compañía que uno mismo. Ya lo he dicho antes: es difícil que alguien pueda engañarse a sí mismo en un momento así. Por poca lucidez que se tenga es difícil que uno

no acierte a comprender, con una claridad irritante quizá, algo muy importante sobre la vida, algo que a uno le dolerá descubrir tal vez: que al final, cuando las cosas se ponen feas, siempre está solo.

Yo lo había asumido con la tranquilidad de quien sabe que ya no puede echarse atrás porque no tiene adónde ir. Ya había pasado por algo así antes: no era la primera vez que estaba solo, y tampoco era la primera vez que la suerte me daba la espalda. En realidad —y lo confieso sin rencor—, he estado así toda mi vida: más solo que la una y con la suerte de espaldas.

Permanecí tumbado en el colchón alrededor de una hora, hasta que me entraron ganas de desayunar, y no fue hasta entonces cuando me levanté y me di cuenta de que Lola había dejado una bolsa encima de la cama donde ella debería estar ahora durmiendo, haciéndose la remolona para no ir a desayunar todavía, tan temprano, pidiéndome que la dejase dormir un poco más. Era una de las bolsas donde había traído las compras la tarde anterior. La cogí, y al hacerlo me di cuenta de que pesaba más de lo que debería pesar una bolsa vacía. Se me ocurrió una cosa pero sacudí la cabeza inmediatamente, desechando el pensamiento. Volví a ponerla sobre la cama y me la quedé mirando un instante, dudando si era posible haber acertado. El razonamiento me había venido como un latigazo. Sin dejar de fruncir el ceño metí la mano. Todavía quedaban allí algunos fajos de billetes. Uno a uno fui sacándolos y poniéndolos sobre la cama. Conté veinte. Justo la mitad. Lola me había dejado la mitad del dinero. Sonreí. En la vida uno podía tener mala suerte, pero al final el destino parece apiadarse de ti. Al menos momentáneamente.

La partida estaba terminando. Un jugador acaba de despedirse. Después de haber ganado una buena mano había rebañado los billetes de la mesa, se los había guardado y había abandonado la partida. Ahora sólo quedábamos dos. Pronto repartirían las cartas de nuevo, las miraríamos con cuidado, procurando que nadie nos las viese, y empezaríamos a apostar. Ni aun siendo un buen jugador habría pensado que me iba a resultar fácil llevarme esa mano, de farol, desde luego. Y, para qué voy mentir: nunca se me ha dado bien jugar al póquer.

Ayer por la mañana salí a la calle, a pecho descubierto. Me paseé por la ciudad, por los sitios más concurridos. No sabría decir cuáles. Muy cerca del hotel estaba esa plaza, la de la fuente. Y un poco más allá estaba esa otra

plaza, aquella que presidía una estatua ecuestre, donde habíamos aparcado el coche. Al cruzarla, las palomas echaron a volar apartándose de mí, emprendiendo el vuelo hacia la muralla de un castillo que se alzaba en una colina.

Hay una retorcida simetría en los dos viajes tan extraños que he hecho a Lisboa. Ahora éste se parecía más todavía al de antes, si cabe, porque otra vez volvía a estar solo, echando de menos a Lola, vagando como un niño perdido, caminando con las manos metidas en los bolsillos, fijándome de una manera no exenta de neurosis en las caras de la gente con la que me cruzaba, como si alguien pudiera reconocerme y gritar mi nombre, mi nombre verdadero: Montalbán, eres tú, Rafael Montalbán, y no has venido hasta aquí huyendo de nadie más que de ti mismo.

Llevaba la pistola de Luis en la cintura, en la parte de atrás. De vez en cuando la palpaba sobre la camisa que llevaba con los faldones por fuera del pantalón. Otras veces me quedaba parado en una esquina, cuando el semáforo se ponía en verde y los peatones podían cruzar la calle, me detenía y miraba en torno a mí, como si trazase una línea imaginaria que me circundaba, por si veía a Luis o a alguno de los suyos, para dejarme ver por Luis y los suyos.

Cuando bajé al garaje no había pensado en acertar de lleno, sino que lo hice por una mezcla de curiosidad y desidia. Quería ver si todavía seguía el coche ahí, donde lo habíamos dejado. Llevaba las llaves, pero sabía que no me iba a subir a él y que no me iba a marchar de la ciudad todavía. Me había propuesto no abandonar Lisboa hasta resolver para siempre la cuenta pendiente que tenía con Luis. Había decidido no dejar más cabos sueltos en mi vida. Me incomodaría mucho tener que estar el resto de mis días mirando por encima del hombro, por si alguien me sigue. Ya estoy mayor para ciertas cosas.

Fui hasta la segunda planta y al bajar el último peldaño sonreí, como si me hubieran dicho que me había tocado la lotería. Al otro lado del aparcamiento, junto a mi coche, haciendo hueco con las manos para ver el interior, como un niño curioso que quisiera mirar qué velocidad alcanza un bólido que le gusta, estaba Chocolate.

Eché un rápido vistazo al resto de la planta. Había otros coches aparcados, y no vi ninguno en el que hubiera nadie dentro. Chocolate estaba solo, peligrosamente solo. Me agaché y al hacerlo volví a palparme los riñones, para comprobar que la pistola seguía allí. Eso me tranquilizaba. Ya le había dado lo suyo a Chocolate una vez, y tal vez podría volver a hacerlo

sin ningún problema, pero él también casi me deja listo de papeles antes, y media vida repartiendo tortas me ha enseñado que hay dos clases de hombres: los que se acobardan cuando les pegas la primera vez y cuando te ven bajan los ojos y procuran cambiar rápidamente de acera, y los que cuanto más tiempo pasa desde la humillación no hacen más que acumular un deseo de venganza cada vez mayor a medida que pasan los días y se van recuperando de las heridas pero la sangre no deja de hervirles. Chocolate era uno de éstos, estaba convencido, y ahora, tres días después de dejarlo tumbado era cuando más peligroso sería encontrarme con él.

Fue rápido. Me acerqué por detrás, agazapado entre los coches. Antes de saltar sobre él dediqué un último vistazo al aparcamiento. Por suerte había muchos sitios libres todavía en la primera planta —lo había comprobado antes— y no era probable que bajase algún automóvil en los próximos minutos. Aun así tenía que darme prisa. Chocolate se había separado unos pasos de mi coche y ahora miraba a un lado y a otro, como si olfatease el rastro que Lola y yo habíamos dejado al abandonar el coche en aquel subterráneo, como si estuviese a punto de intuir mi presencia ahora. Pero no pudo verme porque yo estaba agachado. Estaba agachado y había desenfundado la pistola, sin quitarle el seguro todavía. Esperaba no tener que utilizarla, que bastara sólo con enseñársela. Bajo la chaqueta le adiviné un bulto amenazador, igual que el mío. Sonreí como si, al cabo, me complaciese enfrentarme a uno de mis iguales. En dos zancadas recorté la distancia que nos separaba. Chocolate no tuvo tiempo de volverse del todo. Antes de que pudiera ver mi cara ya le había hundido el puño en los riñones, y aprovechando que se le arqueaba la espalda hacia atrás del dolor le arreglé la sien con la culata de la pistola. No había tardado más de dos segundos y se retorció en el suelo. Le quité el arma, vacié el cargador y me guardé las balas en el bolsillo. Eran del mismo calibre que las mías. Le pasé las manos con rapidez por el cuerpo hasta que le encontré una navaja. Era una automática, como la mía, de las que se empalman con una leve presión. Chocolate la llevaba sujeta en un calcetín. Luego lo arrastré por el cuello de la camisa hasta el coche, abrí una de las puertas traseras y lo arrojé dentro. Le corría un hilillo denso de sangre por uno de los lados de la cabeza, justo donde le había dado con la pistola. Parecía mareado, pero se le pasaría pronto. Sin dejar de apuntarle me senté delante, en el asiento del copiloto. Una vez dentro coloqué el cañón de la pistola entre los dos respaldos. Cualquiera que nos hubiera visto desde fuera habría pensado que la imagen correspondía a la de dos

amigos charlando tranquilamente.

Chocolate se llevó una mano a la cabeza, para comprobar el alcance de la herida o para detener la sangre que le bajaba ya hasta el cuello de la camisa.

Yo no dejaba de mirarlo, sin pestañear.

—No es nada. Apenas un rasguño.

—Hijo de la gran puta.

Me hice el sordo. No es que me hiciera gracia que me mentasen a mi madre, que en paz descanse, pero, dadas las circunstancias, no me pareció mal dejar que el otro se desahogara un poco. Al fin y al cabo le había abierto una brecha en la cabeza y a lo mejor meaba sangre durante un par de días. Eso, sin contar lo del Puerto. Chocolate aún presentaba señales en la cara de la noche de la huida. Pero bueno, a mi también se me notaba en el ojo todavía la paliza que me había dado en la playa. Y cada vez que respiraba hondo o me entraba tos me costaba olvidarme de que tenía, y tengo, una costilla rota.

Me las vas a pagar, cabrón, parecía decirme Chocolate ahora, recostado en el asiento de atrás, sin saber dónde le dolía más, si en la cabeza o en los riñones. Se incorporó, con un gemido ahogado, para poder hablar mejor.

—¿Dónde está?

Sacudí la cabeza, sonriendo.

—Aquí soy yo el que hace las preguntas.

Me miró a los ojos, y luego miró la pistola que lo apuntaba. Era como si sopesara las posibilidades que tenía de seguir con vida. No dijo nada, y entonces fui yo quien empezó a hacer preguntas.

—¿Dónde está Luis?

Chocolate escupió al cañón de la pistola. Lo hizo tan rápido que creo que no lo había pensado siquiera, sino que lo hizo y ya está. Pero a pesar de saber que había sido un acto reflejo le di un revés en la cara con el mismo cañón. Se retorció de dolor en el asiento. Cuando recuperó la compostura, una línea negra y morada que costaba ver en su piel oscura le recorría la cara desde la mandíbula hasta la nariz. Sin dejar de mirarme a los ojos frunció el ceño, se pasó una mano por la mejilla donde acababa de sacudirle y se repasó los dientes con la lengua, por si se le había movido alguno con el golpe.

Repetí la pregunta.

—¿Dónde está Luis?

Chocolate me miró, y tal vez entonces supo que tenía que contestar, que yo, a la hora de la verdad, igual que él mismo, no me andaría con remilgos.

Se tomó unos segundos antes de responder, pero al final lo hizo.

—No está lejos.

Asentí, satisfecho, como quien acaba de resolver un acertijo.

—Quiero verlo.

Chocolate torció el gesto de dolor en una sonrisa malévola.

—Él también quiere verte a ti. Y a ella.

Al menos no sabían que Lola ya no estaba conmigo. Ella había tenido la posibilidad de marcharse, y eso me tranquilizaba. Lo que yo quería era enfrentarme solo a Luis, a mi pasado, encarar con tranquilidad el futuro. Y todo sería más fácil si Lola ya estaba lejos y a salvo de lo que pudiera suceder en Lisboa.

—Concertemos una cita, pues.

Chocolate asintió, pero de su rostro no se había borrado todavía una sonrisa burlona. Parecía decirme que todo estaba perdido, que había sido un imbécil al fugarme con la mujer de su jefe y que al final los tontos acabamos pagando las consecuencias de las estupideces que hacemos.

—Te has equivocado, tío —me dijo, pasándose de nuevo la palma de la mano por la señal que le había dejado el cañón de la pistola en la mejilla—. Has metido la pata hasta el fondo.

Solté el aire despacio, haciendo un poco de ruido, como si sonriera a medias o suspirase.

—Estás muerto —insistió—. ¿Lo sabes? Lo estás desde que te largaste con ella.

Procuré no prestar atención a sus palabras. Estaba muerto. Tal vez. Pero si lo estaba no era desde el día que me fugué con Lola, sino que ya llevaba muerto mucho tiempo. Pero no iba a contarle mi vida a Chocolate. No era asunto suyo. Me acerqué a él, como si no hubiera escuchado sus palabras.

—Ahora vas a salir de aquí y le vas a decir a tu jefe que quiero verlo.

Sonrió, despectivo, como quien desdeña la propuesta de un niño inocente. Me miró como si no creyese que estaba hablando en serio, como si mi deseo de encontrarme con Luis no fuera otro que un farol tan fácil de ver para un jugador de póquer experimentado.

—Mañana por la mañana —añadí.

Chocolate asintió, como si estuviera siguiéndome el juego.

—Mañana por la mañana —repitió—. ¿Dónde? ¿A qué hora?

La guía que Lola había comprado en la gasolinera seguía en el salpicadero. La había estado hojeando mientras veníamos a Lisboa y se la

había dejado olvidada. Sin dejar de mirar a Chocolate la abrí, al azar, y, si no hubiera estado con él en el coche creo que hasta me hubiera permitido una carcajada. La casualidad es algo que siempre me ha fascinado tanto como me ha inquietado: delante de mis ojos, en una fotografía, estaba uno de los monumentos que había visitado en Lisboa la primera vez que estuve. Pero no decidí citarme allí con Luis porque me hubiera vuelto nostálgico. Lo hice porque recordaba que era un lugar apartado, y que si nos encontrábamos muy temprano no habría turistas indiscretos que nos impidiesen resolver nuestros asuntos.

Le puse a Chocolate la guía delante de la cara, señalándole la foto con el dedo.

—Mañana por la mañana. En cuanto amanezca. Dile a Luis que nos veremos aquí.

Se lo dije y con el cañón de la pistola le indiqué el camino de salida, para que abriese la puerta y se marchase cuanto antes.

Los días en Lisboa se asemejaban extrañamente a aquellos del primer viaje, y yo, sin saber muy bien por qué, tal vez porque al hacerlo así me parecía que toda esta locura tenía algún sentido, había procurado mantener ese parecido todo lo posible. La primera vez estuve solo, y había sido traicionado. Ahora también había sido traicionado, aunque no del todo, no exactamente, y esta vez yo había colaborado en mi propia traición mientras que dieciocho años atrás mi papel se limitó al de víctima del engaño. También sentía la soledad, igual que la sentí entonces, pero sin embargo ahora estar solo se me hacía un peso más llevadero. Llega un momento en la vida que uno ha de asumir el papel que le corresponde, y a mí me había tocado estar solo y, al final, cuando uno se libera de la carga que supone no aceptarse como es y se acepta a sí mismo como corresponde, se siente mucho mejor, más tranquilo.

Cogí el tranvía por la mañana, muy temprano. Todavía era de noche, aunque pronto amanecería. Pagué la cuenta del hotel, dejé una buena propina al recepcionista y fui caminando hasta la plaza donde éste me había indicado qué tranvía debía tomar para llegar hasta esa torre que recordaba del viaje anterior, una torre como de piratas, justo al lado del río. Me froté los ojos mientras esperaba el transporte en una plaza cerca del hotel, una plaza que también daba al río y que también tenía una estatua ecuestre donde se

posaban las palomas. Por la noche había caminado un poco, sin rumbo fijo, sin preocuparme ya de ser sorprendido por Luis y por Chocolate. El mensaje ya había sido lanzado, y yo sabía que Luis esperaría hasta la mañana siguiente.

Como un sonámbulo guiado por el fantasma de Lola, aquella noche me perdí por las mismas calles del Barrio Alto donde apenas veinticuatro horas antes había paseado percibiendo el calor de la mano de ella en mi brazo, sujetándome con una mezcla de cariño y temor a ser descubiertos, sintiéndose protegida al estar junto a mí, espero. Tensaba los músculos cuando ella lo hacía, y a veces sujetaba su mano y la apretaba con fuerza contra mi brazo. Sonreía, sin mirarla siquiera, sabedor de que ella, también, sin querer mirarme, se daba cuenta de lo que sentía. Venir a Lisboa conmigo había sido su manera de pedirme perdón, por lo que le había hecho antes y por lo que estaba a punto de hacer. Pero a mí ya no me importaba tanto lo que iba a hacer ahora, en el presente. Cuando me abandonó en el pasado me destrozó la vida, pero ahora no, por dos razones: la primera, y tal vez la menos importante, era que esta vez yo sabía que ella se marcharía y me iba a quedar solo otra vez; la segunda, la que más me importaba y la que más me dolía, era que mi vida ya estaba destrozada, lo había estado desde entonces, y no es posible romper algo que ya no tiene arreglo.

Esa noche que estaba solo, cuando ya sabía que al día siguiente me encontraría con Luis, de repente me vi en la puerta del mismo restaurante donde había cenado con Lola. Una mujer me abrió la puerta, me invitó a entrar, pero decliné la oferta con un gesto, sacudí la cabeza, pero no me fui, sino que me quedé parado, mirando la entrada, las parejas que entraban o salían, el rumor suave de la gente que charlaba dentro.

Me acerqué a la ventana para ver el interior del local. Los mismos músicos que había escuchado junto a Lola se disponían a tocar ahora. Los dos hombres, sentados, calentaban los dedos con las cuerdas de las guitarras, y la misma mujer del día antes esperaba. Su sonrisa parecía calcada de la de ayer.

La mujer había empezado a entonar un fado cuando me alejé de la ventana. Desde el otro lado de la acera todavía podía escucharla cantar, una canción triste, palabras en portugués que sin llegar a entenderlas sabía que decían algo sobre el amor. Me quedé pensando unos minutos, apoyada la espalda en la pared, dando largas caladas a un pitillo que había encendido sin darme cuenta. Al cabo, escuché los aplausos de los turistas, y a través de las cortinas pude vislumbrar a la mujer inclinándose para agradecer la ovación

del público.

Me acordé de Lola, que lo que más miedo le daba en la vida era acabar así, cantando en un restaurante para turistas, qué pena. Sacudí la cabeza. Sonreí. Lola no acabaría así. Jamás. Ella se lo había propuesto, y Lola es de las que se salen con la suya. A costa de lo que sea. Siempre. La mayoría de la gente, cuando cumple años, se adapta o se conforma o se resigna con lo que tiene, incluso llega a ser feliz. Pero Lola no. Lo único que sabía hacer era cantar y bailar, y si no había podido triunfar como artista no iba a acabar taconeando y tocando las palmas para los turistas que venían a cenar a La Gitanilla.

Cuando regresé al hotel me quité la ropa y me tumbé en la cama. A mi derecha, la cama vacía de Lola me recordaba, sin miramiento, que otra vez estaba solo. Desde la ventana abierta volvía a colarse una brisa fresca. Me eché la sábana encima, sin taparme del todo. No podía dejar de pensar en Lola: dónde estaría ahora, si habría subido a un avión o a un tren o si al final habría tenido las agallas de cumplir nuestro sueño de entonces, no porque fuera necesario, sino porque le divertía hacer las cosas de esa forma. Me agradaba pensar que había sobornado al capitán de un barco que zarpase para América, como una mujer fatal en una película antigua, que se asomaría por la borda al abandonar Lisboa, que tal vez me diría adiós desde cubierta. No era ninguna novedad, pero, aunque sólo habíamos pasado juntos dos días, la echaba de menos. Extendí el brazo y puse la palma de la mano sobre la cama que ella había ocupado, como si al hacerlo pudiera sentir su calor todavía. Agarré la colcha, con furia, como si apretase su piel, como si ella no se hubiera marchado. Sin darme cuenta la otra mano había bajado hasta la carne, endurecida de repente, agarrándola y acariciándola lenta, demoradamente. Cerré los ojos, tan fuerte que me dolieron los párpados, procurando pensar en Lola, pero lo único que podía ver en la oscuridad era a un niño lobo que se había hecho mayor, corriendo, llorando de miedo o de rabia, en busca de su lugar en la jungla.

Unas horas después, cuando llegó la hora de acudir a la cita con Luis, no tenía conciencia de haber estado dormido.

Me senté en la parte de atrás del tranvía. Había sitio de sobra. Era demasiado temprano para que los turistas fueran a visitar monumentos. La otra vez que estuve en Lisboa también había hecho el mismo recorrido en tranvía. Todo lo de ahora era, pues, idéntico a lo de entonces y, perdido en un asiento de la parte de atrás del vehículo, me tomé la licencia de una sonrisa al pensar que la única diferencia era que ahora el tranvía era más moderno y sin embargo yo era más viejo. A mi espalda, en la parte de atrás, el sol empezaba a conquistar su terreno. La porción de cielo que podía ver frente a mí se me antojaba más oscura, como si se resistiese a abandonar la noche. Me bajé frente a un edificio muy hermoso, desde donde podía verse la torre, un poco más adelante, al otro lado de la carretera.

Todavía tuve que andar un poco. Tal vez el tranvía tenía otra parada más adelante, pero yo me bajé en cuanto tuve la torre a la vista, por si acaso. A pesar de que confiaba en que Luis y Chocolate me dejarían llegar hasta el lugar donde nos habíamos citado, nunca estaba de más tomar alguna precaución o llevarles la delantera, llegar desde otro sitio y tener así la ventaja de la sorpresa. Caminé unos minutos junto a la carretera, a mi derecha la magnífica mole del edificio. Parecía un palacio, o un convento, cerrado a esa hora, tan temprana todavía, para los turistas. En una mano llevaba una maleta con la ropa que había viajado conmigo desde que salí de Madrid, y en la otra la bolsa donde guardaba la mitad del dinero que Lola se había llevado la noche que salimos del Puerto por las bravas. Esperaba que la otra mitad viajase con ella muy lejos de allí. Me pregunté, mientras me dirigía al encuentro con Luis, si ya habría llegado ella a su destino, en otro país, en otro continente, quizá.

Rebasé la torre, al otro lado de la carretera, y subí a un paso elevado para cruzar la autopista. Cuando estaba arriba fue la primera vez que me di cuenta de que, a pesar de que el verano aún no había terminado, hacía frío. Dejé la maleta y la bolsa en el suelo unos segundos, apoyé los brazos en la baranda oxidada y estiré la espalda. Tenía los músculos agarrotados por la tensión acumulada durante los últimos días, pero pronto acabaría todo. Desde lo alto se veía la torre, y al lado había un puerto deportivo. Y al fondo, mucho más arriba, se alzaba, majestuoso, el puente por donde Lola y yo habíamos entrado en Lisboa dos días antes.

Podría haberme ido. Estaba allí, viendo pasar los coches bajo mis pies, sintiendo cómo vibraba la estructura metálica, y por un momento pensé que podría dar media vuelta, subir a otro tranvía o coger un taxi, y que no habría

pasado nada, que mi vida tal vez no correría más riesgo del que corría entonces, del que corre ahora.

Pero no. Respiré hondo, sacudí los hombros entumecidos, como si tuviera muchos años menos y fuera a saltar al cuadrilátero, clavé la barbilla en el pecho y mirando al frente recorrí el trecho que me quedaba del paso elevado, bajé las escaleras y me encaminé hacia la torre. Estaba amaneciendo y aún no había rastro de Luis. Dejé la torre a mi derecha, pasé junto a un monumento que representaba a un viejo avión sin detenerme a mirar la placa que explicaba el motivo de su presencia y me dirigí a la orilla del río. La corriente arrastraba un barco, un barco enorme, con suavidad, para perderse en el océano. Antes de pararme a esperar mi destino me quedo mirándolo un momento, sin prisas, entornando los ojos, como si Lola estuviese en cubierta, moviendo la mano, despidiéndose de mí, como en las películas.

Me he visto aquí, pues, de nuevo, dieciocho años después, y tampoco he podido reprimir esa sonrisa, otra vez, que me viene cuando me doy cuenta de que el presente parece calcado del pasado, que ahora vuelve a ser entonces otra vez, que mi vida es como una broma que transcurre en círculos en lugar de hacerlo en línea recta, sin llegar nunca a ningún sitio, que tengo que terminar con esto, zanjar la cuestión de una vez por todas si quiero seguir adelante y librarme del pasado. Aún soy lo bastante joven para empezar de nuevo, me he dicho hace un rato, como si acaso eso fuera posible.

Y ahora es cuando vuelvo al principio. He dado un gran rodeo. Lo sé. Pero cuando uno cuenta una historia, su historia, puede empezarla por donde más le plazca. Y para mí la historia no comienza cuando estoy en Madrid, aletargado, tirado en el sofá, medio dormido mientras siento una paz intensa al contemplar los ojos de aquella presentadora de televisión que luego me enteraría que dirigía un programa en la radio al que yo iba a ir pero todavía no lo sabía. No sabía nada de lo que iba a pasar: que Lola se pondría en contacto conmigo de una manera retorcida, como no podría ser de otra forma, que iría en su busca, en busca de ella y en busca de mi pasado, que nos fugáramos los dos y que ella acabaría abandonándome otra vez.

Pero, ya digo, el principio de la historia es este momento, el decimoquinto asalto, el final del combate, cuando estoy junto al río, tan ancho que se confunde con el mar, sintiendo frío a pesar de que todavía no ha

terminado el verano, con la maleta y la bolsa en el suelo, sin ganas ya de volverlas a coger, encendiendo un cigarrillo y preguntándome si alguna de esas gaviotas que ahora me hacen compañía más tarde estarán dando cuenta de lo que quede de mí y, a pesar de todo, lo que menos me importa es si al cabo de un rato voy a estar vivo o muerto, sino que lo que deseo de verdad es que todo acabe de una vez. Por fin.

Me fui a Lisboa, hace dieciocho años. Le dije al Gordo que me tomaría unos días libres. No me puso pegas. Me dio un cachete en la mejilla, como un padre a un crío travieso, me metió un fajo de billetes en el bolsillo.

Diviértete, me dijo. Pero cuídate también, chaval. Cuando vuelvas hablaremos de tu vuelta al ring.

Suspiré. Sacudí la cabeza.

Si quieres...

Cuando vuelva hablaremos, le dije, como si de verdad lo creyese, y después tuve la desvergüenza de pensar pedirle al Gordo que relanzase mi carrera de nuevo; lo habría hecho a pesar de haber mirado para otro lado mientras Luis y Lola limpiaban su caja fuerte.

No quise saber nada. Le dije a Lola que nos veríamos en Lisboa cuando las cosas se calmasen. Luis se encargaba de las cuentas y sabía cuál era el momento más idóneo para dar el golpe. Lola quiso darme detalles del asunto, cómo lo iban a hacer, los pasos que iban a dar. Sacudí las manos, como si al hacerlo pudiera espantar la culpa.

No quiero saberlo, Lola. No me digas nada.

Se encogió de hombros. No parecía tener miedo, pero estoy seguro de que fingía. Cómo podría no tenerlo.

Como quieras, me dijo, neutra. Espérame en Lisboa. Iré a buscarte dentro de unos días, cuando las cosas se tranquilicen y Luis y yo nos repartamos las joyas y el dinero. Entonces nos subiremos a un barco para dar la vuelta al mundo.

Me apuntó en un papel la dirección de un hotel en Lisboa que conocía.

Yo sólo tenía que esperar su llegada.

Luis y ella se habían quitado de encima al hombre de confianza del Gordo, el único que tal vez podría estropear sus planes.

—Me alegro de verte, Montalbán.

Me ha gustado comprobar dos cosas: la primera, y es algo que no he tenido claro hasta que los he visto aparecer, es que Lola no está con ellos. En principio eso no tiene por qué significar que no la hayan encontrado, pero intuyo que no, porque de haber sido así Luis la habría traído, para que me rinda y le devuelva su parte del dinero, por el único placer de hacerme daño incluso, a mí y a Lola; para demostrar que todavía vale más que yo, que no está acabado. Lo segundo que compruebo, y me agrada también, es que Luis, a pesar de las circunstancias, no ha perdido los buenos modales.

No le contesto. Los miro a él y a Chocolate alternativamente. Mi antiguo amigo no presenta en la cara muestras de ansiedad o de no haber dormido, pero su sicario todavía lleva marcadas en el rostro las señales de nuestros últimos encuentros, sobre todo el de ayer: la moradura del ojo ahora presenta un color amarillento, un chichón donde le había estampado la culata de la pistola, el labio hinchado y, por la dificultad con la que respira, parece que aún siente en las costillas el puñetazo que le clavé en el aparcamiento. Lo miro y Chocolate me sostiene los ojos, desafiante. ¿Acaso crees que te vas a escapar?, parecen decirme sus ojillos de rata, aunque permanece en silencio, como una fiera tranquila que espera la señal de su domador para saltar. El viento le pega la chaqueta al cuerpo, marcándole el relieve de la pistola en el costado. Y estoy seguro de que Chocolate también adivina la mía. Luego miro a Luis. Viene impecablemente vestido, como quien acude a una cita de negocios, y es que tal vez, resuelvo, al cabo ésta no es sino una cita de negocios. Lo más seguro es que bajo la chaqueta beige no esconda ninguna pistola. A Luis nunca le gustaron las armas. Y menos ahora, que puede delegar en otros el trabajo sucio, además.

—Ay, Montalbán —lo escucho decir—. Nunca aprenderás.

Tampoco ahora le contesto. Luis sacude la cabeza, muy despacio, sin dejar de mirarme, como si le costase desprenderse de las palabras que acaban de salir de su boca.

Chocolate sigue detrás, a la izquierda, a una distancia prudente como para no parecer que está metiendo la nariz en una conversación ajena pero lo bastante cerca como para poder descerrajarme un tiro entre ceja y ceja si se presenta la ocasión. Parece estar deseando que yo pierda los nervios. Le brillan los ojos, impacientes. Estoy seguro de que si abre la boca le veré babear el colmillo, como a un tigre hambriento. Empiezo a calcular mis

posibilidades: si las cosas se ponen feas de verdad y no me queda otra que tirar por la calle de en medio, no me cabe duda de que tendré todas las papeletas para acabar siendo pasto de mis amigas las gaviotas. Pero si no me queda más remedio intentaré llevarme al menos a Chocolate por delante. A Luis también, pero sólo si no me queda otra alternativa. A pesar de que participó en aquella trampa que me hundió la vida hace años no puedo dejar de sentir por él un afecto retorcido, una sensación muy extraña que me cuesta asimilar y de la que a pesar de que lo intento no puedo despojarme. Es como si una parte de mí, quizá ese pozo insondable que guarda mi pecho, pensase que todavía podíamos ser amigos, Lola, Luis y yo, que el pasado no ha sucedido, que los tres somos más jóvenes y tenemos toda la vida por delante.

—Nunca aprenderás —dice Luis, de nuevo.

Me encojo de hombros. Doy una última calada al cigarrillo antes de tirarlo. No me molesto en aplastarlo con el pie.

—Cada uno es como es —digo, mirando a Luis, pero sin perder de vista a Chocolate.

—¿Dónde está Lola? —Luis me lo pregunta al tiempo que hace un gesto como si la buscase, como si ella estuviese escondida en algún lugar detrás de mí. Luego me dedica la sonrisa condescendiente de quien mira a su adversario cuando lo ha derrotado y ello le satisface—. No me digas que te ha dejado en la estacada otra vez.

No le contesto, pero clavo mis ojos en los suyos, como si no existiese nadie más en el mundo, como si Chocolate y la pistola que está deseando sacar para darme un tiro hubieran desaparecido de aquí.

—Nunca aprenderás —dice, por tercera vez—. No hay que fiarse de nadie, Rafa, y mucho menos de las mujeres. Ya eres mayorcito. Deberías saberlo.

—Dejémonos de rodeos —le corto—. Acabemos esto de una vez.

Luis se mete las manos en los bolsillos del pantalón y da unos pasos en torno a mí. Baja la cabeza. Por el rabillo del ojo lo veo sonreír un momento, y luego se queda pensativo. Chocolate sigue allí, sin mover un músculo, sin dejar de clavar sus ojos en los míos.

—¿Viniste aquí, verdad? —me pregunta, al cabo de unos segundos de silencio, sonriendo y mirando la torre, y al hacerlo parece congratularse porque el tiempo le da la razón.

Recorta la breve distancia que lo separa de mí, y cuando se acerca me doy cuenta de que esa sonrisa retorcida no ha abandonado su rostro. Nos mira

a la torre y a mí alternativamente, como si buscara alguna relación.

—Viniste, claro que sí, aquella vez. Tú eres un tipo formal, de los que cumplen con su palabra.

—No todos pueden decir lo mismo.

Entonces pone una mano sobre mi hombro, condescendiente. Yo entorno los párpados y respiro hondo, procurando calmarme. Chocolate sigue sin quitarme ojo de encima, por si acaso. Ahora me percato de que tiene las dos manos cruzadas por detrás, el cuerpo algo inclinado hacia delante, las piernas un poco separadas. Tal vez ya ha sacado la pistola y sólo espera una orden de su jefe o que yo haga algún movimiento brusco o repentino para usarla.

Pero no se lo voy a poner tan fácil. Vuelvo a dejar escapar el aire despacio mientras Luis palmea en mi hombro un par de veces, con suavidad, y se aleja un poco. Camina mirándome a mí, la torre, el río, muy despacio, parándose de vez en cuando, como si estuviera pensando muy bien lo que va a decir, describiendo círculos en torno a mí, igual que una fiera rodea a su presa antes de clavarle las zarpas.

—Bueno, Rafa —me dice, al cabo—. Aquí estamos por fin. Con dieciocho años de retraso. Tú y yo, en Lisboa. Ajustando cuentas pendientes.

Asiento. No le falta razón.

—¿Sabes, Rafa? Al final he de reconocer que tienes cierto estilo. Te has fugado con mi mujer —estas dos últimas palabras las pronuncia de una forma más intensa que las anteriores—, y has venido a Lisboa. Tantos lugares donde esconderte y has tenido que venir precisamente a éste. Me has hecho venir hasta aquí porque hace dieciocho años ella te dejó tirado en este mismo lugar. Te dejamos tirado.

Dejo escapar el aire de nuevo, despacio, con pesadez, por la nariz, y Luis se acerca a mí tanto que me parece tener su boca pegada al oído.

—Te dejamos tirado, Rafa. Que no se te olvide eso. Lola y yo. Y la idea de traicionarte no fue mía.

Hace una pausa, como si subrayase una sonrisa, para ahondar más en la herida, como si se apuntase una jactancia íntima, y luego me pregunta por ella, de nuevo:

—¿Dónde está Lola, Rala?

Bajo los ojos. Así que era eso. La mayor parte de las palabras y los gestos casi teatrales de Luis no son más que una pose, un fingimiento. Aunque se está haciendo el duro —y de hecho, puede hacerse el duro puesto

que tiene todas las de ganar— está claro que se muere de ganas por saber dónde está Lola. Y eso me confiere cierta ventaja.

—Se fue.

Luis asiente, en silencio, como si supiera la respuesta de antemano.

—Vaya. ¿Lo ves? Nunca aprenderás. Te ha dejado en la estacada otra vez.

Me encojo de hombros. Procuro mostrar indiferencia.

—Así son las cosas.

Luis sacude la cabeza.

—Tú sabías que lo haría, Rafa. Que al final te abandonaría otra vez. Lola nunca ha querido a nadie. Es incapaz de amar a nadie.

—A nadie —le respondo, con mala intención.

—A nadie —insiste Luis, soltando una bocanada de aire, después de rumiar la respuesta un instante.

—Al menos estamos de acuerdo en algo.

Se queda un momento mirando el suelo. Con la punta del pie remueve las piedrecitas. Yo sigo quieto, callado, como el reo que espera el veredicto del jurado.

—Debería matarte —sentencia Luis al cabo de unos segundos.

Levanto la vista y miro a los ojos de Chocolate, que de repente parecen haberse iluminado. Fin de la historia, Montalbán. Lo último que vas a ver es el cañón de la pistola de un sicario apuntándote entre los ojos. Al menos será rápido. Un fogonazo, luego un estampido, y todo habrá terminado. Tal vez ni siquiera escucharé el estampido. Por lo menos Lola se ha salvado. Al cabo, el viaje a Lisboa ha merecido la pena.

—Debería matarte —repite Luis, y, ya sé que es una paradoja, pero al escuchar de nuevo esas palabras en su boca pienso que aún tengo una oportunidad de seguir vivo. Así que me vuelvo hacia él. Es la primera vez que le doy la espalda a Chocolate.

—Pero no lo vas a hacer —le digo, como si estuviera convencido de ello—. ¿Por qué?

Luis se encoge de hombros, sin dejar de mirar las piedrecitas que mueve con la punta del zapato. Espero que diga algo, pero no abre la boca.

—Ella se ha marchado —vuelvo a decirle—. Se ha marchado y no va a volver.

Luis asiente. Tiene el semblante serio. Tal vez acepta su destino, igual que yo el mío.

—Supongo que no vas a decirme dónde está.

—Ni siquiera yo lo sé.

A Luis no parece gustarle mi respuesta.

—Ni siquiera tú...

Niego con la cabeza.

—Puede estar en cualquier sitio, Luis. En cualquier ciudad.

Luis levanta la vista y mira el horizonte, hacia donde el río busca el océano, como si pudiera encontrar a Lola allí. Parece que va a decir algo, pero permanece callado unos segundos.

—Tal vez los dos nos merecemos esto —dice, por fin.

—Tal vez.

—Mírate, Rafa. Al final eres un romántico. Lola me lo dijo siempre. Las mujeres son las que mejor conocen a los hombres. Qué lástima que no sea lo mismo al revés.

Hace una pausa, como si estuviera pensando cuánta verdad encierran sus palabras. Yo me vuelvo, despacio. Chocolate sigue en la misma postura: los ojos atentos, las piernas ligeramente separadas, las manos cruzadas detrás de la espalda, seguro que sujetando la pistola, ansioso por quitarle el seguro, si es que no se lo ha quitado ya, y apretar el gatillo después de apuntar a mi cabeza. Aunque tal vez, con un poco de suerte, nadie tendrá que hacer uso de las armas. A lo mejor, se me ocurre, basta con dejar que Luis se desahogue, que me diga todo lo que lleva dentro. A veces basta con eso: dejar hablar al otro para evitar algo peor.

—Y me has hecho venir hasta aquí. Eres un poco retorcido, ¿sabes, Montalbán? —es la primera vez desde que nos hemos visto que Luis no me llama por mi nombre de pila—. Lisboa. Habríamos podido arreglar esto en El Puerto, o en Madrid. De una forma civilizada. Pero no —sonríe, hace un gesto con la mano como si quisiera abarcar la torre, el puente, en lo alto, la ciudad entera—, tú has querido que sea aquí, en Lisboa, el mismo sitio donde tenías que haberte encontrado con ella hace dieciocho años.

Luis baja los ojos, como si disfrutara de aquello y quisiera retener el momento. Vuelve a sonreír.

—El mismo —repite.

—Ya ves. Un pequeño gusto que me he querido dar al cabo de muchos años. Lisboa, tú, Lola, yo. Fíjate.

El Gordo se había muerto. No me enteré hasta que regresé a Madrid, cuando ya había comprendido que Lola no iría a buscarme a Lisboa. Me dijeron que le había dado un infarto. Tal vez fuera verdad. A lo mejor se había muerto del susto cuando Luis entró a robar en su casa. O quizá no lo hicieron así. Nunca quise saberlo. Lola se había marchado con él, lo comprendí en algún momento de los días que pasé en Lisboa esperando su llegada. La jugada les había salido tan bien que nadie podría sospechar de ellos. Imaginé a Lola llamando a una ambulancia, consternada, pidiendo a gritos que alguien viniese porque al Gordo le había dado un infarto en mitad de la noche. Tal vez lo hizo cuando Luis estaba todavía vaciando la caja fuerte. No sé si fue entonces cuando decidió traicionarme, o es que ya lo había decidido antes, que incluso nunca pensó en dar la vuelta al mundo junto a mí.

No quise buscarlos. Fui una vez al Puerto, ya lo he contado, y estuve en la puerta de su casa, pero ni siquiera llamé al timbre. No es que no me importase que me hubieran traicionado, no. Me importaba, y me importaba mucho, aunque para mí era peor que al Gordo le hubiera dado un infarto y se hubiera muerto por culpa de lo que habían hecho, por mi culpa también, que había mirado para otro lado, como si no pasara nada. Pero lo peor de todo, lo confieso, es lo ruin que me sentí entonces, lo ruin que me siento cada vez que pienso en ello; lo peor es cuando me recuerdo volviendo de Lisboa, sin saber todavía que el Gordo había muerto, abandonado por Lola a mi suerte, diciéndome a mí mismo que lo mejor que me había pasado era que ella me hubiera dejado en la estacada, que no quería el dinero del Gordo, al menos que no quería el dinero del Gordo de ese modo, y que le pediría a mi jefe que se encargase de mi carrera de nuevo, que había decidido luchar otra vez por ser el campeón de Europa *superwelter*.

Luis sacude la cabeza, despacio. Sin dejar de sonreír. Por un momento me pregunto si sus gestos significan una señal para Chocolate, pero no me molesto en volverme. Si tengo que acabar como desayuno de las gaviotas que así sea. Lo único que me consuela es pensar que todo acabará de una forma tan rápida que ni siquiera me enteraré.

Luis mira la bolsa, en el suelo, junto a mi maleta, adivinando su contenido. Tuerce la boca en un gesto, como si estuviese contrariado. Chasquea la lengua. Deja escapar el aire despacio, por la nariz. Resignado,

me quiere parecer.

—Para ti no era sólo cuestión de dinero.

Le doy la razón girando el cuello un par de veces.

—Sabes que no.

—Eres demasiado honesto, Montalbán. Siempre lo fuiste.

Lo dice y asiente, como si de repente hubiera comprendido algo que llevaba intentando descubrir desde hace mucho. Me pregunto si también Lola le habrá dicho alguna vez durante estos años que para mí no iba a ser sólo una cuestión de dinero. Me pregunto si ella ya le habría hablado a Luis de mí, de nuevo, estas últimas semanas, otra vez después de tantos años, porque Lola ya había lanzado el cebo y estaba segura de que mordería el anzuelo, con tanta fuerza que ya no podría sacármelo de la boca.

Luis se vuelve a meter las manos en los bolsillos, y ahora mira el río.

—Tengo aquí el dinero —le digo, aunque él ya lo sabe.

Luis se pasa una mano por el bigote, como si quisiera arreglárselo, y se queda mirándome un instante.

—La mitad del dinero —preciso—. El resto se lo llevó Lola.

Al escuchar el nombre de Lola, Luis entorna los ojos y vuelve a mirar el río. El barco ya apenas se distingue en el horizonte. Luego me mira a mí y me parece, durante un momento fugaz, que busca mi complicidad, mi comprensión, mi compasión incluso. Al cabo, los dos hemos perdido a Lola. O es que nunca fue nuestra.

—Y ahora, Rafa —me dice, al cabo—, ¿qué hacemos?

Dejo que se me escape de los labios un suspiro cansado. Qué hacemos. Como si yo tuviera la respuesta. Como si yo no fuera más que un simple peón sin fuerza en esta partida. Luis permanece en silencio, esperando. Yo no puedo decir nada. No soy más que un ex boxeador fracasado que nunca llegó a disputar el combate por el campeonato de Europa *superwelter*, un cobrador de deudas por cuenta ajena al que le dan arcadas cada vez que tiene que amenazar a alguien con romperle las piernas, un asustaviejas de pacotilla, un juntalettras que no es capaz de escribir más de tres o cuatro folios de una novela, de historias que acaban perdidas para siempre en un cajón o en el cubo de la basura.

Qué hacemos. No me lo preguntes a mí, porque no sabré qué contestarte.

—No me lo preguntes a mí, porque no sabré qué contestarte.

Lo digo y cojo la maleta. Sólo la mía. La misma maleta que llevaba cuando emprendí el viaje. Avanzo un paso. Dos. Tres. Cuatro. Dejo a

Chocolate atrás, pero no le digo nada. Sigo andando. Sigo andando y todavía estoy vivo. No sé si Luis habrá cogido la bolsa y el dinero o si le habrá indicado con un gesto a Chocolate que me liquide de una vez, pero sigo andando. No sé cuánto me habré separado de ellos. ¿Diez metros? ¿Quince? ¿Veinte? Todavía no me han noqueado, pero no sé si el combate ha terminado, si ha sonado ya la campana y es el momento de esperar a que los jueces dictaminen a quién le han restado más puntos en los asaltos que hemos peleado. Sigo andando y no sé si estaré vivo dentro de un momento. Podría decir, para quedar bien, que me da igual, pero no es verdad. No me da igual. Quiero seguir vivo, a pesar de todo me gustaría seguir vivo, como a cualquiera. Aún no he llegado a ese punto al que llega mucha gente, que de pronto se cansa de vivir, se dan cuenta de que ya no tienen ilusiones, que no les queda ninguna razón para seguir en este mundo y, simplemente, se mueren. Es en momentos como éste cuando más echo de menos alguien a mi lado que me aconseje qué camino debo escoger, un entrenador que vele por mí, que me eche el brazo por encima del hombro y me consuele cuando el combate haya terminado, alguien en quien confiar, que me diga cómo he peleado, que me anime cuando las cosas vayan mal. Pero tengo que resignarme a ello, aunque no me guste, a no tener a un tipo al lado que me dé voces mientras entreno, que me consiga buenos combates, que tenga las agallas de arrojar la toalla para salvarme la vida. Me gustaría tenerlo aquí ahora, a mi lado, maldita sea, diciéndome que nunca se debe dar la espalda a un tipo que lleva una pistola y que está deseando apretar el gatillo. Sigo andando, y a cada paso que doy me digo, para darme coraje, que aún estoy vivo, que, tal vez, si consigo mantener esta calma aparente, pronto estaré fuera de su alcance y que seguiré con vida, que al final Luis me dejará marchar, aunque Chocolate lamente no darme lo que me merezco. Sigo andando y sigo vivo. Me gustaría ver a Lola, verla por última vez, verla y decirle que aún estoy vivo, que al final, qué risa, hemos acabado reuniéndonos los tres en Lisboa, como viejos amigos, para ajustar cuentas con el pasado. Contarle que he hecho cuanto he podido para rescatarla, como hacen los héroes con las princesas en los cuentos, decirle que me hubiera gustado subir con ella al Empire State. Pero Lola se ha ido, y es que, pienso, tal vez su destino no sea otro que ése, poner tierra de por medio y dejarme solo, dejarnos solos a los dos, a Luis y a mí, porque acaso, nuestro destino, el de Luis y el mío, es estar solos. Sigo andando y respiro hondo, sorprendido de estar vivo todavía, de no escuchar pasos acercarse a mi espalda, pasos de

gente que viene a matarme, a matarme por fin. Sigo andando, y me digo que mientras esté de pie aún tendré una oportunidad, que el combate no ha terminado, que a pesar de los párpados tumefactos y los cuajarones de sangre que me bajan desde las cejas, de los dos boxeadores soy yo el que tiene más puntos, y que si soy capaz de aguantar hasta que suene la campana, el árbitro me levantará los brazos después de escuchar el veredicto de los jueces y me proclamará campeón: Rafael Montalbán, campeón por fin. Sigo andando y, mientras lo hago, a medida que me alejo de Luis y de su sicario me digo que a lo mejor la única manera de encontrar de una vez por todas mi lugar en esta puta selva que es la vida es continuar caminando, como un cazador solitario, como un cachorro que de repente se ha hecho mayor y ha comprendido que no puede estar con los hombres y que tampoco podrá vivir más con los lobos. A veces a uno se le revelan las cosas con una lucidez tan pasmosa que se ve a sí mismo retrospectivamente como un estúpido por no haberse dado cuenta antes de algo que tenía justo delante de las narices. Yo he tenido que buscar a Lola, dieciocho años después, y venir con ella hasta Lisboa, para entender que si quiero seguir adelante, si es que antes de que llegue a la carretera una bala no acaba conmigo, es empezando de nuevo, buscándome la vida otra vez, lejos de todo, de prestamistas de tres al cuarto, de divorciadas desesperadas porque sus maridos no les pasan la pensión y de pobres diablos, tan miserables como yo, a los que no me queda otra que asustar por cuenta de tipos a los que de buena gana, si pudiera, les rompería la cara gratis.

Me paro. Respiro hondo, despacio, como si fuera la última vez que lo puedo hacer, y acaso lo es. Escucho la sirena del barco. Me parece que lo tengo tan cerca que si extendiera la mano podría tocarlo con los dedos. Me consuela pensar que, aunque es más que posible que para mí todo haya terminado, Lola está a salvo, tal vez en un barco como ése, en ese mismo, en busca de la vida que siempre soñó. Me pregunto si me estará viendo desde la cubierta, aquí, junto al río, dándole la espalda a Luis y a Chocolate, como un inconsciente, convencido de que cada paso que doy supone una oportunidad más de seguir vivo. Pienso en ella, acodada en la baranda de estribor, diciéndome que no me detenga, que sólo tendré que caminar un poco más y todo habrá terminado, que si soy capaz de aguantar el tipo al final Luis no le dará a Chocolate la orden de matarme, que si no me detengo y llego hasta la carretera aún podré empezar una nueva vida, una vida junto a ella. Ojalá.

Sigo andando y no sé si dentro de un momento estaré vivo, pero no puedo hacer otra cosa que seguir mi camino y apretar los dientes, como un

cazador solitario.
Sigo andando.

Noviembre de 2005
www.elsindromedemowgli.blogspot.com